

Las revoluciones de la comunicación

Información, conocimiento y cultura: resistencia y hegemonía

Luciano Sanguinetti

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

Las revoluciones de la comunicación

Las revoluciones de la comunicación

Información, conocimiento y cultura: resistencia y hegemonía

Luciano Sanguinetti





FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNLP, LA PLATA, ARGENTINA

Decana
Andrea Varela
Vicedecano
Pablo Bilyk
Jefe de Gabinete
Martín González Frígoli
Secretaria de Asuntos Académicos
Ayelen Sidun
Secretaria de Investigaciones Científicas
Daiana Bruzzone
Secretaria de Posgrado
Lía Gómez
Secretario de Extensión
Agustín Martinuzzi
Secretario de Derechos Humanos
Jorge Jaunarena
Secretario Administrativo
Federico Varela
Secretaria de Finanzas
Marisol Cammertoni
Secretaria de Género
Delfina García Larocca
Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica
Pablo Miguel Blesa

Sanguinetti, Luciano Pedro
Las revoluciones de la comunicación : información, conocimiento y cultura :
resistencia y hegemonía / Luciano Pedro Sanguinetti. - 1a ed - La Plata : Universidad
Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo, 2021.
169 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-950-34-2027-0
1. Hegemonía. I. Título.
CDD 302.23

Edición y corrección: Nicolás Cataldi
Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP, 2021.

Editorial de Periodismo y Comunicación. Diag. 113 N° 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina. Teléfono +54 221 422 3770 Interno 159 / editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar





Las revoluciones de la comunicación

Información, conocimiento y cultura: resistencia y hegemonía

Luciano Sanguinetti

Índice

Agradecimientos

Como quizás adviertan en la lectura, este texto tiene una marca indeleble: el contexto de pandemia en el que fue escrito. Fueron casi ocho meses de cuarentena en la cual mi ciudad (La Plata), y el país todo, vivió la experiencia más traumática de la que se tenga memoria producto de un virus desconocido. Agradezco, en primer término, a las autoridades de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, en nombre de la decana, Andrea Varela, y la secretaria de Asuntos Académicos, Ayelén Sidun, que me brindaron su apoyo durante todo este proceso; fueron ellas las que me dieron la posibilidad de armar en 2020 el seminario “Historia social de la información y el conocimiento”, del que, en parte, este libro es uno de sus frutos; hace tiempo que venía dando vueltas alrededor de estas ideas y, cuando se abrió esta posibilidad, me tiré a la pileta sin agua, aunque la metáfora suene poco académica; de pronto, producto del confinamiento, comencé a principios del mes de febrero a confeccionar los primeros ejes de ese curso; ya sabíamos que se debería dictar *online*, al menos en el primer mes. Nadie imaginaba, entonces, que la situación se prolongaría por todo el año; lo cierto es que me vi en la necesidad de armar clases, seleccionar bibliografía, comparar otros seminarios similares sobre esta temática; de repente encontré que todo el curso estaba en mi biblioteca, en los archivos que había guardado durante

años, en notas periodísticas que había escrito y en algunos artículos perdidos en revistas y libros; era extraño porque escribí sin parar el primer borrador en tres meses durante esas largas jornadas de encierro sin darme cuenta de las horas y los días; fueron las primeras clases que los alumnos del seminario empezaron a ver en directo, un verdadero *work in progress*; a mitad de año, la Facultad me propuso dictar un seminario en la Maestría en Periodismo, el Taller de Actualización en Periodismo Político, en el que, en particular, trabajé la tercera parte de este libro.

Quiero agradecer, en segundo lugar, a quienes leyeron los primeros borradores de este texto, ya en formato de libro; me refiero a Emiliano Albertini, Gustavo González y Belén Fernández; ellos hicieron observaciones que lo enriquecieron, además de motivarme para que siguiera con el empeño. Por supuesto, parte también de este texto se lo debo a Florencia Saintout, que también colaboró de una manera inestimable para que yo lo escribiera; tiempo atrás me había sugerido hacer algo similar, cosa para la que, por lo visto, todavía no estaban dadas las condiciones. Hoy este libro es una realidad tan inesperada como la pandemia. También debo mencionar que este texto es producto de mi trabajo en el Observatorio de Calidad Educativa, una organización no gubernamental que, junto a varios colegas, creamos en el año 2016 y en la cual pusimos todo nuestro común interés por la educación y el conocimiento.

Por último, quiero agradecer a los alumnos de los dos cursos que dicté en 2020; ellos, sin saber, participaron indirectamente de su

escritura. La enseñanza *online* es una dimensión nueva que se abre a la formación universitaria, no demasiado explotada por ciertas universidades nacionales; creo que, si algo bueno tuvo esta emergencia sanitaria, quizás una de las pocas cosas es habernos obligado a hacer esta experiencia; muchas actividades no volverán a ser como antes, y si algo pretende mostrar este libro es que el cambio es inexorable y una de las pocas pruebas de que todavía estamos vivos.

Ahora, el texto (como todos los textos) abandona al autor, y ojalá que ustedes, los lectores, lo disfruten tanto como yo haberlo escrito.

Prólogo

"Estamos siendo digitalizados". Con esa frase tan inquietante –que mezcla lo cultural, en su sentido más amplio, con lo biológico, en su sentido más concreto-, nos recibe este libro de Luciano Sanguinetti. Una afirmación que, planteada desde América Latina, además nos obliga a pensar cómo, para qué y por quiénes estamos siendo digitalizados. Por esto, es una obra que plantea un interrogante fundamental: ¿cómo estamos atravesando la última revolución de la información y de la comunicación en este lado del mundo?

Para empezar a encontrar esta respuesta, el autor, a quien conozco desde hace mucho y no me sorprende su pasión por la temática y el detalle de su investigación, realiza un profundo recorrido desde el nacimiento de la comunicación de masas, recuperando las teorías que fueron centrales en cada período y dando cuenta de los debates que se generaron alrededor.

Si bien el presente es complejo y el futuro –con este diagnóstico- no aparece cargado de optimismo, este itinerario propuesto nos convencerá de que seremos capaces de generar un camino propio porque ya lo venimos haciendo desde hace mucho tiempo y porque somos herederos de valiosas tradiciones y de intelectuales comprometidos con su sociedad y su época.

Fundamental para esto es la centralidad que el autor le da a la figura de Jesús Martín-Barbero, un merecido protagonismo en el año que dolorosamente nos ha tocado despedirlo. Fue él quien abrió el camino que luego caminaron y ensancharon el querido Héctor Schmucler –otro que se hace extrañar- Rossana Reguillo o Néstor García Canclini sólo por citar algunos de los referentes que son recuperados en su justa medida en estas páginas. De ellos deben tomar nuestras mejores prácticas y métodos para generar un pensamiento latinoamericano que nos ayude a resolver estos interrogantes.

Como queda planteado, esto tampoco sería posible si no contáramos ya con la consolidación y proliferación de las facultades de periodismo y comunicación, en las cuales la producción científica es permanente y cada vez más sólida y respetada. Luciano, que como yo supo ser decano en la Universidad Nacional de La Plata, sabe mejor que ningún otro el largo derrotero que hemos dado para que se nos reconozca como un campo de estudio concreto, siempre peleando contra otras disciplinas que reclaman para sí la potestad de estudiar la comunicación como subsidiaria de la sociología, de la política, de la lingüística y hasta del arte, pero siempre negándola como fenómeno social específico. Este enorme trabajo también deja en claro que los estudios en comunicación y periodismo fueron centrales para ir comprendiendo cada momento de la modernidad.

La empresa no es sencilla, esta digitalización direccionada que hoy nos arrincona se ha montado en un escenario de oligopolios mediáticos conformados en pleno neoliberalismo noventista en casi

todo el continente. Para pararnos frente a este dilema, como muy bien marca Luciano, nuestro aprendizaje debe surgir del pasado más reciente, donde hubo políticas públicas concretas que buscaban colocar al Estado como un jugador protagónico en ese mapa para generar pluralidad de voces y reducir la brecha digital. Entre los avances, limitaciones y reacciones de estas acciones está la resultante que hoy podemos retomar para buscar algunas respuestas concretas entre tanta incertidumbre

Que necesario también pensar la modernidad como algo que aún se distribuye de manera inequitativa, en la cual muchos países pueden acceder a la tecnología, pero aún no a una modernidad plena. O, en todo caso, de qué modernidad nos hacen merecedores. Se trata de una vieja puja que recobra actualidad frente a la velocidad que adquirió la globalización a partir de las nuevas tecnologías. Llegan entonces recargadas aquellas preguntas que se hacía García Canclini tras la caída del Muro Berlín sobre cómo mantener márgenes de soberanía, como defender nuestra cultura, cómo, en definitiva, poner condiciones frente a este proceso inexorable

Es un libro que puede presentarse como incómodo para quienes pensamos y reflexionamos desde un movimiento nacional y popular, para quienes creemos en una comunicación popular y con perspectiva de género desde los territorios, porque plantea "la amenaza es la pérdida de contacto con lo real, lo existente". ¿Y si ese es el verdadero objetivo? Cómo seguir construyendo lazos de solidaridad, de empatía, cómo estar unidos en medio de un nuevo

paradigma de profundización de los contactos unipersonales. “El problema es que ya no vamos hacia los medios; estamos atravesados por ellos, viven con nosotros. Son nuestro entorno”, plantea Luciano y nos ubica a la puerta de un trabajo reflexivo.

Además de ser un conflicto, en definitiva, por el poder de la información y el conocimiento, es para nosotros un problema de nuestras democracias y para los proyectos políticos que intentan gobernar de espaldas a las grandes corporaciones y de cara a sus pueblos. Cómo plantearse debates de fondo y transformaciones estructurales en medio de tanto ruido, de tanta noticia falsa.

Este enorme trabajo de recopilación e historización nos muestra que no son nuevas las preocupaciones teóricas y políticas sobre las redes de información y de comunicación y sobre cómo estas configuraron, en cada momento, un contexto y un horizonte de posibilidades. Luego de leer esta obra, los lectores entenderán que quizá ahora el temor sea mayor. Y el tiempo para reaccionar, menor.

En este contexto, no me sorprende la preocupación de Luciano por la fuerza de trabajo, la generación de riqueza y la eventual prescindencia de la mano de obra. En nombre de qué ideal, de qué proyecto, es que debemos aceptar la destrucción de las redes de contención y socialización. Ya se sabe que luego del desmantelamiento del Estado de Bienestar no llegó nada superador sino todo lo contrario. Ya sabemos cuáles son las consecuencias de un mundo unipolar dominado por un (no) consenso con sede en Washington.

Esta obra, imprescindible, puede ser leída como una denuncia, como una crítica, como una descripción puntillosa, y de varias otras maneras. Pero seguramente no pasará desapercibid. Se impondrá, seguramente, por la propia contundencia de los hechos enumerados. Eso es lo que deberíamos tratar que ocurra. Hay acá un insumo para pensar y repensar en medio de qué disputa estamos inmersos y cuáles pueden ser las salidas alternativas.

Dra. Florencia Saintout

El descubrimiento de que el mundo se volvió mundo, de que el globo ya no es solo una figura astronómica, de que la Tierra es el territorio donde todos nos encontramos relacionados y remolcados, diferentes y antagónicos, ese descubrimiento sorprende, encanta y atemoriza. Se trata de una ruptura drástica en los modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular. Un evento heurístico de amplias proporciones, que estremece no solo convicciones, sino también visiones del mundo.

Octavio Ianni, Teorías de la globalización (1996)

Introducción

Cuando Platón escribió el *Fedro* (año 370 a. C.), el diálogo socrático sobre el amor y la belleza en el que discute la utilidad de la escritura, solo un pequeño puñado de ciudadanos atenienses pudieron descifrar sus teorías. Probablemente no muchos más de los que tuvieron la oportunidad de escucharlo. Según lo que hoy sabemos, en la antigua Grecia, solo el 0,5 % de los habitantes tenía algún grado de alfabetización. Dos mil años después, en plena transición entre el mundo feudal y el moderno, esa cifra había crecido repentinamente. En el marco de la *primera revolución* de las comunicaciones, con la invención de la imprenta en 1440, Europa, con una población aproximada de cien millones de personas, aumentó rápidamente su cantidad de lectores. Cerca de cinco millones eran las que podían leer y comprender un texto impreso, y nacía así la industria del libro, con editores, impresores, correctores, publicistas y, por supuesto, escritores. Aunque por mucho tiempo siguió siendo una práctica de élites, el acceso a la información por vía de los textos y las imágenes impresas aumentó sin pausa. Sin embargo, para que la lectura fuera verdaderamente popular tuvieron que aparecer los folletines, la escolarización primaria obligatoria y la incorporación del público femenino. En la segunda mitad del siglo XIX, las aventuras noveladas de Julio Verne, aquellas en las que sus héroes daban la vuelta al mundo en ochenta días o llegaban al mismo centro de la Tierra, tenían

tiradas de más 25 000 ejemplares, y, según estadísticas oficiales, en el mundo occidental el 90 % de la población podía poner su rúbrica en un documento.

En el siglo xx, el cine, la radio y luego la televisión, transformaron profundamente los modos de consumo cultural. Así entrábamos a la *segunda revolución* comunicativa. En la época de auge del cine de Hollywood, entre la década del treinta y del cuarenta, los norteamericanos asistían a una sala tres veces por semana. A principios de ese siglo, la escolarización se extendió hacia las periferias; primero como enseñanza primaria obligatoria y, solo para una pequeña élite, los bachilleratos como modelo mesocrático destinado a la continuación de los estudios superiores; de esa élite, una parte, en su mayoría mujeres, se formaban en *los normales* para egresar como maestras y así volver a repetir el círculo; otros continuaban hacia la universidad, que, por influjo de la reforma universitaria cordobesa, se volvió un mecanismo de ascenso social; Florencio Sánchez, el dramaturgo uruguayo, lo reflejó en su obra *M´hijo el dotor.* Después de la Segunda Guerra Mundial, se crearon las universidades obreras y se promovió una educación técnica que favoreció la incorporación de mano de obra calificada a los procesos productivos. No podemos dejar de mencionar aquí la importancia que adquirieron en la segunda mitad del siglo xx los procesos de alfabetización popular que organismos internacionales como Unesco y congregaciones religiosas impulsaron en América Latina, articulando las políticas de comunicación y los medios, como incentivos y mediadores en los

procesos de aprendizaje. Las experiencias pioneras de Paulo Freire (que luego continuaron y adaptaron investigadores y educadores como Mario Kaplún, Juan Díaz Bordenave y muchos otros), que invirtieron el sistema de enseñanza-aprendizaje, partiendo de los saberes del sujeto que aprende, implicaron una verdadera "revolución pedagógica"[1], con largas y profundas implicancias en las formas de circulación del saber en la región. De algún modo, luego de obras fundamentales por su repercusión académica y política, como *La educación como práctica de la libertad*, publicada en 1969, todos fuimos freireanos.

A principios del siglo XXI, en el contexto de la *tercera revolución* comunicacional, el acceso a la cultura, sea a través de libros, pantallas, aplicaciones y redes sociales, ha crecido exponencialmente. El *Super Bowl* de 2019 tuvo una audiencia en simultáneo de 100 millones de espectadores, mientras que la final de 2018 del Mundial de fútbol en Rusia alcanzó la cifra de 1200 millones de televidentes. En el caso de los libros, las cifras no son mucho menores: la saga de Harry Potter llega a 500 millones de ediciones y el nivel de alfabetización tiene un promedio mundial del 80% -solo en algunos países de África desciende al 70%-. Y los niveles de escolaridad han superado el 90%, para el nivel primario. Hoy, más de la mitad de la población mundial está conectada a Internet, y muchas de las acciones y procesos que

1 El impacto de la obra de Freire ha sido largamente estudiado en América Latina y fuera de ella. Para su profundización nos remitimos a los trabajos de Adriana Puiggrós, *De Simón Rodríguez a Paulo Freire: educación para la integración iberoamericana* (2005), y de Jorge Huergo, *La educación y la vida* (2015).

anteriormente se hacían en un espacio de copresencialidad migran ahora al entorno digital.

Los datos ponen en evidencia que se trata de un cambio profundo y vertiginoso. En cerca de quinientos años, las formas de producción y circulación de la cultura se han visto trastocadas de una manera radical, y como señaló uno de los primeros profetas de la comunicación, contra todas las teorías que se preocupaban por los mensajes y los contenidos de aquellos medios, lo importante era la dimensión de escala que estos medios estaban imponiendo en las relaciones humanas. Esa fue la sencilla idea que Marshall McLuhan quiso exponer con el famoso aforismo "El medio es el mensaje". Lo dijo una y otra vez en sus innumerables libros después de que la visión crítica de *La novia mecánica* se esfumara de un plumazo; como todo converso se volvió un fanático de la cultura mediática. En *Comprender los medios de comunicación,* lo expresó de esta forma:

> En una cultura como la nuestra, con una larga tradición en fraccionar y dividir para controlar, puede ser un choqueque le recuerden a uno que, operativa y prácticamente, el medio es el mensaje. Eso significa simplemente que las consecuencias individuales y sociales de cualquier medio, es decir, de cualquiera de nuestras extensiones, resultan de la nueva escala que introduce en nuestros asuntos cualquier extensión o tecnología nueva. Así, por

> ejemplo, con la automatización, es cierto que los nuevos esquemas de asociación humana tienden a eliminar puestos de trabajo. Ese es el resultado negativo. El lado positivo es que la automatización crea funciones para la gente o, lo que es lo mismo, una intensificación de su implicación en su trabajo y asociaciones humanas, que la precedente tecnología mecánica había destruido. (McLuhan, 1996 [1964]: 29)

Este ensayo trata entonces de recorrer ese camino. Por supuesto que la mirada del teórico canadiense podría ser tachada hoy de ingenua, y los determinismos tecnológicos han pesado menos que los intereses económicos; sin embargo, sus predicciones nos siguen obligando a pensar, en un mundo en el que, por un lado, se derrumban viejas jerarquías y, por el otro, se concentra cada vez más poder y más riquezas en menos manos.

Nuestra hipótesis central es que el mundo ha atravesado desde el siglo XV tres grandes revoluciones de la comunicación. La primera fue determinada por la imprenta y la expansión de las formas impresas de producción y distribución de los bienes simbólicos; la segunda se produce con la conformación de la denominada *cultura de masas*, apalancada en el desarrollo de los medios masivos de comunicación, como el cine, la radio y la televisión; y la tercera está siendo conformada por los desarrollos técnicos de la llamada *comunicación*

digital, producto de Internet, las aplicaciones y redes sociales, así como de la automatización, la inteligencia artificial y la definitiva expansión del entorno digital. Estas tres revoluciones comportan una mutación histórica sin precedentes, que modifican sustancialmente las completas formas de vida de los seres humanos en una escala y una expansión sin centros ni periferias, global y transversal a las razas, las culturas, las dimensiones etarias y de género. En ese marco, las diferentes temporalidades de lo tradicional, lo moderno y lo contemporáneo (que algunos definen como *posmoderno*) se imbrican, se cruzan y conviven; no sin conflictos ni desafíos, atravesados por las desigualdades que producen y las resistencias que generan.

Ahora bien, ¿por qué hacer un libro de este tipo? ¿Qué es lo que puede aportar al conocimiento del mundo contemporáneo? La respuesta a estas preguntas viene del lado de la historia. Hace algún tiempo, investigadores de diferentes campos están construyendo un nuevo ámbito de estudios. Este trabajo se inscribe dentro de ese conjunto en construcción que, como lo define Peter Burke (2002), trata de hacer la "historia social de la información y el conocimiento". En este sentido, el texto intenta justificarse en base a dos coordenadas. Primero, en su carácter específico, como una forma de mirar los procesos de comunicación desde el punto de vista histórico; en segundo lugar, como una forma de problematizar la actualidad de las comunicaciones y, dentro de ella, su elemento base y constitutivo: la información.

Hablemos primero de historia. Como señala Burke (2002), la idea de construir una "historia social de la información y el conocimiento" tiene probablemente su puntapié en el marco más general de la historia del libro; en principio, una rama de la historia que comenzó a interesarse, a mediados de los años cuarenta del siglo pasado, por ese aspecto o, mejor dicho, ese objeto, el libro. Ahí vamos a encontrar un conjunto de historiadores que se ocuparon por construir ese camino y de poner en valor su significación histórica. El libro, la imprenta, los editores, la circulación, pero también, luego, los lectores. Por eso se habla de la historia del libro y de la historia de la lectura. Esta historia tiene referentes importantes: el mencionado Burke, Elizabeth Eisenstein, Roger Chartier. Robert Darnton. Pero el fundador fue el gran historiador francés Lucien Febvre, quien, junto a Marc Bloch, creó lo que se conoce como la *escuela de los Annales*, a partir de la cual, desde la perspectiva de esta historiografía francesa, comienza a prestársele más importancia a las estructuras socioeconómicas para construir la historia que a los hechos políticos.

Dentro de esa tradición, y a diferencia de la historia clásica, la historia del libro podría definirse, como lo sugiere Darnton (1982), como una "historia social y cultural de la comunicación impresa, porque su finalidad es entender cómo se transmitían las ideas a través de la imprenta y de qué manera la exposición de la palabra impresa afectó el pensamiento y la conducta de la humanidad en los últimos quinientos años".

Así, esta perspectiva de la historia de las formas de transmisión de las ideas y el saber se articuló con una línea de trabajos que intentaban echar luz sobre ese vasto proceso de transición entre la Edad Media y el capitalismo, especialmente, desde la perspectiva de los historiadores marxistas, como E. P. Thompson, Benedict Anderson, por citar algunos de los más ilustres. A estos investigadores hay que sumar aquellos que, en diálogo con los primeros, supieron construir una historia cultural de la sociedad moderna; un referente fundamental de este proceso ha sido Raymond Williams. Dentro de esta corriente de estudios, que luego asumiría la denominación de *estudios culturales*, con la referencia ineludible de Richard Hoggart, el debate se centró en una pregunta que de algún modo va a dominar toda la segunda mitad del siglo xx dentro de las ciencias sociales: ¿qué fue lo determinante en la transformación moderna, la base material o las mentalidades, es decir, las estructuras económicas o la agencia, las creencias, la dimensión simbólica? Es, en síntesis, la discusión inacabada e inacabable entre Carlos Marx y Max Weber. Como una alusión inequívoca sobre esta cuestión dilemática, Williams acuñó el concepto de *estructura de sentimientos*. Como señala Jeffrey Alexander en *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial* (2000), el debate entre estructuras y agencias habría de dominar toda la segunda parte del siglo xx en las ciencias sociales. Dentro de este vasto campo, entonces, con absoluta modestia, el trabajo que estamos introduciendo quiere aportar la mirada latinoamericana, y nuestra propia experiencia en las formas en que se desarrolló el conocimiento, la información y los dispositivos de comunicación en la región.

La segunda cuestión en esta propuesta de hacer la historia social de la información y el conocimiento refiere a los cambios a los que asistimos en los últimos años, cuando los medios de comunicación y los oficios ligados a esos tradicionales medios sufren una acentuada transformación; y, por supuesto, en esa transformación, en esa crisis, hay algo que tiende a morir y algo que comienza a emerger; no sabemos hoy, a ciencia cierta, quiénes y qué están de un lado y quiénes y qué, del otro; lo cierto es que está terminando la manera en que se desarrollaban esos medios y los oficios que dependían de ellos. Hoy estamos ante una profunda mutación de esas instituciones y prácticas. ¿Quiere decir esto que el periodismo está muerto? ¿Significa que las escuelas o las bibliotecas también van a desaparecer? No lo sé. Lo que sí prefiguro es que una forma de ejercer la producción de información y hacerla circular sí está cambiando. Lo que, paradójicamente, pone de nuevo de relevancia, y que de algún modo la perspectiva histórica nos permite ver, es que siempre se trató de información y conocimiento, que los medios tradicionales fueron las *aplicaciones* de aquellas épocas para producir y distribuir información y conocimiento, como hoy lo son Instagram, WhatsApp o YouTube. Porque, finalmente, siempre se trató de lo mismo (sea a través de los medios de comunicación e información, sea a través de una canción popular en la literatura de cordel o un cuento en una revista -como los que publicaba Edgar Allan Poe a mediados del siglo XIX-, o la escuela, o la radio): de la producción y la transmisión de la cultura.

Si observamos ahora mismo lo que pasa con la pandemia del coronavirus, vamos a entender un poco más de lo que estamos hablando; al igual que si pensamos en casos como el de Edward Snowden o Julian Assange. Lo mismo sucede si observamos las implicancias del tráfico de datos de Facebook durante la campaña electoral de Donald Trump en 2016. Es decir, la información sigue siendo, como lo fue siempre, poder. Frase que no está de más recordar que se le atribuye a Thomas Hobbes, uno de los padres de la Ilustración. Entonces, de eso trata este texto.

Premisas

Mis premisas son que (a) las tecnologías de reproducción de la palabra y la imagen, los medios llamados *de masa*, como todos los nuevos dispositivos digitales de transmisión, producción e intermediación de culturas e información, son productos sociales, espacios de interacción y disputas, en la construcción y resignificación de los sentidos sociales; (b) en ese proceso, es cada vez más importante comprender que dicho escenario se constituye en verdad en una lucha por el acceso y la producción del conocimiento; (c) en ese marco, nuestro interés está dirigido a recorrer comprensivamente este proceso desde las múltiples perspectivas que lo determinan, valorando éticamente sus aportes a la construcción de unas sociedades más democráticas, plurales e igualitarias.

Por último, y quizás como una premisa previa a estas tres que acabo de mencionar, una cita que creo ilustra mejor que nada el propósito

de este libro. Pertenece a un texto clásico ya de David Morley, *Medios, modernidad y tecnología*, y dice así:

> Los estudios sobre los medios, tal como están constituidos hoy, sufren el estrechamiento drástico de la perspectiva histórica, cuya ausencia es extremadamente crítica en la actualidad, cuando nos adentramos en el mundo de los medios digitales. Sostengo que los estudios sobre los medios necesitan colocar los desarrollos contemporáneos, como la formación del ciberespacio, tema del que se ocupan numerosos trabajos contemporáneos, en una perspectiva mucho más amplia. (2008: 15)

Primera parte. Modernidad y tecnologías de la comunicación-mundo (1440-1870)

La primera parte del libro se organiza a partir de un concepto clave inspirado por el comunicólogo y padre fundador de las comunicaciones en América Latina, Armand Mattelart, quien, a partir de *La invención de la comunicación* (1992), comenzó a desarrollar una genealogía de las técnicas de comunicación y su trama en la conformación del mundo moderno. Mi intención es, aquí, desde las coordenadas de la invención de la imprenta, del desarrollo de las

tecnologías de comunicación y el control de los territorios, como de la expansión fuera de Europa de la cultura escritural, hacer el balance de esa experiencia, de su impacto sobre las culturas y los sistemas sociales y políticos. En el capítulo I intento analizar desde la historia del libro estos primeros escarceos. ¿Cuál fue la trama que ligó el desarrollo de la imprenta a la salida de la Edad Media? ¿Fue la imprenta el motor de ese proceso? ¿Con qué otras dimensiones sociales podemos vincularla? Estamos recién *calentando los motores* y el texto recorre, como en una panorámica, el paisaje occidental de la primera parte de la historia, ubicando al lector en el terreno y el contexto. En el capítulo II trato de exponer de qué forma los públicos lectores de aquellas primeras impresiones evolucionan, desde las confusas e ingenuas iniciales voces críticas, como la de Menocchio, hasta el surgimiento de la esfera pública habermasiana. En el capítulo III me centro en la experiencia latinoamericana. ¿Cómo impactó la imprenta en nuestro continente? ¿Qué recepción tuvo en la etapa colonial? ¿Cómo evolucionó luego en los contextos de las independencias? ¿Hay esferas públicas en América? La guía ahí la ejercen los historiadores y ese anfibio explorador que fue Ángel Rama, todavía no lo suficientemente reconocido en las ciencias sociales de la región. El último capítulo es una reflexión alrededor del concepto de *modernidad* en Marshall Berman. Todavía una fructífera caja de herramientas para pensar nuestra contemporaneidad, la mirada del ensayista norteamericano nos permite ligar las teorías a las experiencias de *la calle*. En ese capítulo, las figuras de Lucio

V. Mansilla y Joseph Conrad nos ofrecen un contrapunto que me permitió pensar en qué grado son contemporáneas las diferentes experiencias de la modernidad que muchas veces hemos imaginado distantes en el tiempo.

Segunda parte. El nacimiento de otra cultura (1870-1970)

Esta segunda parte merecería posiblemente un libro aparte. En particular si podemos superar esa mirada simplificadora de atribuirle a la cultura de masas una forma exclusivamente mercantil. Hay que reconocer para eso, en primer lugar, que entre 1870 y 1970, en el mundo, se produce una transformación cultural sin precedentes, quizás tan profunda como la de la imprenta, y seguramente más rápida. En este apartado traté de encontrar esos rasgos que le dieran una identidad menos cerrada, más compleja. De ahí el capítulo v que, sorpresivamente, arrancó con una figura muchas veces olvidada: Julio Verne. Ya es evidente que el escritor francés, ese "revolucionario subterráneo" (Bellour *et al.*, 1968), como maravillosamente lo definieron en ese texto de ensayos las plumas más filosas de Francia,[2] es el paradigma del nacimiento de otra cultura. Así, la obra de Verne emerge vinculando dos dimensiones claves de esa cultura naciente:

2 Entre las muchas plumas famosas que conforman el texto colectivo *Verne: un revolucionario subterráneo*, no es un dato menor que se encuentren las de Michel Foucault, Michel Serres, Bruno Latour, Marcel Brion. La traducción argentina es de Noé Jitrik.

la de la conquista, la del progreso irrefrenable, la de la investigación; y la de los públicos masivos, la de las audiencias nuevas, la de las formas narrativas de una cultura propedéutica. Porque la cultura de masas requirió, en principio, todo un aprendizaje. De ahí que, de las aventuras noveladas de aquel visionario al cine, a la radio, a los cómics, había solo un paso. De hecho, Verne supervisó muchas de las adaptaciones de sus obras al teatro, y fue uno de sus hijos el que realizó algunas de las adaptaciones fílmicas de sus novelas. Lo cierto es que la mecha de la cultura de masas ya estaba encendida. De esa reconstrucción de sus orígenes, paso, en el capítulo VI, a analizar las formas en que se consolida, en el contexto de la posguerra, con el nacimiento de un artefacto nuevo: la televisión. Amalgama de tecnología y forma cultural, como la llamó Williams. ¿Qué ligazón existe entre el tubo de rayos catódicos y las formas arquitectónicas de las casas norteamericanas de las clases medias de posguerra? Como parte del proceso que Morley (2008) llamó la "domesticación de las tecnologías", la televisión fue la reina del hogar, desplazando a la radio y al teléfono. Hoy, esto puede ser visto de un modo nuevo, ya que asistimos al movimiento inverso por la *dislocación de las tecnologías* que ganan lugar en los espacios públicos y en el consumo móvil. En el capítulo VII traigo a la memoria que las comunicaciones tuvieron también un lugar central en un período de crisis. La llamo la *década de la ruptura*. Autores varios me ayudaron a pensar y descubrir qué conflictiva fue esa época, tomando cierta distancia de las miradas románticas. McLuhan, Umberto Eco y Margaret Mead son mis

testigos. Pero la revisión del caso Manson puso un tinte particular a aquella década. Por último, este apartado revisa también la historia latinoamericana de los medios, en especial, la televisión, y el lugar que ocupó en nuestra modernización. En el capítulo VIII pongo mi atención en las formas en que el peronismo elaboró el desarrollo de este nuevo medio. De qué manera catalizó las ansias de integración y ascenso social, la modernidad que connotaba su discurso y su representación, en un país que basculaba, entre su pasado rural y el presente industrial, entre su pertenencia a las clases populares y su lugar de distinción en el barrio. La televisión medió también allí, como también lo hizo para mostrar las transformaciones culturales, de un país que se *aggiornaba* en la música, en la vestimenta o en las costumbres, en especial, de las mujeres, que en ese contexto (1952) obtuvieron la potestad del voto.

Tercera parte. Tecnicidades: de las culturas a la biopolítica (1970-2020)

Según datos sobre la conectividad mundial, la penetración de Internet llegaba, antes de la pandemia, al 60 % de la población mundial. Los celulares ya llegan hoy al 80 % y hay regiones en América Latina que superan el 100 %. Desde que nacieron las redes sociales, a mediados de la primera década del siglo XXI, el mundo se digitalizó por completo. Este es el tema de la tercera parte. Hoy todos somos la red,

punto a punto, uno a uno, en un planeta con más de 7500 millones de habitantes. Este enjambre de conexiones es lo que permite en la actualidad el dispositivo de control más extraordinario de la historia humana. El capítulo IX trata de contextualizar este proceso en su etapa inicial. ¿Dónde estaban los estudios de comunicación de América Latina cuando esta ola gigantesca comenzó a crecer? ¿Qué problemas acuciaban a este campo científico en formación cuando empezaron a conectarse las primeras computadoras y el primer *tsunami digital* llegó a nuestras costas? La primera problematización de este proceso que todavía hoy considero imprescindible es la de Jesús Martín-Barbero, por la profundidad de sus planteos, así como la extensión renovadora de sus interrogantes: todo un mundo nuevo de la comunicación y las culturas se abrieron con aquella obra señera que fue *De los medios a las mediaciones* (1987). Así intenté analizar los dos procesos: del lado de la oferta, las transformaciones del mundo digital de los productores, de los tecnólogos, de la industria -es el tema del capítulo X-; luego, en el capítulo XI, traté de mirar con Henry Jenkins, Carlos Scolari y otros autores -en especial con quien primero abrió el mapa de este universo, Manuel Castells- lo que sucede del lado de las audiencias, de los navegantes, de los prosumidores. En el último capítulo concentro la mirada sobre los informadores. ¿Qué pasa con el viejo oficio de informar? ¿Cómo repercute en esta práctica consustancial a la modernidad? Dos hechos parecen convertirse en el síntoma de una crisis: las *fake news*, que jaquean la credibilidad de un oficio, y la *big data*, que desafía un sistema de producir información.

Si el periodista era el rey de la casuística, ¿cómo enfrentar este magma infinito de información? No tengo recetas, ni es este ensayo el espacio para los consejos.

Lo cierto es que estamos siendo digitalizados. Cámaras de video en aeropuertos, esquinas urbanas, supermercados. Media humanidad con perfiles de Facebook o Instagram. Cuentas bancarias, aplicaciones en celulares para comprar *fast food* o medir cuántos pasos damos en un día. Una biografía digital en la nube con nuestros últimos movimientos. Los libros que leemos o compramos en Amazon o Scribd. ¿Hubo alguna época en que la vida de los seres humanos estuviera tan expuesta? Pero, además, ahora nos adentramos en el mundo del 5G, la última etapa tecnológica. Al momento de escribir este ensayo, en Argentina, ya se están llevando adelante las primeras pruebas en las inmediaciones del Teatro Colón en la ciudad de Buenos Aires y en el Monumento a la Bandera en la ciudad de Rosario. Esta tecnología multiplica cien veces la velocidad del 4G, y hace posible el desarrollo de la inteligencia artificial, base operativa de la cuarta revolución industrial.

Hace algunos años, este estado de vigilancia comenzó a ser pensado por Michel Foucault, Giorgio Agamben o Roberto Esposito, los llamados *filósofos del biopoder*. Los Estados ya no se preocupan por los partidos políticos, los movimientos sociales, las ideologías de los grupos. Hoy la gubernamentalidad puede ejercerse sobre las poblaciones de manera directa. Con esa red de información ubicua podemos saber dónde está cada uno de nosotros, qué compra, qué

come o incluso si tiene fiebre. Según muchas noticias recientes, los regímenes asiáticos usaron esos dispositivos para enfrentar la pandemia. Byung-Chul Han (2020), el ahora afamado filósofo surcoreano que reside en Berlín, presagia una *edad media digital*. ¿Fue necesario el covid-19 para que comprendiéramos finalmente lo que las tecnologías de última generación provocaron en su extenso trabajo de construcción de esta red?

Un viejo texto del investigador galés Raymond Williams (2011 [1974]) decía que los medios de comunicación no respondían a sus disposiciones técnicas, sino a los usos, y que en su determinación los usos develaban los intereses del poder y sus contextos. Es evidente que la discusión recién empieza, pero solo como pregunta: ¿podemos controlar la fiebre de todo un país, pero no el precio de la verdura que llega a la mesa de tantas familias? ¿Podemos seguir los movimientos de los mayores de 65 años con aplicaciones en un celular, pero no saber dónde está el expediente de un reclamo en el servicio de agua potable? ¿Es más fácil conocer cuántos días pasé en mora por el pago de la tarifa del cable y no quién ganó y a qué precio la licitación del servicio alimentario escolar de la escuela de mi barrio? Las redes, por lo visto, son transparentes y opacas también.

Hoy, no sé qué pensaría Williams, pero el debate se hace más acuciante que nunca. El filósofo surcoreano que tanto criticó en los últimos años el desarrollo de los dispositivos de control de este capitalismo tardío, paradójicamente, solo encuentra una respuesta en el decimonónico liberalismo. ¿En serio no hay otra respuesta? ¿Acaso

no se puede poner todo ese poder al servicio de todas las mujeres y hombres del mundo? Sin parecer ingenuo, la historia puede dar sus lecciones. La revolución cultural que implicó la Reforma protestante, en realidad, fue parte de un largo proceso dentro del dominio eclesial feudal y Martín Lutero no fue el único ni el primer reformista. Como sugieren Asa Briggs y Peter Burke (2002), ya Erasmo, entre muchos otros, había señalado muchas de sus críticas, pero él escribía en latín para consumo de los doctos. Lutero escribió para la gente común en alemán y su prédica llegó más lejos; la Reforma fue imparable porque las mayorías asumieron las nuevas doctrinas como su propia voz, y así la revolución no vino de arriba sino de abajo. ¿Acaso en la extensión infinita de la red que supone dominarnos no encontraremos la fortaleza de la resistencia?

Quisiera hacer un último comentario a esta presentación. Tiene que ver con el concepto que atraviesa todo el trabajo que hoy presentamos: *modernidad*. Claramente, desde mediados de los años ochenta del siglo pasado, cuando irrumpió fuertemente de la mano de diversos autores -Berman, Jean-François Lyotard o Jürgen Habermas-, ha sido clave en la consideración de la época en que vivimos. Como dijo Berman (2011), la modernidad está en la calle. Y, por supuesto, lo está también en los hogares, ya sean casas acomodadas en *countries* o pequeños ranchos en favelas y asentamientos. Desde que estalló la pandemia, los medios de comunicación muestran a diario las diferencias sociales que el covid-19 puso en evidencia, y esas diferencias ya forman parte hoy de los debates centrales del

mundo contemporáneo. ¿Cómo deberían administrarse las políticas sanitarias? ¿Cómo deberían funcionar las escuelas para garantizar igualdad de oportunidades a todos los sectores sociales? ¿Cuáles son las prioridades a las que el Estado (todos los Estados) debiera abocarse para construir unas sociedades más justas? Buscar una respuesta a estas preguntas implica necesariamente reconocer cuánto falta para que la modernidad sea efectiva y común; pero además significa debatir qué entendemos hoy por su legado; en nuestro continente, América Latina, esa palabra sirvió para constituirnos como países independientes, pero también se la utilizó, paradójicamente, para copiar modelos y clausurar procesos de integración regional en una lectura absolutamente aviesa del concepto. Porque, en sus promesas de autonomía e igualdad, todas las transformaciones sociales llevan implícitas su mensaje, por eso creo que su legado sigue vigente, y nos puede ayudar a salir de la polar visión sobre nuestra dependencia, que había cerrado el debate sobre nuestra cultura a cierto folklorismo o los excesos del ideologismo, y también a abrirnos al mundo. Somos tan modernos como nuestros vecinos europeos o asiáticos y la modernidad no es una sola, sino plural, de acuerdo con el antropólogo brasileño Renato Ortiz (1997 [1994]). Hacernos cargo de esta multiplicidad de perspectivas nos saca de la queja o de la denuncia y nos obliga a actuar. El mundo no es, sino que está siendo –como señaló ese gran latinoamericano, Paulo Freire–. De nosotros depende cómo.

Primera parte

Modernidad y tecnologías de la comunicación-mundo (1440-1870)

Capítulo I

La revolución impresa

En principio la originalidad de la imprenta atribuida a Johannes Gutenberg no habría que ponerla en duda; es cierto, como lo prueba la innumerable bibliografía y los testimonios de la época, que este orfebre de Maguncia fue el primero en poner en marcha la técnica de los tipos móviles, en el año 1440; eso no significa que no existieran antecedentes de técnicas de impresión fuera de Europa previos a esa fecha. El más conocido de esos antecedentes es el de los chinos, que ya usaban una forma de impresión desde el siglo VIII; la diferencia radicaba en que los orientales, por el carácter ideogramático de su escritura, hacían impresiones en bloque, es decir, sin tipos móviles, como era la técnica del orfebre alemán.

El invento de Gutenberg fue tan exitoso que rápidamente la técnica de impresión se expandió por toda Europa, ayudada por la persecución a los impresores alemanes. En poco menos de cincuenta años, los libros se imprimían en Roma (1467), en París (1468) o en Venecia (1469). La misma técnica cruzó el océano raudamente y llegó a Nueva España -hoy México- apenas concluida, por parte de los conquistadores, la toma de Tenochtitlán, en 1539, gracias al incentivo del virrey Antonio de Mendoza y el obispo Juan de Zumárraga.

Cuestión que manifiesta el interés de la monarquía española, en particular del rey Carlos V, por el dominio cultural que no era solo patrimonio de los protestantes.

Hacia 1500, como lo ilustran Asa Briggs y Peter Burke en *De Gutenberg a Internet* (2002), había más de 13 millones de libros en Europa para una población de 100 millones de habitantes. Y cada capital europea tenía sus talleres de impresión. "De todos esos libros, 2 millones se imprimieron en Venecia" (2002: 29) y otro importante centro editor fue París, que en el año 1500 tenía más de 180 talleres. Sobre esta naciente industria creció una pléyade de nuevos oficios, como notarios, correctores, escribas, traductores y vendedores ambulantes (llamados habitualmente *buhoneros*); es decir, comenzó el largo proceso de alfabetización de las sociedades, sin que ello signifique, de modo alguno, la falta de resistencias. La imprenta tardó en llegar a Rusia, resistida por la Iglesia ortodoxa y los zares hasta bien entrado el siglo XVIII, como también al mundo árabe, que vio desde el principio que la imprenta podía conspirar contra el ejercicio del control de las poblaciones. Así podemos encontrar un matiz a los estudios que sostienen que la imprenta fue una de las tecnologías determinantes en el cambio social (McLuhan, 1972; Ong, 1982; Eisenstein, 2010). Hoy sabemos que las consecuencias de las transformaciones socioeconómicas en las que la imprenta participa son disímiles, dependiendo del contexto y el momento. Si la invención en Europa y su difusión, promovida, en parte, por la persecución a los impresores motivada por los poderes constituidos (estatales y

religiosos), favoreció un proceso de crítica y divulgación de nuevas ideas –como lo sugiere Carlo Ginzburg en su reconocido trabajo sobre el molinero del Friuli, *El queso y los gusanos* (1997)–, también es cierto que la imprenta, impulsada por los monarcas españoles en la conquista de América, tuvo como misión fundamental poner *orden* en aquellas tierras *inhóspitas*. Ángel Rama, en *La ciudad letrada* (1988), ha desarrollado largamente esta función estatal de la escritura, con las consecuencias que observó José Joaquín Brunner (1989) para dar paso a una modernidad inconclusa, mesocrática y sincrética. Alguien podría decir, con Ginzburg, que la imprenta sin la Reforma no tiene el mismo significado; y podríamos agregar que, sin el mercantilismo, el crecimiento del artesanado, sin las ciudades, sin las universidades o el Renacimiento, menos. ¿Podrían haber surgido los Menocchio de América en el siglo XVI con el férreo control que le impuso la Iglesia a esa herramienta? ¿O tendremos que esperar el principio del siglo XIX para que comenzaran a producirse en América los vientos que habían surcado Europa en los doscientos años posteriores hasta la Revolución francesa? Sin pretender dirimir este debate, lo cierto es que, a partir del siglo XV, el libro y todo un nuevo dispositivo cultural fueron parte de un cambio profundo. Ya lo había señalado Francis Bacon (1561-1626): aquella técnica, junto con la pólvora y la brújula, estaban transformando el mundo. Pero también lo ilustra el capítulo LVII de la segunda parte del *Quijote*, cuando el hidalgo español entra a una imprenta donde, ¡oh, casualidad!, se están editando las "apócrifas" nuevas aventuras del ilustre caballero andante, escritas

por un “vecino de Tordesillas” (Chartier, 2006). Más allá del juego entre ficción y realidad que explota la novela, Miguel de Cervantes demuestra ahí que las imprentas eran lugares claves de una nueva cultura; del mismo modo como lo destacan Briggs y Burke (2002) al recuperar la pieza teatral *The Staple of News* (que se puede traducir como “el comercio de noticias”), de Ben Jonson, que transcurre en una “oficina de noticias”, estrenada en 1626.

La corteza que protege la escritura

El primer artefacto de la comunicación moderna fue el libro impreso. Y usamos este concepto para expresar que el libro no solamente es una serie de hojas impresas y cosidas con una tapa o cubierta, sino la articulación de un conjunto de procesos en los que intervienen un sinnúmero de actores, como el autor, el editor, el impresor, el distribuidor, el librero, el crítico y, por supuesto, el lector (Finkelstein & McCleery, 2014). Pero, además, en el libro intervienen dimensiones complejas de orden económico, cultural, institucional e ideológico. Eso explica en parte por qué el libro en poco menos de cien años se convirtió en una industria, pasando de ser un objeto de élite a un objeto masivo.

> El comercio de los libros del Medioevo tardío se había concentrado en las papelerías y los *scriptoria*

> comerciales que proveían a las universidades o a los coleccionistas de manuscritos de lujo. Como tales, abastecían a un mercado local muy limitado. Sin embargo, los ideales del humanismo y el aumento general de la alfabetización en los siglos XV y XVI elevaron la importancia de la literatura en la cultura europea. En respuesta, la imprenta dio acceso a una mayor variedad y cantidad de libros. (Finkelstein & McCleery, 2014)

Porque el libro existió antes de la imprenta en forma manuscrita, pero con la imprenta el libro se convirtió en otra cosa. Para los historiadores, los primeros textos escritos datan del siglo V antes de Cristo. La escritura es todavía anterior: 3000 años antes de Cristo ya hay vestigios de formas escritas. Podían ser estas ideogramáticas y las llamadas escrituras alfabéticas, es decir, las basadas en letras intercambiables. El primer libro es el llamado *códice*, que constaba de una serie de cuadernillos de papel o pergamino encuadernados, manuscritos, de gran utilidad antes del siglo X. La mayoría de los códices de papel datan del siglo XII y XIII, cuando el papel llega a Europa proveniente de Asia, y el más conocido era el "libro de horas", bastante común en la nobleza medieval; ese texto constaba de rezos, salmos e iluminaciones, que se elaboraban específicamente para el dueño. El antecesor al códice había sido el rollo egipcio, que podía ser de papiro o pergamino. Sobre la base de ese libro manuscrito, el

orden eclesial del Medioevo había construido un extenso y complejo sistema de conocimiento. Sostenido en una red dispersa de abadías y monasterios, con sus bibliotecas y sus *scriptorium*, millares de monjes copistas e ilustradores llevaban adelante el arduo trabajo de recopilar, copiar y traducir las obras del conocimiento. Las que se heredaban del pasado helénico y las que producían sus sabios y teólogos. Como ilustró Umberto Eco, en *El nombre de la rosa*, la función primordial de ese vasto sistema cultural era el de clasificar, resguardar y apartar lo que concordaba con la doctrina de lo que se consideraba herejía.

En el ámbito americano hay registros de escritura y textos antes de la conquista española que datan del siglo XII y XIII, los llamados *códices mayas*. Contienen el calendario maya y su sistema numérico, más diferentes aspectos de la cultura de la región mesoamericana. Si bien hay rastros de escritura mucho más antiguos, como la escritura zapoteca en el valle de Oaxaca que alcanza a 600 años antes de Cristo y fue encontrada en piedras u otros soportes, la mayor parte de la información sobre la cultura y la escritura mesoamericana data de entre los siglos VI y IX. Lo que es evidente para los antropólogos y lingüistas que han estudiado las formas de comunicación mesoamericanas, como también las de los incas, es la vasta y compleja red de información y conocimientos que constituían sus culturas. Lejos del pasado sin historia que imaginó Immanuel Kant, América tenía y tiene, antes de la conquista, un largo desarrollo cultural. El rescate de ese desarrollo no es sólo una cuestión de respeto de la diversidad, sino también necesario para la

construcción de un presente diferente. Como sugiere Edward Said en *Cultura e imperialismo*, el pasado colonial es insoslayable, pero a su vez es necesario considerar "la experiencia histórica del imperio como algo común a ambos lados. Por eso la tarea de describirla en lo que tiene de común para indios y británicos, argelinos y franceses, occidentales y africanos, asiáticos, latinoamericanos y australianos, a pesar de la sangre derramada, el horror y el amargo resentimiento" (2001: 25).

El primer libro impreso por un método de reproducción mecánica fue el *Misal de Constanza*, una prueba de Gutenberg antes de encarar la impresión de la Biblia. Si en principio el libro sirvió como lugar de registro y resguardo de la información, con la imprenta la escritura asumió el destino de difusión. ¿Quién era Gutenberg? Era un orfebre alemán, nacido en el año 1400 y muerto en 1468. Su trabajo más conocido es la Biblia de 42 líneas, denominada así por la cantidad de líneas de cada página; sus años posteriores a la impresión de aquella obra quedan en la oscuridad, con problemas económicos redundantes. Su creación será, en los siglos siguientes, el oficio más preciado del mundo, aunque él ya esté en el olvido. Reaparecerá como un héroe moderno siglos después, cuando, como ocurre muchas veces, su invento sea de todos y la burguesía triunfante le rinda homenajes.

Porque la imprenta es, eso ya es indiscutible, parte de una revolución social que se está produciendo en la base económica de una sociedad en transición. Ese conjunto de transformaciones

se puede ordenar en cinco dimensiones, sin que ello implique la preeminencia de alguna de ellas sobre otras. Lo cierto es que un factor determinante fue la transformación económica que refleja el nacimiento y desarrollo del capitalismo; otra, la que reflejan las transformaciones culturales que representó el Renacimiento; por otra parte, la crisis religiosa que conocemos como *el cisma protestante*; no hay que olvidar tampoco lo que significó para la cultura europea la emergencia de una nueva visión intelectual llamada Ilustración; por último, un cambio no menor, condición de posibilidad del desarrollo de unas culturas nacionales, me refiero al crecimiento de las lenguas vernáculas. Briggs y Burke (2002) sostienen, en referencia a este conjunto de procesos, que la historia no se mueve coordinadamente bajo un plan, y que muchos de estos aspectos tuvieron en algunas ciudades o regiones mayor predicamento que otros. Así, la Ilustración fue vital en Francia e Inglaterra, el Renacimiento tuvo su epicentro en Italia y la Reforma protestante hizo sus bases en Alemania, aunque toda Europa recibió el impacto de la transformación económica o la expansión de las lenguas nacionales. Ahora bien, todos ellos comparten rasgos comunes. Recapitulemos, brevemente, cada uno por separado.

El capitalismo

En principio debemos hacer una mínima caracterización de la economía feudal. En los diez siglos que abarca, el feudalismo era esencialmente una economía agraria basada en unidades de

producción de pequeña escala, como las pequeñas comarcas y los feudos. Era una economía de subsistencia, extractiva, recolectora. Los campesinos labraban unas tierras que no poseían y una parte de la cosecha, la más importante, pertenecía al señor feudal. La otra pequeña porción quedaba en manos de los labriegos, que así se aseguraban su supervivencia. Esa economía no generaba excedentes (o generaba muy pocos), aunque se había ido constituyendo una extensa red de comercio a lo largo y ancho de Europa. En los pueblos y las pequeñas ciudades, en el marco de este largo proceso, habían ido surgiendo artesanos y comerciantes. Esos fueron los que comenzaron a acumular capital, lo que luego dio origen al proceso capitalista. Estos artesanos y artistas, como comerciantes, fueron los que empezaron a partir del siglo XV a incrementar su producción, contratando trabajadores y expandiendo sus redes comerciales. El comercio en Asia y la extensión de la influencia de Europa en América fueron parte de un proceso que dinamizó las economías regionales dando lugar a los imperios coloniales. Este período, que va del siglo XVI a la primera mitad del siglo XVIII, se lo conoce como mercantilismo, el cual fue un proceso económico fuertemente determinado por los Estados sobre el mercado y legitimado por las monarquías absolutas. En la segunda mitad del siglo XVIII y durante el siglo XIX se desarrollan los procesos conocidos como primera y segunda Revolución Industrial, que, con la invención de la máquina a vapor (1768), la energía del carbón, la utilización del acero o el descubrimiento de la energía eléctrica, van a transformar definitivamente el mundo productivo.

El Renacimiento

El Renacimiento es un proceso histórico cultural que tiene su epicentro en Europa, en particular en la península itálica, y refiere especialmente al mundo de las artes, las ideas, la religión; una de sus aristas más conocidas la representa una vuelta a los clásicos griegos, en la que se redimensiona el lugar del hombre en el centro de la cultura. El Renacimiento, desde el punto de vista filosófico, está reflejado por el humanismo, doctrina de pensamiento cuyo precursor fue Francesco Petrarca (1304-1374), poeta y escritor italiano dedicado a recuperar la obra grecolatina como el idioma popular italiano. Otro nombre tradicionalmente relacionado con el Renacimiento es Leonardo da Vinci: pintor, escultor, inventor, máxima expresión de este proceso de renovación cultural que tiene como eje fundamental apartarse de la tradición medieval. A diferencia de aquel largo proceso en el cual el mundo giraba en torno a la idea de Dios, el *Rinascimento* hace girar el mundo alrededor de la idea del hombre. Como bien lo representan en el arte pintores y artistas como Da Vinci o Miguel Ángel, la perspectiva renacentista puede ser un fiel reflejo de esta idea, porque todo es visto ahora desde los ojos humanos. A diferencia de la perspectiva feudal que ordenaba el espacio según los criterios teológicos, el arte del Renacimiento es naturalista, racional. La conquista de América, el descubrimiento de técnicas e instrumentos de medición como el telescopio, son partes sustanciales de una nueva época histórica, en la que, paradójicamente, la vuelta a la Antigüedad clásica en realidad

obra como el punto de apoyo para impulsar un salto hacia el futuro; los renacentistas abogan por una nueva relación con la naturaleza, el hombre se convierte en la medida de todas las cosas y el mecenazgo se constituye en la nueva forma de producción cultural.

El cisma protestante

En cuanto a la crisis religiosa, ya no hay dudas de que fue capital en la transformación de la modernidad. Ya lo señaló en su momento el gran sociólogo alemán Max Weber, en su trabajo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Si bien el cisma surge como una discusión religiosa y doctrinaria dentro de la Iglesia católica, en realidad también es un catalizador de un proceso más profundo de reformas en la cristiandad que viene de lejos; en principio, de ese largo proceso que se inicia con los milenarismos, en especial el de Joaquín de Fiore, que fue un antecedente significativo para las reformas religiosas que luego devienen en la Reforma protestante. La discusión de fondo, doctrinaria, la impulsa Martín Lutero (1483-1546), este monje alemán que está en el corazón del conflicto de poder que atraviesa esa primera etapa de la imprenta. Es la predestinación y la libre interpretación de la Biblia, el acceso a las Escrituras sin la intermediación de la curia. Por eso el Concilio de Trento posterior reubica en la palabra de la autoridad eclesial la verdadera interpretación dogmática de las Escrituras. Lutero, en cuanto a la predestinación, hace un razonamiento simple (que es el que toma Weber para definir esa afinidad entre la llamada

ética protestante y el desarrollo capitalista): si el dilema central de cualquier persona creyente es la salvación, y el dios del cristianismo -principio y fin de todas las cosas- es omnisciente, es impensable imaginar que el camino de cada sujeto ya no esté definido más allá de las obras particulares. El problema, dice Lutero, es cómo saber si estamos salvados o no. Para eso, el protestantismo piensa que ese dios todopoderoso no es un perverso, es decir, que nos da alguna señal. En estas señales es evidente que la buena vida, el cumplimiento de las normas, la ponderación de los otros por nuestros éxitos, el apego a la profesión, son los rasgos de una visión del *ser supremo* benevolente. Así, todo lo que hagamos para poner en evidencia nuestra *buena vida*, es recompensado por Dios. Esa cultura del trabajo, de la constricción a la profesión, de la búsqueda del éxito personal, se convirtió en el clima propenso, culturalmente hablando, para el desarrollo de la empresa capitalista. La libre interpretación de la Biblia deviene más bien de la profunda crítica que Lutero hace fundamentalmente al clero, a Roma, y al poder mundano de la curia. Lutero es en realidad un ortodoxo y, como muchos otros reformadores, veía en la Iglesia una deformación de las enseñanzas cristianas. En esa línea, los reformistas encuentran que, si la palabra de Dios está en las Escrituras y la fe es la fuente fundamental de la salvación, había que acercar esa palabra a los creyentes. Por eso Lutero, Juan Calvino, Felipe Melanchthon, son grandes impulsores de la imprenta. Lutero es el primero en traducirla al alemán y sus escritos tienen una gran difusión en toda Europa.

La Ilustración

Si pensamos en la Ilustración nos tenemos que remitir específicamente al debate filosófico fundamental de la modernidad que se desarrolla alrededor de la idea del contrato como fundamento del orden social. Son los grandes padres del iluminismo: Thomas Hobbes (1588-1679), John Locke (1632-1704) y Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), quienes definen un nuevo origen de la sociedad, el llamado *contractualismo*; esta nueva doctrina suponía una contradicción principal con la idea predominante hasta esa época: el origen divino de la monarquía. Aunque unos defiendan la forma monárquica de gobierno y otros, la futura república, el principio común a los tres es que la fuente del origen del poder se configura a partir de causas naturales. Es la naturaleza del hombre: la lucha por la supervivencia, el enfrentamiento entre los hombres, como lo definió Hobbes en su famosa frase *homo hominis lupus* ("el hombre es el lobo del hombre"), la que define la organización social. Para Hobbes, el Leviatán, el Estado, a través del monarca, quien hace cumplir la ley, nos protege a unos de otros; así el contrato es una cesión del poder de autogobierno al soberano que, imponiendo la ley, garantiza la seguridad. El Leviatán es ese monstruo mítico que es más fuerte que los individuos. La versión de Locke es más moderada: no hay cesión del poder, hay mediación. En el caso de Rousseau, la concepción de origen es diferente, en el estado de naturaleza el hombre es bueno. Es la lucha por la propiedad la que genera los conflictos y la guerra. El

contrato aquí es la forma de evitar esta conflictividad. La importancia del contractualismo en el proceso de transformación social de la modernidad radica en haber constituido el fundamento filosófico-político de la Revolución francesa. Si Dios no es más el garante de la legitimidad del poder, el poder está en cada individuo y, en consecuencia, en la suma de todos los individuos: el pueblo. Uno de los reflejos más contundentes de la filosofía de la Ilustración desde el punto de vista de la comunicación es la *Enciclopedia de Diderot y D´Alembert* (1751-1772). Porque la enciclopedia refleja la intención de confeccionar la suma de todos los conocimientos de la humanidad, de todos los saberes que se vuelven así, universales.

El crecimiento de las lenguas vernáculas

El último factor que queremos rescatar ahora sobre el conjunto de transformaciones de la modernidad es el crecimiento de las lenguas vernáculas. Hasta entonces, el mundo feudal había consagrado como única lengua de conocimiento, de saber, al latín. El latín era el idioma de la cristiandad, de las Escrituras y, por tanto, de la palabra de Dios, finalmente de la verdad. En forma paralela, o subterránea, habían crecido idiolectos, lenguajes populares, vulgares, vernáculos, que eran los que hablaba el pueblo, el lenguaje común del vulgo, de los sectores populares; sin embargo, estos lenguajes nunca habían logrado salir de sus guetos o periferias socioculturales. Es a partir del siglo XV, y en particular con la aparición y desarrollo de la imprenta, que se expanden estos lenguajes populares, que

se fijan gracias al texto impreso, luego llamados *nacionales*. Como lo destacó Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas* (1993), las lenguas vernáculas asociadas al desarrollo de este capitalismo impreso hicieron posible el surgimiento de una conciencia nacional y de unas culturas que comenzaban a centralizarse desde un vértice, las ciudades capitales, pero también a expandirse sobre la población como un magma; sin este idioma común es imposible pensar en la masificación de la cultura y el surgimiento de un sentimiento de identidad y comunidad. De este modo, el proceso que se inicia con la imprenta culmina con la escolarización. Cuando la escuela tome como una de sus misiones fundamentales enseñar a leer y escribir en un idioma nacional, el proceso iniciado, quizás sin querer, por Gutenberg se hace universal.

La invención del otro

Las primeras noticias publicadas sobre América llegaron a Europa en la correspondencia que Cristóbal Colón envió desde Lisboa a los reyes católicos, luego de su primer viaje. La conocida carta a Luis de Santángel, de febrero de 1493, en la que Colón menciona brevemente los veintiún días de travesía y las características generales de las islas descubiertas y "las gentes" que las poblaban (Edney, 2008), fue impresa y distribuida por Europa de manera inmediata, se cree

que por orden de los mismos reyes que querían dejar asentada su propiedad sobre *las Indias*.

Desde entonces, un sinnúmero de referencias circularon por las grandes capitales del continente, producto de los informes o cartas de algunos de los protagonistas de aquella epopeya en curso; desde Martín Pinzón, que envió las primeras noticias a los reyes desde La Pinta anclada en Barcelona, a Bartolomé de las Casas, que escribiera la *Historia de las Indias*,[3] o Hernando Colón (hijo del almirante y acompañante del cuarto viaje), que redactó la *Historia del almirante* en 1535, publicada después de su muerte por sus herederos en 1571. Todos quisieron dejar sentado su lugar en la historia del descubrimiento.

La importancia del viaje de Colón fue, como lo atestigua esa innumerable profusión de relatos impresos y manuscritos, inmediatamente reconocida por sus contemporáneos; y esa primera etapa de la modernidad no estaría completa sin el periplo inaudito de aquel marino genovés que se lanzó al océano en busca de oro. Para el filólogo búlgaro Tzvetan Todorov (2007), ahí comienza realmente la modernidad, porque el viaje de Colón y su "descubrimiento" de América (no de los americanos, a quienes negará en su cultura y sus tierras), el 13 de noviembre de 1492, concluye el proceso de completitud del territorio ("el mundo está cerrado") que la humanidad iniciara en los albores de su historia, configurando de nuevo una alteridad

3 La *Historia de las Indias* compuesta por De las Casas fue originalmente un texto manuscrito que el obispo de Chiapas escribió en varias etapas por casi 35 años. Recién tuvo su forma impresa en 1875.

concebida como exclusión en el paradójico momento en que cerraba el círculo de su extensión humana. Porque el descubrimiento del continente americano es radicalmente diferente de los otros viajes exploratorios, ya que, de aquellos otros territorios, por ejemplo, hacia el este (la China o Japón) o hacia el sur (África), se tenían noticias desde tiempos inmemoriales. Con América es distinto. América es lo *otro*.

Los textos fundacionales sobre la relectura de la expansión imperialista de Occidente fueron escritos por dos escritores nómadas, exiliados, desplazados: Said y Todorov. No es casual tampoco que transcurrieran apenas tres años entre uno y otro. *Orientalismo*, de Said, se publicó en 1978 y *La conquista de América*, de Todorov, en 1981. Los dos textos cimentaron lo que se conoce como los *estudios poscoloniales*. Allí, los dos referentes, uno de literaturas comparadas, el otro de la lingüística barthesiana, realizan los primeros estudios sobre la construcción discursiva de la alteridad. En *Orientalismo*, Said (2002 [1978]) demuestra que la historia de *Oriente* es, para Occidente, un relato sobre el exotismo, el misterio y un primitivismo que nada tiene que ver con la verdadera configuración histórica de Oriente. Es más, dice Said, *Oriente* es un discurso sobre el otro que se construye como totalidad solo para configurar el propio lugar superior de Occidente. Algo similar propone Todorov (2007 [1981]) al leer los diarios de Colón. En esos diarios, como en los textos de De las Casas, incluso a pesar de las diferencias entre ambas visiones, se refleja claramente para Todorov la distancia entre las concepciones

comunicacionales de los conquistadores y las de los nativos. Para Todorov existen dos grandes formas de comunicación: una, entre el hombre y el hombre; y, la otra, entre el hombre y el mundo. Así, mientras los indios cultivan la segunda, los españoles se especializan en la primera. La comunicación entre el hombre y el mundo comporta una visión cosmológica que integra, en una totalidad cultural, las cosas, el ambiente, el contexto y a los sujetos, que además no son vistos individualmente, sino de un modo colectivo, social. La de los mayas es una comunicación que se inscribe en el ritual, que es cíclica, fuertemente cargada por el pasado, que determina en un modo absoluto sus costumbres y sus actos. La comunicación entre el hombre y el hombre de los españoles es racional, discreta, dirigida al otro, en su intención de conquista, de dominio y control. Todorov lo relata así:

> De este choque entre un mundo ritual y un acontecimiento único [la conquista] resulta la incapacidad de Moctezuma para producir mensajes apropiados y eficaces. Los indios, maestros en el uso de la palabra ritual, tienen por ello menos éxito ante la necesidad de improvisar, y esa es precisamente la situación de la conquista. Su educación verbal favorece el paradigma en detrimento del sintagma, el código en detrimento del contexto, la conformidad al orden en vez de la

> eficacia del instante, el pasado en vez del presente.
> (2007 [1981]: 132)

De ahí, como relatan las crónicas, que Moctezuma quedó mudo. No pudo hablar. Perdió la palabra y, con ello, la guerra. ¿Cómo explicar, si no, la victoria de Hernán Cortés, que, con unos pocos cientos de hombres, pudo vencer a millones de indios en sus propias tierras?

Pero esta victoria resultará, para Todorov, contradictoria.

> Los españoles ganan la guerra [...]. Pero su victoria es problemática, pues no hay una sola forma de comunicación, una dimensión de la actividad simbólica. Toda acción tiene su parte de rito y su parte de improvisación, toda comunicación es, necesariamente, paradigma y sintagma, código y contexto; el hombre tiene tanta necesidad de comunicarse con el mundo como con los hombres. El encuentro de Moctezuma con Cortés, de los indios con los españoles, es ante todo un encuentro humano, y no debe asombrar que ganen los especialistas en comunicación humana. Pero esta victoria, de la que hemos salido todos nosotros, tanto europeos como americanos, al mismo tiempo

> da un serio golpe a nuestra capacidad de sentirnos
> en armonía con el mundo. (2007 [1981]: 148)

Colón lo repetirá en su correspondencia, como también en los *diarios*. Así, en su incapacidad de comprender el otro mundo, el almirante y conquistador *inventa* las Indias, en una paradójica negación del otro. Si a De las Casas le costó varias décadas pasar de la ignorada humanidad de los nativos al reconocimiento de sus derechos, aunque siempre *resguardados* por una evangelización obligada, para Colón los naturales nunca dejaron de ser más que un paisaje. Y en ningún momento dejó de pensar que esta anexión territorial estaba al servicio de la Corona y de Dios. Por eso los nuevos habitantes son para Colón como parte de la naturaleza, dando una continuidad en su relato a los "fermosos árboles" y los "fermosos cuerpos desnudos de los hombres y las mujeres".

Capítulo II

Cafés, lectores y críticos

En el año 1616 mueren en Stratford y Madrid los dos artistas que inauguran la cultura moderna: William Shakespeare (1564-1616) y Miguel de Cervantes (1547-1616). Arnold Hauser, en *Historia social de la literatura y el arte* (1993), la llamó la segunda derrota de la caballería. La primera, se dice, fue la batalla de Pavia cuando los arcabuces de Carlos V derrotaron a la caballería gala. Ciertamente, no han pasado más de ciento cincuenta años desde la invención de la imprenta o desde el *descubrimiento* de América, poco menos desde los hallazgos científicos de Galileo Galilei, y todavía se viven los coletazos del cisma que hizo temblar a Europa y el monolítico orden teológico, cuando un soldado de Castilla, que ha perdido la movilidad de una mano y ha pasado cinco años en la cárcel de los moros, escribe uno de los textos más famosos de la literatura moderna: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605). Por su parte, en esa misma época, Shakespeare ha escrito y representado obras como *Romeo y Julieta* (1595), *Hamlet* (1601) o *Macbeth* (1606), revolucionando así la escena londinense y creando una de las más largas tradiciones del drama moderno. Una de sus últimas obras es *Cardenio*, obra de teatro basada en la historia

del *Quijote*, representada solo dos veces por su compañía, *King´s Men*, en 1613.

Ambos autores, uno creando la novela moderna, y el otro, el drama contemporáneo, fueron los primeros en comprender que aquel mundo de caballeros era una ficción que se terminaba; algunos podrán decir que además era una locura. Intuitivamente descubrieron a la par que vivimos en un mundo de narraciones, que la distancia entre realidad y ficción es más corta de lo que creemos.

Como lo señaló con detalle Hauser, el renacimiento del romanticismo caballeresco, con sus épicas heroicas y novelescas, como las que se reflejan en *Amadís de Gaula* (1508) y toda su saga, que alcanza la cúspide de su evolución hacia finales del siglo XVI, en Francia, Portugal y España, es un "síntoma del incipiente predominio de la forma autoritaria de Estado, de la degeneración de la democracia burguesa y de la progresiva cortenización de la cultura occidental". Así, indica Hauser, "los ideales de vida y los conceptos de virtud caballerescos son la forma sublimada de que revisten su ideología la nueva nobleza, que en parte asciende desde abajo, y los príncipes, que se inclinan al absolutismo" (1993: 59).

Son una manifestación de esa representación ideológica el emperador Maximiliano I de Habsburgo (1459-1519), que es considerado *el último caballero*, e Ignacio de Loyola (1491-1556), el

fundador de la Compañía de Jesús, que se autodenomina *caballero de Cristo*.

> [Pero] los mismos ideales caballerescos ya no son suficientemente apropiados; su inconciabilidad con la estructura racionalista de la realidad política y social y su falta de vigencia en el mundo de los "molinos de viento" son demasiado evidentes. Después de un siglo de entusiasmo con los caballeros andantes y de orgías de aventuras en las novelas caballerescas, la caballería sufre su segunda derrota. Los grandes poetas del siglo, Shakespeare y Cervantes, son nada más que los portavoces de su tiempo; únicamente anuncian lo que la realidad denota a cada paso, a saber: que la caballería ha llegado al fin de sus días y que su fuerza vital se ha vuelto una ficción. (Hauser, 1993: 59)

Y no hay que perder de vista que la declinación de la cultura de caballerías abre las puertas a la conformación de otro tipo de civilidad. Si la primera tenía el aura de la ética nobiliaria, de las causas conquistadoras de territorios y almas, esta nueva estará más atada al comercio, al cálculo y a la crítica. Jürgen Habermas (1994 [1961]) la llamó "esfera pública burguesa" y Peter Burke (2002), con muchos otros, la denomina "esfera pública política"; lo cierto es que esta

nueva sociabilidad se constituye en el período que los historiadores llaman "moderno temprano", entre 1450 y la Revolución francesa.

No obstante, ese mundo de relatos de aventuras se expandió desorbitadamente con la imprenta en el siglo XVI. Lo prueba la innumerable edición de libros que circulan por el mundo a través de los medios más inesperados. Un testimonio de esta expansión es el cargamento que llega a Nueva España con más de cuatrocientos cincuenta ejemplares de la novela *Amadís de Gaula*, una de las preferidas por don Quijote. O las más de mil que se encuentran en los depósitos de Lima, con las historias de Pierres y Magalona. Lo interesante aquí es, como lo observan Briggs y Burke (2002), que, a pesar de la prohibición del clero, llegaban a Sudamérica más novelas que sermones religiosos, contrariamente a lo que sucedía en América del Norte, más puritana.

La imprenta fue así protagonista de un movimiento cultural y político que tuvo consecuencias sociales fundamentales. Transformación del concepto del mundo, del hombre, de la naturaleza, de la sociedad y del destino humano. Vasto movimiento ideológico que alcanzó su madurez conceptual con la filosofía ilustrada. La naturaleza deja de ser contemplada desde una perspectiva religiosa y comienza el largo proceso de conocimiento, de develamiento, de desencanto del mundo natural. A partir de aquí la naturaleza será estudiada científicamente. Las ciencias físico-matemáticas rompen el cerco de los mandatos divinos: la astronomía se anima a realizar predicciones sobre un espacio intangible y extraño tan lejano como

el cielo, y el método inductivo permite encontrar regularidades observables en los fenómenos y construir leyes naturales a partir de los sentidos.

Hannah Arendt rescató la singularidad de este proceso en la figura de Galileo:

> Lo que Galileo hizo y que nadie había hecho antes fue emplear el telescopio de tal manera que los secretos del universo se entregaran a la cognición humana con la certeza de la percepción de los sentidos; es decir, puso al alcance de la criatura atada a la Tierra y de su cuerpo sujeto a los sentidos lo que siempre había parecido estar más allá de sus posibilidades, abierto a lo sumo a las inseguridades de la especulación e imaginación. (2009: 288)

Este conocimiento adquiere también un nuevo fundamento. La forma privilegiada del saber en el mundo moderno será la razón y no la fe, como lo había sido durante el período medieval. Pero, además, esta razón tiene un mandato diferente de su antecesora; esta nueva razón debe fundarse y lo hace en su misión de transformar el mundo: transformar y dominar son parte esencial del razonamiento. Porque esta capacidad ahora le permite al hombre la emancipación, la liberación de tradiciones y dogmas, de leyendas y supersticiones,

de atavismos y prejuicios. En esta razón práctica, el hombre moderno adquiere la voluntad de construir una sociedad futura feliz.

Por otro lado, el hombre ya no es entendido como un sujeto caído en desgracia, como un ser desvalido y degradado por un pecado y necesitado, en consecuencia, de la gracia divina para su salvación. Para los modernos, el hombre es un ser soberano del mundo, que, al contrario de la teología, no ha sido expulsado del paraíso, sino que vive en él en la medida en que puede controlarlo. Esta soberanía es tan amplia y fundante que la propia razón, ahora esencia de lo humano, le permite llegar a la justificación de la existencia del ser superior. *Dios, razón, orden natural*, se convierten en las fuerzas que hacen la historia, una historia que el hombre concibe como evolución, superación y liberación. Charles Darwin, René Descartes, Galileo Galilei, Cristóbal Colón, Jean-Jacques Rousseau, se convierten en arquetipos del hombre conquistador. Conquistas sobre la naturaleza, sobre el cuerpo humano, sobre los astros, sobre los territorios, sobre el tiempo. Así se construye la figura del sujeto humano liberado de dogmas y supersticiones, sujeto que tiene ahora entre manos, un destino esencial: el de construir una sociedad a su imagen y semejanza, ya no la *Ciudad de Dios*, sino la sociedad humana. Gran legado de la Ilustración, legado de Hobbes, Locke y Rousseau. Es decir, el proceso sociopolítico que lleva de la abolición del orden feudal al surgimiento de la sociedad que denominamos *moderna*. Proceso en el cual la aparición de un nuevo concepto de sujeto es clave: el *individuo*. En la ruptura de los estamentos y las cofradías, se

desarrolla una nueva relación entre el sujeto y el poder en la forma del contrato sustentado también en un orden natural.

Lecturas y lectores

Entre los documentos que mejor reflejaron este cambio de sensibilidades a lo largo de todo el siglo XVI están los que, a principios de 1970, encontró Carlo Ginzburg en el arzobispado de Udine. Allí, el historiador italiano descubre los archivos de la Inquisición que registran el juicio a Domenico Scandella, más conocido como Menocchio, quien fuera sometido entre 1583 y 1599 a sucesivos interrogatorios por hereje y luego condenado a muerte por el papa Clemente VIII. Como sugiere Ginzburg en *El queso y los gusanos* (1997), la condena inflexible a este simple molinero no puede escindirse del contexto de la imposición de la doctrina del Concilio de Trento (1545-1563) por la cual, también, fue condenado a la hoguera Giordano Bruno (1548-1600). Así, la Iglesia definía hacia arriba y hacia abajo su lucha contra las *herejías* que el cisma protestante difundía por Europa.

Son esas actas los primeros documentos, y quizás los más transparentes, sobre las formas de lectura de un sector popular en pleno siglo XVI. Porque, para comprender acabadamente el tipo de lectura que hace Menocchio, luego de los cien años de influencia de la imprenta en esa comarca del norte de Italia, el Friuli, hay que observar, como lo hacen Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (2001)

en la *Historia de la lectura en el mundo occidental*, que el ejercicio de leer está determinado históricamente.

Porque leer, como describe el largo trabajo de Chartier y Cavallo (2001), no ha sido por supuesto una actividad natural, ni tampoco por leer entendemos siempre lo mismo. Así, cada época histórica tuvo sus marcos de lectura, su vínculo con la escritura, sus prácticas y formatos. La relación de los hombres y las mujeres con la escritura no es simple ni, mucho menos, espontánea o superficial. Y siempre han existido "diversas formas de leer". Leer en voz alta, leer susurrando, leer en silencio. Leer para comprender, leer para salvarnos, leer para interpretar, leer para entretenernos, leer para copiar, corregir o comentar. La lectura es una práctica. Y, de acuerdo con Chartier, no hay lecturas inscriptas previamente en el texto y el texto no existe más porque existe un lector para comprender su significado. Como dice Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano*, "los lectores son viajeros" (2000: 187); y la escritura no tiene destino y su influencia llega, como sugirió Platón en el *Fedro*, incluso para el que no sabe leer (citado en Chartier & Cavallo, 2001). También leer no es lo mismo para el que lo hace en un rollo, en un códice, en un libro impreso o en una pantalla. Repasemos las diferentes etapas, sin pretender por ello dar cuenta de esa extensa historia.

Durante la Grecia antigua la lectura era privilegio de la élite dominante y de los filósofos, que incluso la miraban con recelo; en

la mayéutica[4] se priorizaba el diálogo, porque el conocimiento era una suerte de alumbramiento, el saber ya estaba en cada conciencia, en cada sujeto, solamente había que hacerlo surgir, y el método para lograr ese surgimiento era la dialéctica socrática, un diálogo que avanzaba con interrogantes de lo más simple a lo más complejo. La escritura era un acto administrativo y su función era la fijación del discurso oral en un texto. Leer en voz alta era muy común y por lo tanto era una lectura oralizada, porque la escritura copiaba el habla.

Luego viene la lectura medieval, que es una lectura murmurante, piadosa, de salvación. Leemos para llegar a Dios, leemos para nosotros y los otros, porque también es acompañada por una lectura en voz alta, desde el púlpito -pensemos en la liturgia-. Se leen las Escrituras entendidas como la palabra de Dios y de este modo es una lectura que no separa la voz del hablante del poder que lo inviste, como señalara Brunner en "Medios, modernidad, cultura" (1989), brillante texto de interpretación sobre la comunicación y la cultura en América Latina. Leemos copias de las Sagradas Escrituras. Leemos escrituras canonizadas.

La lectura en los inicios de la modernidad se cruza con el Renacimiento, la Reforma religiosa, los diferentes ritmos de la modernización; es muy distinto el impacto del dominio de la Iglesia sobre la lectura en los países que quedaron bajo la órbita de la contrarreforma (España, Portugal, Italia) que en los que recibieron el

4 La mayéutica era la denominación que recibió en la Grecia antigua el método de acceso al conocimiento.

impulso de los reformistas. Lo mismo es diferente en la efervescente ciudad de Florencia, cuna del Renacimiento. Como lo atestigua la famosa carta de Nicolás Maquiavelo (1969 [1513]) al embajador florentino en Roma, Francesco Vettori, la lectura en los principios del humanismo fue una gran revolución, en donde se cruzaban los poetas griegos y latinos con los grandes filósofos medievales: "Al salir del bosque camino hacia una fuente y de allí a cazar pájaros. Llevo un libro conmigo, Dante o Petrarca, o uno de esos poetas menores como Tibulo u Ovidio y semejantes: leo de sus amorosas pasiones, y sus amores me recuerdan los míos, y disfruto un rato de ese pensamiento".

Por supuesto, para los líderes protestantes (Lutero, Calvino), los libros y la imprenta fueron en la primera etapa sus aliados. En ese contexto creció la lectura en silencio. Y esta diferencia no es menor. La lectura interior, íntima, abre un horizonte diferente para esa práctica, porque es el mundo del yo particular el que nace ahí, la persona y su conciencia: el individuo. Luego de esta etapa vino la segunda revolución, la que se abrió paso de una *lectura intensiva*, es decir, pocos textos, relecturas de un corpus limitado de obras, a otra, más abierta, la llamada *lectura extensiva*, que abarcaba una cantidad más grande de textos, ahora multiplicados por la imprenta; si bien esta tesis ha sido puesta en duda, como refieren Chartier y Cavallo (2001), dado que hubo lectores extensivos durante el mundo feudal y gran parte de las grandes novelas del siglo XVI y XVII fueron intensamente leídas por los públicos lectores del período, lo cierto es que el proceso de

crecimiento y expansión de los lectores fue continuo y abarcó tanto a las clases altas como a las populares, como lo prueba la profusa difusión de los textos que difundían los buhoneros.

Entre las lecturas que los interrogatorios de la Inquisición a Menocchio pusieron al descubierto, hay un libro muy significativo: el *Decamerón*, escrito por Giovanni Boccaccio entre 1349 y 1351. Allí se narran las historias que siete jóvenes mujeres y tres varones se cuentan durante diez jornadas, cuando, escapando de la peste negra, se refugian en un caserón alejado de la ciudad de Florencia. La novela, en el estilo del relato enmarcado de *Los cuentos de Canterbury* o *Las mil y una noches*, pone de relevancia, a través de cada una de las historias, el poder salvador de la palabra y anuncia las claves de la literatura moderna. Anticipándose al humanismo, Boccaccio, amigo de Petrarca, promueve, en el dialecto florentino vernáculo, un lugar destacado a las mujeres, no sólo como receptoras primeras de la historia, sino, en muchos casos, como narradoras, y se muestra lo suficientemente distante de la escolástica por la trama manifiestamente erótica de alguno de los cuentos, pero también por el tono burlón con el que trata a autoridades eclesiales y políticas. Originalmente leído por las clases comerciantes de la Toscana, la aristocracia le dio poco valor en su momento y, como era de esperarse, la Iglesia lo incluyó en la lista de libros prohibidos por la Inquisición; sin embargo, los sectores populares lo tomaron como propio, no solo porque recogía en parte cuentos que circulaban oralmente, sino porque tomaba su voz en un texto impreso.

Cultura moderna y esferas públicas

Pero no solo de ficciones vivía el mundo. Como lo constatan los historiadores, el desarrollo de la prensa será vertiginoso. Paralelamente al negocio de las *hojas impresas*, se difunde, impulsado por la persecución religiosa, el oficio del tipógrafo. Noticias, almanaques, crónicas de catástrofes y leyendas son los gérmenes de un nuevo medio de comunicación que, en Amberes a partir de 1620, en Londres a partir de 1621, y en Boston a partir de 1690, tendrá el nombre de *gaceta*, *mercurio* o *zeitung*. Sumado a todo este bagaje de impresos periódicos circula desde la temprana era moderna un sinnúmero de textos impresos, novelas de caballería, cuentos y relatos, que va conformando un variado corpus de literatura popular. En este circuito, entre lo docto, lo religioso y lo popular, se va produciendo ese enorme y extenso proceso de alfabetización. No dejemos aquí de mencionar la influencia de las primeras escuelas, como a la que parece haber asistido el mismo Menocchio en su infancia. En aquella escueta lista de lecturas de Menocchio surge claramente la heterogénea difusión de los libros: Domenico Scandella había tenido acceso a libros sagrados (la Biblia) como a los prohibidos (el *Decamerón*) o los viajes atribuidos a John Mandeville; del mismo modo, el trabajo de Chartier y Cavallo (2001) rescata durante el período de transición, como en los años posteriores, una considerable cantidad de textos populares que ilustran las lecturas de este período. Y es conocido el caso de la *biblioteca azul*, del *colportage*,

así como de las novelas de caballería, a las que nos hemos referido. Habermas (1994 [1961]) la llamó "esfera pública plebeya", aunque la descartó de sus consideraciones específicas sobre la constitución de la esfera pública burguesa.

Es cierto que estamos en un proceso de cambios significativos. La Iglesia, la estructura de la cristiandad, pierde centralidad. Es el Renacimiento, es la Reforma, pero también es la pérdida de legitimidad en cuanto a la transmisión y producción del saber. Entre los siglos XV y XVI se desarrolló conjuntamente con el movimiento del Renacimiento un florecimiento de las ciencias naturales, y esas nuevas ciencias, dedicadas al conocimiento científico y a la experimentación, encontrarán en las universidades un ámbito de desarrollo fuera del control eclesial. Este cambio educativo es fundamental porque es la antesala del surgimiento de unos sistemas educativos o escuelas desligados del dominio religioso. El otro factor clave es, después del libro, por supuesto, la comercialización de las noticias y, finalmente, el periódico.

Es en este proceso de expansión de las noticias que Habermas puso el acento cuando, en 1961, publicó su trabajo más conocido: *Historia y crítica de la opinión pública*. Si bien originalmente este tratado estaba dirigido a realizar, a partir de esa categoría, una crítica a la refeudalización que se producía en el siglo XX, con la mercantilización de las noticias y los medios, el texto fue fundamental para lanzar un concepto que tuvo una amplia acogida en las ciencias políticas y la sociología de la comunicación. Para Habermas (1994 [1961]), en los

siglos XVII y XVIII, dos factores habían convergido en la constitución de un espacio de participación política y ciudadanía, si bien acotada a las clases ilustradas: las gacetas y las revistas literarias, y los círculos de sociabilidad burguesa, cafés, clubes y tertulias. Evidentemente, estos nuevos escenarios se constituyeron gracias al desarrollo de la prensa: *The Daily Courant* o *The Spectator*, en Inglaterra; *La Gazette de France* o *Journal des Savant*s, en Francia. Pero el salto entre una cultura oral y una escritural, en el que claramente incide la invención gutenbergiana, no estaría completo sin esa profusa transición que representó el comercio de noticias manuscritas. Como muy bien lo refleja la comedia teatral de Ben Jonson, *The Staple of News*, estrenada para los carnavales de 1626 en Londres, o la mascarada *Noticias del nuevo mundo descubierto en la Luna* de 1641, la recolección, confección, reproducción y distribución de noticias manuscritas fue un negocio muy importante durante un largo período. Según cuenta Chartier en *Inscribir y borrar* (2006), texto en el que revisa las formas de lectura y producción escritural en el interregno entre el siglo XI y el XVIII, una "oficina de noticias" podía producir cerca de mil cartas semanales que se distribuían por suscripción a funcionarios estatales, religiosos y comerciantes. "Como lo mostró Harold Love, la difusión de noticias manuscritas, copiadas por escribas profesionales, dirigidas a una red de suscriptores o bien vendidas en las tiendas de los libreros londinenses es un negocio rentable en la Inglaterra del siglo XVII" (Chartier, 2006: 111).

Ciertamente, estas competían con los primeros corantos, las primeras gacetas, pero esa competencia no era solo en términos de difusión, sino fundamentalmente de credibilidad. Muchos editores de noticias manuscritas comenzaban a quejarse porque el solo hecho de estar impresas les daba a estas últimas una credibilidad que las primeras perdían. Por supuesto que las manuscritas abarcaban las más amplias gamas temáticas y, como refleja la comedia, estaban clasificadas por sector religioso: las noticias pontificias, las protestantes o calvinistas; pero también las que eran evidentemente sospechosas o inverosímiles. Las *fake news* son así más viejas de lo que pensamos y nacieron junto a las verdaderas, como las dos caras de una misma moneda.

A caballo de estos dos siglos toda la prensa periódica y política tuvo su entrada en escena. Si del lado francés este proceso estuvo marcado por lo que Manuel Vázquez Montalbán llamó, en *Historia y comunicación social* (2000), "la prensa oficiosa", cuya máxima expresión fue *La Gazette de France*, fundada en 1631 por Théophraste Renaudot, editor prohijado por el cardenal Richelieu (1585-1642), en Inglaterra, la prensa vivió sus años turbulentos en el contexto de la Revolución de 1641 que enfrentó a monárquicos y parlamentarios durante casi todo el siglo XVII y que desembocó, como sugiere el gran historiador inglés Christopher Hill (1980), en un sistema capitalista avanzado, potencia mundial de la economía europea y vanguardia de las libertades burguesas.

Evidentemente, la prensa periódica molestaba a las altas esferas del poder en un momento en que los suelos donde se asentaban largos períodos de dominio y acumulación parecían conmoverse por luchas sociales, políticas y religiosas.

Así, un deliberado aparato ideológico de Estado se montó sobre los periódicos a través de diversas medidas:

> Un sistema de "concesionismo" de permisos de imprimir solo a impresores de absoluta confianza; un sistema de licencias individuales por el que se autoriza la publicación de una obra con el visto bueno de la autoridad estatal y religiosa (nacimiento de la censura previa); la aplicación de leyes punitivas contra los que se apartan del "proteccionismo mental" de estos dos sistemas preventivos; la creación de sus propios aparatos de difusión de noticias y de mensajes culturales. (Vázquez Montalbán, 2000: 49)

Sin dudas, Inglaterra fue el laboratorio más transparente de esos conflictos. Desde principios de siglo una nueva clase terrateniente de hacendados y productores había comenzado a alzar su voz con reclamos al rey: menos impuestos, mayores libertades culturales, menos peso del Estado parasitario. En medio de esto, las luchas fratricidas, un Parlamento más decorativo que concreto y las

todavía presentes veleidades de unos absolutismos con prebendas que no se correspondían a las riquezas generadas, pusieron en jaque a la monarquía. El reinado de Carlos I (1625-1649) fue el marco de una etapa convulsionada. La *gentry*, en representación de los hacendados bajos y la naciente y próspera burguesía, desde la Cámara de los Comunes, pugnaba por coartar poderes del rey y la nobleza, Cruentas batallas entre parlamentarios y defensores del rey fueron jalonando un proceso complejo de disputas. Ente 1642 y 1651 tuvieron lugar las distintas etapas de la guerra civil que culminó con el protectorado de Oliverio Cromwell (1599-1658) en el que se impuso la república. En ese contexto nacieron los primeros periódicos que daban cuenta de los debates parlamentarios, como el *Diurnals Occurrences in Parliament* de Samuel Pecke, el *Mercurius Aullicus* al servicio del rey y el *Mercurius Britanicus* al servicio de los parlamentarios. En ese año 1642 se sanciona la primera ordenanza sobre la prensa, que migra las autorizaciones de la Iglesia al Parlamento, concediendo a la Corporación de Editores todas las competencias de fiscalización. A principios del siglo siguiente, restaurada una monarquía parlamentaria y afianzada la prensa como una empresa burguesa, los periódicos ganan la batalla del público lector. En alrededor de cuarenta años la cifra de ventas casi se triplica, pasando de 2 500 000 de ejemplares en el año 1711 a 7 000 000 en 1753. En la década siguiente se venden en Inglaterra 9 000 000 de periódicos diarios.

Como ha señalado John Thompson (1996):

> El desarrollo del capitalismo mercantil en el siglo XVI, junto con el cambio institucional de las formas de poder político, crearon las condiciones para el surgimiento de una nueva clase de esfera pública a principios de la Europa moderna. En este contexto, el sentido dado a la "autoridad pública" empezó a cambiar: empezó menos a referirse a la vida cortesana y más a las actividades de un sistema estatal emergente que ha definido legalmente esferas de jurisdicción y un monopolio sobre el uso legítimo de la violencia. Al mismo tiempo la "sociedad civil" surgió como un campo de relaciones económicas privatizadas que fueron establecidas bajo la tutela de la autoridad pública. El dominio privado incluyó así tanto el campo de expansión de las relaciones económicas como de la esfera íntima de las relaciones personales, cada vez más desligadas de las actividades económicas y ancladas en la institución de la familia conyugal. Entre el dominio de la autoridad pública o el Estado, de un lado, y el dominio de la sociedad civil y de la familia, del otro, surgió una nueva esfera de lo público, una esfera pública burguesa, integrada por

> individuos privados que se reunían para debatir entre sí sobre la regulación de la sociedad civil y de la administración del Estado.

Si bien la categoría recibió objeciones por su restricción al ámbito burgués y al de los hombres, tomando como base la conceptualización habermasiana, el sociólogo inglés desarrollará su tesis sobre la relación entre los medios de comunicación y la modernidad, a partir de las transformaciones que durante la modernidad impactan sobre los modos de producción y distribución de los bienes simbólicos (Thompson, 1998). Tomando cierta distancia de las dos grandes tradiciones de la sociología, por un lado, la vertiente más economicista, en la tradición marxista, que asigna un valor determinante a las estructuras materiales en la transformación capitalista y, por el otro, la que agrupa al conjunto de visiones más mentalistas o culturalistas, cuyo principal referente es Max Weber -que destacaba la importancia de las “creencias”, las “mentalidades”, en las transformaciones sociales-, Thompson observará que lo más estructural y sistemático son en realidad los cambios en las formas en que se produce y circula la cultura. Eso no implica desconocer los cambios estructurales que se producen a lo largo y ancho del mundo europeo del siglo XIV, XV y XVI: el avance del mercantilismo, de la producción artesanal, el crecimiento de las ciudades, la unificación de los territorios en Estados nacionales o el surgimiento de importantes ejércitos y fuerzas militares para defender esos Estados.

Pero la perspectiva de Thompson (1998) no es la de Weber. Para él la dimensión cultural tiene tanto de estructura (las tecnologías que modifican las formas de producción y circulación) como de agencia social, es decir, de cambios en las prácticas culturales, en las ideas, en las percepciones de los actores sociales, que esas mismas tecnologías promueven. En este sentido, uno de los aspectos que más significación tiene para Thompson es el cambio de la visibilidad de los actores sociales y la relación que estos cambios implican para el ejercicio del poder.

Es evidente que la conformación de la esfera pública para Habermas comportaba una reelaboración moderna del ágora ateniense. Como bien observó Thompson (1998), el rescate habermasiano del diálogo socrático de argumentos y réplicas implicaba poner en valor esa conversación que circulaba horizontal entre los burgueses, que, en todo caso, la prensa periódica reflejaba en sus páginas. En realidad, para Habermas (1994 [1961]), son las tertulias, los clubes y cafés literarios el lugar donde se reinventaba la polis griega. Estamos pensando en el debate sobre las competencias del Parlamento inglés a mediados del siglo XVIII, en las tertulias y los escritos satíricos del club Scriblerus[5], donde participaban Jonathan Swift, Alexander Pope o John Gay, los grandes polemistas de la prensa

5 El club Scriblerus fue una de las tertulias literarias más importantes de la primera mitad del siglo XVIII. Nacida en Londres, agrupaba a un núcleo privilegiado de escritores satíricos que utilizaron un heterónimo, *Martinus Scriblerus*, para mofarse de la erudición. Entre sus integrantes más conocidos están Jonathan Swift, autor de *Los viajes de Gulliver* y Alexander Pope, uno de los más reconocidos traductores de Homero, poeta también. Este club literario fue la inspiración de muchos otros espacios y fraternidades literarias similares que dominaron la vida cultural de la era moderna.

británica. Lo visible ahí era la prensa dando lugar y difundiendo esas opiniones, la figura central del ministro Robert Walpole, por los *whigs*, o los opúsculos políticos de Henry Saint-John -conde de Bolingbroke-, por los *tories* (Varela Suanzes, 2000). Esta forma de lo visible comienza a mutar en la segunda mitad del siglo XVIII cuando el régimen de control de la modernidad avanza hacia un tipo de organización disciplinaria, como bien lo observó Michel Foucault, con el panóptico benthamiano. Porque, por cierto, las formas de control del poder se transformaron sensiblemente desde el mundo feudal a la era moderna. No era fácil, o, mejor dicho, los pobladores del mundo feudal muy rara vez podían tomar contacto o ver a sus gobernantes. El poder se ejercía a partir de la doctrina del *secretismo* y solo circulaba, de algún modo, en el pequeño mundo cortesano, muy alejado de la vida del pueblo; en todo caso, el poder se manifestaba para el resto de los mortales en el boato: en las competencias y fiestas, en las liturgias de las ceremonias de coronación, en desfiles; allí surgían las expresiones del aura del poder, esa distancia emblemática, esa luminosidad de cosas o personas con que el rey o el señor feudal se investía para manifestar su distancia, su superioridad. De ahí que Habermas (1994 [1961]) observe en su teoría de la esfera pública que el avance de la comercialización de las noticias producida a partir del siglo XIX implique su refeudalización; ya que ahí los gobernantes son presentados como figuras inalcanzables, los diarios ya no son instrumentos de divulgación de proyectos políticos, de ideologías; en la prensa periódica ya no circulan los debates y opiniones de la

ciudadanía, el ágora de tertulias y clubes, sino las manifestaciones de un poder *reauratizado* y de unos acontecimientos noticiosos elaborados para consumo. Foucault mira desde otro lugar este proceso, pero concomitante, en *Vigilar y castigar* (1975); para el pensador francés a esa sociedad a la que se la excluye de la asamblea, de la polis, ahora se la disciplina en las escuelas, las cárceles, los hospitales, el ejército, la fábrica, los lugares de encierro, que determinan a la sociedad moderna y su régimen de visibilidad. La disciplina implica una visibilidad de control sobre los cuerpos. Si el poder feudal se desplegaba sobre el territorio, y la emergencia de la esfera pública implicó una revolución cívica de las burguesías en ascenso que impugnó los órdenes autocráticos, el despliegue de las disciplinas de poder (manuales de entrenamiento de los cuerpos, regímenes disciplinarios escolares, reglamentos y códigos monásticos, rutinas laborales y de control en las fábricas, etcétera) fue la configuración del poder de unas burguesías triunfantes.

Civitas y *universitas*

La historia del conocimiento y la información, como sugiere Burke en *Historia social del conocimiento* (2002), es reciente. Y se vincula directamente con la expansión de los sistemas de intercambio que producen las redes tecnológicas, así como con la importancia que, en los procesos productivos contemporáneos, adquiere la información.

Pero el conocimiento no ha sido destacado como una fuente de poder solamente durante el siglo XX. Ya hace muchos años, filósofos como Platón, en la Antigüedad, o Maquiavelo, a principios de la era moderna, destacaron su importancia, y esta no fue olvidada luego por las siguientes generaciones; quizás la que habitualmente tenemos más presente fue la de la Ilustración, que, con Diderot, dio forma al primer intento de sistematizarlo: eso fue la *Enciclopedia*, el círculo del conocimiento.

Hoy podemos decir que la *Enciclopedia* de Jean D'Alembert y Denis Diderot es la más conocida y audaz empresa del conocimiento en el siglo XVIII, y el anticipo de muchos emprendimientos similares en los siglos siguientes. Durante más de veinte años, entre 1751 y 1772, con 18 tomos y más de 72 000 artículos elaborados por las plumas más resonantes, eminencias científicas y de las artes del *ancien régime*, preparó para muchos el clima cultural que explotó en la Revolución francesa, de la que muchos ven como su precursora. Es la más conocida, pero no la única, porque el afán enciclopédico venía de lejos; en 1723, se había impuesto la *Cyclopaedia* británica de Efraím Chambers, que la francesa pretendía emular, y, mucho antes, la *Historia natural*, de Plinio el Viejo, en la Grecia antigua. Jorge Luis Borges fue un gran cultor de enciclopedias y decía que estimulaban su curiosidad porque eran un lindo desorden alfabético. Pero, por supuesto, la francesa -impulsada por el editor André le Breton- fue, como dijo Voltaire, una obra inmortal, teórica, editorial y cultural, y expresó como nada ese momento fulgurante del conocimiento

en su autoconfianza en un siglo que no por nada se lo llamó el *siglo de las luces*. Allí Rousseau escribió sobre música; Voltaire y Montesquieu, sobre filosofía; y cientos de autores desconocidos, que estuvieron deseosos de participar en aquella magna obra del espíritu humano; sin embargo, el éxito de la enciclopedia también se le debe, además de a la pericia de los dos editores, a la política, que llevó a la cárcel a sus autores y prohibió la circulación de sus ejemplares en diferentes oportunidades, aunque nada pudo hacer para detenerla. La enciclopedia era parte del contexto de la llamada *revolución de la lectura*, que para muchos historiadores se produce en el último cuarto del siglo XVIII. Allí está para atestiguarlo el éxito descomunal (poco puede envidiarles hoy a algunos éxitos masivos de las seriales de *streaming*) de novelas como las de Samuel Richardson, *Pamela o la virtud recompensada* (1740) o *Clarissa* (1748), verdaderas obras cumbres de la narrativa epistolar, que, con más de dos mil páginas, hicieron hablar a media Europa de las vicisitudes de los mensajeros. Algo similar sucedió con las novelas *Julia, o la nueva Eloísa* (1761), de Jean-Jacques Rousseau; *Las penas del joven Werther* (1774), de Johann von Goethe; o *Relaciones peligrosas* (1782), de Pierre Choderlos de Laclos. Chartier (2006) cuenta cómo estas historias eran leídas en voz alta, comentadas en las tertulias francesas o inglesas, debatidas como si las acciones de los personajes fueran de la incumbencia de muchos. Claramente, había nacido otro lector y la narrativa epistolar daba verosimilitud a una trama que hacía eco en los lectores con su propia correspondencia. No olvidemos que la carta era el medio de

comunicación esencial del moderno temprano y, como lo recuerda Roberto Blatt (2018), nadie llevaba documentos en el siglo XVIII y lo más valioso que podíamos portar como señal de identidad era una "carta de recomendación". De eso nos hablan hoy aquellas grandes novelas epistolares, que, además, dejaban en el olvido al lector piadoso; ahora este era un lector enfervorizado, comprometido, que exigía a los personajes como se le exige hoy a un político.

Pero este no era el único medio para difundir informaciones y conocimiento; ya sabemos que uno de los primeros formatos institucionales dedicados a la producción y difusión del saber fueron las universidades. Y las universidades no pueden desvincularse del desarrollo de las ciudades. Así, *universitas* y *civitas* van juntas, como el conjunto de las cosas y el conjunto de los ciudadanos. Desde la fundación de las primeras, como la Universidad de Bolonia en el año 1088 y la Universidad de París a mediados del siglo XII, las diferentes universidades europeas siguieron aquel modelo -la de Oxford en 1219, la de Nápoles en 1224, la de Praga en 1347-. Para mediados de 1450 ya había en toda Europa más de cincuenta universidades. Alrededor de ellas se habían constituido acuerdos de reconocimiento de títulos, privilegios locales en tributos y se daba por supuesto que en ellas se oficiaba la difusión del conocimiento, no tanto la producción, ya que el criterio de autoridad de los sabios (fueran estos Platón o Tomás de Aquino) no era puesto en duda. Los profesores, entonces, más que creadores de conocimiento eran sus divulgadores, y sus obras eran citas o comentarios a las obras mayores. Hasta bien

entrado el Medioevo tardío, la mayor parte de los profesores eran pertenecientes al clero, ya que las universidades, las bibliotecas y los *scriptorium*, donde se producían los textos, estaban dentro de una institución mayor: la Iglesia. Así que, para que el conocimiento pudiera expandirse y avanzar sobre territorios incógnitos, tuvo que pasar la Reforma, el avance del mercantilismo y finalmente la crisis del Medioevo. Así, las universidades se fueron apartando de la tutela religiosa. A su vez, nacieron las asociaciones de promoción de las artes, como la de Londres, fundada en 1754, y los cafés literarios y científicos, que junto a los salones de la burguesía fueron fundamentales en el desarrollo de la cultura ilustrada; es conocido que en el salón de *madame de L'Epinasse* se congregaba la *crème* de la bohemia intelectual y científica francesa, de la talla de Turgot y D'Alembert -precursores de *L'Encyclopédie*-, mientras que en el café Procope[6] -de la calle Tournon, luego trasladado a la calle Ancienne Comédie- se reunían Diderot y sus amigos; como indica Habermas (1994 [1961]), los cafés fueron instituciones claves en el desarrollo de debates y de intercambio de ideas y visiones de esa larga revolución que fue la modernidad occidental, lo que cimentó una autonomía del saber, libre del control del Estado y la religión. También los periódicos fueron parte del conjunto de esas instituciones que permitieron que el saber

6 El café Procope, fundado en 1689 por un siciliano, Francesco Procopio Dei Coltelli, fue uno de los salones predilectos de la bohemia, la política y las artes francesas por un largo período; ubicado a pocas cuadras del río Sena, en las inmediaciones del barrio Latino, fue escenario de célebres encuentros, como los de D'Alembert y Diderot o los de la primera plana de la Revolución francesa (Maximilien Robespierre, Georges-Jacques Danton, etcétera); también lo frecuentaron artistas como Honoré de Balzac, Paul Verlaine u Oscar Wilde.

y el conocimiento siguieran derrumbando murallas. Aunque resulte paradójico, no siempre las universidades estuvieron al frente de las innovaciones científicas; como sugiere Thomas Kuhn, el avance del conocimiento es fruto de las revoluciones paradigmáticas. En muchas ocasiones, el conocimiento nuevo o hereje debió circular por fuera de las instituciones universitarias, dueñas del saber consagrado; los nuevos descubrimientos generalmente someten a estas instituciones a procesos revulsivos, hasta que los nuevos conocimientos se vuelven la ciencia normal. Allí las universidades legitiman esos saberes y los expanden hasta las próximas revoluciones. Esta dialéctica entre dogma y herejía ha sido parte de la historia de la ciencia y en su espíritu moderno es indefectible.

Capítulo III

Esfera pública en América

¿Puede hablarse de la existencia de una esfera pública en América? ¿Qué características tuvo si existió? ¿Cuáles fueron sus diferencias con la de Europa? ¿Qué lugar ocuparon el periodismo, las tertulias literarias y sociales, las movilizaciones callejeras, en la constitución de ese espacio de civilidad? Todas estas, y muchas otras, han sido las preguntas e inquietudes de los historiadores latinoamericanos (y no solo latinoamericanos) respecto de la experiencia moderna en la región. En particular, en los últimos años, desde que la categoría habermasiana tuvo tantos frutos de este lado del océano. Por supuesto, estas reflexiones e indagaciones sobrevuelan siempre las preguntas centrales sobre nuestras independencias (Guerra, 2000 [1992]), sobre la conformación de una sociedad política en los nacientes países latinoamericanos luego de la ola revolucionaria (Sábato, 1998), pero también sobre el carácter de nuestro proceso moderno (García Canclini, 1990; Martín-Barbero, 1987). Ya lo señaló en su momento Brunner (1989): América parece siempre embretada, acaso, entre una originalidad que nos pierde o una dependencia que resistimos. ¿Fuimos tan modernos como pretendimos? ¿Acaso nuestros procesos emancipatorios fueron tan vicarios como cuentan algunos relatos?

Si bien el macondismo que critica el ensayista chileno todavía perdura en algunas miradas folklóricas, lo cierto es que ya pocos piensan en esa idiosincrasia plebeya, legendaria y prístina. Somos, otra vez, resultado de las mezclas, de las diferentes temporalidades, de las conquistas y de las liberaciones, pero también de los pactos y de las guerras, las militares y las económicas. ¿Es cierto que nuestra modernidad llega recién a mediados del siglo XX con la cultura de masas? ¿Acaso comienza cuando somos abruptamente incorporados al mercado mundial después de la crisis de 1929? ¿Qué experiencias modernas puede haber en las revoluciones por la independencia o en la consolidación del proyecto liberal a finales del siglo XIX?

Para la bibliografía especializada podemos, al menos, encontrar tres momentos fundacionales. El primero, del que ya algo hablamos con Ángel Rama (1988), comporta la constitución en las Américas de la conquista española; es la "ciudad organizada", la ciudad que se instala sobre la "supuesta" nada como un faro de luz en la tierra ignorada. El segundo es aquel que surge de las luchas de emancipación, entre 1800 y 1820, cuando en todo el continente despiertan movimientos de autonomía, de rebeldía. Intereses cruzados entre criollos, iluminados, comerciantes y militares. ¿Es la Revolución de Mayo en el Río de la Plata, y las de Perú y Chile, producto de la conformación de una esfera pública criolla? Por último, el tercero, que entre 1870 y 1910 expresa más claramente los intereses y visiones de una burguesía dominante.

La ciudad ordenada

¿Por qué tardó cerca de trescientos años en aparecer alguna forma de esfera pública en América? ¿La respuesta no habrá que buscarla en la forma y estrategia con que los conquistadores españoles usaron la escritura y diseñaron sus ciudades? Por esos meandros pareciera haber explorado Rama la conformación de la cultura americana y *La ciudad letrada* (1988) fue su respuesta. Porque es cierto que el sentido de la escritura fue en América diferente del europeo. Si bien casi simultánea con la expansión de la imprenta en las metrópolis, la letra tuvo otras funciones. Imbuidos del espíritu demiúrgico, los conquistadores usaron la letra, la escritura, los símbolos, para hacer paradójicamente de nuevo lo viejo. Así llamaron a sus ciudades: Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Granada. Cuando llegaron a estas tierras de fulgurantes naturalezas, estuvieron desde el principio marcados por algunos estigmas. Ser pequeños príncipes en "tierras salvajes", volver lo antes posible ricos y famosos a la madre patria, haber inaugurado en planos y ordenanzas un nuevo mundo, y devolverle a España y a sí mismos la gloria que perdieron o nunca tuvieron. La conquista fue en eso una idea resentida y la ciudad fue el sueño de un orden, dice Rama. "La palabra clave en todo este sistema es la palaba orden, ambigua en español como un Dios Jano (él/ella), activamente desarrollada por las tres estructuras institucionalizadas (la Iglesia, el Ejército y la Administración)" (Rama, 1988: 19).

Diseñadas las ciudades bajo los preceptos del urbanismo griego de Hipodamos, en las formas racionales del cuadrado o el rectángulo, esbozadas en un plano previo, y distribuidos los espacios, las ciudades fueron desde entonces, en América, el símbolo de la luz y la razón, en su lucha incesante contra la barbarie. Fue tan fuerte ese signo que perdurará hasta entrado el siglo XIX.

> Una ciudad, previamente a su aparición en la realidad, debía existir en una representación simbólica que obviamente solo podían asegurar los signos: las palabras que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de normas y, subsidiariamente, de diagramas gráficos, que las diseñaban en los planos, aunque, con más frecuencia, en la imagen mental que de esos planos tenían sus fundadores, los que podían sufrir modificaciones derivadas del lugar o de prácticas inexpertas. (Rama, 1988: 21)

Pero, qué paradoja, las ciudades latinoamericanas que fueron por muchos años cabezas de playa de poderes extraoceánicos, dependientes por fidelidad, vivieron de sus periferias: de la explotación de los trabajadores a los que ignoraban en las minas, de los campesinos en las haciendas de las llanuras a los que marginaban o de los pobladores originarios cuando necesitaban servicios o alimentos a los que por años sometieron a la esclavitud. Las ciudades fueron siempre, en esa

contradictoria experiencia, vicarias de sus contextos; unos contextos a los que rechazaban, una suerte de relación de maltrato mutuo. Si, como señala José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1997), "los ciudadanos de Hidalgas de Indias" de la primera etapa colonial vivieron en el asedio de indígenas y corsarios -en guerra por tierra, con los pobladores originarios, y por mar, con los piratas ingleses que, como Francis Drake en sucesivas oportunidades, las invadieron y saquearon-, volver, recuperar lo perdido, fue por mucho tiempo el espíritu de los adelantados que se transmitió por generaciones. Bien lo captó Antonio Di Benedetto en *Zama*, su inolvidable retrato de ese notario que busca de cualquier modo un barco de regreso a España. Van a tener que pasar varias generaciones en este continente inmenso para que los descendientes sientan esta tierra como propia. Deberán crecer las ciudades criollas, desde el 1700, fuertemente impulsadas por el mercantilismo. Deberán quedar atrás las ciudades-fuertes, para que las ciudades-mercados se asienten de manera definitiva, y progresivamente el número de peninsulares vaya decreciendo en comparación con los criollos. Habrán de constituirse grupos distintos entre peninsulares y criollos, entre primeras generaciones descendientes de los adelantados y los representantes enviados por las metrópolis, relación que nunca será fluida y pacífica. Pero más significativo será el crecimiento de la fuerza de trabajo, de los mulatos, de los negros y también de los trabajadores rurales que se vienen acriollando con las nuevas generaciones. Todo este mundo en ebullición lo observó con nitidez uno de los cronistas más lúcidos del nuevo continente, Alexander von Humboldt, y lo narró

en su *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* (1826). Allí, este expedicionario, naturalista, biólogo, que recorre en casi un lustro -entre 1799 y 1804- desde el Virreinato de Nueva España (México) hasta Cuba o Quito, va a constatar esa sociedad fracturada, entre las "rígidas estructuras formales" de la sociedad señorial, de la sociedad conquistadora, y la de las nacientes burguesías urbanas, con sentimientos de pertenencia, que habían dejado atrás el pasado peninsular. Son estos comerciantes, abogados, hacendados, contrabandistas, los que se acriollan. Y se acriollan en el marco de una civilidad que se constituye al calor de los periódicos. Como recuerda Romero (1997): son el *Mercurio Volante* de México, el *Mercurio Peruano* en Lima, las *Primicias de la Cultura* en Quito o el *Telégrafo Mercantil* en Buenos Aires.

Y así comenzaron a sentir esta tierra como propia. Y ese día comenzó la revolución.

Revolución y comunicación

Este subtítulo se lo debo al historiador platense César *Tato* Díaz, que realizó un pormenorizado estudio sobre la prensa en el contexto de la independencia del Río de la Plata. En su trabajo, luego de desarrollar la categoría habermasiana, junto con las observaciones de John Thompson, concluye que, más que definirla como esfera pública burguesa, el concepto adecuado sería *esfera pública rioplatense*. Esta tendría la característica de ser particularmente heterogénea

(congregaba a criollos, españoles, lusitanos, ingleses, franceses). Todos dedicados a diferentes actividades (comerciantes, notarios, profesores, periodistas, militares, etcétera), integraban ese espacio de intercambio de opiniones, de debates y rumores. Pero también en la esfera pública rioplatense tenían una especial intervención las mujeres que oficiaban de organizadoras de tertulias, encuentros sociales, donde las noticias circulaban y se comentaban, anticipando ya el particular y significativo lugar de las mujeres en la gesta revolucionaria; y también los jóvenes, una generación nueva, muchos de ellos recién llegados de sus estudios en Europa o la universidad de Charcas en el Perú, que se inspiraban en las nuevas ideas que ya circulaban en la región. Actores principales de la acción política que Díaz rescata como un rasgo específico. En particular, "la habilidad" para generar acontecimientos políticos como el Cabildo de 1806 (Díaz, 2016).

Es importante señalar aquí, que, a diferencia de las capitales virreinales históricas, como México o Perú, la del Río de la Plata estuvo largo tiempo alejada del centro político del imperio hispánico. Nacida inicialmente como una pequeña aldea portuaria, recién recibió la autonomía virreinal en 1776. Fue originalmente un puesto de comerciantes, notarios, militares, eclesiásticos. Por supuesto, la información fue escasa o, mejor dicho, rudimentaria, y en su mayor parte circulaba desde la metrópolis hacia el puerto. Uno de los primeros libelos informativos fueron unas hojas manuscritas, "Noticias comunicadas de la Colonia de Sacramento" (1759), en las que

se sintetizaban las breves informaciones que se producían sobre arribo de embarcaciones, conflictos militares, rumores sobre la metrópolis o el precio de ciertas mercancías. Las informaciones podían ser más dramáticas, como cuando se reveló la muerte del rey Fernando VI. Así, las "Noticias comunicadas de la Colonia de Sacramento" llegaban a algunas personas de *relevancia* en Buenos Aires, como militares, comerciantes o sacerdotes. La *noticia comunicada*, como refiere Díaz (2016), puede considerarse la primera experiencia informativa en el Río de la Plata, antecediendo al primer periódico manuscrito de la región, la *Gazeta de Buenos Aires* (1764), del cual únicamente hay registro de cuatro ejemplares en el Archivo General de la Nación.

La primera imprenta en el Río de la Plata fue creación de los jesuitas y fue de 1695, cuando, con jornaleros indígenas, desarrollaron la técnica para poder hacer los primeros textos impresos. El libro *Martirologio romano*, impreso en 1700, se puede considerar el primer libro del Río de la Plata, junto con el diccionario castellano-guaraní en 1724, de más de seiscientas páginas. Luego, la imprenta desaparece en 1747 y los jesuitas importan una nueva de Italia, para el colegio Monserrat. La imprenta permanece allí hasta la expulsión de los jesuitas en 1776; tres años después, el virrey Juan José de Vértiz y Salcedo la solicita para ser trasladada a Buenos Aires, radicándola en la Casa de Niños Expósitos.

Pero hubo que esperar una renovación en la historiografía de las independencias americanas para que se le prestara debida atención al lugar de los periódicos y de la "sociabilidad" en el período

virreinal y más tarde en el contexto de los procesos de emancipación (Guerra, 2000 [1992]; González Bernaldo de Quirós, 2008; Sábato, 1998; Morán, 2017; Díaz, 2016). Como señala Daniel Morán en *La revolución y la guerra de propaganda en América del Sur* (2017), fue François-Xavier Guerra el que más destacó, en su clásico *Modernidad e independencias* (1992), la importancia de la circulación de las noticias, los periódicos manuscritos e impresos, los espacios públicos de intercambio informativo, en el proceso revolucionario. Un proceso en el que es clave estudiar la constitución de las mentalidades de los actores. Actores que vivieron el proceso como un cambio epocal, como la construcción de una nueva etapa. Contra las teorías que solo vieron esta crisis como una instancia política o la expresión de las consecuencias de la Revolución francesa, Guerra recuperó, para las independencias americanas, el lugar de transformación política y social que se le menoscaba en cierta historiografía. Si bien la independencia y la revolución son hechos distintos, participan en común por el sustrato cultural del que parten: la colonización española de la cual es impensable separadamente.

En ese marco es que se desató una verdadera guerra de propaganda y acción política a través de los medios. "El debate es constante, pero a una escala geográfica diferente. Las capitales insurgentes polemizan con las capitales realistas. Buenos Aires y Santiago de Chile con Lima; Bogotá y Caracas también con Lima y con México, y todos con Cádiz, y recíprocamente" (Guerra, 2000 [1992], 382-383).

Las noticias vuelan y, aunque resulte extraño a la distancia de doscientos años, la información circulaba entre las diferentes capitales del virreinato en un diálogo que propiciaban los periódicos entre sí, desde la *Gazeta de Buenos Aires* a *Viva el Rey. Gaceta del Gobierno de Chile*, o desde el *Mercurio Peruano*, que le respondía a *El Sol de Chile* o *La Aurora,* del otro lado de la cordillera.

Como señala Morán (2017), los conflictos políticos marcaron fuertemente la prensa periodística, y tanto las gacetas oficiales (*La Gaceta de Santiago* en Chile, por ejemplo, entre 1814 y 1817) de tinte contrarrevolucionario como las de tinte revolucionario (como la *Gazeta de Buenos Aires*) mantenían un contrapunto editorial que, si bien por un lado reflejaban las posiciones de los sectores en pugna, a su vez intensificaban los debates políticos de los ciudadanos. Esta vinculación entre periódicos y actores políticos fue tan intensa en el período revolucionario que estamos analizando que, por orden del Gobierno del Río de la Plata, la *Gazeta de Buenos Aires* -por ejemplo- llegó a leerse en voz alta en los púlpitos de las iglesias durante las misas o en las plazas públicas. Era indudablemente un clima de efervescencia. Así lo refleja un artículo de *Viva el Rey. Gaceta del Gobierno de Chile*, en diciembre de 1816, redactado, muy probablemente, por su editor, el dominico José María Torres, reconocido teólogo y escritor:

> Hemos puesto ante los ojos del lector sensato el miserable estado a que se ve reducida la terca y rebelde Buenos Aires. No dirán sus apasionados

> que nos hemos servido de informes lisonjeros y abultados, de rumores vagos o de gacetas enemigas que pintan las cosas como quieren, no como son. Sus mismos periódicos, sus gacetas, sus manifiestos, sus proclamas, son los que nos dicen que ese pretendido estado necesariamente ha de morir abortivo, sin tener aún la dicha de nacer. Hemos copiado palabra por palabra y letra por letra sus expresiones. (Citado en Morán, 2017: 54).

Es interesante observar que dicha gaceta cambió de nombre a partir de 1817, después del cruce de los Andes y las victorias de José de San Martín en Cancha Rayada: pasó a llamarse *Viva la Patria. Gaceta del Gobierno de Chile*.

Otro aspecto central a destacar en la conformación y desarrollo de la esfera pública rioplatense es la sociabilidad americana en tiempos de las colonias. En particular, esa que se desprende a partir de la crisis política que deviene de la caída de Fernando VII. Un aspecto para no desconocer aquí es que, en las colonias, tanto en México como en Perú o Buenos Aires, se había desarrollado una vasta burocracia administrativa estatal de letrados, contadores, maestros, diplomáticos, los cuales tenían una clara dependencia de la metrópolis. A esta enorme cantidad de trabajadores de la cultura es a la que alude Rama (1988) llamándola "la ciudad escritural". Es probable que esta enorme población de intelectuales, abogados y funcionarios

públicos, fuera, en parte, una de las condiciones necesarias para que esta sociabilidad estable, y de algún modo dominada por siglos de colonialismo, despertara, sin frenos, con las crisis políticas. Esta sociabilidad se desarrollaba principalmente en las tertulias, los cafés, las tabernas, los baños públicos, como señala Pilar González Bernaldo de Quirós en su trabajo *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina* (2008), y fue la que nutrió los cabildos americanos que pueblan las ciudades desde 1806 en adelante. Es impensable, sin este profuso desarrollo de comunidades, que, en tan poco tiempo, apenas diez años, toda América entrara en la convulsión revolucionaria. Sociedades patrióticas, logias Lautaro, cafés literarios, sociedades literarias, grupos de lectores en casas de familia (como el antecedente de las tertulias en casa de Marcos Sastre, que culminaría en el Salón Literario de 1837) fueron el antecedente fundamental de un proceso político irrefrenable. En muchos casos, tanto en Buenos Aires como en Chile o Lima, estas asociaciones surgen de los mismos suscriptores de los periódicos, como la *Gazeta de Buenos Aires* o las de Chile. La primera de la que se tienen noticias fidedignas es del *Telégrafo Mercantil* de 1801, cuando convoca a sus suscriptores a constituir una asociación literaria. Pero esta sociabilidad, que cabalgaba entre lo privado y lo público, se fue extendiendo a las plazas y los teatros, formando lentamente un estado de opinión general que luego definiríamos como *opinión pública*. Por supuesto, no hay que idealizar este intercambio de opiniones ni la lectura compartida de noticias, y mucho menos el juego de intereses en pugna. La esfera pública

rioplatense distó en mucho de ser un ámbito exclusivo de buenas maneras, de caballerosidad cortesana. Desde el impacto político de las invasiones inglesas, la sociabilidad asumió tintes mucho menos palaciegos o diplomáticos. Lo atestiguarán las primeras medidas de la Primera Junta después de mayo de 1810 y la referencia imborrable del *Plan de operaciones* de Mariano Moreno.

La ciudad modernizada

Lo que podríamos llamar, con cierta prudencia, segunda etapa de la esfera pública rioplatense se constituye entre los años 1868 -presidencia de Domingo Faustino Sarmiento- y 1910 -con los festejos del centenario, cenit del esplendor del régimen liberal en Argentina-. Pero en realidad es el resultado de múltiples factores vinculados, en parte, con la modernización tecnológica de la economía mundial, como de la continuidad de aquella primera que había surgido en las postrimerías de mayo. Es imposible pensar en este encumbramiento, de clara prosapia liberal, sin describir los años en que estuvo raleada en el exilio en Uruguay o Chile (entre 1835 y 1853) o cooptada por el Gobierno rosista, bajo el manto de los intereses comunes, como fue el puerto de Buenos Aires.

Lo cierto es que aquella cultura política que había comenzado incipientemente en mayo adquiere sus claros contornos a partir de 1870. Por un lado, a causa de diferentes procesos que la afectan y

la modifican sustancialmente; por el otro, porque aquello que había comenzado sesenta años antes va madurando. Entre los procesos hay que mencionar el demográfico: la ciudad pasa de 40 000 habitantes en 1820 a 120 000 en 1860, y casi vuelve a triplicarse en solo veinte años, con más de 300 000 habitantes en 1880, de los cuales la mitad son inmigrantes. Otro factor clave es la urbanización de la ciudad, el crecimiento arquitectónico, las obras de los grandes nuevos edificios públicos -como el Congreso, el correo, las estaciones de trenes, los subterráneos-, toda una ingeniería civil que pone a la gran capital por encima del resto de las provincias, otorgándole a los porteños un privilegio que aprovecharán por varias décadas. "Dios está en todos lados, pero atiende en Buenos Aires", dice el refrán que ya por entonces comienza a escucharse. El otro factor es la sanción de las leyes de educación común en el continente, que, en el caso argentino, se produce en 1884, con el consecuente aumento significativo de la alfabetización y el impulso, a la vez, del desarrollo de un sinnúmero de empleos públicos alrededor de la escuela, a lo largo y ancho del país. Maestros, profesores, universitarios, se convierten, en poco tiempo, en un *staff* permanente y activo de la vida pública y una forma larvada de empleo a intelectuales y artistas. Por otra parte, culmina el largo conflicto interior con las poblaciones originarias, a partir de la cruenta Conquista del Desierto, en

un modo que tendrá largas consecuencias históricas. Rama interpretó este proceso de un modo brillante:

> Ya Darcy Ribeyro observó que los "descendientes de inmigrantes no consiguieron aún estampar su impronta en la ideología nacional" argentina, lo que se hace evidente si se evoca la extraordinaria difusión del mito del pionero en Estados Unidos, el colonizador y el conquistador de tierras de indios que ha originado toda una filosofía de la "frontera" y a cuyos prototipos (el *cowboy*) se consagraron millares y millares de folletos populares durante el siglo XIX y se busca algún equivalente de entidad similar en el sur. Su inexistencia impone reconocer la fuerza constrictiva que en el sur ejerció la oligarquía dueña de tierras, paralizando el esfuerzo democratizador que en el norte cumplieron los pioneros sedientos de tierras. La Conquista del Desierto en Argentina sigue de cerca la Conquista del Oeste de Estados Unidos, pero la primera es llevada a cabo por el ejército y la oligarquía, mientras que la segunda concedió una amplia parte a los esfuerzos de

> los inmigrantes, a los que tuvo que compensar con propiedades. (1988: 64)

A diferencia del Norte, el modo en que se desarrolla nuestra esfera pública y la unión nacional impone mitos fundacionales particulares. Si en el Norte fueron los pioneros, en el Río de la Plata la versión más condescendiente fue la de la *maestra rural* o el médico, dos formas meritocráticas de ascenso social que consagraron Manuel Gálvez y Florencio Sánchez; de tipo individualista, ambos, tuvieron un relativo eco popular, porque larvadamente, en un proceso que venía de larga data, hacia los años ochenta, comenzaron a gestarse los héroes marginales que expresaban una disidencia con los valores del liberalismo; me refiero a los bandoleros, los desclasados, como Martín Fierro o Juan Moreira; ambos relatos de la otra ciudad, la de la oralidad, de la cultura popular, la de la "barbarie". La gran paradoja es que estos relatos (aunque la historia de Moreira era fidedigna), elaborados en forma de novela poética por José Hernández y como folletín por Eduardo Gutiérrez, tuvieron un enorme éxito en el período. Hernández escribió su crónica gauchesca pensando que hacía un rescate casi documental sobre una cultura que estaba desapareciendo, y la leyenda de Moreira se agigantó en el diario *La Patria Argentina* entre 1879 y 1880, convirtiéndose luego en circo -con los hermanos Podestá-, más tarde en radioteatro, y así hasta llegar al cine en 1923 -por primera vez mudo-, en *El último centauro*.

Aquí es importante señalar el sexto factor fundamental, sin el cual la caracterización de la esfera pública rioplatense quedaría

incompleta: la prensa y su relación con el movimiento asociativista y los partidos políticos. Es profusa la bibliografía que ha tratado la historia del periodismo del siglo XIX, como también los trabajos sobre las asociaciones en Buenos Aires del período, asociaciones de ayuda mutua, asociaciones de inmigrantes, clubes deportivos y culturales, comités políticos. Pero a lo largo de los últimos años se ha intensificado la consideración vinculante entre estas variadas dimensiones; en especial, el trabajo de Hilda Sábato, para el período de 1820 a 1860, *La política en las calles* (1998), así como el que ya mencionamos de González Bernaldo o los de Morán y Díaz, pero también de toda la escuela de historia social que se desarrolla alrededor de José Chiaramonte, Tulio Halperín Donghi, José Luis Romero y otros autores, que han reconstruido las formas de la lucha política en la constitución de la nación argentina. Todos rescatan, centralmente, la idea indisociable de que los diferentes campos que estamos mencionando (según la definición del concepto en Pierre Bourdieu: el campo político, el del periodismo, el intelectual e incluso el de las asociaciones y grupos artísticos culturales) son en realidad conjuntos que se intersectan. El punto quizás de superposición de los círculos lo conforma el acuerdo liberal-conservador que domina la escena política luego de 1870, y que tiene en el diario *La Nación*, fundado ese mismo año por Bartolomé Mitre, su expresión ideológica más acabada. Ricardo Sidicaro lo reflejó cabalmente en su trabajo *La política mirada desde arriba*, cuando señala que, desde su primera edición de mil ejemplares, ese 4 de enero, se autodefine como una "tribuna de doctrina" para desde allí "construir un lugar político, pero no partidista", aunque en la práctica fue durante

muchas décadas el "soporte propagandístico de una fracción partidaria, su puesto escrito de combate", el del liberalismo conservador argentino (1993: 13).

Inmigrantes, educación común y ferrocarriles

Entre 1869 y 1914 se producen en Argentina tres transformaciones que son definitivas en la constitución de un modelo nacional hegemonizado por la oligarquía agroexportadora: el ingreso masivo de inmigrantes, la consagración de la educación primaria obligatoria y la expansión de los ferrocarriles.

Según Alejandro Cattaruzza (2016), la población argentina en 1869 era de 1 870 000 habitantes y en 1914 esa cifra treparía a 8 090 000.[7] El aumento extraordinario de la población obedecía al crecimiento vegetativo, pero también a una marcada influencia de las migraciones; así, el porcentaje de extranjeros pasó de un 11 % en 1869 a un 30 % en 1914. La mayor parte de estas nuevas poblaciones se asentaron en las ciudades, generando un proceso acelerado de urbanización que contradecía el discurso oficioso de expansión agropecuaria; la falta de una política de distribución de la tierra acompañando el proceso migratorio tuvo claras consecuencias negativas en la historia posterior del país.

7 Datos citados por Cattaruzza de los censos nacionales de 1869 y 1914.

La segunda modificación sustantiva la produce la sanción de la Ley 1420, por la cual se establece la enseñanza primaria obligatoria, sobre la base de un concepto que comenzó a desarrollarse en el mundo occidental a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Este concepto estaba basado en la necesidad de impulsar una cultura compartida en las naciones y de la socialización de ciertas destrezas (la alfabetización) para incorporar mano de obra a las transformaciones productivas resultado de la segunda Revolución Industrial. En América Latina, este proceso se desarrolla entre 1880 y el final del siglo XIX, y en el caso argentino el representante más caracterizado fue Sarmiento (1811-1888), que, por entonces, luego de dejar su presidencia, cumplía funciones como superintendente de Educación en el Gobierno de Julio Argentino Roca (1843-1914). Fue en ese contexto que en 1884 se sanciona la ley que consagra el derecho a la educación primaria, obligatoria, gratuita y laica, que puso en vigencia, por primera vez, en todo el territorio nacional una política pública en materia educativa.

Esta política educativa fue concomitante con la tercera transformación definitiva del paisaje económico nacional: la extensión de las vías férreas que permitieron integrar la producción agrícola del país a su puerto exportador. En menos de cuarenta años, la trama ferroviaria pasó de 1380 kilómetros de vías en 1875 a más de 34 000 kilómetros en 1914. Así, el país consolidaba desde el punto de vista cultural y económico un modelo agroexportador en todo el territorio argentino, devenido de los acuerdos superestructurales que se habían definido en la Constitución de 1853.

El impacto de la educación común también se vería reflejado en las décadas posteriores. En 1869 Argentina tenía el 77% de la población analfabeta. En 1914 ese índice había descendido a 33%. Por supuesto que el objetivo de las clases dominantes estaba circunscripto a construir sobre el modelo de las escuelas normales un modelo de país. Esta homogeneidad educativa tuvo dos dimensiones: por un lado, un dispositivo de tipo horizontal, es decir, los conocimientos que se impartían eran comunes en todo el territorio, independientemente de los contextos; y, por el otro, un dispositivo de tipo vertical, es decir, los educadores eran formados en las mismas escuelas y por tanto el modelo de enseñanza se replicaba entre las generaciones sobre la base de un patrón común que daba continuidad al modelo ideológico educativo (la modernización del país como agente exportador de materias primas para el capitalismo en desarrollo de los países centrales). Sarmiento lo dijo de manera taxativa: “Hombre, pueblo, nación, Estado, todo: todo está en los humildes bancos de la escuela”.

Capítulo IV

Globalización y modernidad temprana

Es inexorable, entonces, advertir que el conjunto de procesos que estamos reseñando comportan un vasto campo de transformaciones que tiene como eje las comunicaciones. Pero, además, que ese conjunto no puede recibir límites y, acaso como un universo en expansión infinita, avanza incorporando territorios, clases, culturas, lenguas, tradiciones; es *urbi et orbi* una fuerza incontrolable, el torbellino social del que hablara Rousseau, actualizado en la pluma contemporánea de Marshall Berman. ¿Hay forma de detenerlo? ¿Hay manera de dirigirlo? Quizás en la índole de esa amplitud es que ha sido difícil definirlo. ¿Es la modernidad una categoría fetiche, un *buzzword*, como dice Thomas Lemke (citado en Castro, 2011) en referencia a otro concepto popularizado hasta lo indecible en los últimos años, como *biopolítica*, pero que el uso desgasta?

En uno de los últimos reportajes que concedió, Zygmunt Bauman (citado en Battiston, 2017) dijo que había dejado de usar el concepto de *posmodernidad* porque le parecía que era una categoría negativa y además suponía que la modernidad había concluido; lo mismo le sucedía con el concepto de *segunda modernidad*, así como con las categorías de *tardomodernidad* o *modernidad reflexiva*.

¿Respecto a qué puede decirse que llegó tarde? ¿Es posible que todos los fenómenos modernos reciban el adjetivo de reflexibilidad? Para Bauman, finalmente, la modernidad había implicado la transformación de muchas instituciones y creencias absolutas y la sustitución por otras, que también se suponían firmes y permanentes; está claro que muchas de ellas aún subsisten, como la familia, los partidos políticos, los Estados nacionales, pero ya no tienen la suficiente fuerza de antaño, de ahí el calificativo de *líquida* que le atribuye a la modernidad. Vivimos en un "estado de modernización permanente, obsesiva y compulsiva", dijo el gran ensayista nacido en Polonia.

Y este cambio perpetuo no tiene fronteras; es global. ¿Cuándo comenzó? Es difícil decirlo; tal vez, incluso, no sea necesario. Nada empieza exactamente en un momento. Los cortes históricos, como sabemos, son arbitrarios, pero un momento esencial fue el proceso de internacionalización del capitalismo, lo que Eric Hobsbawm (2009) llama "la era de los imperios". Hay innumerables trabajos que reconstruyen desde el punto de vista comunicacional este proceso. Uno de ellos es el texto *Una historia de la comunicación moderna. Espacio público y vida privada*, del francés Patrice Flichy (1993). Otro, ya lo hemos mencionado: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, del historiador Benedict Anderson (1993). Una tercera vertiente es la que expresa *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, del belga Armand Mattelart (1993). Otro texto clave fue *Mundialización y cultura*, de Renato Ortiz

(1994) ¿Por qué estos textos? ¿Por qué la coincidencia de los años de edición?

Esencialmente porque, a mediados de los años noventa del siglo pasado, comienza a desarrollarse en el mundo un proceso que hoy es para nosotros conocido, casi un nuevo *sentido común*, que, por supuesto, se ha convertido en algo así como el suelo que pisamos o el aire que respiramos: la globalización. Pensemos lo que está pasando hoy con la pandemia desatada por el covid-19, que, apareciendo en Wuhan, una ciudad del centro de China, a mediados de diciembre de 2019, en menos de dos semanas se propagó por el mundo, circulando por las vías de comunicación, en particular las aéreas. Es cierto, nosotros ya somos globales. Vivimos en ese contexto. Todo lo que hacemos está determinado por eso. Pero esto no fue siempre así.

Ese proceso de integración, de achicamiento del mundo, que para Hannah Arendt (2009) había comenzado con la circunnavegación de la Tierra por Fernando de Magallanes, en el siglo XVI, ahora es una experiencia masiva, común a millones de personas. ¿Qué diferencias implicaba que ya no solo fuera la experiencia de unos pocos, una abstracción en un mapa o la vivencia unitaria de algún astronauta en el espacio? Así, en la década del noventa fue uno de los temas más referidos dentro de las ciencias sociales. Como señaló uno de los especialistas latinoamericanos en este campo, el brasileño Renato Ortiz, en *Mundialización y cultura* (1997 [1994]), la globalización era una categoría extraña en las ciencias sociales hasta finales de los años ochenta. Los antecedentes habían sido la categoría *sistema-mundo* de

Immanuel Wallerstein en la sociología y la de *economía-mundo* desde la perspectiva histórica en Fernand Braudel. Para los latinoamericanos, el proceso de integración económica y el desarrollo de unas tecnologías que expandían los mercados culturales más allá de las fronteras, en las que incluso, como observa Ortiz, una economía cultural periférica como la de Brasil podía exportar telenovelas a los mercados asiáticos, volvió acuciante al tema.

Dos interrogantes definían, en general, las preocupaciones de los investigadores. El primero lo reflejaba la pregunta por si la globalización era solo un proceso que se había iniciado a fines del siglo XX, y que había que atar, exclusivamente, al desarrollo técnico y al liberalismo económico. El segundo lo representaba la preocupación por las naciones. Así, la mirada de las ciencias sociales se dirigió al siglo XIX, donde, al parecer, ambos procesos habían comenzado. Mattelart (1993) trabajó desde las categorías de *guerra*, *progreso* y *cultura*, buscando una genealogía en la que la *economía-mundo* de Braudel se articulaba a las visiones sobre el poder foucaulteanas. Flichy (1993) reconstruyó los dispositivos de comunicación que permitieron el control del espacio y la centralización de los pueblos por parte del Estado en el marco de las revoluciones burguesas. Para los latinoamericanos, la pregunta crucial era qué pasaría con las culturas nacionales y sus identidades que tanto trabajo había costado rescatar del anonimato y el prejuicio. Por supuesto que estos interrogantes se cruzaron con los marxismos, como el de Anderson (1993), que se preguntan por el origen de las naciones, y con las

visiones poscoloniales, desde Homi Bhabha a Arjun Appadurai, en la visión decontruccionista sobre las identidades. ¿Podía hacerse una lectura simplista de etapas entre colonialismo, descolonización y globalización? El racismo, la explotación y dependencia, las diferencias y desigualdades, ¿desaparecían con las independencias nacionales y los flujos abiertos de las comunicaciones?

Comunicación y territorios

Lo que había sido insinuado durante los dos siglos anteriores emerge en el siglo XIX como una tromba, una fuerza transformadora que destruye todo a su paso: las formas de habitar, las formas de trabajar, las formas de viajar, las formas de sentir; ese "mapa de las aventuras y los horrores, las ambigüedades y las ironías de la vida moderna" que Berman trató de describir en *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1988).

Como señala Berman (1988), durante la modernidad, la vida se acelera, el mundo se comprime y esta vorágine se alimenta de múltiples procesos, que tienen como eje la consolidación de un nuevo orden económico a partir de la Revolución Industrial (1750-1840); allí, la producción tecnificada, las comunicaciones que superan los límites biológicos y el cuerpo que pierde su aura sagrada son claros territorios a conquistar. Si en la primera dimensión la clave la representa el telar mecánico que revoluciona la industria textil, en el campo de la comunicación el motor a vapor patentado por James

Watt en 1762 será el eje dominante de un proceso de aceleración del transporte; con la locomotora (1814) el territorio se despliega ahora como un trazado calculable, acercando la producción a las ciudades y los puertos, polea de transmisión de personas y comercios; de este dispositivo participan otros inventos, como el cronómetro o la universalización de los sistemas de pesas y medidas (1790), lo mismo que la primera oficina de estadísticas; para el cuerpo humano la clave está en los avances fundamentales que hace la medicina: entre 1870 y 1890 se descubren las vacunas para el cólera, la fiebre tifoidea y la rabia, enfermedades que habían asolado a la humanidad durante cientos de años produciendo grandes catástrofes sanitarias.

Todos estos inventos e innovaciones, con sus diferentes aplicaciones, impactan directamente sobre el paisaje urbano. El siglo XIX es el siglo de la masificación de las ciudades. La tecnificación de las fábricas demanda mano de obra, se producen las grandes migraciones del campo a la ciudad y se proletariza la sociedad. Son las masas que inundan las periferias, masificando los cascos urbanos y creciendo en barriadas sin servicios ni espacios públicos. Las ciudades no estaban preparadas para tanta gente y esa masificación causaba grandes epidemias. Es el caso de París, con la reforma del barón Haussmann, lo que se conoce como *la transformación de París en el segundo imperio*, entre 1852 y 1870, durante el gobierno de Napoleón III. ¿Qué fue lo que se buscó con este proyecto de urbanización? La apertura de grandes avenidas, de espacios públicos, parques y paseos; indirectamente: la desproletarización de una ciudad que había potenciado las grandes

convulsiones durante la revuelta de 1848. Porque París, a pesar de todo, era todavía entonces una ciudad medieval (Harvey, 2006).

En 1847, Carlos Marx y Federico Engels describen con agudeza el eje de la transformación:

> Donde quiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas; ha desgarrado sin piedad las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales", para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frio interés, el cruel "pago al contado"; ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo pequeñoburgués a las aguas heladas del cálculo egoísta [...]. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con sus cortejos de creencias, de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; lo nuevo se hace viejo antes de osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire. Todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas. (2002: 29)

Pero la dimensión inicial de este proceso la representa la constitución de un sistema de comunicaciones que hace posible el control del territorio, para religar así a las vastas y dispersas poblaciones -que han vivido aisladas unas de otras durante siglos- a un centro: el Estado nacional. Ese centro será el vértice de la nueva sociedad que alumbran e imaginan los jacobinos; para lograrlo se necesitaba de un medio de comunicación eficaz y extenso: el telégrafo. Fuertemente ligado con la Revolución francesa y las figuras fundamentales de este proceso, como son Claude Chappe y Joseph Lakanal, configuran un dispositivo clave no sólo dentro del contexto mismo de la revolución, sino en el más largo proceso de constitución de los Estados nacionales. "El origen de este sistema, que se apunta una primera victoria sobre el tiempo y el espacio, está en el telégrafo óptico o aéreo, también llamado telégrafo de brazo, inventado por Claude Chappe. Aprobado por la Convención Nacional, el primer enlace de telegrafía de puesto en puesto, se instala entre París y Lille en 1793" (Mattelart, 1993: 19).

Desde entonces, y fuertemente a partir del apoyo de Napoleón que vio claramente la utilidad del medio para los fines militares, en poco menos de cincuenta años, Francia extiende este dispositivo de comunicación que acompaña las vías del tren, por medio del cual más de cinco mil pequeñas comunidades se conectan con la capital. Así, en un sistema radial que converge sobre París, Francia se convierte en el paradigma del Estado nacional. A esto lo acompañan la unificación de los pesos y medidas, la constitución del francés como lenguaje

oficial común y el establecimiento, por parte del emperador, del primer sistema nacional de educación: el normalismo. Educación y comunicaciones son dos lazos fundamentales de la unificación cultural y la centralización política.

Como dice el *Manifiesto comunista*:

> La burguesía somete cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglutinado a la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello es la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí por lazos casi únicamente federales, con intereses, leyes, Gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo Gobierno, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera. (Marx & Engels, 2002: 33)

Hay que hacer de Francia una nación y un territorio. Y hay que religar a ese conglomerado complejo y diverso de las comarcas y los dialectos a una nación y una cultura universal. Por eso, como bien señala Flichy en *Una historia de la comunicación moderna* (1993), había que esperar el cambio de mentalidades para que esos inventos

técnicos pudieran emerger y aplicarse. Es la guerra, la guerra política contra el viejo régimen, lo que exige estas tecnologías. La revolución es consciente de que no solo es el cambio de un régimen político, la monarquía, sino también un cambio cultural, epistémico, ideológico.

Por supuesto esto no ocurre únicamente en Francia. En 1837, William Cooke y Charles Wheatstone patentan en Inglaterra el primer telégrafo eléctrico. Casi en simultáneo, Gran Bretaña y Estados Unidos impulsan este nuevo y revolucionario sistema de comunicaciones que viene a mejorar el telégrafo óptico. En 1835, en Francia, se funda la primera agencia de noticias, Havas, el primer sistema internacional de producción y distribución de noticias a escala global; en pocos años la agencia francesa tendrá corresponsales en América, Asia, África. Luego le siguen las agencias Wolff en Alemania (1848), Reuters en Inglaterra (1851) y la norteamericana Associated Press, fundada en 1848, pero que funciona como una agencia nacional hasta los años ochenta. En 1866 se extiende el primer cable transoceánico que comunica a Europa con América. Así, la información que tenía que esperar el regreso de los barcos comienza a ser inmediata. En 1876 Graham Bell patenta el teléfono y en 1881 la red norteamericana ya cuenta con más de 121 000 aparatos. El teléfono, por supuesto, es una expresión más de las demandas comunicativas de la urbanización. Un inmediato antecedente de la radio, el cine y el cómic, las definitivas expresiones tecnológicas y culturales de una sociedad de masas, aunque para eso tengamos que esperar al siglo XX.

Sin embargo, este panorama de transformación técnica no estaría completo sin reseñar las transformaciones culturales de ese siglo. En Francia, si la alfabetización durante el *ancien régime* estaba en torno al 30 %, subió al 60 % en 1860 y tocó el 90 % en 1890. Si la producción de libros en el siglo XVIII llegaba a una media anual de 700 u 800 unidades, en 1850 pasa a las 7600 y en 1889 supera las 14 000 por año. En París se publican 500 periódicos en 1860 y en 1890 la cifra trepa a 2000. Si en 1836 todos los periódicos parisinos editaban 70 000 copias diarias, a finales del siglo *Le Petit Parisien* imprimía 775 000 ejemplares diarios. Si miramos Inglaterra en la misma etapa, los datos son similares. En 1840 el número de personas alfabetizadas asciende al 59 %, mientras que en 1900 esa cifra llega al 97 %. En cuanto a la edición de libros también se vive un crecimiento significativo. Si un libro exitoso a principios del siglo XIX, por ejemplo, de sir Walter Scott -autor de *Ivanhoe*-, tiraba 6000 ejemplares, para finales del mismo siglo un texto de Dickens podía lanzarse a la calle con una primera edición de 40 000 ejemplares. Del mismo modo, un autor como Lewis Carroll pudo vender entre 1865 y 1896 más de 150 000 ejemplares de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*. La cantidad de lectores manifestó así un crecimiento contundente, como lo marca el crecimiento de la tirada de periódicos. El caso de *The Daily Telegraph*, que pasó de 140 000 ejemplares en 1860 a 300 000 en 1890, es elocuente.

La experiencia moderna

No es una novedad entonces que el siglo XIX haya sido visto por los testigos de la época, y luego por sus historiadores, como un siglo de profundos cambios. Quien puso en valor este proceso de contradicciones y paradojas fue el ensayista norteamericano Marshall Berman (1940-2013), que en 1981 publicó el libro que luego devendría en clásico, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Nadie esperaba que se convirtiera en eso, pero así fue: desde entonces, su texto no dejó de estar en el centro de los debates y, hoy, en el de los homenajes. Inspirador, a contracorriente del espíritu nihilista de los ochenta, Berman puso, como señaló el periódico *El País* en su obituario, a Marx en el Bronx (Albores, 2013). Y quizás sea esa alquimia inédita la que todavía permita que las nuevas generaciones lo sigan leyendo. Un mérito por haber llevado la modernidad a la calle celebrando el brindis de su aliento transformador, vertiginoso y permanente.

Para Berman, el siglo XIX es el epicentro de la modernidad. Hurgando en los textos de Marx, de Goethe, de Federico Nietzsche o de Fiódor Dostoievski, atravesando los mapas urbanos en la San Petersburgo de los zares o el París de Charles Baudelaire, Berman (1988) busca rescatar esa experiencia típicamente moderna, "ese deseo de cambiar -de transformarse y transformar su mundo- y el miedo a la desorientación y la desintegración, a que su vida se haga trizas". Porque ser modernos es, para este ensayista norteamericano, vivir una vida de paradojas y contradicciones. Unas paradojas y contradicciones que se

expresan en las dos dimensiones fundamentales de la modernidad: la modernización material y el modernismo cultural. La primera se ve reflejada en los cambios estructurales, aquel conjunto de procesos sociales que fundamentan esta vorágine incesante: descubrimientos científicos, industrialización, desarrollos tecnológicos, migraciones urbanas, conformación de los Estados, estructuras burocráticas. Y la segunda, la otra dimensión clave de la modernidad, la cultura moderna, es ese conjunto de ideas y visiones con las cuales el hombre trata de explicar el mundo, hacerse un lugar en él y apropiárselo; son las incesantes vanguardias, las utopías feroces, las radicales búsquedas de una expresión genuina de la vida humana sin velos. Ahí están entonces las dos voces arquetípicas de la modernidad del siglo XIX: Marx y Nietzsche. Porque, con estos autores, el largo proceso de transformación material deviene en lo que Nicolás Casullo definió como la "autoconciencia" moderna (Casullo, Forster & Kaufman, 1999). Marx y Nietzsche son la expresión final de ese proceso de autorreflexión del sujeto, que, liberado por la crítica y el desarrollo de la ciencia de las trascendencias, se supone amo del mundo.

Como dice Berman, el siglo XIX nos transmite:

> Un paisaje de máquinas a vapor, de fábricas, vías férreas, nuevas y vastas zonas industriales; de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana, frecuentemente con consecuencias humanas pavorosas; de diarios,

> telegramas, telégrafos, teléfonos y otros medios de comunicación de masas que informan a una escala cada vez más amplia; de Estados nacionales y acumulaciones multinacionales de capital cada vez más fuertes; de movimientos sociales de masas que luchan contra esta modernización desde arriba con sus propias formas de modernización desde abajo; de un mercado mundial siempre en expansión que lo abarca todo, capaz del crecimiento más espectacular, capaz de un despilfarro y de una devastación espantosa, capaz de todo salvo de ofrecer solidez y estabilidad. (1988: 1)

En Marx el modernismo es esta contradicción que está “en la base del mundo moderno”, porque el capitalismo ha despertado un conjunto de fuerzas industriales y científicas que son de un poder insospechado en la historia humana, pero, por otro lado, se observan unos síntomas de decadencia que superan los del Imperio romano. “Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar la vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen la vida humana al nivel de una fuerza material bruta” (Berman, 1988: 6).

Por otro lado, la voz de Nietzsche, si bien no reflejó el mismo interés de Marx en cuanto a construir un nuevo sistema filosófico, sí lo hizo en dirección a destruir el anterior. Si en algo coinciden, para Berman, la filosofía marxista y la filosofía nietzscheana, es en la voluntad de hacer saltar por el aire el orden social existente. Para Nietzsche son las funestas causas del platonismo las que todavía siguen ocultando el verdadero destino humano. "Para Nietzsche, el fundamento de la historia de Occidente había sido el platonismo, y el hombre que se plasmó en ella estaba hecho de sustancia platónica. De ahí que considere la situación histórica creada por el fin de la metafísica, no como la suya personal, sino, en general, como la situación histórica del hombre occidental" (Berman, 1988).

Nietzsche caracteriza este momento a partir de dos grandes expresiones: lo que llama la muerte de Dios y el nacimiento del nihilismo. Para el filósofo, estos dos acontecimientos son insoslayables dentro de la cultura moderna. El primero, en cuanto a que Dios era el último fundamento del mundo suprasensible y con su muerte todo se derrumba estruendosamente. Pero el concepto de la *muerte de Dios*, aparecido por primera vez en *La gaya ciencia*, no se refiere exclusivamente al dios del cristianismo, sino a todos los fundamentos divinos del mundo suprasensible, incluyendo al *dios de las ideas* de Platón y Aristóteles. Se refiere a los ideales, a los imperativos, a los principios supremos. El nihilismo, por su parte, es el fin de la metafísica, la volatilización del mundo verdadero o perfecto en el más allá y la desaparición de los valores ideales. Nietzsche define el

nihilismo como el proceso en el cual los valores supremos pierden significación. En esta pérdida de valores, toda idea de trascendencia desaparece también, y esas ideas supremas, que habían dado sentido al mundo y fijaban la legitimidad del hacer humano, pierden el suelo donde sustentarse. De ahí que Nietzsche diga, con referencia al nihilismo, que el hombre flota en el vacío, en la nada. Pero, para Nietzsche, este vacío o esta *nada* no significan un fin de lo humano o un derrotero de destrucción, sino todo lo contrario: es la posibilidad de una nueva libertad. “Nos deshicimos del mundo verdadero, dice Nietzsche, ¿cuál nos queda? ¿Quizás el aparente? ¡No, no! ¡Con el mundo verdadero nos deshicimos también del mundo aparente!” (Berman, 1988).

Pero la modernidad del siglo XIX no estaría completa sin el imperialismo. Sin la fuerza arrolladora que Occidente desplegó hacia otras geografías. De algún modo el viaje de Colón se completa con el de Phileas Fogg, y las audiencias crecientes de las aventuras de Verne prueban con creces que ese sentimiento de dominio era compartido por muchos. Como señala Edward Said, “si se era británico o francés alrededor de 1860, se veía y se sentía respecto a la India o el norte de África una combinación de sentimientos de familiaridad y distancia, pero nunca se experimentaba una sensación de que poseyesen una soberanía separada de la metrópoli” (2001: 25).

Mansilla y Conrad: viajes tierra adentro y al corazón de África

En 1870 el coronel Lucio V. Mansilla, encargado por Sarmiento como subcomandante de la frontera sur, en el destacamento de Río Cuarto, Córdoba, decide realizar una avanzada tierra adentro para parlamentar con Mariano Rosas, uno de los jefes de los ranqueles, sobrino nieto de Juan Manuel de Rosas, con el objeto de alcanzar un acuerdo de paz. Ese viaje exploratorio, inesperado, confuso (¿va a negociar la rendición de los indios?, ¿quiere hacer una exploración detectivesca?, ¿o solo le interesa esa aventura para después narrarla?), si bien no llegó a buen puerto desde el punto de vista diplomático (el acuerdo nunca llegó a tener la aprobación del Congreso), sí lo hizo desde el literario; la crónica de esa experiencia, conocida como "Una excursión a los indios ranqueles", se publicó, entre 1871 y 1872, en el diario *El Tribuno*. Convertida en una de las piezas fundamentales de la narrativa nacional, suerte de contracara antirromántica y antimanierista de la epopeya gaucha de José Hernández o la franca diatriba en Esteban Echeverría, la excursión de Mansilla "nos presenta la vida cotidiana de una comunidad orgánica, con sus formas de gobierno, de religión, de justicia, y una lengua que es un preciado y elaborado instrumento de oratoria. Retrata, minuciosamente, individuos diferentes entre sí, no se ciñe al cartabón de los estereotipos" (Lojo, 2020). A mitad de camino entre el ensayo, las digresiones de un dandi, la crónica de costumbre y el libro de aventuras, Mansilla logra, a pesar de la

inscripción dentro del eje *civilización y barbarie* del que no puede escapar, una mirada irónica, la primera visión sobre "los dueños de la tierra" con menos prejuicios que sus contemporáneos. Los indios son argentinos, dijo allí Mansilla, y los criollos también son indios.

En 1890, Josef Teodor Konrad Korzeniowski, más conocido como Joseph Conrad, realiza un periplo similar hacia el corazón del continente africano. Contratado por una compañía belga, sube por el río Congo, hacia el centro de África. No hace más de veinte años que esa región del continente ha sido explorada por Henry Morton Stanley, y desde 1885 es territorio de Bélgica, más precisamente del rey Leopoldo II, que lo compró con su propio peculio, gracias a los acuerdos de Berlín, por el que las grandes potencias imperiales se han repartido el continente. Diez años después, plasma aquella travesía en uno de sus relatos más conocidos, "El corazón de las tinieblas". La historia es parecida, pero el marino Charles Marlow, *alter ego* del narrador, va en busca de un comerciante de marfil, el señor Kurtz, que ha construido en tierras congoleñas su propio reino. No va a buscar la paz ni a dialogar con los dueños de aquellas tierras, todo lo contrario; Conrad evoca allí su experiencia real como marino mercante diez años atrás, cuando es testigo de los horrores de la explotación del rey Leopoldo II sobre los pobladores originarios de aquella región africana. Según el informe elaborado por Roger Casement (1864-1916), diplomático y político independentista irlandés, en 1904, durante la explotación del Congo, murieron cerca de diez millones de indígenas. Este informe discutido en el Parlamento belga fue uno

de los fundamentos para que el rey dejara sus propiedades en el Congo.

Como ya mencionamos, el siglo XIX es inexplicable sin el imperialismo. Y sus consecuencias se arrastrarán bien entrada la segunda mitad del siglo XX. Pero, a su vez, será fuente inagotable de disputas y relatos, que de algún modo conformarán gran parte de la cultura contemporánea.

> En el imperialismo, la batalla principal se juega, desde luego, por la tierra. Pero cuando toca preguntarse por quién la poseía antes, quién posee el derecho de ocuparla y trabajarla, quién la mantiene, quién la recuperó, quién ahora planifica su futuro, resulta que todos esos asuntos habían sido reflejados, discutidos y, a veces, por algún tiempo, decididos, en los relatos. Según ha dicho algún crítico por ahí, las naciones son narraciones. El poder de narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y para el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos. (Said, 2001: 13)

De este modo, el proceso de expansión del orden imperial del siglo XIX puso en evidencia la condición de alteridad de los pueblos y culturas que eran arrastrados por la violencia de la conquista. Si bien eso no era nuevo, como lo atestiguan los estragos que sobre la población indígena produjo la llegada de los españoles a tierras americanas, la llegada de Europa a África o a Asia no fue menos cruenta. De esa cruzada imaginariamente civilizadora nació la ciencia de las culturas (la antropología) y algunos de los relatos más lúcidos sobre la relación entre dominación imperial y las dificultades para Occidente de comprender otros valores y costumbres que no sean los de su supuesta superioridad. Conrad y Mansilla, desde márgenes distintos, reflejaron experiencias similares. Uno viajando al corazón del África meridional, en un bote, en búsqueda de un *loco* empresario del marfil; el otro, adentrándose en tierras de los ranqueles para negociar con Mariano Rosas un acuerdo que pudiera salvarlo de la aniquilación. Ninguno de los dos volvió de allí con noticias optimistas y conjuraron sus decepciones en sus ficciones.

Corolario

La revolución de la imprenta implicó, sin lugar a dudas, una profunda y extensa transformación social. Con su capacidad de extender el conocimiento humano, ampliar los horizontes de la escritura y la lectura, así como hacer accesibles ideas y sentimientos -antes limitados por la comunicación oral, o los pocos manuscritos-, fue clave en el proceso de desmoronamiento de los órdenes consagrados, fijos, trascendentes. Su impacto fue tanto vertical como horizontal; perforó viejas creencias gestando una inquietud y un afán de certezas, como se propaló más allá de las fronteras y los mundos propios, sin respetar idiomas y costumbres, clases ni estamentos; su paradójica liviandad horadó murallas, cruzó océanos, atravesó cordilleras y tempestades. La palabra escrita separó el poder del que habla de lo que dice, y eso motivó el desafío. Ya no hubo forma de controlarla. Porque perseguir el conocimiento es alimentarlo. La historia humana es la prueba irreductible de esa enseñanza. Por eso la sociedad que primero impulsó la técnica luego vivió sus consecuencias; la difusión de las escrituras sagradas propició las lecturas disidentes y el conocimiento se volvió contra sí mismo. Lo vivieron todos los conquistadores: los lentos y laboriosos trabajos para construir escaleras aceleran los procesos de ascenso de los que vienen detrás. La transición entre las culturas orales y las escriturales no pudo ser

más violenta. La escritura perdió su función de registro y clasificación para convertirse en un transporte, un vehículo de difusión. Las bibliotecas dejaron de ser bóvedas oscuras y el tiempo que demoraba un copista en transcribir un texto se evaporó definitivamente. Los libros, los folletos, los diarios, los afiches, los carteles, inundaron las ciudades. La palabra circulaba rápido como un reguero de pólvora. Y todos quisieron ser actuales. Que es decir *modernos*, porque moderno es lo que sucede *ahora*, a diferencia del pasado que ya no existe. Un mundo de relatos nació con la modernidad, que, por supuesto, tuvo sus destiempos. En algunos casos se anticipó la transformación material, y las dimensiones simbólicas y culturales se resistieron a esos cambios; otras veces, las ideas y las visiones fueron por delante de los sustentos técnicos o económicos. En ese drama, todas las civilizaciones se vieron arrastradas y representaron, como pudieron, los diferentes papeles. Para algunos esa representación fue una locura que merecía la hoguera. Pero los fuegos multiplicados iluminaron el mundo. Y los lenguajes nacionales rompieron el cerco de los doctos; así creció el debate y la esfera pública tomó el lugar del púlpito y el sermón. Tertulias, asambleas, parlamentos, conformaron, cada vez más, una institucionalidad que dio legitimidad a los discursos, a los argumentos, que luego decantaron en reglamentos, procedimientos, normas escritas, leyes. Un conocimiento práctico, un conocimiento razonado, la verdad de la ciencia y del consenso. No importa que no fuera definitivo ni absoluto, nada lo sería a partir de ahora. Porque lo único permanente sería el cambio.

Segunda parte

El nacimiento de otra cultura (1870-1970)

Capítulo V

Las masas consumen cultura

Las aventuras de un explorador imaginario

En los años setenta del siglo XIX, un escritor imaginativo, prolífico, enciclopédico, había conquistado los corazones de Occidente. Con una saga de aventuras y travesías, en poco menos que una década se había convertido en el explorador del imaginario colectivo de aquella modernidad apabullante. Me refiero a Julio Verne (1828-1905), autor de la saga Viajes Extraordinarios, que no hacía más que confirmar el afán de conquista de la sociedad burguesa a la que pertenecía.

Todo comenzó con *Viaje al centro de la Tierra*, de 1864; luego, *De la Tierra a la Luna*, en 1865; más tarde, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de 1870; con *La vuelta al mundo en ochenta días*, de 1873, se repetirían los éxitos. Atrás había quedado la única novela que no publicó en vida, *París en el siglo XX*, que presagiaba un mundo menos venturoso, repleto de codicia y usureros, atrapados en una maraña de tecnologías de comunicación en la que algunos han visto el antecedente imaginario de Internet. Lo cierto es que su editor

sansimoniano[8] la rechazó por pesimista y quedó arrumbada en un baúl hasta que la rescataron sus descendientes en 1994.

Verne era ciertamente un visionario, un “revolucionario subterráneo” (Bellour *et al.*, 1968). Sus libros eran furor, se vendían copias por millares y él mismo dirigía sus adaptaciones al teatro. La tirada de *La vuelta al mundo en ochenta días* llegó a vender miles de ejemplares y por supuesto inspiró a infinidad de artistas; Georges Méliès, quizás el primero, le hizo un homenaje a *De la Tierra a la Luna* en su primera película.

Es muy difícil imaginar el nacimiento de la cultura de masas en un punto fijo. Porque los cambios culturales son imperceptibles a los ojos de los protagonistas y confusos a los de los que los miramos de lejos. Estos cambios se producen como corrientes que avanzan a diferentes velocidades; también están las que chocan y retroceden; mientras otras, como olas, cruzan las murallas; el avance final es irrefrenable y todo es socavado como en un tsunami: lo cierto es que estamos en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el capitalismo imperial reina en las grandes naciones europeas y comienza a dar sus primeros pasos en América. Verne es la personalidad literaria de la época y en su obra comienzan a aparecer rasgos particulares de las

8 El editor de las novelas de Verne, Pierre-Jules Hetzel, concibió la saga Viajes Extraordinarios como una propedéutica, es decir, una estrategia pedagógica de divulgación científica para niños y jóvenes en el marco del ideario reformador de Saint-Simon. El rol de Hetzel como editor de las primeras obras de Verne ha sido largamente valorado. Impulsor del *Magasin d'Éducation et de Récréation*, se entusiasmó con la primera versión de *Cinco semanas en globo*, primer manuscrito de aventuras del todavía desconocido autor, y le encomendó una serie de historias similares, enfocadas hacia los jóvenes y con un fuerte acento puesto en los descubrimientos científicos.

formas de producción cultural de lo masivo: la figura del editor como concepción de la obra; el autor que trabaja a destajo sobre un marco del que no es, necesariamente, el creador original; la idea de un público al que se quiere captar; el proyecto ideológico pedagógico; el imaginario científico-tecnológico (siempre presente en las primeas etapas de los medios masivos); y, por supuesto, la aspiración a la constitución de una nueva cultura, que tenía por rasgo característico lo de masificarlo todo.

Si el periplo de Charles Darwin treinta años antes por los mares del sur fue la aventura de un expedicionario y naturalista, la de Phileas Fogg, en *La vuelta al mundo en ochenta días*, fue la de un comerciante y un divulgador. Las rutas de Darwin fueron detrás de los animales en estado salvaje, las de Fogg siguieron a esos mismos animales ahora enlatados en conservas. Barcos, vías férreas, camellos, el telégrafo, anunciando los pasos de una travesía convertida en expedición educativa. No es trágica, porque está imbuida del espíritu científico y sansimoniano que le impuso su editor; pero también porque las luchas y las matanzas que permitieron el establecimiento de aquellos caminos ya eran parte del pasado. Es interesante aquí rescatar la observación de Foucault en *Verne: un revolucionario subterráneo* (Bellour *et al.*, 1968), cuando menciona que en las novelas de Verne la ciencia siempre va como acompañante, como un discurso lateral, que viene de otro lado, y nunca es la protagonista, que suele ser un aventurero. Verne es el primer emprendedor y sus viajes son la máxima expresión de lo que diría Hannah Arendt (2009): la

modernidad fue un viaje que, contra lo que ella misma creía hacer, es decir, extender los horizontes humanos, lo que hizo finalmente fue achicarlos. Como señaló Michel Serres, Verne es nuestro Homero, porque los viajes extraordinarios "son nuestra *Odisea*" (Bellour *et al.*, 1968: 53).

Y en cada novela que avanzaba sobre otro espacio indómito (las profundidades de la Tierra, el fondo desconocido de los océanos, la Luna o el extremo del Polo Norte), Verne ampliaba su público de lectores; cada nueva entrega de la saga, no importaba si cambiaban los personajes y los mapas, siempre era la misma historia de descubrimiento, de iniciación, como si el protagonista del relato fuera la misma humanidad en su travesía de conocimiento.

Así también la cultura de masas expandió sus horizontes. Para eso se sirvió de todas las técnicas, de todos los medios, de todos los idiomas, de todas las culturas, se atragantó con ese aquelarre y mutó también en ese proceso. Ilustrativas de esta celebración del conocimiento fueron las Ferias Mundiales que, entre 1880 y 1900, se realizaron en las grandes capitales europeas; la más reconocida, la de París, en la que en el mismo corso podían compartir escena Búfalo Bill y su show del oeste -con sus representaciones de indios y *cowboys*- con la inauguración de una de las obras de ingeniería urbana más espectaculares de ese siglo, como fue la Torre Eiffel o el cinematógrafo. Como un anticipo que mezclaba ciencia, tecnologías y fantasías, ya estaban allí los cimientos de *otra cultura*.

Las masas consumen cultura

Si bien los estudios sobre el origen de la cultura de masas no estuvieron tan presentes en la constitución del campo de los estudios de comunicación[9], más preocupados por ver sus efectos sobre las conductas de los sujetos o confirmar su participación en la estratagema de las clases dominantes para conservar poder y privilegios, lo cierto es que el vertiginoso desarrollo de esa nueva cultura descolocó a todos.

¿La cultura de masas respondía solo al interés económico de aventureros y mercachifles en búsqueda del negocio fácil? ¿El gusto por lo macabro, lo banal o lo escatológico era consustancial a los sectores populares de niveles bajos de instrucción? ¿De qué manera se constituyeron los gustos de las clases subalternas en el contexto de la expansión de los nuevos medios? En general, estas preguntas, y muchas otras de similares tonos y matices, fueron construyendo un corpus de ideas y visiones en las que ese inasible objeto de estudio fue creciendo y mutando también. En la primera mitad del siglo xx, la pregunta determinante fue qué influencia ejercían los medios de información en contextos electorales o sobre la sugestión que las publicidades podían causar en los oyentes. Son una referencia ineludible aquí trabajos como *El pueblo elige*, de Paul Lazarsfeld, Hazel

9 Hay que observar aquí que uno de los primeros trabajos sobre la conformación de la cultura de masas lo elabora Jesús Martín-Barbero en *De los medios a las mediaciones* (1987). Allí, prácticamente una genealogía de la cultura mediática, se asienta el recorrido que parecía entonces más desconcertante: de lo popular a lo masivo.

Gaudet y Bernard Berelson, de 1941, sobre las campañas electorales por radio en el pueblo de Erie, en el estado de Ohio; o la investigación de Hadley Cantril sobre la emisión radiofónica de Orson Welles de 1938 en su adaptación de la novela de ciencia ficción de H. G. Wells, *La guerra de los mundos*. En la segunda parte del siglo los interrogantes viraron hacia saber qué era lo que la gente hacía con los medios. Elihu Katz y Jay Blumler comenzaron así a desarrollar la teoría de los usos y gratificaciones, como una forma de explicar por qué millones de personas pasan horas enteras delante de los televisores, en las salas de cine o hipnotizados frente a los radiotransmisores; algunas gratificaciones obtenían.

Mencionemos solo algunos datos para dimensionar a esa cultura naciente. En 1947 había en Estados Unidos 19 000 salas de cine y la cifra anual de espectadores llegaba a 4 500 000. Una década atrás, el 30 de octubre de 1938, miles de vecinos de Nueva Jersey llamaron a las fuerzas policiales, a los ayuntamientos, a los periódicos, alarmados por la invasión marciana que narraban en la radio en un formato que copiaba una transmisión radiofónica en vivo; 12 millones de personas escucharon expectantes aquella transmisión del Mercury Theatre y algunos no se percataron del mensaje que Welles leyó al inicio de la transmisión: aquello era una ficción. El uso del nazismo de la comunicación social como instrumento de propaganda política también fue una circunstancia que preocupó a muchos. Y, siempre recurrente, la novela anticipatoria de George Orwell, *1984*, no hacía

otra cosa que presagiar los destinos funestos de unas sociedades manipuladas por dictaduras mediáticas.

Es cierto que, en el siglo XXI, de algún modo, la explosión de las redes y las últimas tecnologías ha modificado las percepciones sobre lo masivo. ¿Hasta qué punto ante las extensas y complejas formas de consumo cultural contemporáneas se puede seguir hablando de cultura de masas, con el calificativo de uniformidad y banalidad que se le atribuyó históricamente? Y supongo que la paradoja se debe a que esa cultura, la de masas, está desapareciendo con la proliferación de dispositivos de interconectividad que disolvieron la idea misma de masa. Pero también porque en el campo de los estudios de comunicación se construyó un discurso crítico contra los medios y esa cultura, que vio solamente allí manipulación y dominación.

En los años noventa tuvo que venir toda una corriente de estudios de la recepción -como el de Jesús Martín-Barbero en 1987, el de Guillermo Orozco Gómez en 1990 y el de Oscar Landi en 1991 (Saintout, 1998)- para que esa mirada sesgada se revirtiera. Como mencionan Florencia Saintout y Natalia Ferrante:

> Los estudios en comunicación desde una perspectiva ligada a la recepción se han desarrollado en Argentina durante las décadas del ochenta y noventa alrededor de dos líneas de trabajo: por un lado, ligados a la pregunta por lo popular en el marco de los llamados estudios culturales, esta tradición

> integró la línea del pensamiento nacional y ciertas reflexiones de la sociología de la cultura para pensar la resistencia de los sectores populares a la industria cultural [...]. Por otro lado, desde la indagación sobre las condiciones de reconocimiento en el análisis del discurso, este planteo sigue una línea semiótica y al no establecerse en términos de recepción se libera de una serie de problemas y de preguntas tales como si la recepción es un proceso predominantemente individual, grupal o colectivo. (2011: 22)

Por supuesto, es una cultura que ya está desapareciendo y también fue una cultura dominante y manipuladora, pero no toda esa cultura fue así ni todos los productos de masas fueron cómplices con esa dominación. Pensemos, por ejemplo, en *Tiempos modernos*, de Charles Chaplin, en los cómics de Héctor Oesterheld, como *El Eternauta*, en el cine de Jean-Luc Godard, o en las formas de resistencia y resignificación que los estudios culturales británicos encontraron en las subculturas juveniles.[10]

Hoy, la comunicación punto a punto (WhatsApp, por ejemplo), pero también la posibilidad de que cada uno produzca sus propios contenidos y los suba a las redes (el pasaje de consumidores

10 Es interesante aquí rescatar la línea de trabajo que entre los años 1966 y 1977 desarrolló el grupo de subculturas juveniles en el Centro de Estudios de las Culturas Contemporáneas de Birmingham. Son pruebas de ello los textos *Los hippies, una contracultura* (1970), de Stuart Hall, y *Resistencia a través de los rituales* (1976), del mismo Hall y Tony Jefferson.

y audiencias al de prosumidores e internautas) o las experiencias que se desarrollan hoy de educación *online* vía plataformas web, hacen imposible seguir hablando de masas anónimas, por ejemplo, como fue el planteo originario sobre las primeras audiencias de los medios de comunicación.

Como sugirió Martín-Barbero (1987), la causa de aquella visión era que la concepción sobre las masas era previa a la de los medios. Hoy sabemos que la teoría de la aguja hipodérmica, en la etapa fundacional de los estudios de comunicación, estaba fuertemente influenciada por la visión que sobre las masas había generado el positivismo clásico. En esa mirada tuvo una gran influencia el psicólogo francés Gustave le Bon, que en 1895 escribe el primer ensayo dedicado al estudio de las multitudes: *Psicología de las masas.* Allí se asientan las primeras ideas sobre la capacidad de anular el pensamiento racional del hombre-masa. Le Bon (2005 [1895]) observa, a fines del siglo XIX, este nuevo sujeto político: “Estamos entrando en la era de las masas [...], que señala las consecuencias de la irrupción (legal) de las masas en la vida política. Consecuencias inquietantes, pues su dominación siempre representa una fase de desórdenes”. Contra la tesis habitual de que estos procesos que estamos comentando tienen una vigencia exclusiva en las grandes metrópolis, en 1899, José María Ramos Mejía, eminente representante vernáculo del positivismo nacional, publica *Las multitudes argentinas*, texto que da cuenta de los avances de los sectores populares sobre los privilegios de nuestra oligarquía. Allí aparecen, como en el texto de Le Bon, las mismas

preocupaciones psicológicas y políticas con relación a la "turba", multitud que no piensa racionalmente sino "por imágenes", que no se deja impresionar sino por ellas, y "solo las imágenes las aterrorizan o las seducen, convirtiéndose en los únicos móviles de sus acciones" (Ramos Mejía, 1952 [1899]). Como señala Oscar Terán (2015) al analizar la obra de Ramos Mejía, las clases dirigentes argentinas ya avizoran la necesidad de conducir a estas masas. El riesgo está claro: pueden caer seducidas por otras referentes. ¿Es acaso esta una premonición del liderazgo popular de Hipólito Yrigoyen? Evidentemente el temor del positivismo era universal. Y continuará con su influencia y tendrá sus ramificaciones en la obra *Psicología de las masas y análisis del yo* (1905), de Sigmund Freud; en la novela *El talón de hierro* (1908), de Jack London; o en el ensayo *La rebelión de las masas* (1929), de José Ortega y Gasset.

Pero el hecho de que ese modelo de pensar las comunicaciones y la información esté ya obsoleto no debe implicar que dejemos de pensar y conocer cuáles son los antecedentes, los orígenes, que hicieron posible esta profunda experiencia contemporánea de hiperconectividad, de digitalización, de hipermediaciones (Scolari, 2008).

Entonces, el nacimiento de la cultura de masas interesa porque es un momento clave de la cultura y de esa revolución de los medios técnicos de reproducción de la información y el conocimiento. Porque es la etapa en donde se inventa todo, una reingeniería de las formas de consumo, de las costumbres sociales, de la vida cotidiana;

en fin, de toda la experiencia humana. Pero, además, porque estos medios están también, como es lógico, fuertemente imbricados en las tensiones políticas y sociales de su época.

Es habitual referir, en este proceso que estamos considerando, que los medios de comunicación más relevantes fueron el cine, la radio y el cómic. Los tres creados casi en simultáneo entre 1880 y 1895, aunque las técnicas y los conocimientos científicos que impulsaron el desarrollo de cada uno de ellos venían de larga data. Ahora bien, lo que denominamos *cultura de masas* fue en realidad un proceso más lento y complejo, en el que no solo están involucrados los dispositivos tecnológicos, sino un conjunto de dimensiones, desde las más específicamente artísticas hasta las económicas, industriales, políticas y sociales. Es, por ejemplo, impensable esta nueva forma de concebir y producir la cultura sin las grandes migraciones urbanas que se producen desde mediados del siglo XIX sobre todas las grandes ciudades europeas y americanas. Pero tampoco sin ese largo período de paz social del que disfrutan los grandes países imperiales en la segunda mitad de ese siglo.

En ese proceso es pertinente hacer una distinción. Hay una primera etapa, que denominamos *preparatoria*, particularmente determinada por los inventores, científicos, técnicos y empresarios enfocados en la invención de los aparatos, los dispositivos, los formatos, de aquellos nuevos medios y lenguajes. Esta va desde mediados de los años setenta hasta principios de la primera década del siglo XX, previo a la Primera Guerra Mundial. Allí nacen las técnicas

del cinematógrafo, las primeras experiencias de la transmisión inalámbrica de sonidos y voces, y los primeros cómics en la prensa periódica.

La segunda etapa es la que va entre 1914 y 1940. Es la consolidación final de un modelo cultural, el de la industria cultural, el de la cultura de masas, el de la sociedad de consumo. Aquí es necesario hacer una particular especificación de enfoque. Si bien muchos de los inventos y desarrollos que están detrás de la cultura de masas, como es el caso del cine -que va desde los desarrollos de la fotografía, con Louis Daguerre y Joseph Niépce, a los de los hermanos Lumière o la transmisión de las ondas hertzianas-, tienen un desarrollo particular en Europa, especialmente en Francia o Inglaterra, la definitiva constitución de la cultura de masas es un producto norteamericano, que luego vuelve a Europa o se expande rápidamente por muchos territorios, hacia América del Sur o a Asia.[11] Pero es evidente que es en América donde, en los *años dorados*, se fragua este proceso cultural específico. Porque en Norteamérica, en pocos años, el cine ya es el formato artístico cultural de mayor consumo semanal por habitante,[12] que no se da en ninguna otra parte del mundo; la lectura de periódicos se extiende de un lado al otro de las costas americanas con la constitución de los primeros *trust* de medios, de la mano de William Hearst; y la radio ya no es el

11 La velocidad con la que se expande el cine lo prueba que en agosto de 1896 se realiza en Buenos Aires la primera proyección.

12 El promedio de asistencia a las salas de cine por parte del público norteamericano era de tres días por semana.

invento técnico que acompaña el desarrollo del telégrafo, sino una forma de entretenimiento, pero a su vez de ligazón social, de alcance y penetración en cada rincón familiar, como lo prueban las *fireside chats*[13] de Franklin Delano Roosevelt de los años treinta, que rescata la memoria de Saul Bellow (2011):

> Recuerdo una tarde de verano paseando hacia la puesta del sol por Chicago Midway. Era de día hasta bien pasadas las nueve, y todo estaba cubierto de tréboles, una verde extensión de casi dos kilómetros entre Cottage Grove y Stony Island. La plaga aún no había acabado con los olmos y había coches aparcados a la sombra, con los parachoques pegados, la radio puesta para escuchar a Roosevelt. Habían bajado las ventanillas y abierto las puertas. Por todas partes la misma voz, con su extraño acento del este [...]. Podía seguirse el discurso sin perder una sola palabra mientras se continuaba el paseo. Se establecía un sentimiento de unión con aquellos automovilistas desconocidos, hombres y mujeres

13 "Charlas junto a la chimenea" o "charlas junto al fuego" fue la denominación que adquirieron las transmisiones radiofónicas del presidente Roosevelt durante la Gran Depresión americana, entre 1933 y 1941. El presidente norteamericano fue uno de los primeros en comprender la utilidad de la radio como agente de comunicación de masas desde el punto de vista político. Es considerado uno de los mejores oradores políticos de la historia y su estrategia comunicacional utilizada para transmitir las decisiones del *New Deal* fue clave para el éxito de aquel proceso de reanimación y reformas de la economía norteamericana después del crac del 29.

> fumando en silencio, no tanto concentrados en las palabras del presidente como tranquilizados por la avalada justeza de su tono. Se sentía el peso de las preocupaciones que les hacía prestar tanta atención, como también se palpaba el hecho, el factor común (Roosevelt), que unía a tantos individuos diferentes.

Así, mientras en los finales del siglo XIX se desarrolla un proceso de experimentación que va definiendo los lenguajes de los nuevos medios técnicos, porque, todavía entre 1890 y 1915, ni la radio es lo que luego será la radio, ni el cine es lo que luego será el cine, en el único medio ya existente (el diario) se produce el pasaje de la prensa como tribuna de doctrina a la noticia comercial, del periódico de texto al periodismo de la imagen.

Los diarios a partir de la década de 1870 van a convertir a la noticia en la protagonista del periódico, abandonando la lógica de medios de partidos o ideológicos. Eso es lo que crean Joseph Pulitzer y el mencionado Hearst: la prensa de masas. Grandes titulares, la fotografía,[14] noticias truculentas. El primer diario en publicar una fotografía acompañando una noticia fue *The Daily Graphic*, de Nueva York, en 1880. Ya en 1900 la mitad de los diarios que se editan en el mundo eran norteamericanos, y en Nueva York -en el marco de

---

14 Si bien la ilustración siguió siendo una fuente fundamental para acompañar gráficamente las noticias, la imagen fotográfica aportó una veracidad que el dibujo no tenía. Así nació el fotoperiodismo, con grandes exponentes de ese oficio, como Robert Capa, seudónimo para la pareja de fotógrafos compuesta por Gerda Taro y Endre Friedmann.

la guerra española-americana- tanto Hearst como Pulitzer publican más de un millón de ejemplares por día. La famosa anécdota del director del *The San Francisco Examiner* muestra claramente cómo entendía el periodismo. Hearst había enviado a Cuba a un dibujante del periódico. A los pocos días este le envía un telegrama diciéndole que allí no pasa nada, que está todo tranquilo, que quiere volver; la respuesta de Hearst es fulminante: "Por favor, manténgase allí. Usted proporcione las imágenes y yo proporcionaré la guerra". La voracidad que refleja esta famosa anécdota nos permite intuir la respuesta a una pregunta clave: ¿por qué la cultura de masas tuvo un desarrollo vertiginoso en Estados Unidos?

En 1865 termina la guerra de Secesión en los Estados Unidos, que define el horizonte de desarrollo de los norteamericanos; hacia el final de la década del ochenta comienza el fin del mundo del oeste, del *problema indígena* y la expansión definitiva del ferrocarril. Y, por supuesto, la esclavitud. Norteamérica se muestra entonces como el territorio de lo inexplorado, una llanura abierta a la conquista, a donde millares de inmigrantes (judíos, polacos, italianos, irlandeses, turcos) se lanzan para hacerse un lugar. Lo demuestra la primera gran guerra de patentes entre los primeros productores cinematográficos que fuerzan la expansión del cine hacia el oeste, dejando la gran capital de Nueva York en manos de Thomas Alva Edison. También es un hecho sintomático que la mayoría de los nuevos productores que compiten en los orígenes de la industria son emigrados (Gubern, 1990); la mayor parte, judíos centroeuropeos: el polaco Samuel Goldfish (de la

Metro-Goldwyn-Mayer), los húngaros William Fox y Adolph Zukor, el alemán Carl Laemmle. El cine es la expresión artística sublimada de conquistadores, como había sido el Oeste para los viejos colonos protestantes, en este segundo oleaje de inmigrantes. Quizás por eso el wéstern fue uno de sus géneros predilectos.

Este proceso, inmerso, por supuesto, en las grandes revoluciones técnicas de la industria, acompañó un largo período de crecimiento económico. Lo que el historiador inglés Eric Hobsbawm (2009) llama "la era del imperio", que va de 1875 a 1914. En Estados Unidos la población pasa de 7 millones a 70 millones de habitantes en cien años. Europa duplica su población llegando a 430 millones en 1900, más de 130 ciudades pasan los 100 000 habitantes y cuatro superan el millón.

Es un período de sorpresiva paz. Son casi cuarenta años de tranquilidad social, al menos entre los países europeos, como lo recuerda Hobsbawm (2009). Son años de crecimiento económico, en parte por la expansión del área de influencia del capitalismo. Solo basta ver el mapa de la travesía de Phileas Fogg, el protagonista de *La vuelta al mundo en ochenta días*; todas las ciudades que toca son o han sido parte de los grandes imperios de la época: Londres, París, el canal de Suez, Bombay, Hong Kong. Es un momento particular de la historia de Occidente. Claro que la tormenta está por venir, como el *iceberg* del Titanic, como la tragedia en *El gran Gatsby*: es el crac del 29. Francis Scott Fitzgerald, el dandi de los años veinte, lo intuye correctamente; el mundo está transformándose, esa sociedad quebrada por la

industrialización que arrastra en su despliegue culturas, costumbres y prácticas largamente amasadas por la historia, no tiene freno; hay una tensión irreconciliable entre la sociedad victoriana de palacios y sirvientes y la sociedad que emerge de la revolución técnica, sucia, exasperante, bulliciosa; el *jazz* refleja ese ritmo frenético, las mansiones separadas por el lago también y, por más fiestas que haga Gatsby para recuperar lo perdido, el mundo que él representa va a llevarse por delante el ensueño en el que vive Daisy Buchanan. Son los años veinte y convirtieron a Fitzgerald en el escritor más importante de la época, el paradigma de la generación perdida, que Gertrude Stein bautizó desde París.

Por supuesto, la historia de las imágenes, como la de los sonidos, y su posibilidad de reproducción viene de lejos. Como bien lo relatan Ithiel de Sola Pool o Garth Jowett (Williams, 1992), las posibilidades de superar las barreras del espacio fueron vitales en la conformación y el desarrollo de las sociedades en el pasado. Desde las monedas hasta los rituales sonoros. Ahora bien, estas formas culturales tendrán, a finales del siglo XIX, una readecuación asombrosa, definitiva.

La literatura de los pobres: cómic y *pulp ficcion*

En principio, si bien hay que advertir que el cómic no es literatura, en cierta forma, como lo señala Martín-Barbero (1987), fue -como todas las imágenes en la Edad Media- “el libro de los pobres”. Porque

las imágenes en las bóvedas de las catedrales, en los frisos, en las galerías, fueron la forma de narrar la historia por parte del poder religioso. Y el cómic viene de ahí, de esa narración visual que desde la modernidad en adelante se va separando del culto, del poder de la Iglesia que lo prescribe, que lo censura, que lo codifica. Cuando la imagen se autonomiza del muro de las abadías y monasterios y se puede reproducir gracias a la técnica del grabado o litografía, por las técnicas ahora de reproducción de la imagen, que nacen también con la imprenta, el relato visual se seculariza. La última etapa de esta autonomía es la fotografía, el dibujo en la página del diario, hasta que estas dos artes se mezclan en el periódico de masas de fin del siglo XIX. Fotografía periodística e historieta producen ese salto cuantitativo del periódico.

En ese marco aparece una producción cultural muy importante, que comienza con la historieta titulada *Hogan´s Alley*, en la que hace su aparición el famoso personaje The Yellow Kid. Esta tira la publica primero Pulitzer en el *New York World* y luego pasará a manos de Hearst en el *New York Journal*, dos de los primeros diarios sensacionalistas, que fueron los que dejaron atrás las doctrinas ideológico-partidarias en la prensa y se concibieron como productores de mercancías noticiosas.

Los primeros cómics narraban historias de la vida diaria, costumbristas (Vilches Fuentes, 2014). Desde el personaje del niño en *Hogan´s Alley* podemos pasar a *Popeye, el marino*. Luego de su primera inscripción dentro de la prensa periódica, la historieta

también se autonomiza: nace así el *comic-book*, que es cuando alcanza su madurez narrativa e industrial; son ya los años treinta y comienzan a surgir nuevos relatos visuales de fuerte pregnancia. El más destacado, en ese salto de calidad y cantidad, es *Superman*, de 1938, el primer superhéroe. Luego *Batman*, en 1939. Y por supuesto, más tarde, la infinita saga de villanos y superhéroes. En paralelo, hay en desarrollo una narrativa literaria también popular, de bajo costo, truculenta, violenta, de acción: la denominada *pulp ficción*, que recuperó Quentin Tarantino con la película homónima. Ahí aparece una literatura detectivesca, de terror, ciencia ficción o misterios, en la que escritores, luego consagrados, hacen sus primeros trabajos: Dashiell Hammett, Philip Dick, Ray Bradbury. Más que un género en particular o un tipo de revistas, la *pulp ficción* era una forma de escribir, muy conectada con la cultura popular, con sus gustos por lo truculento, lo macabro, la sexualidad explícita, en la que lo que menos se buscaba era la elipsis o las sutilezas lingüísticas. Una de las revistas más conocidas de este tipo de literatura fue *Black Mask*, pero también se destacaron *Amazing Stories*, *Horror Stories*; todas ellas podían vender un millón de copias por edición.

Cuando Richard Hoggart (2013 [1957]) hace su famosa investigación sobre los consumos populares de la clase obrera de los años treinta y cuarenta, va a buscar en aquella literatura sus fuentes. Hoy sabemos, por el recuerdo de su hijo, cómo lo divertían los nombres modificados de aquellas novelas que el editor le sugirió cambiar para no tener problemas legales. *Taxi de la muerte para una*

chica o *Apunta más abajo, ángel* son reversiones de los títulos originales que Hoggart modificó por consejo de los abogados del editor.

La extensión de la voz humana

Si la reproducción de la escritura mediante la imprenta fue una revolución a partir del siglo XV, la reproducción, el almacenamiento y la difusión de la voz humana más allá de los alcances de las capacidades biológicas fue otra, aunque tuvo que esperar casi quinientos años. Como señala De Sola Pool (citado en Williams, 1992), uno de los referentes norteamericanos de los estudios de comunicación, integrante de los primeros equipos de investigación del padre de la comunicología estadounidense, Harold Lasswell, esta posibilidad de registrar la voz humana y conservarla (la grabadora, el fonógrafo, el tocadiscos luego, etcétera), y la capacidad de transmitirla a la distancia a una masa de oyentes desde un punto (la radio) o de que las personas se comuniquen oralmente de punto a punto en forma ordinaria (el teléfono), estuvieron conectadas desde sus inicios con esa revolución técnica que fue el telégrafo electrónico, que había cambiado las tecnologías desde mitad del siglo XIX.

Estos inventos, que aunaron los esfuerzos de científicos y tecnólogos -como Graham Bell, Thomas Edison, Guillermo Marconi o Heinrich Hertz-, entre 1870 y 1910, están en la base del nacimiento de la cultura de masas, junto con el cine o el cómic, no son solo

producto o resultado de un cambio tecnológico. Las transformaciones sociales, como venimos señalando, están siempre detrás. El proceso de urbanización, la densificación de las ciudades, la expansión de la industria, las grandes migraciones de finales del siglo XIX y principios del XX, son parte indisoluble de este proceso. Pero además gravitan los contextos de los procesos sociopolíticos de cada país. Así es como la radio, por caso, más allá de la técnica, toma la forma de los intereses que son determinantes en cada nación.

La primera transmisión de radio comercial se realiza en Pittsburgh, en 1920. Así nace la KDKA en Estados Unidos, integrante de la cadena CBS. En Inglaterra las primeras transmisiones son de los años veinte desde el sector privado también, hasta que en 1927 pasan a la órbita pública, conformando la corporación estatal BBC (en español: Corporación de Radiodifusión Británica). Y en París, en 1923, comienzan a emitir desde la Torre Eiffel las primeras dos radioemisoras francesas. Durante la Revolución rusa, Lenin es uno de los dirigentes comunistas que mejor entiende la potencialidad de la radio; en 1918 crea el Laboratorio de Radio de Moscú. En Argentina, la primera emisión radiofónica la realiza un pequeño grupo de aficionados, *los locos de la azotea*, que transmiten desde la terraza del Teatro Colón la ópera *Parsifal*, de Richard Wagner, el 27 de agosto de 1920, liderados por Enrique Telémaco Susini. Ese mismo año se funda Radio Argentina, la primera emisora de radio de habla hispana en el mundo. Susini, como si estuviera ya signado por el dios griego de su segundo nombre, fue luego fundador del estudio de

cine Lumitón, director de televisión y director de la segunda película sonora de la historia del cine argentino, *Los tres berretines*, de 1933.

Sin embargo, más allá del desarrollo de la técnico, caracterizado por su capacidad de transmitir mensajes, música, información, directamente a los hogares, la radio se define a partir de los modelos que le impone las respectivas sociedades; así nacen el modelo comercial norteamericano, el modelo de servicio público inglés y el modelo autoritario propagandístico ruso o alemán. El norteamericano se sostiene en el negocio empresarial, en especial, en la primera etapa, por las mismas compañías que desarrollan y venden los aparatos receptores, para luego financiarse con la publicidad comercial, en la que los contenidos son el soporte de atracción de las audiencias para la venta de los espacios comerciales. El segundo, el británico, parte de una lógica diferente. Entendido como servicio público, la emisora se maneja con cierta autonomía del Gobierno de turno y hay una clara intención pedagógica en el uso del medio, especialmente cultural. La radio es concebida como un medio de difusión artística, educativa, moral. Para los británicos, el peligro de la radio era tanto el monopolio comercial como el monopolio político partidario. Por largo tiempo será financiada por los propios oyentes con impuestos, del mismo modo que lo harán luego con la televisión. Para el tercer modelo, la radio es un medio de creación de conciencias. De identificación con las causas nacionales. La propaganda es clave en esta concepción y llegó al paroxismo con el nazismo o el manejo autoritario de la radiodifusión soviética.

Como lo prueban los primeros estudios sobre la radiofonía, entre los que se destaca el de Hadley Cantril, *La invasión desde Marte. Estudio sobre la psicología del pánico* (1942), en base a la famosa experiencia de la transmisión radiofónica de la adaptación de la novela *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, por parte de la compañía teatral de Orson Welles, la radio era el medio de comunicación por excelencia de las sociedades modernas, y el sustento fundamental de esa popularidad era la ficción. Como demuestra Cantril, aquella emisión radiofónica tuvo una audiencia cercana a los seis millones de norteamericanos y generó una reacción de pánico en muchos de los oyentes que no comprendieron que se trataba de una ficción; por supuesto que, si bien sin el dramatismo de este famoso caso, la radio tuvo esa capacidad de subyugar y provocar verdaderas conmociones sociales en todas las sociedades donde se asentó. Vale aquí el ejemplo de la transmisión de la pelea entre Luis Ángel Firpo y Jack Dempsey, los discursos de Adolf Hitler o Winston Churchill, como las "charlas junto a la chimenea" de Roosevelt. Porque la radio nació como un medio popular que creció exponencialmente en su audiencia de manera vertiginosa.

Si en los primeros meses que acompañaron a aquella histórica transmisión de la ópera ya había en Buenos Aires más de mil receptores, a mitad de la década del veinte la cifra trepa a más de un millón y medio. En 1922 Radio Belgrano ya instala filiales en las ciudades más importantes del país; en 1927 nace Radio Splendid, con dieciocho filiales en todo el territorio; y en 1935 se funda Radio

el Mundo. A esta proliferación de señales la acompañan revistas y publicaciones que reflejan también el valor social del medio: *Radiolandia* (1927), *La Canción Moderna* (1928), *Sintonía* (1933). Aunque en esta primera etapa la radio está definida por la transmisión de música en vivo, folklore o tango, el auge definitivo de la radio vendría a partir de la producción de un género hibrido: el radioteatro; hasta finales de los años veinte las comedias o representaciones teatralizadas de la radio eran de un solo envío, comenzando y concluyendo en el mismo día; las versiones ficcionales serializadas comienzan a transmitirse a partir del año 1929; una de las primeras, creada por Andrés González Pulido va a configurar todo un legado dentro del género: la temática gauchesca. Allí aparecen las versiones y adaptaciones de *Juan Moreira*, de Eduardo Gutiérrez; de *Santos Vega*, de Rafael Obligado; o *El matrero de la luz*, de González Pulido. Así, el género se iba asentando y diversificando en función de los públicos; nacieron los radioteatros con temática policial (*Ronda policial*, 1933), con temática histórica (*Amores célebres de América Latina*, 1935), o la adaptación de grandes clásicos de la literatura universal (*El conde de Montecristo*, *Los miserables*), así como los dirigidos al público infantil (*Tarzán de la selva*). Como señalara Patricia Terrero (1981), investigadora pionera en el estudio de los fenómenos de la cultura popular y los medios, el radioteatro fue una suerte de articulador complejo de demandas heterogéneas de un país que vivía procesos de transformación. El radioteatro se dirigía a los sectores del campo como a los urbanos, y en su capacidad de adaptarse, paradójicamente,

a pesar de sus limitaciones (los recursos escasos de la radio eran la palabra, los sonidos y la música), podía llevar al público a lugares distantes, tanto en el tiempo como en el espacio. Sus autores, sus estrellas, sus personajes, fueron rápidamente populares y conectaron con ese imaginario de épica y melodramas. De allí salieron estrellas como Luis Sandrini, Niní Marshall, José *Pepe* Arias o Narciso Ibáñez Menta, y hasta una Eva Duarte, estrella y directora de radioteatro en Radio Belgrano, que en poco tiempo se convertiría en leyenda. No resulta una paradoja que uno de los ciclos protagonizados por Evita en radioteatro fuera *Historia de mujeres ilustres*.

Las masas en acción: la conquista del público

Edgar Morin (2001) asoció el nacimiento del cine con el del avión. Uno quiso dominar el cielo y el otro, la tierra; los dos son productos de ingenieros, de ilusionistas, de aventureros y empresarios. Como producto del fin del siglo XIX, el cine será el inconsciente del siglo XX, y entrar en esa “caverna oscura y artificial” sintiendo los agitados pasos de los espectadores, la música y ese “polvo luminoso” en el aire, será en poco tiempo una de las sensaciones más emocionantes del siglo. Ir al cine será perderse en la oscuridad de la sala y reencontrarse en la inmensidad del fotograma en movimiento, como prueban las escenas de satisfacción de los primeros espectadores que se vieron reflejados en la pantalla. Gente saliendo de una fábrica, la llegada del

tren a la estación, todas formas que reflejaban esas ganas de "imprimir la vida", de "reproducir la vida". Así nacía la linterna mágica en 1895.

Pero es importante hacer una distinción: la posibilidad de descomponer o registrar el movimiento a través de un aparato o cinetoscopio todavía no es cine. Para eso deberemos esperar algo más de tiempo. Como ya sabemos, la invención de la cámara de registro y reproducción de imágenes y la realización de la que se considera la primera película les pertenece a los hermanos Louis y Auguste Lumière. Empresarios del rubro fotográfico, experimentan, durante el año 1895, la posibilidad de hacer circular los fotogramas en una película continua que, reproducida a una velocidad aproximada de veinticuatro cuadros por segundo, reconstruye el movimiento, por el efecto óptico conocido como persistencia retiniana. Y dieron a conocer su invento, el 28 de diciembre de 1895 en el Grand Café del Boulevard des Capucines de París (Gubern, 1990), con la presentación de *La salida de los obreros de la fábrica Lumière en Lyon*, una cinta de sesenta segundos que capta cómo los empleados, la mayoría mujeres, salen de la planta de aparatos fotográficos de Lyon. Como señaló el crítico Ángel Faretta (1918), esto todavía no es cine. Solo es el registro del movimiento en el espacio y los hermanos Lumière están lejos de imaginar otra cosa. Ellos están más interesados en las posibilidades científicas del aparato. Del otro lado del océano, también avanzan los científicos, en particular, Edison, que en 1891 patenta el cinetoscopio.

El impacto del cinetoscopio o cinematógrafo es tan significativo que los hermanos Lumière exportan el invento por

casi toda Europa. Llegan incluso a Rusia, donde en el contexto de la coronación del zar Nicolás II abren una agencia en la avenida Nevski y filman la ceremonia (Leyda, 1969). Entre los espectadores de la primera presentación de los Lumière en París se encuentra un ilusionista, Georges Méliès (1861-1938), quien rápidamente capta las potencialidades artísticas del invento. De inmediato ofrece comprar el equipo y pocos meses después hace sus primeras presentaciones en el Teatro Houdin. En el año 1896 estrena lo que algunos consideran la primera película de terror, *La mansión del diablo*, y en 1902, su película más conocida, *Viaje a la luna*, inspirada en Julio Verne, el más popular de los escritores del siglo XIX, y uno de los primeros novelistas de masas. Esta historia, la de la invención del cinematógrafo, de aventuras tecnológicas y narrativas, fue rescatada por Brian Selznick en su historia gráfica, *La invención de Hugo Cabret*, que luego adaptó para el cine Martin Scorsese con el título *Hugo*, como un merecido homenaje al inventor de su arte. No es un dato menor que Selznick sea sobrino nieto del famoso David Selznick, productor de la época dorada del cine.

Las intuiciones artísticas de Méliès en los albores del cine nos recuerdan cuánto este nuevo dispositivo artístico conectó el imaginario popular con la cultura de masas, en un contexto de vertiginosas innovaciones urbanas, científicas y económicas. El cine es el arte de masas por excelencia, como lo observó Walter Benjamin en su famoso ensayo de 1936, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Y con el cine no solo cambian las condiciones

de producción artísticas y las formas de consumo y acceso a la cultura, sino la concepción misma del arte.

En la relación del espectador con la obra de arte ya no vamos a buscar autenticidad, ese aquí y ahora irrepetible de la obra en su contexto, el aura como la definió Benjamin; la obra ahora se hace objeto de exhibición, fuera del ritual, se autonomiza. Se separa de la tradición y se inscribe en procesos de acercamiento, de popularización, en los que todos somos peritos. En la sustitución que produce la toma de distancia de la obra artística del contexto cultual (el culto religioso que le diera origen y sentido, como las pinturas de Miguel Angel en la Capilla Sixtina), el capital crea el culto a la personalidad del actor de cine, el *star-system*, como engranaje de la máquina cinética, en los rostros venerados de Greta Garbo, de Errol Flynn, de Marlene Dietrich. Hollywood ahora crea una nueva religión, la religión de las estrellas. Y el pueblo, como antes miraba el cielo devotamente, ahora mira las marquesinas.

En este proceso de transformación de una máquina capaz de captar la realidad en imágenes y el cine como dispositivo cultural, tienen todavía que producirse tres acontecimientos: por un lado, la maduración de un lenguaje; por otro, la constitución de una industria; y, en tercer lugar, los formatos de género. Esos acontecimientos pueden verse reflejados claramente en David Griffith, Hollywood y el wéstern.

Para la mayor parte de los críticos cinematográficos e historiadores del cine, Griffith (1875-1948) fue el creador del lenguaje

del cine. Y la fecha de esa creación es el estreno, en 1915, de *El nacimiento de una nación.* De algún modo la película de Griffith define en términos de lenguaje el cine como producto cultural, como narrativa estética. En esa película están los cimientos de todo el cine. La secuencia, el montaje, la narración paralela de hechos que luego se cruzan o anudan argumentalmente, el fuera de campo. Toda la épica del cine está en esa primera película, pero también en *El nacimiento de una nación* está una lógica de producción: Hollywood, la meca mundial del cine.

Esto ocurre por la *guerra de las patentes*[15], que obliga a muchos productores independientes a abandonar Nueva York, dominada por Edison. Así, muchos de los primeros directores se lanzan a conquistar el oeste, Los Ángeles, un lugar alejado de los tentáculos legales del gran patentador de las tecnologías de la época, donde los paisajes diversos -como los desiertos, las montañas nevadas o las playas- sumaban a un clima apacible muchas potencialidades para las locaciones de los diferentes films. Allí, en el "bosque de abetos" (tal la traducción literal de *Hollywood*), un barrio de Los Ángeles, se funda el centro de producción cinematográfica que revolucionará la cultura mundial. Desde mediados de la primera década del siglo XX migran una serie importante de productores que dan lugar a las *mejors*, las grandes compañías, como la Metro-Goldwyn-Mayer, la Paramount, Columbia, que comenzarán a dominar la producción del séptimo

15 Se denomina así a un conflicto legal sobre el uso del dispositivo técnico para producir películas que fuera patentado por Edison, que de este modo cobraba un canon por la proyección de películas.

arte; montadas sobre el denominado *star-system* (el sistema de las estrellas), con Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Rodolfo Valentino o Greta Garbo, desarrollan un elaborado sistema de promoción de las historias, elevando a sus figuras a un limbo particularmente artificioso, pero de mucho éxito entre los espectadores. El cine se convierte así en un artilugio mágico, que se potencia en las salas de cine con su aura y su boato. Las salas pasan de ser pequeños galpones a convertirse en verdaderas catedrales, con pórticos de entrada que asemejan palacios. El cine es escape, regodeo y elixir.

Y, por otro lado, el sistema de distribución. Como siempre, la logística, clave en el desarrollo capitalista del consumo masivo. Aquí va a ser fundamental la modificación del sistema comercial, cuando el *cine de argumentos* comienza a desarrollarse entre 1903 y 1910, y la demanda de espectadores modifica sustancialmente el negocio. Antes, en las pequeñas salas de exhibición, los dueños compraban las películas, afrontando gastos muchas veces muy altos que obligaron, en principio, a intercambiarlas entre los mismos exhibidores. A partir del incremento de la demanda, comienza a aparecer otra figura: el alquilador[16], que distribuía los films de diferentes productores. Así, con el nacimiento de las empresas distribuidoras, el productor se garantizaba la inversión realizada y los exhibidores podían programar sus salas con más variedades con menores riesgos. Este mecanismo

---

16 El primer productor independiente que advierte la necesidad de crear una tercera figura en la industria comercial de films fue Harry J. Miles. Alguien que no fuera ni el productor de los films ni el exhibidor o dueño de las salas. Así nacen las empresas de distribución.

permitió a las salas proyectar varios films diarios y generar un sistema rotativo de amplio alcance en las muchas salas que aparecieron en Estados Unidos en muy poco tiempo. Así nacieron los *teatros de un nickel* (nombre de la moneda de cinco centavos de dólar, precio que salía la entrada de cine), o *nickelodeon*, como se llamó a la primera sala de cine pensada como teatro de proyección de films, con marquesina y música en vivo al piano. En 1908 funcionaban en todo Estados Unidos cerca de ocho mil *nickelodeons*, base de la estructura de distribución y proyección cinematográfica de la cultura de masas.

El tercer aspecto que será vital en el crecimiento del cine como espectáculo de masas será la lógica de los géneros como matriz de producción. Los géneros fueron la estrategia de vinculación estrecha entre producción artística y consumo que facilitó la llegada masiva de los espectadores a las salas de cine. Articuló y ordenó las lógicas de visibilidad y decodificación, dándole a los espectadores las premisas semánticas de interpretación de lo que iban a encontrar en las salas de cine. Los géneros, como el wéstern, el *music hall*, la comedia, el cine de terror y los melodramas románticos, definían una estética y un público. Porque el cine es el primer producto artístico pensado para una sociedad de masas. David Griffith (el melodrama épico), Charles Chaplin y Buster Keaton (la comedia), Fritz Lang (el cine negro) y John Ford (el wéstern) son los creadores de estos modelos de relato, los que establecen los códigos narrativos. El cine nace en los géneros, es decir, estructuras de decodificación que el público aprende para saber interpretar lo que ve. Por eso el cine es popular,

porque define formatos de recepción que están inscriptos en el lenguaje. La conquista del Oeste que narran los films de *vaqueros* es la gran metáfora del cine en sus comienzos. Mientras nos cuenta la historia de esa conquista (que además hace a la identidad del pueblo americano) conquista al público y lo convierte en espectador.

¿*The end* para el cine?

Por supuesto, el crecimiento y perfeccionamiento de esta nueva cultura y la impronta avasallante con la que se extendió mundialmente llegó a su cumbre a mediados de los años cincuenta, cuando el sistema de estudios comienza a flaquear con la competencia *desleal* de la televisión. La *ventana al mundo* que se instala en el hogar compite con la sala de cine a la que hay que ir, sacar entrada, vestirse elegantemente y asistir subyugados por la inmensa pantalla y los rostros extraordinariamente ampliados de las estrellas. Esa magia desaparece con la televisión, y la pequeña pantalla ya es parte de un proceso de igualación, de democratización, de desacralización de los bienes simbólicos sin precedentes. El cine va a luchar contra eso de diversas formas: la primera, rudimentaria, prohibiendo la exhibición de las películas en televisión; luego con el cinemascope; más tarde con el cinerama; o creando nuevos monstruos -tiburones, alienígenas y grandes catástrofes-. Pero el proceso era irreversible, una forma de consumo cultural comenzaba a cambiar nuevamente.

Dos películas reflexionaron sobre el fin del cine en los finales de los sesenta. Las dos de Peter Bogdanovich. Una fue *Targets* (1968) y la otra, *The Last Picture Show* (1971). En la primera, narra la historia paralela entre una vieja estrella de Hollywood, interpretada por el actor Boris Karloff -mítico exponente del cine de terror, a punto de abandonar la actuación-, y un joven aparentemente feliz, con esposa y familia, que, de pronto, se obsesiona con disparar a desconocidos que circulan por la autopista desde una planta de petróleo. Así, la reflexión de Bogdanovich nos muestra que los nuevos monstruos de la cultura de masas ya no necesitan justificación alguna para sus crímenes; son verdaderos psicópatas sin alma. No hay en esta historia ningún romanticismo, ninguna tragedia; finalmente los Drácula, los Frankenstein, siempre mostraban un costado humano de piedad en sus actos, incluso los más atroces. En cuanto al final de la historia, es más que elocuente. El viejo actor de cine asiste a la presentación de su última película (nada menos que una producción de Roger Corman) en un autocine, a donde el *serial killer* se ha refugiado detrás de la inmensa pantalla para perpetrar desde ahí su último crimen: matar a la audiencia que cándidamente asiste a la proyección desde sus automóviles. En la otra película, Bogdanovich reconstruye con nostalgia la época dorada de los años cincuenta en un pequeño pueblo del interior americano; allí lo que termina es el mundo para el que el cine tenía sentido. La *última película* es la que nosotros estamos viendo.

Capítulo VI

Nostalgia y acumulación capitalista

En 1941 compiten para los premios Óscar de Hollywood dos películas dirigidas por, quizás, los más grandes directores de cine anteriores a la Segunda Guerra Mundial: John Ford y Orson Welles. Las películas eran *¡Qué verde era mi valle!* y *Ciudadano Kane*. De algún modo, las dos reflejaban de maneras diferentes la mirada retrospectiva que Hollywood tenía sobre su propio cometido histórico: la cultura de masas. Si la primera lo hacía con nostalgia, observando con detalle los cambios que en una familia de mineros producía el desarrollo del capitalismo, la otra miraba el mismo proceso desde la cúspide, con menos nostalgia, despiadadamente lúcida, en el ascenso hacia el poder y la fama de un niño que transforma todo lo que toca en dinero y acumulación. No había alegoría.

Las dos eran igualmente miradas amargas por lo que se había perdido y era irrecuperable. Las referencias a la vida de William Randolph Hearst son demasiado obvias para desconocer las intenciones críticas de Welles. Y las apelaciones conservadoras de Ford no dejan de ser contradictorias, ya que el cine era uno de los instrumentos fundamentales de aquel cambio que Ford denunciaba con su alegato, quizás algo idealizado, en favor del pasado; pero todo

su cine llevará de marca un mensaje: no hay lugar para los valores en la sociedad de consumo.

No es relevante que Ford le ganara la estatuilla a Welles; los dos eran ya verdaderos consagrados de la industria y cimentarían, en esos años, algunos de los más grandes productos del séptimo arte, en los dos géneros que le dieron su impronta definitiva. Por un lado, el wéstern, con su larga saga de epopeyas en las que se cuenta una y otra vez la misma historia, como en la tragedia griega: la conquista del oeste y la soledad del *cowboy* que en su estirpe libertaria ya no tiene destino en la sociedad del tren y los banqueros.[17] Y por el otro lado, el relato *noir*, detectivesco, con tramas de inevitable violencia, surgidas tanto de la *pulp ficcion* como de los escritos de Dashiell Hammett, que luego pasarán al cine y del cine a la televisión.[18] Ahí, como en la famosa novela *Cosecha roja*, el detective no busca a los culpables, porque estos ya preexisten al desarrollo de la trama. Es la sociedad corrupta la responsable de esa violencia. No interesa descubrir al asesino, sino, quizás, si es posible y los protagonistas no mueren en el transcurso del relato, los intereses económicos que son su causa.

Por supuesto que estas narraciones, que, como sugiere Edward Said (2001), son tan necesarias como los intereses político-económicos que mueven a los hombres, no surgen de la nada.

17 Ford ya había filmado *La diligencia*, obra cumbre del género, y repetiría esa hazaña con *The Searchers* en 1956.

18 Welles filmaría varios de estos relatos, como *La dama de Shanghái* (1947) o *Sed de mal* (1958), verdaderos *capolavoros* del género, y *Ciudadano Kane* también puede ser considerado un policial, aunque sin detective ni asesino.

Son parte de ese largo proceso cultural que abarca toda la era de los imperios, luego la *época dorada* americana, la *belle époque*, hasta la crisis de 1929. En el medio, la cruenta Primera Guerra Mundial. Quizás no haya mejor reflejo de las brutales experiencias de este proceso de modernización que el que pintó con candor caricaturesco Charles Chaplin en *Tiempos modernos*. La alienación del trabajo en la máquina fordista y el destino incierto de la clase trabajadora aparecen, inequívocamente, tratados en la gran pantalla. Ya son los años treinta, la Gran Depresión americana: el desempleo aumenta un veinticinco por ciento, desciende el comercio internacional cerca de la mitad, los productos agrarios también pierden valor. Es un período de grandes incertidumbres; del otro lado del océano se reproducen los nacionalismos, el huevo de la serpiente comienza a emerger en los movimientos totalitarios y las expectativas de la República de Weimar se frustran entre la crisis inflacionaria y las contradicciones de las izquierdas. Son los años en los que fermenta una experimentación en todos los campos de las artes, desde las visuales, como el cubismo en la pintura y el impresionismo alemán en el cine, hasta las literarias, donde las narrativas metafísicas de Franz Kafka, las derivas de la conciencia en James Joyce, la omnisciencia de las herencias culturales en Ezra Pound y hasta el descarnado minimalismo de Samuel Beckett reflejan una cultura en ebullición. En todos ellos, la cuestión central que aparece es la reconfiguración del tiempo y el espacio, como un anticipo de lo que vendría con las tecnologías futuras de comunicación.

Es cierto, entonces, que lo que estamos narrando implica reconocer el brutal impacto de una cultura sobre otra,[19] una modificación radical de hábitos, costumbres, prácticas; olvidarnos de que la cultura de masas fue un proceso revulsivo es, en parte, volverla inocente.[20] Pero también desconocer el proceso hegemónico en el que está envuelta. Ni imposición ideológica ni creación *ex nihilo*, Martín-Barbero (1987) señaló aquella deriva impensada: de lo popular a lo masivo, unificación cultural y centralización política, una experiencia irreductible, es cierto, pero ¿cómo se vivió desde el interior de esos sectores sociales el cambio? Está bien, hablamos de la cultura de masas, pero... ¿qué es lo que está cambiando con el advenimiento de estos medios de comunicación, de estas técnicas nuevas de producción material y simbólica, con estos adelantos e innovaciones?

El impacto de la cultura de masas sobre las tradiciones y las costumbres sociales ha gestado un extenso corpus de estudios en diferentes geografías y disciplinas. Cada una de ellas vivió e interpretó de modos diferentes, desde sus contextos y posiciones

---

19 La referencia más explícita a la magnitud del impacto de esta cultura en formación durante los años treinta la representan múltiples factores y datos. Uno muy elocuente es la tirada de ejemplares del diario *Crítica* de Buenos Aires, epítome del modernismo periodístico en los albores de la modernidad porteña; *Cien mil ejemplares por hora* es el título del libro de memorias de Ricardo Tálice, periodista de la redacción.

20 Otro dato que puede ilustrar el proceso vertiginoso de constitución de la cultura de masas en América es el lugar privilegiado que tuvo Cuba en el nacimiento de la radiofonía. Cabecera de playa de las corporaciones mediáticas norteamericanas, era el sexto país en el mundo en cantidad de emisoras. En pocos años, a partir de la década del treinta, la pequeña isla del Caribe se constituyó en la meca exportadora de profesionales, periodistas, locutores, empresarios. De ahí partieron hacia el Brasil o la Argentina los fundadores de aquellas televisiones nacionales.

ideológicas, ese profundo malestar y esa nerviosa expectativa; han existido miradas aristocráticas y conservadoras, como la de Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* (1929), o miradas críticas y progresistas, como las que representaron durante muchos años los teóricos de Frankfurt. Pero tuvieron que pasar muchos años hasta que aquel proceso fuera visto con otros ojos, menos anclados en las teorías y más atentos a los procesos. En esa mirada nueva fueron fundamentales autores que se volvieron inmediatamente clásicos, aunque sus textos sean contemporáneos; estos autores aportaron perspectivas interdisciplinarias, desde el ensayo hasta la investigación histórica, que dieron lugar a un campo nuevo de lo cultural que fue creciendo con estos textos que hoy iluminan una historia con menos prejuicios. Veamos algunos de ellos.

Sarlo: modernidad periférica e imaginación técnica

A mediados de la década del ochenta y principios de los noventa, Beatriz Sarlo publica una suerte de tríptico sobre la formación de la cultura de masas en Argentina: *El imperio de los sentimientos* (1985), *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930* (1988) y *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina* (1992). En esos textos, Sarlo pone el foco en el análisis de los objetos de la literatura, el periodismo y los medios, destacando, desde los márgenes del canon, a los textos y los autores que más cerca estuvieron de lo popular y

lo masivo. Así, la literatura de folletines de *La Novela Semanal*, esa literatura de barrio, como la llama Sarlo (1985), que circula en trenes y kioscos de estaciones entre los años veinte, lejos de las vanguardias; o Roberto Arlt y sus aguafuertes, que describen con una prosa rocambolesca las costumbres y la idiosincrasia porteña; o la radio, que irrumpe con sus estrellas y su música, que no sólo se oye en los hogares desde los aparatos de transistores, sino que también ocupa la calle en fiestas populares o en los patios de los conventillos; todos configuran un corpus de objetos culturales que pueden ilustrar esa "modernidad periférica" en la que Sarlo (2020 [1988]) cree entrever las particularidades de nuestra forma de experimentar la cultura de masas.

Una cultura de masas que no pide permiso, ni surge de la mente maquiavélica de nadie. Que está en la calle, en el aire, que nace de los más inesperados actores. Como es el caso de Enrique Telémaco Susini, médico de profesión que, con un grupo de amigos,[21] improvisa aquella –ahora famosa e inaugural– transmisión de radio desde la terraza del Teatro Colón de Buenos Aires; ya lo sabemos, suena la ópera *Parsifal*, de Wagner, interpretada por la soprano Sara César y el barítono Aldo Morelli. Considerada, además, una de las primeras del mundo, es una hazaña que condensa los ingredientes que definirán desde sus orígenes la cultura de masas en Argentina: una mezcla de radioaficionados, artistas, técnicos y aventureros, transmitiendo, casi

21 Los *locos de la azotea*, como hoy se los conoce, fueron el propio Susini, César Guerrico, Luis Romero Carranza y Miguel Mujica.

en el mismo momento que en el resto del mundo, a través de las ondas hertzianas una voz humana (Sarlo, 2020 [1988]).

Una modernidad porteña, debiéramos decir, pero que no se amilanaba ante las vanguardias internacionales con las que está fuertemente vinculada, como lo atestiguan las aguafuertes de Arlt en las que se conjuga el anarquismo, las teorías sociales de la Europa revolucionaria, con el costumbrismo callejero; la pintura de Xul Solar,[22] recién llegado de París, con sus influencias del dadaísmo y las vanguardias estéticas; los ensayos con reminiscencias existenciales de Raúl Scalabrini Ortiz en *El hombre que está solo y espera*; o las crónicas de Raúl González Tuñón o Jorge Luis Borges desde el diario *Crítica*, referidas al cine o a la poesía francesa.

Es, de algún modo, la cabeza de Goliat que verá luego Ezequiel Martínez Estrada, y Buenos Aires es ya la ciudad de la modernización: con más de un millón y medio de habitantes, con una población cosmopolita producto de una inmigración que congrega polacos, italianos, gallegos, turcos, que en su aquelarre duplica a los criollos y que reflejarán grotescos y milongas; es la Buenos Aires de las avenidas, del pavimento, de los subterráneos y tranvías, de las grandes intervenciones urbanas que realiza el primer radicalismo, pero también de las libertades políticas que el sufragio universal estimula

---

22 Sarlo inicia el ensayo *Una modernidad periférica* (2020 [1988]) con la descripción de las pinturas de Solar expuestas en distintas galerías de Buenos Aires entre 1924 y 1926. Inventor de una nueva versión del ajedrez, astrólogo, creador de una panlengua, músico, diseñador, su verdadero nombre fue Oscar Alejandro Schulz Solari. Aparece en la novela *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal bajo el personaje de Schultze y fue un gran amigo de Borges.

y promueve; es un mundo de nuevas clases medias profesionales, de reciente educación secundaria, hijos de inmigrantes y comerciantes que sueñan con *M´hijo el dotor* o se ven reflejados en *La maestra normal*; pero también es la ciudad que explota lo que queda del modelo agroexportador que había convertido a Buenos Aires en "la reina del Plata" y a la pampa argentina en "el granero del mundo".

En ese contexto en ebullición, dos medios van a ser una determinante expresión de lo que Sarlo (1992) denominó la "imaginación técnica de la cultura argentina": la radio y la prensa popular. Si la radio, para Sarlo, "realiza fantasías que no son solo tecnológicas: la comunicación inalámbrica a distancia, la captación de ondas invisibles, la manipulación de la recepción, sobre todo de los aparatos a galena, la presencia de la voz y la música sin cuerpo, que remite a la desmaterialización y al tránsito de una cultura basada en la visión no mediada a una cultura sostenida sobre la mediación" (1992: 17), la prensa popular tuvo un papel "importante tanto en la definición de la cultura media y popular como en el descubrimiento de elementos más o menos imprecisos de esa cultura para generalizarlos y devolverlos a sus portadores sociales" (1992: 13).

Así, la radio se consolida de inmediato. Ya para el año 1928 habrá en Buenos Aires más de catorce radioemisoras comerciales. En 1923, el país se detiene para escuchar la pelea Firpo-Dempsey, desde altoparlantes en las calles, en bodegones, hasta en el Luna Park; pero también surge una floreciente industria de transmisores, como de revistas dedicadas a la temática: Radio Cultura, Radio Revista. Desde un principio la radio

vivió la tensión entre dos modelos de desarrollo: el que representaba la BBC de Gran Bretaña, público, fuertemente controlado por el Estado; y el modelo comercial estadounidense. Como señalan Rosa María Brenca y María Luisa Lacroix (citadas en Agusti & Mastrini, 2005), el modelo argentino nació de la mano de los emprendedores privados, que rápidamente vieron su destino comercial. Así fue que, a pesar de las influencias británicas en las élites culturales de Buenos Aires, la radio argentina se consolida a partir de la década del treinta, con el fuerte crecimiento de la industria local y el comercio. Los primeros marcos legales para el funcionamiento de la radio son los del telégrafo, invento técnico que precedió su desarrollo, con la Ley 750 1/2 de Regulación del Servicio de Telégrafos Nacionales sancionada durante la presidencia de Nicolás Avellaneda (1875). En lo específicamente radiofónico, recién en 1922 los radioaficionados obtuvieron de la Municipalidad de Buenos Aires los primeros permisos de funcionamiento. Así, en esos primeros años en la capital del país funcionaban LOR Radio Argentina, LOX Radio Cultura y LOZ Radio Sud América. La primera, mantenida por los dueños (entre ellos, Susini); la segunda, por la publicidad; y la tercera, con la venta de los radiotransistores. Recién en 1924 se firmó el primer decreto regulatorio de la radiodifusión, que establecía una serie de jerarquías para los radioemisores en cuanto a los alcances y otorgaba permisos de transmisión que duraban un año, estableciendo así un férreo control político sobre el servicio.

Junto con la radio nace el periodismo popular, representado por el diario *Crítica* (1913) de Natalio Botana y *El Mundo* del grupo editorial

Haynes; en estos medios hay una nueva concepción de la noticia, de la representación del lector y de ese imaginario moderno que se construye entre la cultura del tango y las marquesinas del centro de la avenida Corrientes. *Crítica*, el diario de los "cien mil ejemplares por hora", emerge como el modelo de la renovación y los nuevos tiempos. Según Roberto Baschetti (2000), fue el diario "más original y novedoso que hayan leído los argentinos". En su redacción convivían las plumas más calificadas de las letras argentinas: González Tuñón, Arlt, Borges, Conrado Nalé Roxlo, César Tiempo, Ulyses Petit de Murat. Editaba 600 000 ejemplares diarios, en cinco ediciones, desde las 13 hasta las 19 horas. Publicó la primera historieta periodística de Argentina y el primer suplemento literario en colores.[23] Renovó los títulos, fortaleció la imagen de sus crónicas policiales y buscó el costado humano de cada noticia.

Quien mejor representó esta mixtura entre literatura, periodismo, invenciones y conspiraciones, fue el escritor Arlt. Autor, en los años veinte y treinta, de las ficciones más representativas de este período convulsionado por una modernidad contrahecha, como se puede ver en *Los siete locos* o *Los lanzallamas*, pero también en sus clásicas aguafuertes, en las que encuentra la mejor forma de retratar ese nuevo espíritu urbano. Fantasmagoría técnica, ciencias ocultas, rebeldía social y descontento, aparecen en Arlt combinados con finas observaciones de

23 El editor de este suplemento fue Borges.

costumbres ciudadanas. Como narra en el aguafuerte “Corrientes, por la noche”:

> Caída entre los grandes edificios cúbicos, con panoramas de pollos a “lo spiedo” y salas doradas, y puestos de cocaína y vestíbulos de teatros, ¡qué maravillosamente atorranta es por la noche la calle Corrientes! [...] La calle vagabunda enciende a las siete de la tarde todos sus letreros luminosos [...]. Bajo estas luces fantasmagóricas, mujeres estilizadas como las que dibuja Sirio, pasan encendiendo un volcán de deseos en los vagos de cuellos duros que se oxidan en las mesas de los cafés saturados de jazz-band. (Arlt, citado en Sarlo, 1992)

El tango y otros berretines

El mismo paisaje estridente es el que vemos en el primer trávelin de *Los tres berretines*, una toma urbana, de micros, tranvías, autos, y de fondo se escucha el *swing* del *jazz*. La cámara recorre la calle, cruza una plazoleta, unos niños juegan al fútbol, hasta que entramos a un bazar, una ferretería. Es el año 1933, se estrena la segunda película sonora en Argentina, la dirige Enrique Susini, el mismo que inventó la radio, ahora convertido en director de cine y

productor, dueño de Lumitón, el primer estudio de cine nacional. La película es un melodrama, cuenta la historia de tres hermanos que en la avalancha transformadora de la *modernidad suburbana* rompen con los mandatos paternos y buscan el atajo; no todos, es cierto: dos de los tres hermanos, porque uno ha estudiado y se ha convertido en arquitecto. Contra las aspiraciones industriosas del padre, dueño de la ferretería, inmigrante español, uno quiere triunfar como futbolista y el otro como letrista de tango. *Los tres berretines* es entonces una reflexión sobre el destino de estos nuevos argentinos, hijos de ese país que se desgarra, no tanto como en una tragedia, pero sí, ciertamente, en una metamorfosis todavía incierta.

Es el historiador norteamericano Matthew Karush el que nos trae este recuerdo en una investigación apasionante sobre la cultura argentina de entreguerras: *Cultura de clase* (2013). ¿Qué es lo que está investigando Karush? Lo que está buscando es comprender esta vieja historia de "la Argentina dividida". La hipótesis del autor es simple: la cultura de masas, los medios de comunicación –en especial–, las canciones de tango, la radio a través de los radioteatros, el cine argentino y el teatro y los melodramas (desde el sainete y el grotesco), si bien contribuyeron a la asimilación y la integración en la Argentina de los sectores pobres impulsando mensajes conformistas y de ascenso social, también fueron el sustento de una narrativa de oposición y de división de clases.

Es interesante porque lo que Karush (2013) observa, contra muchas de las teorías comunicacionales que vieron en los medios una

forma de manipulación de las clases dominantes sobre los sectores populares, es que los medios o, mejor dicho, toda esa cultura de masas naciente que se expresaba en el tango, en los melodramas de la radio, en los relatos cinematográficos, que tomaban del teatro argumentos y personajes, ponía a circular en el imaginario colectivo una identidad en conflicto o contradicción con la clase dominante, representada por esa Argentina oligárquica, de hacendados, más ligada a Europa que a América. Esa cultura en pugna aparece reflejada en un número significativo de producciones, tanto del cine mudo, de la radio, como del cine sonoro luego. Los paradigmas de esas expresiones fueron obras como *Nobleza gaucha*, dirigida por Humberto Cairo, una de las más exitosas cintas del cine mudo, producida en 1915 e inspirada en el *Martín Fierro* y *Santos Vega*; convertida desde su estreno en un gran éxito internacional en toda Latinoamérica, muestra una reivindicación social de los trabajadores rurales y ese contrapunto ideológico con la sociedad patricia de la ciudad. Algo similar vamos encontrar en la representación teatral y en versión para el radioteatro de *Juan Moreira*, con la diferencia de que no era una ficción, sino una *historia real*. En este aspecto, el radioteatro fue un género de capital importancia en la expansión de la radiodifusión y no podemos dejar de mencionar *Chispazos de tradición*, compañía de radioteatro de Andrés González Pulido, referencia central del género, que solía representar historias rurales, de bandoleros, criminales, mujeres cautivas y melodramas en el registro de la denuncia social. Como señalan los estudios de Osvaldo Pellettieri (2008) y Constanza Grela

Reina (2018), la experiencia de *Chispazos de tradición,* que se emitía por Radio Belgrano, excedía largamente el fenómeno radiofónico. Sus envíos solían modificar la programación de los cines, se oían sus audiciones con altoparlantes en clubes y plazas, como así también se realizaban representaciones en vivo en teatros de todo el país.

De algún modo, emprendedores de la naciente industria cultural criolla, como Max Glücksmann o Jaime Yankelevich, se pueden parangonar con los productores pioneros del primer Hollywood. Empresarios que se involucran en actividades y negocios que las oligarquías desprecian. Y del mismo modo que ellos con el relato del oeste, en la puja que estos productores nacionales tenían con los productores trasnacionales, en esa necesidad de conectar con las audiencias locales, desarrollaron una producción que buscó en las tradiciones criollas una identidad diferenciada. Se volvieron así nacionalistas, buscando una autenticidad en el tango, el melodrama y los relatos de antagonismo social que conectaban con sus audiencias, sin ser necesariamente conscientes de ello ni pretender con eso conformar ningún tipo de sujeto o proyecto político.

Es muy interesante la reconstrucción histórica que Karush (2013) realiza sobre la industria de la música en Argentina, en especial a partir de Glücksmann, este judío austríaco que, sin tener verdaderos intereses artísticos, se convierte en el promotor indirecto de una reconversión cultural e ideológica. Hay que hacer una observación aquí para ver lo conectados que estaban estos promotores de la modernidad cultural en Buenos Aires: Glücksmann participa de la

primera proyección cinematográfica que se hace en Argentina en 1896 con la presentación de las primeras películas de los hermanos Lumière que se hizo en el Teatro Odeón. En esa exposición descubre las potencialidades comerciales del invento de los franceses y trata de comprarles los equipos. Luego termina comprando cámaras en la empresa francesa Gaumont. Y hace construir la primera sala de cine en Buenos Aires, que es la sala Cine Teatro Grand Splendid y comienza a filmar los primeros noticiarios en cine, conocidos como *actualidades*.

Así, las compañías de música –a través del tango–, las radios populares –como Radio Splendid– o el cine –adaptando los sainetes y los grotescos de los hermanos Enrique y Armando Discépolo o de Alberto Vaccarezza– construyeron un relato de antagonismo, entre un pueblo solidario, honesto, altruista, enfrentado a unas clases altas egoístas, inescrupulosas y asociadas al capital trasnacional.

Desde la primera escena de *Los tres berretines*, el conflicto entre cultura de masas (representada por el cine extranjero, el tango y el fútbol) y necesidades reales de trabajo y progreso se plantea sin ambigüedades. Hay un contrapunto que se enriquece más en la representación de este inmigrante que ha logrado progresar con su ferretería, es decir, un negocio ligado a la producción, a la industrialización. Enfrentados a ese mundo donde se conforma el imaginario de la Argentina industrial –el hijo arquitecto–, los otros dos hijos quieren jugar al fútbol o cantar tangos. Y este contrapunto no es más que una nueva forma de expresar el conflicto que está en

la base de nuestra *modernidad periférica*: estamos lo suficientemente integrados al mundo capitalista como para aspirar al consumo de sus productos, pero no lo necesariamente autónomos como para producirlos. Así, la dimensión simbólica aparece como un atajo: cantar nuestras miserias o hacer goles para el delirio de las tribunas. Que no son más que dos formas soterradas de sublimar la contradicción social, un conflicto que, como señala Karush (2013), no desaparece ni se reconcilia, y que en realidad va fermentando en todo ese período previo a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, su desenlace no tiene la trayectoria del clasismo de las izquierdas. Porque nuestro clasismo, que lo hay, esa identidad obrerista y popular de la *indigenización*[24], no implicó un anticapitalismo de corte marxista. Como Karush lo observa desde las primeras páginas con la cita de las aguafuertes de Arlt, hay un lenguaje o un idioma que las izquierdas comunistas argentinas no sabrán captar, pero que sí aprovechará el peronismo en la resignificación (o readecuación) de esa tensión social hacia un populismo, que ya no sería tan *herético*, sino que estaría ya previamente conformado en la cultura de los sectores de clase. En este sentido, la tensión social vendrá a resolverse, no como disolución del problema o del antagonismo, sino con una potenciación de corte popular, que el peronismo reviste con su folklore, con sus rituales, con su epopeya trágica. A partir de 1946, luego de la inesperada manifestación popular del 17 de octubre de 1945 y la conformación

---

24 Concepto tomado de Arjun Appadurai (2001) sobre la apropiación localizada de la modernidad en los países periféricos.

del *partido peronista* que se presenta a elecciones en el año siguiente, estas culturas antagónicas tendrán una expresión simplificada: peronismo y antiperonismo. Durante una década y todavía más, la conflictividad social, cultural y política de esta "Argentina dividida" será expresada por estas dos grandes corrientes. Ellas representarán valores, identidades, intereses, formas de organización y proyectos de vida, que marcarán por un largo tiempo la vida del país.

El modernismo carioca

Este ánimo vertiginoso en el que se cruza no solo el arte y la cultura, sino también la política y el poder (no olvidemos que las tramas de *Los siete locos* y *Los lanzallamas* son las de una conspiración política de tintes anarco-revolucionarios que reflejan esa olla a presión que fue la Argentina de los años treinta), da forma al *spleen*[25] con el que se constituye, en América Latina, la cultura de masas, de la que no hay que desvincular las modificaciones económicas que están en su base: el agotamiento del modelo agroexportador, el nacimiento de una producción industrial para el consumo interno, el crac del 29. En ese contexto, Brasil vive también su propia modernidad.

Para Renato Ortiz (1994) esa experiencia va a estar determinada por los destiempos entre la modernización de

---

25 Categoría utilizada por Walter Benjamin que alude a una suerte de angustia vital vinculada con los cambios, una suerte de melancolía ante aquello que se pierde irremediablemente.

"fachada" y un modernismo que se "anticipa". Porque, al igual que para Sarlo, para Ortiz el problema de la cultura de masas se inscribe dentro del debate sobre los rasgos de una modernidad en la que también se discute el problema de la identidad nacional. Allí, también con Sarlo, este antropólogo, recién llegado de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y discípulo de Georges Balandier, retoma la distinción de Berman (1988) entre modernismo y modernización, y se pregunta si la experiencia brasileña se puede leer como una paradójica inversión de la lectura de Benjamin en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (2003 [1936]) de la modernidad europea. Si aquella fue tardía, en el sentido de que las transformaciones superestructurales respondieron *a posteriori* de los cambios materiales,[26] cuestión que Ortiz critica en Benjamin al sostener que el modernismo europeo y su modernización son procesos concomitantes, la experiencia del modernismo lusitano es anticipatoria. "En este sentido, diría que la noción de modernidad está fuera de lugar en la medida en que el modernismo ocurre en Brasil sin modernización" (Ortiz, 1994: 32).

De este modo, la anticipación del modernismo (representada, por ejemplo, por los artistas que en 1922 convocaron a la Semana de Arte Moderno en San Pablo)[27] opera como una fantasía o, mejor

26 Benjamin (2003 [1936]) hace esta observación en el prólogo, cuando dice: "La transformación de la superestructura, que ocurre mucho más lentamente que la de la infraestructura, ha necesitado más de medio siglo para hacer vigente en todos los campos de la cultura el cambio de las condiciones de producción".

27 El modernismo brasileño fue una expresión artística de las vanguardias en la poesía, la novela, la pintura, que se configuró alrededor de Mário de Andrade y Oswald

dicho, una visión; no como un artificio o disfraz, sino como un proyecto en desarrollo, una aspiración, un deseo de modernización. En ese sentido, Ortiz (1994) encuentra presentes en el Brasil de los años veinte expresiones avanzadas del modernismo europeo, como fue el caso de Le Corbusier en la arquitectura, que llega a Brasil invitado por el ministro de Educación; allí, el gran arquitecto francés encontró en el espacio brasileño todavía abierto una posibilidad de expresarse que no había entre las tradiciones europeas. Así, modernismo crítico, cultura de masas y desarrollo económico social comienzan a establecer un vínculo impensado. Esta relación empezará a ser intensa a partir de la década del cuarenta, cuando surja una industrialización urbana, con la concomitante expansión de las capas medias, y (aunque los medios y tecnologías como la radio o el cine ya habían aparecido entre los años veinte y treinta) "toda la sociedad se reestructure" y los medios "adquieran un nuevo significado y una amplitud social" (Ortiz, 1994:38).

En este proceso, como lo relatan los testimonios de locutores, periodistas, productores y artistas, la cultura de masas brasileña comienza a conformarse como un rompecabezas que surge "aleatoriamente". Contactos, amistades, parentescos, un padrinazgo que configura, según Ortiz (1994), un sistema precario e improvisado; que se constituye de una manera flexible, un sistema no estructurado, en el que los productos culturales pasan de la radio a la televisión, de

---

de Andrade, autor –este último– del manifiesto Pau-Brasil que en 1924 expresó la visión vitalista de la cultura nacional en la que no se hacían diferencias entre las tradiciones y el cosmopolitismo de las vanguardias europeas.

la literatura para públicos menores a la radionovela de las grandes audiencias. Esto incluso en el período más centralizador de las políticas públicas brasileñas como fue el período del Estado Nuevo, entre 1937 y 1945, con el presidente Getúlio Vargas. ¿Por qué? Básicamente porque la visión predominante de la política brasileña sobre los medios era la de entenderlos como espacios de entretenimiento: los medios nacieron con una impronta muy localista, afincados en ciudades como San Pablo o Río de Janeiro, donde incluso la radio nacional estatal era administrada según la lógica de una gestión privada comercial. La sanción en los años treinta de una ley que habilitaba la publicidad comercial fortaleció el interés privado sobre la radio y liberó de algún modo al Estado de su financiamiento. Dos datos ilustran este proceso de crecimiento de la industria cultural en el período: la venta de libros que se multiplica entre 1940 y 1945, pasando de 2 millones a 5 millones de ejemplares; y el auge de las novelas en la radio, género sobre el cual se asienta la expansión del medio. En 1943 se producen más de 113 radionovelas con 2954 capítulos, y la cantidad de emisoras pasa de no más de cien en 1944 a cerca de trescientos en 1950 (Ortiz, 1994: 40). Ese Brasil en proceso de modernización será el que se fortalecerá en los años sesenta con la televisión, y en paralelo con el surgimiento de la industria del disco, en lo que se puede considerar la *segunda revolución industrial de Brasil*, paradójicamente impulsada por un Gobierno militar, que, después del golpe de 1964, combina represión, censura y exilios con la internacionalización de su economía.

Estudios culturales en Liverpool

Un reciente libro de la investigadora británica Selina Todd, *El Pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)* (2018), ha vuelto a poner luz sobre la historia de la clase obrera inglesa:

> Las diferencias de clase han unido y dividido a Gran Bretaña desde la Revolución Industrial. La han unido porque la pertenencia de clase se acepta generalmente como la quintaescencia de lo británico, algo que todos podemos compartir, una herencia, un lenguaje; la han dividido porque la clase no es una tradición romántica o una pintoresca idiosincrasia, sino que deriva de la explotación, en un país en el que una pequeña élite ha poseído la mayoría de la riqueza.

Y de eso se trata, de las diferencias de clase y de cómo esa *otra* cultura vino a revolverlo todo. El que primero intentó reconstruir una parte de esta historia fue Richard Hoggart,[28] especialista en literatura inglesa, oriundo de esa clase obrera, nacido en los barrios de Leeds,

28 Hoggart es el padre fundador de los estudios culturales en Gran Bretaña, primer director del Centro de Estudios de la Cultura Contemporánea en Birmingham.

una de las zonas semiurbanas del norte de Inglaterra, la capital del imperio occidental. Lo hizo con un libro inesperado: en 1957 publicó, luego de cuatro años de denodados esfuerzos, *The Uses of Literacy*, que, si bien fue traducido en un primer momento como “La cultura obrera en la sociedad de masas”, la traducción literal sería “Los usos de la alfabetización”. Aunque esta última hubiera sido más exacta y acaso se corresponde con la intención original del autor, la primera traducción refleja más el sentido que adquirió luego la obra.[29] Otra prueba más de dónde terminan haciendo sentido los textos. Fue una obra bisagra. Una aproximación personal, biográfica, antropológica, y de algún modo también sociológica, a las transformaciones que sobre la cultura de la clase trabajadora impone la modernización cultural de los medios de masas, en especial la literatura popular, las revistas de consumo de masas, las ficciones populares. Hoggart (2013 [1957]) distingue así un *ellos* y un *nosotros*, esa sociedad dividida claramente en dos clases de la que habla Todd, y todas las costumbres, las prácticas, los gustos y hasta el lenguaje, que la avalancha cultural de masas implicará para las familias de los trabajadores. Porque el largo y profundo desarrollo de la Revolución Industrial en el centro de Occidente marcó a fuego a esas clases. En un recorrido minucioso por la casa, el barrio, la familia, los refranes, Hoggart reconstruye la

29 Que el sentido de los textos lo ponen los lectores vuelve a hacerse patente en el caso de este libro de Hoggart. Es muy ilustrativo el prólogo para la última edición, escrito por el hijo de Hoggart, que recuerda cómo al regreso de la familia de una estadía de un año en Norteamérica el libro de su padre se había vuelto un *best seller*, rompiendo los confines del mundo académico (Hoggart, 2013 [1957]). Al parecer muchas generaciones de ingleses se vieron reflejados en aquel relato; una mayoría, como bien señala Todd (2018).

cultura obrera de los años veinte a los años cincuenta, mezclando sus propios recuerdos infantiles, como la observación cotidiana de trabajadores y familias; allí encuentra, sostenida en una oralidad primaria, en los lazos contextuales y concretos, en las solidaridades de los grupos de trabajo o los bares, amasada en una tradición que pasa de boca en boca, con chistes, juegos de palabras, sentencias y formas de vestir y estar, "todo un modo de vida" (Williams, 2017).[30] Entre ese *nosotros* y ese *ellos* aparecen los medios de masas, que, en su expansión e intervención sobre aquellos contextos familiares, comienzan a socavar esa cultura; la conclusión de Hoggart no es optimista: "En la transición la clase obrera puede perder, culturalmente, mucho de lo que es valioso y ganar menos de lo que su nueva situación debería haber permitido" (2013 [1957]: 41).

En los años cincuenta este proceso madura de forma vertiginosa. La clase obrera comienza a ser reconocida. Son los medios de masas, especialmente el cine y la televisión, los que la toman como protagonista. Ser de clase obrera comienza a no ser necesariamente marginal. Como observa Todd:

> Si toda una generación de adolescentes desempeñó un papel importante en esa transformación, también lo hizo un pequeño grupo de escritores, actores, periodistas y empresarios televisivos que

30 Así refiere Raymond Williams al concepto de *cultura* en la reseña que escribiera sobre el texto de Hoggart en 1957, abriendo camino, a partir de ahí, a todo el programa de los estudios culturales británicos.

> ascendieron socialmente desde orígenes más humildes. Llevaron a los héroes de la clase obrera de la generación de posguerra ante una audiencia de miles y a veces de millones de personas comunes y corrientes. Crearon a "jóvenes rabiosos", *angry young men* como el Joe Lampton de *Room at the Top*, el Billy Fisher de *Billy Liar* o el Ken Barlow de *Coronation street*. (2018: 406)

De tal modo, como venimos sosteniendo, los estudios culturales son un campo y un modo de intervención científica cuya preocupación central será esta sociedad en transición; los modos en que los sectores juveniles la interpretan, el modo en que se reconfiguran roles –como el de las mujeres–, las formas en que se constituyen culturas *outsiders*, como el propio Stuart Hall (2010) lo reconoció a partir de la influencia que tuvo sobre el grupo el libro de Howard Becker (*Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*). Ahí hay una primera observación importante que va a caracterizar a los estudios culturales: pararse del lado del objeto de estudio, las contraculturas de los años setenta, los receptores de los medios, las mujeres. Así, la cultura, las tecnologías, los medios, son vistos y analizados desde esa experiencia cultural, desde esa "estructura de sentimientos" que como categoría de análisis desarrollara Raymond Williams en *La larga revolución* (2003). Se trata de mirar el proceso comunicacional no desde los mensajes (que sería la perspectiva

clásica del funcionalismo, pero también de algunas lecturas críticas), no desde los medios y las tecnologías (que sería la visión de Marshall McLuhan), sino desde los receptores, los que leen, los que consumen, los productos de masa.

Pararse del lado de los receptores vincula entonces a los estudios culturales (que surgen en Gran Bretaña desde la literatura) con la antropología, con la etnografía, con el trabajo de campo, utilizando técnicas como la entrevista en profundidad, *focus group* u otras formas de recolección de datos en terreno. De hecho, el mismo Hoggart (2013 [1957]) lo confiesa en la entrevista que en el año 1979 le hizo Beatriz Sarlo, y que se publicó en *Punto de Vista*: "En París me encontré un día con Lévi-Strauss, y él me dijo: 'Usted es más antropólogo que yo'. Y creo que, si mi vida empezara de nuevo, sería antropólogo".

Y también, como tercer elemento distintivo, es la idea de cultura como un campo mucho más amplio que el de las bellas artes, como la de los textos clásicos, la gran literatura. Lo que en Inglaterra se conoce como la *tradición leavisiana*, por Frank Raymond Leavis, el gran crítico de la literatura inglesa.

Para Hoggart (2013 [1957]) la cultura es toda una forma de vida (allí está ya operando la definición que dará Williams un año después en su texto, clásico también, *Cultura y sociedad*). Por un lado, es definir la cultura en un sentido amplio (integrando textos, prácticas, formas de hablar, costumbres, toda la arquitectura de una casa), y, por otro, señalar que esa cultura es un territorio en disputa, en conflicto, por el

sentido social. De ahí, luego, Hall, otro de los referentes ineludibles de los estudios culturales, extraerá la idea de que sobre todo mensaje masivo hay lecturas diferenciadas posibles: las que llamó *dominante*, *negociada* u *oposicional*. El propio autor lo recuerda muy bien en *Sin garantías*:

> Para mí, los estudios culturales empiezan realmente con el debate acerca de la naturaleza del cambio social y cultural en Gran Bretaña de la posguerra. Constituyen una tentativa de dar cuenta de la manifiesta ruptura de la cultura tradicional, especialmente las culturas tradicionales de clase; se sitúa en el registro del impacto de las nuevas formas de opulencia y la sociedad de consumo en la muy jerárquica y piramidal estructura de sociedad británica. Al tratar de comprender la fluidez y el impacto de los medios de comunicación y de la emergencia de la sociedad de masas que socavan esta vieja sociedad de clases europea, registraron el impacto cultural de la demorada entrada del Reino Unido en el mundo moderno. (Hall, 2010)

Entonces, una cuarta cuestión que se cruza es esa preocupación por la transición cultural que se está produciendo y que afecta tanto a la cultura obrera como a la cultura alta o dominante. Y esto es

visible en el propio derrotero institucional de estos estudios, de estos investigadores, que, formados en las humanidades clásicas, sin lugar en el centro tradicional de esas humanidades, tienen que buscar lugar en las periferias, académicas y geográficas. No hay que perder de vista entonces que, en Gran Bretaña, como dice Hall (2010), la ruptura que produce la cultura de masas es mucho más violenta, más salvaje o abrupta que en Norteamérica. Muy cerca de donde Hoggart está haciendo su investigación, las entrevistas que forman parte del corpus de su trabajo entre 1952 y 1955, los hijos de esos trabajadores están componiendo canciones, de lo que se conoce como el *skiffle*, las primeras bandas de *rock* inglesas, y una de esas bandas se llamará The Quarrymen, fundada en 1956, y la integran John Lennon, Paul McCartney y George Harrison.

¿Y qué es lo que hace Hoggart? Define un campo de estudio, un objeto: la cultura de la clase trabajadora. Luego define un problema: ¿cómo está cambiando esa cultura obrera por impacto de la naciente cultura de masas? En tercer lugar, toda una metodología: entrevistas, recopilación de datos, análisis de textos, registro de conversaciones, notas de campo, como un antropólogo, pero como un antropólogo que también fue parte de la tribu. Por eso el trabajo de Hoggart (2013 [1957]) es tan novedoso, por eso impacta tanto en Inglaterra. Porque es como un autoexamen, una introspección cuidadosa, honesta, concreta. Porque Hoggart es un hijo de esa clase trabajadora que en los años treinta accede a una beca para estudiar en la universidad y de algún modo es un desclasado, pero que siempre se ha sentido

ligado a sus orígenes. El hijo de Hoggart lo recuerda en el prólogo en la última edición de la editorial Siglo XXI. En 1956 su padre recibe una beca para estudiar en Estados Unidos y deja el original en una editorial; permanecen un año afuera, el libro se publica en 1957 y, cuando vuelven, Hoggart es un escritor famoso. Todavía más: llega a la televisión, porque Hoggart es invitado como testigo de la defensa en el juicio por la publicación de la novela *El amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence. Hasta George Harrison le dijo que de joven había leído el libro de su padre.

En la antesala de la televisión

Por supuesto que, cuando Hoggart publica su trabajo, en 1957, la Gran Bretaña de los mineros y los mamelucos, de las gorras en la cabeza y los *pubs*, resulta casi un anacronismo. En poco tiempo va ser arrollada por el mundo de la cultura pop, el jipismo, las vanguardias experimentales de los *happenings* y el diseño. Es muy cerca de Leeds donde unos jóvenes, hijos también de esa clase trabajadora, irrumpirán con sus guitarras, sus flequillos y toda una cultura de transgresión que se aleja cada vez más de aquellos valores rígidamente estructurados. Historias como las que surgen en *Saturday Night and Sunday Morning* o *A Taste of Honey*, dos de las películas más taquilleras de principios de los sesenta, reflejan ya acabadamente los conflictos de los jóvenes trabajadores. Acaso porque la mirada de Hoggart también idealizaba

ese pasado, los hijos de los trabajadores industriales o mineros lo menos que querían hacer era repetir la vida de sus padres, y sus padres tampoco querían esa vida para sus descendientes. Inevitablemente comenzaba a vislumbrarse una época de rupturas.

Capítulo VII

La década de la ruptura

En 1961, Fidel Castro recibía la tapa de *Life*, probablemente una de las publicaciones periódicas más importante de la época; editaba semanalmente trece millones de ejemplares y habría de producir las portadas más recordadas del periodismo del siglo XX, como la histórica foto *El beso*, de Alfred Eisenstaedt, en la que posa un soldado besando a una enfermera en Times Square al final de la Segunda Guerra Mundial. Desde 1936, cuando el dueño de *Time* se hace cargo de la publicación, la revista *Life* renueva la forma de hacer periodismo, volcándose claramente hacia el impacto visual de la fotografía y a un tipo de coberturas periodísticas que apuntaba a una escritura novelada que se impondría, más tarde, con la gran revolución literaria de los sesenta: el llamado *nuevo periodismo*. Los más importantes líderes mundiales eligieron sus páginas para publicar sus memorias, desde Winston Churchill hasta Harry Truman, y en sus columnas firmaron los más grandes escritores de la época, como Ernest Hemingway o Truman Capote.

Los años sesenta son los años de la ruptura, el principio de un ciclo de transformación sociocultural que pondría de cabeza todo lo conocido; es la sociedad de masas y su ideología inconformista, como

la describió premonitoriamente Daniel Bell en su célebre ensayo *El fin de las ideologías*, de 1960. A finales de los cincuenta, los *beatniks* y los nuevos dueños del *mainstream* en Hollywood –el clan de Frank Sinatra, conocido como *Rat Pack*– ya lo habían anticipado. Era la Norteamérica que salía del *baby boom* de la posguerra y que ingresaba, paradójicamente, a un tiempo de protestas y esperanzas. Era la contracultura, que en el poeta Allen Ginsberg se había manifestado como un *aullido* solitario y desesperado. Y que recorrió en su reguero de pólvora, de Este a Oeste y viceversa, su angustiado viaje por *las carreteras* con Jack Kerouac.

Estados Unidos iba a ser la cuna de este movimiento, pero experiencias similares se vivirían en los, aparentemente, más distantes países. Hasta Margaret Mead (1993), esta brillante antropóloga que había pasado casi toda su vida estudiando las costumbres de las tribus más alejadas en Nueva Guinea o Samoa, lo advirtió cuando al volver a aquellas islas, treinta años después, se encontró con que los indígenas le preguntaban si había traído una radio. "¿Para qué la quieren?", preguntó ella. "Hemos escuchado en la radio las músicas de los otros pueblos. Ahora queremos que escuchen las nuestras", le respondieron. Evidentemente, los pobladores de Nueva Guinea ya no estaban tan lejos ni en el tiempo ni en el espacio. Los medios, durante esos treinta años, habían acercado todo a todos.

Si bien la ruptura se venía gestando desde hace tiempo en los medios como la radio o el cine, sería en particular la televisión la que iba a jugar un papel fundamental. Esa ventana al mundo, como

se la publicitaba en su primera época, en su capacidad de llevar al interior del hogar imágenes de todo tipo, se convirtió, en muy poco tiempo, en un instrumento poderosísimo. Objeto totémico, como señaló David Morley en *Medios, modernidad y tecnología* (2008), ubicado en el centro de la casa como antes había estado el fogón en el mundo rural, luego la radio en la sala de estar o la cocina en la vida urbana de los *roaring twenties*, ahora este transmisor de imágenes se ubicó rápidamente como centro del mundo. Pero, por supuesto, este proceso no se desarrolló de la noche a la mañana. Como refiere Williams (2011 [1974]), "la invención de la televisión no fue un acontecimiento individual ni una serie de acontecimientos individuales. Dependió de un conjunto de inventos y desarrollos en el campo de la electricidad, la telegrafía, la fotografía, el cine y la radio".

Si entre 1875 y 1895 fue más un proceso técnico, después del *parate* que de algún modo significó la Primera Guerra Mundial, entre 1920 y 1930 comenzó su despliegue definitivo de la mano de la alianza entre inventores y empresarios. Si bien en principio hubo una suerte de competencia entre el desarrollo mecánico impulsado por el escocés John Logie Baird (1888-1946), con su cámara de barrido que permitía transmitir imágenes a la distancia, y el desarrollo electrónico representado por el ruso –nacionalizado estadounidense– Vladímir Zworykin (1888-1982), con su tubo de rayos catódicos –conocido como iconoscopio–, la televisión se convirtió rápidamente en un hecho comercial impulsado por las grandes compañías de comunicaciones,

como la RCA (Radio Corporation of América), dirigida por David Sarnoff, pionero de la radio en Estados Unidos y uno de los padres de la televisión mundial.

De este modo, a partir de la década del treinta se realizan transmisiones televisivas, aunque la Segunda Guerra Mundial vuelve a postergar el desarrollo comercial del medio. ¿Qué era lo que la televisión traía como nuevo en la comunicación audiovisual que la diferenciara del cine? Umberto Eco (1992) lo definiría como "lo específico televisivo": la toma directa. La televisión podía hacer el espectáculo con la realidad en su transmisión simultánea de los hechos. Y esto no implicaba dejar de lado la narración. Finalmente, la edición, incluso en un partido de fútbol, puede definir la interpretación de lo que sucede en el estadio; pero claramente la televisión no era el cine.

Una de estas primeras transmisiones televisivas en las que la toma directa hizo su bautismo de fuego fue los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Si bien fue una transmisión rudimentaria, alcanzando solo la ciudad de Berlín, todo el dispositivo espectacular preparado por el nazismo prefiguraba la significación comunicacional de estos eventos televisados. De hecho, conscientes de la potencialidad política y propagandística del acontecimiento, el jefe de la propaganda nazi, Joseph Goebbels, contrató a la cineasta alemana Leni Riefenstahl para realizar un documental sobre la competencia. Hoy conocido como *Olympia*, es uno de los films documentales sobre el deporte más reconocidos de la historia.

Esta duplicidad de la estrategia comunicacional del nazismo pone en evidencia que todavía estábamos a mitad de camino entre el lenguaje cinematográfico y la representación televisiva. De hecho, la todavía compleja transición se ve en los primeros programas de televisión previos a la guerra, como lo testimonia el ciclo *The Television Ghost* en la CBS, entre 1931 y 1933. Allí está presente todavía, como en el caso de Méliès, la fantasmagoría popular en la que se encuentran los primeros escarceos del medio. La televisión seguía connotando una suerte de presencia enigmática, siniestra, de lo que está fuera de nuestro alcance y no podemos ver; Steven Spielberg lo reflejó con inmensa lucidez en *Poltergeist*, cuando la niña de la casa habla con el aparato de televisión, reflejando así, en el inconsciente popular, el significado del medio en los primeros años cincuenta. Algo parecido había imaginado en aquellos años cincuenta el cuentista americano John Cheever con "La radio enorme", un cuento en el que una pareja compra un nuevo aparato de radio para su departamento; la sorpresa está en que, en vez de escuchar programas de música o variedades, esa radio les permite espiar la vida de sus vecinos. Por estas tierras, fue Adolfo Bioy Casares el que recogió el guante en 1941, con su novela *La invención de Morel*, una suerte de anticipación al holograma en la necesidad de perpetuar el alma de los protagonistas en aquella máquina infernal alimentada por las mareas oceánicas. En todos estos casos, los medios de comunicación adquieren algún atributo mágico y misterioso, siendo capaces de conectarnos con el más allá, actuar como fuentes de telepatías o animismo, cobrar

vida propia. Evidentemente, las transformaciones tecnológicas a las que la sociedad asistía desataban pulsiones fantasmagóricas, nuevos miedos o viejos traumas; así como el romanticismo conjuró con sus Frankenstein y sus Drácula los temores por las fuerzas desatadas por la Revolución Industrial, la sociedad de los cincuenta vio en las tecnologías otros monstruos, elaborados en muchas ocasiones por la ciencia ficción, como la invasión de marcianos en la que la suplantación de los cuerpos o la manipulación de las conciencias aparecía como una amenaza.

Televisión, posguerra y modernización cultural

Como ya dijimos, al desarrollo de la televisión no lo define la tecnología, sino los usos, y esos usos son siempre determinados por el contexto social, por las demandas e intereses en juego (como ya vimos en el caso del telégrafo, los usos militares y de control estatal del territorio fueron las claves de su rápido desarrollo). En el caso de la televisión hay que considerar el mundo de la posguerra, claramente identificado con un profuso desarrollo urbano. Pero también se estaba produciendo una profunda transformación cultural, de hábitos, de prácticas, que las instituciones tradicionales como las Iglesias, los partidos políticos o los diarios no lograban representar. La velocidad de la modernización de las costumbres que aquellos adelantos técnicos impusieron dejaba a la sociedad sin referentes. La

televisión surge entonces, según Williams en *Televisión. Tecnología y forma cultural* (2011 [1974]), como ese espacio de reconocimiento, de negociación, de articulación y dominación hegemónica sin el cual no hay orden social ni formas de tamizar conflictos y diferencias. Williams llamó a este proceso "privatización móvil", aludiendo a que el dispositivo se inscribía dentro de una dinámica en la que las fuerzas determinantes parecían ser tanto la de la circulación (la televisión y la radio fueron primero aparatos de transmisión sin contenidos prefigurados) como la del consumo privado en el hogar.

Si, en el contexto de la crisis socioeconómica de los años veinte, el personaje de Chaplin había servido para que su pobre arlequín bufonesco representara, en nombre de todos los desclasados, la ansiada burla a los poderosos (finalmente, esa era la trama de todas sus películas, la devolución del mensaje esperanzador para las clases explotadas: al final triunfan y se van con la chica), la televisión fue también, sin duda, un lugar de catarsis. Se cruzaban allí las demandas de modernidad de las familias, las noticias que configuraban una sociabilidad de nuevo tipo y, con canciones y ritmos renovados, la gente accedía a una nueva cultura que se legitimaba en el mismo proceso. Así, el *broadcasting* como modelo televisivo, que paradójicamente imponía un consumo masivo en cada hogar, funcionaba como esclusa, entre lo que pasaba en la calle y lo que entraba en la casa, creando los contextos de enunciación y marcos interpretativos para masificarlo todo.

Como bien lo señala Lynn Spigel (1992), la experiencia televisiva, si bien técnicamente ya estaba resuelta antes de la Segunda Guerra Mundial, tuvo que esperar al fin de la contienda para adquirir ciudadanía. Es en ese momento cuando nacen las grandes cadenas televisivas: la BBC en Gran Bretaña; la Deutsches Fernsehen (la televisión alemana), que retoma sus transmisiones en 1948 después de la guerra; o la France Télévision desde 1945. Todas ellas, señales públicas, característica de las políticas audiovisuales europeas hasta entrados los años ochenta. En el caso argentino, la primera transmisión televisiva fue el 17 de octubre de 1951, con un mensaje de Eva Perón. Y poco tiempo después, la transmisión del primer partido de fútbol entre San Lorenzo y River, desde el viejo Gasómetro. La primera programación televisiva en Argentina siguió los parámetros norteamericanos: programas dirigidos a la mujer, como fue el caso de Doña Petrona, que comenzó con sus clases de cocina en 1952; los noticieros de la noche; o las comedias o teleteatros.

Por supuesto que la televisión estaba pensada como una gran ventana a esa sociedad ávida de consumo, y las compañías dedicadas a los artículos para el hogar fueron los más codiciados auspiciantes. Como lo recuerda Spigel (1992), entre 1946 y 1955, dos tercios de los hogares norteamericanos contaban con un televisor. En 1960, ya el noventa por ciento tenía uno en su *living* y como espectadores permanecían un promedio de cinco horas diarias.

En *Make Room for TV. Television and the Family Ideal in Postwar America*, Spigel (1992) analiza cómo se desarrolló la incorporación

de la televisión en la vida cotidiana de las familias norteamericanas después de la Segunda Guerra Mundial. Enfocada en la década que va de 1945 a 1955, esta investigadora, especialista en medios y estudios culturales, realiza una interesante historia cultural de la televisión a partir de los testimonios que recoge de las revistas femeninas, de los avisos y propagandas sobre la televisión y la familia, de lo que la televisión dice de sí misma a través de las series y películas, como también de lo que expresan las transformaciones de la arquitectura y el diseño del hogar en ese período. De este modo, Spigel logra dar cuenta del lugar central que ocupó la televisión en el proceso del pasaje de las formas de entretenimiento de la esfera pública, como la sala de cine, a la esfera privada del hogar familiar. Proceso en que la televisión, como mueble, se instituyó en el centro de la vida cotidiana, reformulando el espacio hogareño. Así caen los muros que separaban, en los hogares americanos de la época victoriana, lo exterior y lo interior, especialmente visto esto en el auge de los ventanales, de las puertas-ventanas, en lo que fue el modelo ideal del hogar familiar, el denominado *ranch-style* americano de la costa oeste; como es evidente, este rediseño arquitectónico del mundo familiar es toda una representación del ideario americano de prosperidad y estabilidad que surge luego de la Segunda Guerra Mundial. Casas con techos a dos aguas, el garaje al frente, el césped hasta la calle, todas iguales, en barrios alejados de los cascos históricos de la ciudad.

La televisión es un "catalizador de esas expectativas de revaloración del espacio doméstico" (Spigel, 1992), del núcleo

familiar y de los nuevos barrios suburbanos que proliferaron en la posguerra; también la televisión mostró las tensiones entre el discurso de unificación cultural ligado a los patrones tradicionales de género y generacionales, como de los conflictos que representaba esa nueva tecnología en relación con el lugar tradicional de la mujer. Como sugiere el trabajo de Spigel, los norteamericanos hicieron una fuerte inversión de su capital cultural para darse una estabilidad y seguridad que no habían vivido desde la década del treinta y la televisión fue el medio idóneo para hacer esa inversión simbólica. Por supuesto, no estaba exenta de esta maniobra cultural y hegemónica la defensa de un sistema capitalista que estaba dando oportunidades de integración y ascenso social a las clases populares. Estamos en el *New Deal* de la posguerra, en los *gloriosos treinta*. De algún modo, sugiere Spigel, la televisión conformó a estos sectores con bienes de consumo y valores integrados a ellos, para lograr una identidad de clase media que se constituyó en el corazón de la cultura norteamericana.[31] Pero también como esa *ventana al mundo* en el que Estados Unidos se proyectaba como potencia mundial. Luego del final de la Segunda Guerra Mundial comienza un período de estabilidad y progreso económico. Entre 1947 y 1973, el promedio de crecimiento del producto bruto interno (PBI) de la economía mundial fue de 6,5. Estados Unidos emerge luego de la guerra como la potencia

---

31 Es imposible no traer a colación aquí que estamos en los dominios del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons, padre fundador de la sociología norteamericana, y de los trabajos de Robert Merton, Paul Lazarsfeld y Carl Hovland sobre los efectos de integración de la comunicación social, representados por la *mass communication research*.

hegemónica y se proyecta al mundo ejerciendo un liderazgo que parece incuestionable. También es cierto que estamos ingresando en la Guerra Fría. Pero esta funciona como aglutinante. Del otro lado del *american way of life* están los *comunistas*, los *rojos*, hasta los *marcianos*. Si no, veamos todo el cine de ciencia ficción de los años cincuenta que pivotea sobre la sospecha de la invasión extraterrestre, como en las películas *La invasión de los usurpadores de cuerpos* (1956), dirigida por Don Siegel; *Ultimátum a la Tierra* (1951), de Robert Wise; o *El enigma de otro mundo* (1951), de Howard Hawks.

Este imaginario de modernidad que acompañaba al medio estuvo claramente señalado desde sus inicios, como lo refleja una de las comedias más celebradas de los años sesenta, *El show de Dick Van Dyke*, en la que el protagonista era un guionista de televisión. Lo mismo pasaba con los *shows* televisivos musicales; el más reconocido, *The Ed Sullivan Show*, oficiaba como consagración de los artistas del momento, como fue el caso de Elvis Presley, que en dos ocasiones tuvo sendos programas en la cadena, con más de 50 millones de espectadores, o el récord que representó la visita al *show* de The Beatles con más de 70 millones de espectadores.

El profeta de la comunicología

Es en el marco de este contexto de cambio cultural dominante de la década del sesenta que nace la mirada profética de Marshall

McLuhan (1911-1980). Y, como en todos los profetas, su discurso es muchas veces tautológico y asertivo. Ve signos de sus ideas en los más diversos campos de la cultura, desde William Shakespeare hasta John Lennon, desde James Joyce hasta Carl Jung; y esos signos, como para todos los creyentes, son indicios de una revelación. Para McLuhan esa revelación es el cambio de escala de los asuntos humanos por impacto de las nuevas tecnologías electrónicas. En la década del sesenta, publica sus obras fundamentales: *La galaxia Gutenberg. Génesis del hombre tipográfico* en 1962, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano* en 1964 y *La guerra y la paz en la aldea global* en 1968. Como bien dice Nick Stevenson, "el profundo influjo de las nuevas formas de comunicación en las dimensiones del espacio y del tiempo y en la percepción humana son los motivos dominantes en Marshall McLuhan" (1998: 181).

Si bien todavía muchas de sus intuiciones no tienen en la década del sesenta la tecnología que les corresponda, ciertamente McLuhan ve lo que está en proceso. Aunque los dispositivos de la era de Internet estén todavía lejos de ser unas realidades cotidianas, en los años cincuenta y sesenta se están gestando los cimientos. Como lo observa con claridad Jesús Martín-Barbero en *Proyectar la comunicación* (Martín-Barbero & Silva, 1997), la cibernética de Norbert Wiener, los computadores de Alan Turing, los primeros esbozos de las agencias de investigación y defensa en la línea de la conectividad, están dando sus primeros pasos. Por solo mencionar uno: la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa (DARPA, por

sus siglas en inglés), cabecera de playa del Departamento de Estado norteamericano en la etapa fundacional de Internet, es de 1962. Allí, tanto la figura de Joseph Licklider (1915-1990), un científico clave en el impulso de la red –considerado por muchos como el fundador de la informática estadounidense–, como el trabajo de Leonard Kleinrock, que en 1961 publica un artículo sobre la comunicación de paquetes para la transmisión de datos, son determinantes. Por cierto, algo alejados del imaginario contracultural con el que a veces se ha narrado esta historia inaugural de Internet; pero lo cierto es que algo había en aquel ambiente en el que las comunicaciones digitales se conectaban paradójicamente entre la horizontalidad de las nuevas comunidades juveniles y las políticas de defensa en tiempos de Guerra Fría. En ese ambiente, McLuhan va a machacar con cuatro conceptos: el fin de la cultura tipográfica, el medio es el mensaje, la diferencia entre medios fríos y calientes, y finalmente la idea de la implosión del orden moderno y el advenimiento de la aldea global.

Todo comenzó en Canadá, en la Universidad de Toronto, donde este especialista en literatura inglesa se rodea de pensadores como Walter Ong, Harold Innis, entre otros. Si bien fue un autor olvidado desde los años setenta, hoy vivimos un *revival* mcluhiano de la mano de los autores que recuperan sus hipótesis, dentro del campo que se ha dado en llamar la *ecología de los medios* o la *escuela de Toronto* (Piscitelli, 2002; Jenkins, 2008; Scolari, 2008; Carlón, 2012). Esta corriente vuelve la mirada sobre las mediaciones info-comunicacionales, no desde la perspectiva difusionista o

transmisionista, sino desde la de concebir a las tecnologías y medios de comunicación como “ambientes”. Algo que estaba en el corazón de la propuesta mcluhiana.

¿Pero de dónde había sacado sus intuiciones este profesor de *letras*, especialista en poesía inglesa, convertido al catolicismo? La respuesta es Innis (1894-1952), historiador de la economía que escribió al final de su vida dos obras sobre comunicación humana: *Empire and Communications* (1950) y *The Bias of Communication* (1951). Sus hipótesis se dirigían a destacar la influencia de las formas de comunicación en el desarrollo de las sociedades. En el segundo libro, Innis (1999 [1951]) describió a los medios de comunicación en dos dimensiones: aquellos medios que son propensos al tiempo y aquellos que son propensos al espacio. Los primeros, como la arcilla, la piedra, tienden al tiempo al poder perdurar sin destruirse, y son generalmente pesados, difíciles de transportar; estos medios corresponden a sociedades cerradas, más bien endogámicas, tradicionalistas, conservadoras, lentas para sufrir modificaciones. Los medios propensos al espacio, como el papel, el papiro –entre otros–, son fáciles de transportar, de hacer circular y corresponden a sociedades abiertas, cambiantes, extendidas, descentralizadas. Para Innis la diferencia entre los medios tuvo un papel fundamental en el cambio de las sociedades. El auge del papel, de la imprenta, con su facilidad para trasladarse, provocó los grandes cambios de la sociedad moderna. Ahí Innis prefiguraba desarrollos posteriores como el que desarrollará Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas* (1993).

De esta influencia McLuhan definió sus cuatro grandes cuerpos de teoría.

Con respecto a *el fin de la cultura tipográfica* (la imprenta es una cultura del individualismo), McLuhan (1972 [1962]) observa de qué forma se produjo, como consecuencia del impacto del desarrollo del alfabeto y en particular de la imprenta, una nueva forma de ver y por lo tanto de actuar a partir de la linealidad que impone la escritura alfabética impresa. Pasamos de una cultura holística (integrada por los cinco sentidos) a una cultura de la división, fragmentada, dominada por la vista, por el ojo. Esta es una cultura individualista, señala McLuhan. Pasamos de la oralidad, el oído, el habla, los gestos, el movimiento, a una cultura cerrada, lineal, uniforme, racional. McLuhan ve, con la aparición de los nuevos medios técnicos como la radio o la televisión, el fin de la cultura tipográfica. La radio y la televisión, a diferencia de la escritura, son medios más auditivos que visuales. Imponen más la escucha y por tanto un refuerzo de los contextos de interpretación. El libro tiende a la universalidad y se despoja de ese aquí y ahora sobre el cual pivotea la comunicación oral. Por eso, McLuhan hablaba de un regreso a lo sonoro, al mundo antiguo, previo a la imprenta, que había dominado las culturas hasta la Edad Media. La televisión o la radio recuperaban el espacio de reunión colectiva, comunitaria, en la escucha de sus mensajes; por el contrario, el libro implicaba una lectura solitaria, personal, individual, silenciosa.

El segundo concepto de McLuhan aparece en *Comprender los medios de comunicación* (1996 [1964]). Va a ser uno de los conceptos teóricos más conocidos del autor y probablemente de todo el campo de las ciencias de la comunicación. Me refiero a *el medio es el mensaje.* Este nuevo aforismo de McLuhan fue una crítica implícita a las visiones contenidistas o ideológicas sobre la comunicación de masas. Para McLuhan, lo fundamental en el análisis de los medios era comprender cómo estos transformaban las formas de relación humana o social y no los contenidos que podían transmitir. Por ejemplo, la luz eléctrica era un medio sin mensaje, pero esta transformaba todos los vínculos, espacios públicos, el trabajo, la vida urbana, etcétera. La televisión estaba modificando de raíz todas las formas de acceso a la cultura (el libro, los conciertos, los espectáculos, las noticias, el espacio y el tiempo). El acceso desde el hogar a la cultura iba a hacer estallar la cultura tipográfica; la televisión era el paradigma de las culturas electrónicas.

El tercer concepto fue *la distinción entre medios fríos y calientes.* En este proceso McLuhan (1996 [1964]) distinguía las características entre los viejos medios y los nuevos. Los medios fríos eran la televisión, el teléfono. El medio caliente por excelencia era el cine. En esa distinción, McLuhan señala dos conceptos fundamentales, que luego tendrán una gran relevancia con el desarrollo de Internet. Para McLuhan los medios calientes se caracterizaban por su alta densidad informativa y su baja interactividad. En la pantalla de cine, gigantesca, llena de detalles, de primeros planos, de grandes

panorámicas, la imagen estaba cargada de información. Uno entraba a la oscuridad de la sala de cine para ser subyugado por la narración, por el lenguaje cinematográfico. A diferencia del cine, la televisión era más bien de baja calidad, pequeña la pantalla (al menos en la época en que McLuhan desarrolla esta teoría) y el espectador tenía que completar la información con su actividad decodificadora, en la que el eje del relato estaba en la narración oral (muchas veces en off) del conductor o cronista que el medio televisivo recuperaba. Recordemos lo que señalaban Morley (2008) o Spigel (1992) sobre la forma de ver televisión de la mujer en la década del cincuenta. El medio frio por excelencia era el teléfono. Allí el receptor siempre tiene que preguntar: dónde estás, quién habla, potenciando una interacción horizontal de ida y vuelta. Para McLuhan los medios calientes correspondían a las sociedades tipográficas, los medios fríos a las nuevas sociedades modernas.

La implosión de la sociedad moderna y el advenimiento de la aldea global fue parte sustancial de su tercer trabajo de la década del sesenta: *La guerra y la paz en la aldea global* (McLuhan & Fiore, 2018 [1968]). Finalmente, en la teoría de McLuhan estas nuevas experiencias comunicacionales tienen una consecuencia profunda. Todo el edificio moderno, construido sobre la separación de las actividades, de las formas de comunicación, de las culturas, de las instituciones, caerían bajo la influencia de una sociedad abierta, descentralizada, holística, auditiva, colectiva. La imprenta había separado las dimensiones de la economía, la política, la estética. Ahora los medios electrónicos

volvían a unir aquellas dimensiones con cierto aire renacentista (McLuhan finalmente tenía algo de eso en su heteróclita formación) y la televisión volvía a reunir lo que la modernidad había separado, por caso, lo público con lo privado. Solo pensemos hoy en cualquiera de las aplicaciones contemporáneas, como Instagram o Facebook. "El mundo ha experimentado una implosión de los sentidos vertical, temporal y horizontal. La humanidad se ha derrumbado sobre sí misma, regresando al estado aldeano característico de las sociedades orales" (Stevenson, 1998: 194). En ese contexto, el ensayista canadiense anticipa una suerte de balcanización del mundo. Mini-Estados, minicomunidades definidas por sus identidades culturales constituirán naciones, naciones negras, naciones indias, naciones lingüísticas. Este aquelarre de guetos y fracturas sociales, es una gran preocupación para los norteamericanos a finales de los años sesenta, en un país que viene de un período de grandes agitaciones sociales. Bastaría mencionar aquí dos hechos de fuertísima significación política: en 1963 se produce el asesinato de John Fitzgerald Kennedy y en 1968 el de Martin Luther King. Quizás como una anticipación más a esta desjerarquización de las instituciones y de las distintas esferas sociales, en la entrevista que le hace la revista *Playboy* en 1969, McLuhan concluye: "Será un mundo totalmente retribalizado de implicaciones profundas" (Rogaway, 2007).

Una modernidad a la italiana

A mediados de los años sesenta, la cultura de masas estaba consolidada. Y formaba parte del paisaje mundial. Sus ondas expansivas habían cubierto el globo y cada sociedad nacional vivía a su modo las grandes transformaciones que se habían suscitado después de la posguerra.

Era cierto, como decía McLuhan en esa entrevista con *Playboy* (1969) (casi en sí misma una tautología), que el estructurado orden moderno se estaba desintegrando. Movimientos como la lucha de los negros por sus derechos civiles, que se visibilizara nacionalmente en el puente de Selma, Alabama, en 1965; el reconocido Mayo francés de 1968, en París; o la masacre de Tlatelolco, en México, en octubre del mismo año, fueron claramente hitos en unas sociedades convulsionadas. La misma Revolución cubana que diera inicio a la década cobraba en 1967 un trágico sentido con el asesinato del *Che* Guevara en Bolivia. Su rostro, convertido en un símbolo de las juventudes rebeldes, sería mundialmente reconocido y apropiado.

Paradójicamente, desde uno de los enclaves más periféricos de esa modernidad europea, en Italia, surge una de las voces más lúcidas. Como lo describe en sus películas uno de sus cineastas más renombrados, Federico Fellini, la península itálica vive su propia modernidad. Ahí están para retratarla *La dolce vita* u *Otto e mezzo*, dos de las más grandes realizaciones cinematográficas de la época. No es un dato menor observar que los protagonistas de sus películas son periodistas o directores de cine. Aunque la película que retrata

por antonomasia el espíritu de la época es, probablemente, *Blow up*, de Michelangelo Antonioni; allí el protagonista es un fotógrafo, la profesión más paradigmática de los sesenta. Porque la modernidad tiene mucho que ver con lo icónico, y la publicidad, recordemos el famoso análisis sobre la publicidad de fideos que Roland Barthes hace en *Retórica de la imagen* de 1964, es una de las artes comunicativas de la época. Como lo señala Marshall Berman en *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1988), los años sesenta son una explosión creativa en la que lo real es puesto en debate. Y si lo real entra en crisis ("Sean realistas, pidan lo imposible", decía uno de los eslóganes del Mayo francés), también el arte: eso es Andy Warhol con su obra *Latas de sopa Campbell*.

En ese marco de modernidades y estéticas críticas surge el pensamiento del referente quizás más relevante del período, que también, como McLuhan, se convertirá en una pieza más de la cultura de masas. Nos referimos a Umberto Eco, el semiólogo italiano que a mediados de los sesenta publica *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, obra fundamental en el período, convertida en la biblia de la comunicología europea. Especialista en el arte medieval, Eco ya había escrito un libro relevante, *Obra abierta* (1962), con sus primeras reflexiones sobre informática, filosofía y semiótica, en el que destacaba que el arte nuevo, las nuevas estéticas, eran aquellas en las que el sentido no se clausuraba en la obra, sino en las que la obra se abría a las múltiples lecturas de los espectadores, de los lectores, de las audiencias. Son los años en que Europa está encandilándose

con una nueva corriente de pensamiento –el estructuralismo–, en los que Roland Barthes, Claude Lévi-Strauss o Louis Althusser están renovando el pensamiento crítico. Pero también de toda la experimentación del arte pop, los *happenings* o las *performances* de aquellas vanguardias. En Argentina, esta renovación intelectual y artística está identificada con el Instituto Di Tella, que paradójicamente se sostenía con el proteccionismo industrial del primer peronismo. Si bien la obra académica de Eco tuvo más que ver con la teoría semiótica, desde *La estructura ausente* o *Tratado de semiótica general*, el análisis de la cultura mediática perduró como una de sus grandes preocupaciones.

Para Eco (1968) la problematización de la cultura de masas se podría resumir de la siguiente forma. La mirada intelectual sobre la cultura de masas se ha dividido en dos posturas antagónicas: están los que ven los medios de masas como un fenómeno de degradación cultural, los *apocalípticos*, y los que viven subyugados por sus potencialidades, los *integrados*. Para los primeros, la cultura de masas mata la creatividad, busca un gusto medio. Manipula las conciencias de los espectadores y receptores; está dominada por las leyes del mercado. Promueve una cultura conformista, defiende una postura acrítica sobre el mundo y pasiva. Crea mitos y estereotipos. Para los segundos, la cultura de masas amplía los alcances de la cultura, la democratiza al extender los horizontes de consumo. No es solo un fenómeno capitalista porque reconoce expresiones de las culturas populares antes negadas por la cultura dominante y aristocrática.

Abre la conciencia de las personas de sus particularismos y la vuelve más abierta, cosmopolita, moderna, progresiva; en ese proceso puede extender los marcos de aprendizaje y es una forma más de acceso a la información de los sectores bajos y medios.

El problema, para Eco (1968), es que estas perspectivas maniqueas impiden pensar la cultura de masas. Una porque "habla de" la cultura desde una distancia aristocrática que denuncia más sus propios prejuicios que una mirada realista sobre el proceso; la otra, porque "habla la" cultura de masas, es decir, la produce, forma parte, no tiene una distancia crítica mínima. De ahí que la aceptación de la misma categoría de *cultura de masas* sea parte del problema; una aceptación que, paradójicamente, comparten apocalípticos e integrados. Según Eco, son categorías fetiches, es decir, conceptos que se usan y que cobran vida por ellos mismos. La idea de *masa* y la de *hombre-masa* que generalmente la acompaña son referencias habituales. Ahí el semiólogo italiano rastrea el origen de esta perspectiva en la concepción del crítico alejado de la realidad empírica. Eco menciona a José Ortega y Gasset (*La rebelión de las masas*), a Theodor Adorno (*Dialéctica del iluminismo* –de coautoría con Max Horkheimer– y *Minima moralia*), pero también puede ir más lejos, con Bruno Bauer; en todos ellos Eco encuentra esta concepción de distanciamiento. La crítica no debe mezclarse con la realidad porque la contamina. Su función es la negación.

En este marco, el trabajo de Eco implica fundamentalmente no actuar con prejuicios.

> Aquello que, por el contrario, se reprocha al apocalíptico es no intentar nunca, en realidad, un estudio concreto de los productos y de las formas en que verdaderamente son consumidos. El apocalíptico no solo reduce los consumidores a aquel fetiche indiferenciado, que es el hombre masa, sino que –mientras lo acusa de reducir todo producto artístico, aun el más válido, a puro fetiche– él mismo reduce a fetiche el producto de masa. (1968: 24)

Y para poner en evidencia esa crítica Eco incluso se da ciertos lujos. Si no, ¿qué otro sentido tiene incluir una cita en latín sin traducción de san Bernardo sobre el debate iconográfico en el siglo XII? ¿No es acaso un guiño a esa supuesta incultura que representaría la cultura de masas y toda reivindicación de su pertinencia, al menos desde el punto de vista crítico? Porque todo el trabajo de Eco es revalidar esa cultura como objeto de análisis, de investigación. Consideremos que en este trabajo Eco (1968) analiza productos fundamentales de la cultura de masas, como son las historietas de *Superman* y de *Steve Canyon*, la canción popular melódica o la misma televisión. Esta mirada crítica anticipa lo que será luego su trabajo

quizás más conocido, su novela *El nombre de la rosa*, una de las primeras ficciones posmodernas, en la que los niveles de lectura, entre lo popular, lo masivo y lo de élite, se mezclan y son parte de la trama. Pero para lecturas de la cultura de masas en esa clave posmoderna habrá que esperar dos décadas. Todavía en los años sesenta la ruptura está en curso y reviste ya tintes trágicos.

El compromiso de la cultura en crisis

Para muchos, en la noche del 8 de agosto de 1969 culmina la década del sesenta, la cultura jipi y la revuelta generacional que había empezado con el *rock* y el *flower power*. Esa noche, tres jóvenes del clan Manson irrumpen en el domicilio de Roman Polanski, en California, y asesinan a su mujer –la joven promesa hollywoodense Sharon Tate– y a tres de sus amigos. La detención, el juicio y la condena del autor intelectual de la masacre, el gurú Charles Manson –músico, profeta contracultural, que se había codeado con la banda The Beach Boys y toda la movida californiana–, junto a cuatro de los integrantes de su secta, representó el final trágico del jipismo y el ocaso de las fantasías milenaristas de aquella generación que había soñado con el amor y la paz.

Ese mismo año, una reconocida antropóloga, Margaret Mead, discípula de Franz Boas, que ha pasado gran parte de su vida estudiando las culturas originarias de la Polinesia, publica *Cultura y*

compromiso. Estudios sobre la ruptura generacional. Un libro fundamental para comprender indirectamente qué profunda era la fractura de la sociedad americana y de qué forma angustiante se había transitado esa larga década de conflictos.[32]

Como lo desliza en varias oportunidades Quentin Tarantino durante la reconstrucción de ese período y de ese caso en *Once Upon a Time in Hollywood*, aquellos años no habían sido fáciles. A los conflictos generacionales y culturales, se sumaban los raciales. La lucha de los negros, las protestas universitarias, la guerra de Vietnam, el asesinato de los Kennedy, de Luther King, todo había sido demasiado para las generaciones que veían con temor cómo se desplomaban sus costumbres, sus seguridades. La tapa que la revista *Life* le dedica a Charles Manson el 19 de diciembre de 1969 es ilustrativa. Su rostro emerge desde las sombras como una suerte de Mefisto y el texto dice: "Un culto de amor y terror".

Fueron años difíciles y, en ese marco, las preguntas que se hace Mead (1993) son pertinentes. Estados Unidos surge de la Segunda Guerra Mundial como una de las potencias del orden internacional, pero la generación que está destinada a ejercer ese liderazgo no quiere saber nada con tomar esa posta. ¿Por qué miles de jóvenes de las clases altas, medias y trabajadoras, que a principios de los años sesenta inician su vida adulta, rechazan los valores de una sociedad

---

32 El rescate de esta obra se la debemos, como probablemente muchas otras lecturas, a Martín-Barbero, quien realizó esta observación en un artículo capital, titulado "Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación" y publicado en 1996, en el número 5 de la revista *Nómadas* de Bogotá, Colombia.

que les dio trabajo y educación a sus padres? ¿Por qué las nuevas generaciones no quieren compartir las ganancias y los beneficios de una sociedad que, gracias al esfuerzo y el ahorro de sus antepasados, hoy está en condiciones de producir más riqueza y poder que ninguna otra de las generaciones anteriores? Las preguntas son acuciantes.

Probablemente no había nadie más preparada para intentar una respuesta que esta antropóloga que en sus investigaciones sobre la tribu arapesh en Nueva Guinea descubre que las diferencias sexuales no implicaban necesariamente los roles y funciones de hombres y mujeres; una investigadora que había pasado largas estadías conviviendo en comunidades tribales alejadas de la civilización moderna y encuentra sociedades antiguas en las que las mujeres ejercían los roles dominantes y los hombres cuidaban a los hijos y los educaban; por supuesto, se necesitaba una mirada desprejuiciada para comprender las causas de una ruptura tan profunda como la que proponían los jóvenes de los años sesenta.

En un mundo donde las culturas propias, originales, ya no podían concebirse como las únicas, donde los medios de comunicación, como la radio y la televisión, pero también los viajes en aviones, los satélites, la extensión de autopistas, el cine, acercaban a cada nueva generación formas nuevas de vestirse, de trabajar, de pensar, de comunicarse, relativizando las respuestas que heredamos del pasado; ante ese paisaje de incertidumbres, Mead se preguntaba: ¿en qué vale la pena comprometernos?

Para Mead (1993) había tres formas de interpretar lo que estaba pasando, y esas formas guardaban relación con tres maneras diferentes de entender cómo determinadas culturas enfrentaban su relación con el pasado, el presente y el futuro. Para esta investigadora la cultura es el legado que cada pueblo se da a sí mismo para enfrentar las vicisitudes de la vida: qué comemos, cómo nos vestimos, cuáles son nuestras instituciones, nuestras costumbres, lo que entendemos por salud o enfermedad y cómo las tratamos, todo eso forma una cultura. Y esa cultura se transmite de generación en generación. Nacemos dentro de una de esas culturas y lentamente vamos desarrollando un aprendizaje. No solo aprendemos con los libros, sino también en los cuentos infantiles, en los juegos, con las comidas o en las canciones. Sin embargo, lo que muchas veces no vemos es de qué manera cada sociedad, cada cultura, organiza la transmisión de esos valores, de esas costumbres, de esos saberes. Para esta referente de la antropología cultural y del género, la clave está ahí. La crisis que vivimos, dice ella, se refleja en una transformación de las formas en cómo se transmite la cultura.

Mead llama a una de esas formas *culturas postfigurativas*. Son aquellas en las que los hijos aprenden de los mayores. Son los ancianos los que guían a las comunidades, y lo hacen porque entienden que las formas del pasado serán perdurables. “Las sociedades primitivas y los pequeños reductos religiosos e ideológicos son principalmente postfigurativos y extraen su autoridad del pasado” (Mead, 1993: 35). Por eso son sociedades que miran hacia atrás, se legitiman en la

autoridad de los sabios y el tiempo es el que otorga esa sabiduría. De algún modo, dice Mead, para esas sociedades el futuro está en el pasado: "La cultura postfigurativa es aquella en que el cambio es tan lento e imperceptible que los abuelos que alzan en sus brazos a los nietos recién nacidos no pueden imaginar para estos un futuro distinto que el de sus propias vidas pasadas" (1993: 37).

La segunda cultura a la que se refiere Mead es la *cultura cofigurativa*. Esta es la que ella identifica con el presente, con su presente. Allí aprendemos de nuestros pares. De nuestros amigos, de los contemporáneos. Los saberes del pasado ya no sirven para responder a las demandas de los nuevos contextos, y buscamos en nuestros pares, en los que conviven con nosotros, las respuestas a los desafíos que ese nuevo mundo en transición nos plantea. "La cofiguración se produce en las circunstancias en que la experiencia de la joven generación es radicalmente distinta de la de sus padres, abuelos y otros miembros más ancianos de la comunidad inmediata" (Mead, 1993: 69). El pasado ya parece lejano, y aunque los adultos siguen siendo referencias, sus modos de vivir, sus respuestas ya no están a la altura de los nuevos desafíos. Acá el futuro es hoy.

La tercera es la *cultura prefigurativa*. Ahí ya los mayores aprenden de los hijos. Somos como los inmigrantes en un país nuevo. Nuestras costumbres, nuestro legado ya se encuentra alejado. Ya ni siquiera sirven las respuestas del presente. "En cambio, la nueva generación, los jóvenes rebeldes y explícitos de todo el mundo que se baten contra los controles que los sujetan se asemejan a los

miembros de la primera generación nacida en un país nuevo" (Mead, 1993: 117). El futuro ya llegó, como dice la canción. En las culturas prefigurativas, las nuevas generaciones ya no tienen que desaprender nada. Su cultura ya está un paso adelante.

En la tríada que construye Mead (1993) está su interpretación del problema. El mundo actual está cruzado por las fuerzas en tensión entre las culturas postfigurativas (nuestros abuelos), las cofigurativas (nuestros padres y nosotros mismos) y las prefigurativas (nuestros hijos, los *millennials*). La respuesta final de Mead tiene que ver con dónde ubicamos el futuro. Si para las sociedades tradicionales el futuro estaba en el pasado y para las desarrolladas el futuro estaba adelante, hoy se abre la posibilidad de pensar si no hay que reubicar el futuro con nosotros, una forma de tomar, como señaló Martín-Barbero (1996), un pasado no coactivo y un futuro que no nos lleve por delante.

Capítulo VIII

La segunda modernización latinoamericana

El camino de la televisión en América Latina no se puede desvincular del proceso general del desarrollo de los medios en el continente. Como lo ha señalado Elizabeth Fox en “La política de reforma de la comunicación en América Latina” (1988), este fue un proceso continuo que se da, escalonadamente, en los distintos países de Latinoamérica desde mediados de la década del veinte, entre técnicos, artistas, empresas radiofónicas, Gobiernos y capitales trasnacionales interesados en abrir mercados para los nuevos medios técnicos de comunicación, desde el cine, la radio y, luego, la televisión.

En el marco de ese proceso, se pueden describir dos grandes etapas. La primera, cuando la radio y el cine comienzan a dar sus primeros pasos en América Latina; aquí, en general, la participación de los Gobiernos de la región es significativa, como en el caso de México, Uruguay y Brasil, donde la radio se desarrolla claramente gracias al apoyo estatal, en una concepción pública de la radiofonía con fines educativos. En el caso de México, la fuerte influencia del Partido Revolucionario Institucional, luego de la revolución, marca las perspectivas de una comunicación con fines culturales; lo mismo sucede en Brasil o Uruguay. En el caso argentino, la diferencia es

sustancial, ya que la radio fue eminentemente privada con fines comerciales, con una fuerte impronta publicitaria.

El caso del cine fue diferente. Como dice Paulo Antonio Paranaguá en *Tradición y modernidad en el cine de América Latina*, "desde la introducción del invento de Edison y Lumière, el cine es una importación, algo que viene desde afuera. La organización, la distribución y la estructuración del mercado superan las fronteras. A principios del siglo XX, aun una plaza fuerte como es Argentina, que está insertada en el Cono Sur: a partir de Buenos Aires, Max Glücksmann crea una red de distribución en los países vecinos" (2003: 19). Por supuesto, este proceso no impidió el surgimiento de un cine nacional, pero hubo que esperar a los años treinta para que las dos plazas fundamentales de la producción cinematográfica latinoamericana, esto es, Argentina y México, abastecieran a los espectadores del continente con historias, climas, músicas y estrellas que hablaran en su idioma y reflejaran sus pasiones. En eso tuvo mucho que ver el surgimiento del cine sonoro. Desde el tango, el bolero, las melodías de arrabales y peñas, el melodrama y la historia costumbrista, hicieron mucho por la construcción de un lenguaje que lograra la identificación de las audiencias. Sin embargo, este hecho realmente auténtico no quita la permanente internacionalización del arte cinematográfico que estuvo siempre fuertemente ligado a las corrientes artísticas tanto norteamericanas como europeas. Desde el cine negro hasta las olas del neorrealismo italiano o la *nouvelle vague* francesa.

El caso de la radio también fue diferente, tanto por los costos de producción como por la ligazón fuertemente cotidiana de sus mensajes y sus productos. La radio es la cotidianidad, el presente, y un ida y vuelta o *feedback* muy directo. Así el proceso de desarrollo de la radio continúa con aquellas características hasta entrada la década del treinta; en los años cuarenta, las políticas públicas retroceden, otorgándole al sector privado una preminencia determinante.

En esta segunda etapa, en el contexto del final de la Segunda Guerra Mundial, como señala Fox, la presencia del sector privado y el capital trasnacional norteamericano es significativamente creciente. Casi el setenta por ciento de la información que recibía América Latina provenía de los Estados Unidos. Recién con los Gobiernos populistas de la posguerra en Argentina, Brasil o Colombia, esto trató de revertirse con políticas proteccionistas de la intervención del capital internacional.

Sin embargo, en el caso de la televisión, a principios de los años cincuenta, la participación estatal fue determinante. En el caso de Colombia, Perú y Venezuela, con Gobiernos militares; aunque rápidamente el sector privado comercial con presencia trasnacional incrementó su intervención, como en el caso de México y Perú. "La televisión estatal venezolana salió al aire en 1952, bajo la dictadura de Pérez Giménez. Poco después salió al aire el Canal 2 de Caracas, propiedad de un empresario norteamericano" (Fox, 1988).

Paradójicamente, como ha señalado Carlos Monsiváis en *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina* (2000), la televisión fue

un fenómeno imprevisto que reordenó el completo mapa cultural de las Américas, acercando las culturas regionales, globalizando las familias, integrando a los pueblos y diseminando fantasías de consumo en unas sociedades que hasta entonces ni se lo imaginaban. Paradójicamente, porque todos los Gobiernos latinoamericanos que ayudaron a su desarrollo solo la concibieron, en principio, como un "simple entretenimiento" sin prefigurar jamás el lugar definitorio que vendría a ocupar.

Resultaba, por supuesto, difícil de imaginar que aquel pequeño aparato, de imágenes toscas en comparación con el cine, menos proclive a la imaginación como lo era la radio y, en ese momento, costoso para un trabajador medio, pudiera desplazar a los dos grandes medios de entretenimiento como eran la radio y el cine. Pero, además, para el espectáculo en vivo estaba el prestigio del teatro o de la lírica. La televisión era un híbrido. Recién luego de las primeras transmisiones de espectáculos en vivo (como un partido de fútbol o eventos políticos) el fenómeno de la televisión comenzaría a cobrar significación.

La primera transmisión televisiva de América Latina le pertenece a México y se debe al trabajo del ingeniero Guillermo González Camarena; casi en simultáneo con los inventos europeos y norteamericanos realiza las primeras pruebas en el año 1938, con patentamiento propio, y la que se considera la primera transmisión televisiva del continente se produce el 19 de agosto de 1946. En 1950, México era el sexto país en el mundo en transmisiones televisivas.

Brasil lanza su primera señal en noviembre de ese año, TV Tupi, de la mano del magnate brasileño de los medios Assis Chateaubriand, dueño de una cadena de diarios y radios de ese país. La primera transmisión en Argentina fue para la celebración del Día de la Lealtad, un 17 de octubre de 1951, con una Eva Perón ya dando muestras de la enfermedad que la llevaría a la muerte un año después. Aunque hay pruebas de transmisiones anteriores, más técnicas, uno de los impulsores de la televisión argentina es Jaime Yankelevich, empresario de la radiofonía, propietario de Radio Belgrano, una de las primeras emisoras de la ciudad de Buenos Aires. Con equipos traídos de Estados Unidos, y el aval del ministro de Comunicaciones, aunque hasta hace poco tiempo el empresario fuera un férreo opositor al Gobierno peronista, Yankelevich pudo hacer la primera emisión. La que estuvo detrás de este impulso fue la misma Evita, que dio el respaldo para el emprendimiento. Poco tiempo después de ese 17 de octubre comenzaron las transmisiones regulares, incluso instalando en noviembre de ese año el primer aparato en Olivos, la residencia del presidente Juan Domingo Perón, por lo cual, para hacer las pruebas de calibración del aparato, se suspendieron los programas por unas horas (Ulanovsky, Itkin & Sirvén, 1999).

A finales de la década de 1950, en el contexto general de finalización de los proyectos populistas en Argentina, México y Brasil, la política exterior norteamericana comenzará un marcado proceso de readecuación geoestratégica. Por la Guerra Fría, América Latina –patio trasero de Norteamérica, en disputa con la Unión Soviética–

comienza a recibir la marcada influencia estadounidense. El momento culminante de este proceso es el lanzamiento en 1963 de la Alianza para el Progreso; en ese esquema las dimensiones comunicacionales aparecen estratégicamente valoradas por el Departamento de Estado norteamericano. Robert McNamara (1916-2009), secretario de Defensa de la Administración Kennedy, lanza el concepto de *desarrollo es seguridad*, por lo que las inversiones norteamericanas comienzan a hacer pie en la región. Los medios son en parte un reaseguro ideológico cultural para ese proyecto. Como prueba de su relevancia, la revista *Primera Plana*, adalid de la modernización del país, publica en tapa, en su lanzamiento, el rostro de John Kennedy. La televisión será entonces un medio idóneo para ese proceso. Seriales como *Superman*, *Ruta 66*, las comedias de Lucille Ball, comienzan a ser parte de las tiras diarias de los hogares de América Latina. Goar Mestre, magnate de la radiodifusión cubana, en el exilio desde 1960, reubicado en Buenos Aires, y fundador de Proartel –propietaria del nuevo Canal 13–, se convierte en la cabecera de una red con medios en Chile, Paraguay, Uruguay y Bolivia.

Peronismo, modernización y consumo

Pero tampoco es explicable el proceso de desarrollo de la televisión como catalizador cultural de la modernidad si no consideramos los factores contextuales que se dan en la región, en particular, en el caso argentino, en el cual, en el marco del primer

y segundo gobierno de Perón, surge un sujeto obrero consumidor. Aunque no es común en la historiografía clásica asociar el peronismo con las clases medias, una nueva corriente de estudios ha puesto en valor el rol clave del peronismo en la transformación sociocultural de la clase obrera. *Integración*, *inclusión*, *acceso*, *migraciones*, *consumo*, *nueva visibilidad*, son conceptos que comienzan a utilizarse para describir el acceso de la clase obrera a la modernización en el contexto del primer peronismo. Una serie de trabajos de historia cultural comienza a construir este recorrido. Ahí están la investigación de Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina* (2009); la de Matthew Karush, *Cultura de clase* (2013); o la de Natalia Milanesio, *Cuando los trabajadores salieron de compras* (2014).

La lectura sobre el período que aportan estas investigaciones radica en matizar la tradicional interpretación que se había hecho, a partir de los trabajos de José Luis Romero y Leandro Gutiérrez, sobre el ascenso social de los años treinta y la dilución de los conflictos de clase. Por el contrario, estos autores (Adamovsky, 2009; Karush, 2013; Milanesio, 2020 [2014]) señalan la importancia que representó para los trabajadores el peronismo como palanca para su incorporación al consumo e inclusión social, pero, a su vez, cómo este proceso de mejoras nunca dejó de expresar también las diferentes identidades de clase. Como señala Milanesio (2020 [2014]), en poco tiempo el peronismo impuso medidas que apuntaban a la "industrialización del país, el alto poder adquisitivo del salario, la migración interna y el consumo". Proceso que promovió en pocos años el "surgimiento de

un consumidor obrero como una fuerza social única que transformó la Argentina moderna". Perón logró estas consecuencias con una serie de medidas como las que destaca Milanesio: "Además de los aumentos salariales y el aguinaldo, otras medidas, como las vacaciones pagas, licencias pagas por enfermedad y el congelamiento de alquileres –el monto del presupuesto mensual destinado al alquiler pasó del 18% en 1943 al 2,6% en 1957–, incrementaron notablemente el ingreso disponible de los sectores trabajadores".

Este proceso de mejoras económicas implicó un período fuertemente asociado a la modernización del país. En ese marco, la adquisición de bienes de consumo como heladeras o lavarropas se articuló claramente, en el imaginario social de la época, a lo que representaba la modernidad cultural: la televisión. Como refieren los testimonios recogidos por Mirta Varela y Alejandro Grimson en *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre televisión* (1999), la televisión era un objeto largamente ansiado por los consumidores populares, que asociaron sus mejoras en el nivel de vida logradas por el peronismo al televisor como símbolo de prestigio e integración. Pero ver televisión no era solo un fenómeno hogareño: ya muchos testimonios hablan de los cambios en las prácticas de consumo de los eventos, sean estos partidos de fútbol o programas especiales que se veían colectivamente en bares o en la calle desde las vidrieras. La televisión connotaba esa avidez de acceso a la información, a los nuevos gustos populares, como el fútbol, el boxeo o los espectáculos

musicales. Pero además se compartía en el barrio, los fines de semana en los que vecinos y parientes se congregaban a ver televisión.

Como relatan Carlos Ulanovsky, Silvia Itkin y Pablo Sirvén en *Estamos en el aire* (1999), la primera programación televisiva estuvo muy ligada a la radio, con locutores que en su mayoría provenían del otro medio y comenzaron a experimentar ese nuevo lenguaje. En general los artistas que ya eran consagrados en la radio o el cine miraron a la pequeña pantalla con desconfianza, de ahí que mucho de aquella primera programación descansara en noveles intérpretes. José *Pepe* Biondi, Pinky (Lidia Satragno) o Guillermo Brizuela Méndez fueron las primeras voces y rostros que se mostraron en la pequeña pantalla. Rápidamente, el foco de atención estuvo puesto en la mujer consumidora. De ahí que uno de los primeros programas fuera el de Petrona Carrizo de Gandulfo (Doña Petrona), cocinera, que comenzó con sus emisiones semanales desde el año 1952. También el teleteatro fue un género que rápidamente se adaptó a la pantalla. Venía de una larga tradición en la radio, pero fue una autora novel, Celia Alcántara,[33] que sin ninguna experiencia en guiones de televisión comenzó a escribir los primeros libretos. Por supuesto que la popularidad de la televisión se desarrolló a la par del proceso de definición del lenguaje televisivo. Entre el circo, el melodrama, el noticioso, la televisión comenzó a convertirse en un *espacio* de variedades que logró su máxima expresión con los programas ómnibus, como se

33 Autora de referencia en el medio, escribió los guiones de clásicos como *Simplemente María* (1966) o *Rosa... de lejos* (1980).

denominaba a las tiras de larga duración en la programación de los fines de semana. *Sábados circulares* fue quizás el paradigma de ese tipo de envío televisivo, conducido por el locutor José *Pipo* Mancera, que acaparaba la atención de enormes audiencias que quedaban pegadas a las pantallas durante horas. La transmisión en vivo del casamiento de Ramón *Palito* Ortega y Evangelina Salazar en febrero de 1967, dos de las máximas estrellas de la música y el cine de aquella época, tocó el máximo *rating* del que se tenga conocimiento, con un encendido del ochenta por ciento de las pantallas existentes. Este fenómeno fue lo que contribuyó a definir a la televisión como el *vínculo social* preeminente de las sociedades modernas, categoría con la que el sociólogo Dominique Wolton definió el lenguaje *televisivo* en su obra *Elogio del gran público* (1992). La toma directa, el registro de eventos en simultáneo y la espectacularidad de una crónica de lo cotidiano cimentaron el lugar definitivo de la televisión como ese nuevo tótem de las sociedades occidentales. La crítica erudita inmediatamente vio en ese vínculo tan estrecho, en la popularización de las antenas en favelas y villas de emergencia, como en las pasiones que despertaban teleteatros lacrimógenos o partidos de fútbol, un fenómeno de alienación, de degradación del gusto y la cultura.

Resultaba paradójico, las sociedades latinoamericanas se modernizaban, la cultura de masas se extendía, la televisión inducía al consumismo, pero a la vez se incorporaban hábitos de autonomía, de sociabilidad y formas de sentir y pensar, que iban a acompañar a unos sectores populares que se politizaban. Estas contradicciones fueron

vistas por una crítica que comenzó a indagar el fenómeno desde otra matriz. La sociología que había impulsado Gino Germani daba sus primeros frutos en las investigaciones sobre consumo y televisión en la obra de Heriberto Muraro, Eliseo Verón, Aníbal Ford. Acaso la publicidad de electrodomésticos, con sus discursos sobre las mejoras en las tareas del hogar que liberaban a la mujer de aquella pesada carga, reflejó, implícitamente, un proceso de independencia de la mujer y una solapada crítica al machismo latinoamericano. Muraro realizó, en *Invasión cultural, economía y comunicación* (1987), las primeras observaciones sobre este lugar de mediación que empezaba a operar en el discurso televisivo, restándole la tendencia manipulatoria que la visión marxista exacerbaba. Así, para uno de los primeros sociólogos dedicados a estudiar este fenómeno comunicacional, la televisión fue una aliada de los sectores populares que aprendieron, a través de la pequeña pantalla, formas de *socialidad* urbana que les sirvió para manejarse en la gran ciudad. Claramente, estos eran los nuevos pobres que migraron ahora del interior y los países limítrofes a las grandes ciudades como Buenos Aires, conformando las poblaciones o villas miseria del conurbano.

Este panorama de crecimiento del consumo, tanto material como cultural, no estaría completo sin los datos que muestran la progresión de la inclusión educativa que produce el peronismo en el poder. Según datos oficiales de la época, el número de alumnos de las escuelas primarias entre 1946 y 1952 había crecido un 20 %, pasando de 1 267 459 alumnos a 1 512 184. En el mismo período se

construyeron mil escuelas y más de seis mil secciones. Del mismo modo, durante el gobierno peronista creció significativamente la matrícula universitaria, que casi fue duplicada en cinco años, entre 1945 y 1950.

Corolario

La cultura de masas nació como un oxímoron. Para algunos, el doloroso esfuerzo de crear una cultura no podía convertirse en un pasatiempo y una expectación serializada, consumida como se compran papas fritas o latas de tomate. Pero fue tan poderosa su irrupción y tan rápida que estas consideraciones quedaron descartadas. Los cómics, el cine, la radio, la televisión, todos los objetos de la crítica quedaban obsoletos antes de que la crítica pudiera conocerse y nada, ni lo más complejo y rupturista, quedaba lejos de sus costas, que avanzaban como una marea tragándose todo. Había en el fondo un frenesí, una ansiedad, una vorágine, que inventaba técnicas, productos, estilos, consumos, negocios, mutando en forma permanente. La experimentación o las vanguardias se sucedían, los artistas se confabulaban con los técnicos, con los hombres y mujeres de negocios; y las masas seguían masificándolo todo. Fue una cultura que nació en un desierto, en un país nuevo sin pasado, que se apropió de todas las memorias, de todos los mitos y leyendas, como si fueran propios. Y esa ambición demiúrgica fue captada también por otras culturas que mutaron con ella. Periferias, imperios, tradiciones, herencias largamente amasadas, se volvieron el escenario de sus mercancías, en sus vitrinas, en sus pasajes, en sus teatros, paisajes estrambóticos y luminosos; monstruos, fantasmas, artistas de circo, bailarinas, psicópatas,

mafias, bandoleros, atletas, conquistadores, heroínas, vagabundos, príncipes y reinas, todos fueron protagonistas del imaginario de una cultura de conquistas; el viaje al centro de la Tierra, a la Luna, las travesías de los océanos o de las inmensas arenas, fueron motivo de sus épicas; si las viejas culturas miraban al cielo, a lo alto, la nueva cultura era terrenal, detectivesca, documental, antropológica. Pero, paradójicamente, esta nueva cultura, la de masas, que en principio tendió a la unificación, al consumo del *mainstream*, a producir infinitas versiones de la misma historia, de la misma prenda de ropa o del último grito de la música, mutó también; dejó de ser lo mismo para lo mismo, buscó distinguirse, buscó su marca, su estilo, rompiendo una y otra vez con la imposición de las costumbres. Evidentemente el bicho de la modernidad estaba también en su interior. Y todas las sociedades, las que eran atropelladas por su vorágine, sus ritmos, sus colores, sus paisajes, sus rostros, se adaptaron localmente. Buscaron no ser la copia, sino la adaptación, la emergencia también de la propia identidad. Hegemonía cultural, resistencias críticas, identidades mestizas, la producción cultural de las periferias se pareció a la de las metrópolis, pero, a su vez, las metrópolis sufrieron la influencia de sus periferias; migrantes, transterritoriales, relocalizaciones, lo popular masivo globalizado fue el final de un proceso que comenzó también como una chispa, con el relato de un primer viaje en globo, en los primeros compases que se escucharon en un transistor y la música hizo que moviéramos los pies sin querer, o con ese rostro inmenso atrapándonos en la pantalla, cuando la luz se apagaba y esas

fosforescentes y diminutas volutas blancas flotaban en el aire. Porque, como señaló Benjamin, “el que ignore la fotografía [acá podríamos ampliar el concepto a todas las imágenes, cualquiera sea el soporte] será el analfabeto del futuro” (1982: 87).

Tercera parte

Tecnicidades: de las culturas a la biopolítica (1970-2020)

Capítulo IX

Globalización económica y mundialización cultural

La primera conexión a Internet en América Latina se hace en febrero de 1989 en México; luego siguieron Chile en abril de 1990, Brasil en junio de ese año y Argentina en octubre (Robles Garay, 1999).[34] En el mismo año de la primera conexión, Francis Fukuyama publicó el artículo “¿El fin de la historia?”, en la revista de relaciones internacionales *The National Interest*, iniciando así un largo debate sobre el sentido de toda una época y augurando el advenimiento de una nueva era dominada por la paz y el progreso.

Si bien gran parte de sus predicciones estuvieron lejos de cumplirse (la guerra del Golfo comenzaría el año siguiente, por dar un ejemplo), lo cierto es que su tesis marcó a fuego la década del noventa. Es también cierto que esos cantos de feroz optimismo estaban encadenados a una serie de procesos que se venían gestando desde larga data; en particular, la caída de la experiencia socialista del otro lado del Muro, como la reunificación alemana luego de cuatro décadas de separación, el fin de la Guerra Fría y la universalización del capitalismo.

Es importante señalar aquí, como expone Fernando Escalante Gonzalbo en *Historia mínima del neoliberalismo* (2015), que aquello que se viviera tan dramáticamente del otro lado de la *cortina de hierro* había dado sus primeros pasos tiempo atrás. Específicamente, a mediados de la década del setenta, con la famosa crisis del petróleo,[35] pero también con el desarrollo lento e indefectible de una transformación profunda en los modos de producción y en la organización del trabajo.

El primer teórico que hizo observaciones pertinentes sobre este proceso fue Alain Touraine, quien, en *La sociedad posindustrial* (1969), trató de explicar lo que había en el fondo, *larvando* como una libélula, antes del estallido de la sociedad francesa en Mayo del 68. Por supuesto, había unas expectativas manifiestas de cambios culturales e institucionales a las que la rígida respuesta de las tradiciones francesas no hizo más que exasperar, pero debajo de esa trama de superficie se encontraban en movimiento, deslizándose como fallas geológicas, nuevas formas de producción y trabajo que las jóvenes generaciones intuían. Quien vio también esos movimientos del otro lado del Atlántico fue el politólogo Daniel Bell, que, en *El advenimiento de la sociedad posindustrial* (1994), señalaba lo que se estaba incubando bajo la superficie de las protestas y los movimientos estudiantiles. Uno de esos movimientos soterrados aludía al pasaje de una industria pesada

35 La denominada *crisis del petróleo* tuvo lugar en 1973 cuando las naciones de la Organización de Países Exportadores de Petroleo (OPEP) decidieron elevar el precio del combustible de manera unilateral, provocando un proceso inflacionario y desencadenando una crisis de productividad en los países desarrollados que dependían de su comercialización.

a la de los servicios, y de los trabajadores de mameluco a los de cuello blanco.

Bell ya había atisbado los nuevos rumbos de la sociedad norteamericana en el ensayo anterior: *El fin de las ideologías.* Ahora, las estructuras tradicionales del sistema americano de producción, nos referimos al fordismo, columna vertebral de su desarrollo, comenzaban a conmoverse. Cinco factores eran determinantes en este proceso: el primero, el paso de una economía productora de mercancías a una economía productora de servicios; el segundo, la preminencia de clases profesionales y técnicas en el mercado de trabajo; en tercer lugar, el surgimiento de una nueva axiología tendiente a los aspectos teóricos y culturales de lo social; cuarto, la centralidad de lo tecnológico y el control de sus derivados; y, por último, la aparición de una élite intelectual ahora a cargo de la toma de decisiones. Para Touraine (1969) eso ya tenía un nombre: la sociedad tecnocrática o programada.

Pero tanto las teorizaciones de Touraine como de Bell no tendrían visos de convertirse en una realidad política hasta que ese andamiaje intelectual madurara un lustro después. Esa fue la misión que asumieron Margaret Thatcher y Ronald Reagan, los padres políticos del denominado *neoliberalismo*. Imbuidos de las recomendaciones economicistas de Milton Friedman, ambos actores, con el respaldo monolítico de sus partidos políticos y un fuerte consenso social, se dedicaron durante toda la década del ochenta a demoler el complejo edificio estatal y regulatorio que había armado

el estado de bienestar desde la posguerra. La que representó, en parte, la posición más dura fue sin duda Thatcher, la Dama de Hierro, que asume como primera ministra en mayo de 1979. Desde ese momento impone un programa liberal clásico: reducción de impuestos, baja del gasto público, suspensión de regulaciones, privatizaciones. Como bien señala Selina Todd:

> En 1979 el pacto que se había firmado durante la Segunda Guerra Mundial entre el pueblo y sus políticos –trabajo duro a cambio de un salario para vivir y unas prestaciones sociales como red de seguridad– llegó a su fin. El desempleo aumentó mientras se recortaban los subsidios. Antaño vistos como pilares esenciales de una sociedad civilizada, el bienestar y el pleno empleo ahora eran denunciados por Margaret Thatcher como obstáculos para el crecimiento económico. (2018: 538)

Como se dice habitualmente: más mercado, menos Estado. Después de un ciclo inflacionario desgastante para la sociedad británica, Thatcher impuso draconianamente un proceso de privatizaciones de empresas públicas, que la enfrentaron seriamente con los sindicatos. La pelea más dura la tuvo con el sector minero. Una larga huelga durante el año 1984 se convirtió en el catalizador

para la reformulación de la actividad, con la consiguiente derrota del sector sindical. Esta batalla, si bien dramática, tuvo en realidad un componente simbólico tan fuerte como el económico. El motivo de la inflexibilidad de Thatcher, confesada por ella misma tiempo después, se vinculaba con una batalla cultural. La frase que lo expresó muy bien fue: "¿La sociedad?, no existe tal cosa". En este sentido, surgía, desde la isla europea, el primer mensaje fuerte en la consolidación de un proyecto político individualista, de nuevo tipo, que, inspirado en las viejas banderas del liberalismo, parecía ahora encarnar los vientos de una nueva época de transformaciones. No tendríamos que esperar mucho tiempo para que esta batalla se convirtiera en un programa. Lo fue: se llamó el Consenso de Washington.

El Consenso de Washington y el paradigma neoliberal en América Latina

Como señalamos ya, *el fin de la historia* no resultó tan pacífico; el 17 de enero del año 1991 George Bush lanza la Tormenta del Desierto, el despliegue militar más grande de las guerras contemporáneas, en el que intervinieron más de 34 países, con el aval de las Naciones Unidas, para reprimir la anexión de Kuwait por parte de Irak, producida unos meses antes por el dictador Sadam Huseín. Fue también el lanzamiento internacional de la primera cadena de televisión de noticias globales, la CNN, propiedad del magnate Ted Turner. Como

señaló Jean Baudrillard en su provocador texto “La guerra del Golfo no existió”, publicado en *Libération* en enero de 1991,[36] la transmisión televisiva de la guerra fue tan o más importante que la guerra misma.

Comenzaba así un largo debate intelectual sobre las consecuencias de una sociedad sobremediatizada en el que las grandes gestas políticas, los largos procesos sociales y los relatos que los acompañaran quedaban descartados por una cultura del instante, fragmentaria y virtual. Pocos años antes, Jean-François Lyotard denominó a este espíritu de época como “la condición posmoderna” (1990). Esta nueva forma cultural tuvo especial atención sobre los fenómenos técnicos de la virtualidad y el simulacro del mundo digital. Román Gubern, Pierre Lévy, el mismo Baudrillard, teorizaron sobre esta falta de espesor histórico que implicaban las simulaciones en los videojuegos como *SimCity*, una suerte de *no lugares* que impulsaban los fetiches tecnológicos que calaban profundamente en el imaginario cultural. A este proceso ayudó mucho la renovación artística del cine de ciencia ficción. *Blade Runner*, *Alien*, *The Terminator*, o la recuperación de novelistas como Philip Dick, Stanislaw Lem o Brian Aldiss, son parte de un proceso en el que la problemática sobre la alteridad entre humanos y máquinas cobra una particular significación. La aparición de replicantes, *cyborgs*[37] o criaturas que mutaban absorbiendo la

---

36 También publicado ese mismo año por editorial Anagrama como *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*.

37 En 1985, la filósofa Donna Haraway publica *El manifiesto cyborg*, que da forma ensayística a este proceso de mutaciones culturales. Las máquinas están ahí y ya son parte de nosotros.

genética humana, como en la *remake* de *La cosa* de John Carpenter, le dio al semiólogo italiano Omar Calabrese (1999) la pista de que entrábamos en una nueva era: la llamó "la era neobarroca". Al igual que en la confusa salida de la Edad Media, en la que el arte barroco de los siglos XVI y XVII expresó la angustia, la desorientación y la ambigüedad de una época, la salida de la modernidad racionalista, el fin de las utopías y la impresión de que entrábamos a un mundo apocalíptico fue una de las expresiones centrales del cine y el arte de los años noventa.

En forma paralela, la economía seguía su curso despedazando los proteccionismos, las barreras comerciales, los mercados internos de países centrales y periferias. Si la guerra del Golfo da comienzo al proceso de globalización, el nacimiento del primer conglomerado mundial de noticias que cubre el conflicto desde el mismo lugar de los hechos transmitiendo en vivo, durante las veinticuatro horas del día, inaugura una nueva forma de concebir la temporalidad informativa, en la que el continuo de los husos horarios rompe la segmentación de las barreras nacionales, dando, así, un paso más en la conformación de esta experiencia nueva: vivimos en un solo mundo. Octavio Ianni, uno de los más importantes sociólogos brasileños, lo observó con claridad: "Todo se globaliza y virtualiza, como si las cosas, las gentes y las ideas se transfiguraran por la magia de la electrónica. La ola modernizante no se detiene nunca, y se difunde por los más remotos y recónditos rincones y entresijos de los modos de vida y trabajo,

de las relaciones sociales, de las objetividades, las subjetividades, imaginarios y afectividades" (1996: 77).

En ese contexto de nuevo internacionalismo, con la caída de las concepciones bipolares que habían dominado la política internacional durante toda la Guerra Fría, los Estados Unidos se prepararon para otro período de readecuación de relaciones internacionales. Si el Consenso de Washington fue el programa económico, la CNN era el proyecto cultural.

¿Qué piensa el *establishment* norteamericano sobre el Cono Sur? Esa era la pregunta del millón en el contexto de ese giro copernicano que se gestaba desde el corazón mismo de los países centrales. Contra lo que se supone que implica la palabra *consenso*, ese programa fue la receta que impusieron los Estados Unidos en América Latina durante esa década. Con la ayuda del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), este programa económico que incluye ajustes fiscales, privatizaciones, desregulaciones, apertura de fronteras, entre otras medidas, convierte a la región en un botín de guerra. Pero no hay que atribuirle esa responsabilidad solo a los organismos internacionales; también es cierto que las élites latinoamericanas aceptaron gustosas la medicina. Carlos Menem en la Argentina, Fernando Collor de Mello en Brasil y Carlos Salinas de Gortari en México fueron los paladines de esta reconfiguración de relaciones. En el caso mexicano, el giro político se produce en el marco de un acuerdo internacional, fundamental para la región en el período: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus

siglas en inglés), firmado en marzo de 1992 por México, Canadá y Estados Unidos. Acuerdo comercial que incluye a México en una política de intercambios bilaterales después de décadas de conflictos y diferencias entre la nación latinoamericana y su coloso vecino. No hay que olvidar que quien firma ese acuerdo es Salinas de Gortari, integrante del Partido Revolucionario Institucional, que había nacido setenta años atrás con la Revolución zapatista. El otro caso, el argentino, se ubica también en un giro ideológico. Menem gana las elecciones prometiendo la revolución productiva y el salariazo, y dando un giro de ciento ochenta grados entrega el manejo de la economía a las grandes corporaciones agroexportadoras; en representación de ese sector, enemigo histórico del peronismo, un primer ejecutivo del grupo Bunge & Born, Néstor Rapanelli, asume en el Ministerio de Economía. La reconversión neoliberal de los dos partidos nacionalistas y estadocéntricos paradigmáticos de América Latina marca el tono de la época. En estos compromisos asumidos, en el caso argentino se produce el desguace del Estado más formidable del que se tenga memoria. Entre 1991 y 1993, se privatizan las grandes empresas del Estado, en especial las del área de las telecomunicaciones. Los canales de televisión y la telefonía son el eje más recordado de este proceso; pero también las empresas de agua, de gas, las siderúrgicas, así como los servicios de trenes y las

rutas. El menemismo, como antes lo había hecho Thatcher, fue, más que un programa económico, una mutación ideológica.[38]

En ese marco se construyeron en los diferentes países de la región los primeros oligopolios mediáticos. En Argentina, el más importante fue, sin dudas, el Grupo Clarín. A mitad de la década del noventa este grupo controlaba: un operador audiovisual (Artear), una imprenta (Artes Gráficas Rioplatenses), una empresa de servicios telemáticos (Audiotel), un canal de televisión abierta (Canal 13), un diario de tirada nacional (*Clarín*) y varios regionales (*La Voz*, *Los Andes*, entre otros), una empresa de telefonía móvil (CTI Móvil), un servicio de comunicaciones e Internet (DataMarkets), un operador de televisión satelital (DirecTV), tres radios (FM 100, Cadena Top 40, Radio Mitre), una empresa de servicio de televisión por cable (Multicanal), una productora de cine (Patagonik Film Group), una productora de contenidos televisivos (Pol-ka), una señal de televisión codificada (TSC) y tres señales de cable (TN –de noticias–, TyC Sports –de deportes– y Volver –de programas enlatados las veinticuatro horas–).[39] El caso específico de las transmisiones deportivas fue un elemento clave en el avance de la concentración mediática. El fútbol era el gancho para extender la conexión al servicio pago de televisión de un sinnúmero de cableoperadores regionales y locales. Como

38 El abrazo entre el líder menemista y el almirante Isaac Rojas pretendía reconciliar décadas de cruentos enfrentamientos.

39 De los innumerables estudios sobre la concentración mediática en los años noventa se destaca *Medios, política y poder. La conformación de los multimedios en la Argentina de los 90*, de Marcelo Belinche (editor), publicado en 2004 por Ediciones de Periodismo y Comunicación.

consecuencia, en menos de un lustro, más de la mitad de la población accedía a la televisión a través de ese medio, ejerciendo así un control inédito sobre el consumo cultural en Argentina. Procesos similares se vivieron en Brasil con el Grupo Globo y en México con Televisa (Priess & Meyer, 1996).

Estudios culturales latinoamericanos: entre Frankfurt y Chiapas

Por supuesto que la consecuencia de este proceso de concentración mediática no fue recibida con aplausos dentro del campo de los estudios de comunicación. Pero se presentaba una paradoja: si las críticas a la industria cultural que habían definido los inicios de los estudios mediológicos en la región se concentraron en denunciar el imperialismo norteamericano, representado por las historietas de Walt Disney, ¿cómo interpretar ahora a estos gigantes latinoamericanos que hablaban nuestro idioma y representaban nuestra cultura?

La respuesta no era sencilla cuando, a la vez, el propio campo académico que se estaba constituyendo tenía también que responder a las demandas del mercado profesional de las comunicaciones como a las tensiones ideológico-políticas. A esto habría que sumarle la reconfiguración de las ciencias sociales donde intentaba hacer

pie como disciplina científica.[40] Es imposible pensar los estudios de comunicación en América Latina de los noventa sin considerar estas tensiones. ¿Qué tipo de comunicación deben estudiar los comunicadores? ¿Qué tipo de formación necesitan? ¿Hay una ciencia de los medios y los procesos comunicacionales? Lo masivo, lo interpersonal, las nuevas tecnologías, el periodismo, ¿puede ser todo estudiado por la misma disciplina? Quizás el que mejor comprendió esto, con todas sus problematizaciones, fue el investigador iberoamericano Jesús Martín-Barbero, que se impuso de una manera clave en toda la región a partir de sus reconceptualizaciones del campo. La comunicación no es solo un problema de medios, dijo Martín-Barbero (1987). Así definía el espesor de la nueva cartografía comunicacional, tomando distancia del excesivo ideologismo de los críticos de los años setenta, así como del mediocentrismo de los que solo aplaudían el proceso tecnológico.[41]

Un pequeño apartado en este proceso merece el desarrollo institucional de las carreras de comunicación y periodismo en la región. Históricamente constituidas bajo el impulso original de la Iglesia católica, a mediados de los años sesenta, bajo el influjo del Concilio Vaticano II, que había otorgado a los medios de

---

40 Para conocer con más detalles la historia de la formación de los comunicadores en América Latina, ver los trabajos de Raúl Fuentes Navarro, en especial el titulado *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina* (1991).

41 Si bien algunos autores han reinterpretado esta distancia crítica de Martín-Barbero a partir de la publicación de su tesis doctoral, *La palabra y la acción* (editada por la Universidad Nacional de Quilmes en 2018), lo cierto es que este viraje se hace explícito en textos claves como *De los medios a las mediaciones* (1987) o *Procesos de comunicación y matrices de cultura* (1988).

comunicación una función clave,[42] la mayor parte de las carreras se desenvolvían en instituciones privadas de la Iglesia. Con la excepción argentina y mexicana, donde el peso de las universidades públicas era determinante, el campo de la comunicación se fortaleció luego de los años setenta, con la constitución de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) y la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC). En este proceso fue vital el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer y su programa de comunicación y política, coordinado en el continente por Frank Priess.[43] Aunque esta historia está por hacerse (Sanguinetti,

---

42 En diciembre de 1963 el papa Pablo VI publica el decreto Inter Mirifica, en el que la Iglesia católica sienta su posición a favor del desarrollo de los medios de comunicación, alentando a sus feligreses a comprometerse y formarse en el manejo de estas nuevas herramientas.

43 El programa Medios de Comunicación y Democracia, dedicado a la formación de los comunicadores y periodistas de la Fundación Konrad Adenauer, tiene comienzo a principios de la década del ochenta y se articuló con la Fundación Andrés Bello. Priess toma la dirección del mismo en 1987. El objetivo central del programa era la formación de periodistas en la conciencia de que los medios de comunicación eran claves en la consolidación de los procesos democráticos en curso en la región. En ese sentido, la fundación estableció acuerdos con la FELAFACS y dio impulso a la revista *Diálogos de la Comunicación*, que de algún modo competía con la revista *Chasqui*, impulsada por la Fundación Ebert en el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL). Así la fundación buscó articularse con "multiplicadores" de la formación de periodistas, como Joaquín Sánchez (por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá), primer presidente de la Federación, y Walter Neyra (por la Universidad de Lima), como secretario ejecutivo. En ese contexto, fue clave la participación, tanto en la revista como en los encuentros, seminarios y congresos, de investigadores y representantes de las asociaciones nacionales de comunicación social. Los nombres más reconocidos, además de algunos de los ya mencionados como Martín-Barbero, fueron: Raúl Fuentes Navarro, Guillermo Orozco Gómez y Rossana Reguillo, por México; Néstor García Canclini, Alicia Entel, Aníbal Ford, Washington Uranga, María Cristina Mata, Héctor Schmucler y Jorge Luis Bernetti, por Argentina; Gabriel Kaplún, por Uruguay; y Renato Ortiz, Muniz Sodré y José Marques de Melo, por Brasil. Sin pensar que abarca la totalidad de la experiencia latinoamericana, en la que se cruza una multiplicidad de historias personales, políticas e institucionales, el aporte de la fundación fue vital para construir una red internacional

2001), hay referentes fundamentales que ya han dejado mojones imprescindibles. Y me refiero en especial a los trabajos de importantes investigadores, como José Marques de Melo en Brasil, Raúl Fuentes Navarro en México o Gabriel Kaplún en Uruguay.

Ahora bien, para comprender mejor las posiciones que Martín-Barbero trajo a la comunicología latinoamericana hay que hacer un poco de historia, en especial la historia de una disciplina naciente, que venía cruzada por tradiciones diversas. Tal como la reconstruyó Jorge Rivera en *La investigación en comunicación social en la Argentina* (1987), por un lado estaban los que provenían de la literatura (el propio Rivera, Aníbal Ford, Eduardo Romano, Beatriz Sarlo); luego, los que hacían sus primeros pasos desde la sociología (Heriberto Muraro, Alcira Argumedo, Oscar Landi); después, los que venían del estructuralismo (Oscar Masotta, Eliseo Verón); y, por supuesto, todos estaban atravesados por la militancia política, por lo que en este aspecto son referentes también, aunque más vinculados con la producción cinematográfica, los que integraron el grupo Cine Liberación (Octavio Getino, Fernando *Pino* Solanas, Gerardo Vallejo). Es sobre ese terreno complejo que la intervención barbereana cobra sentido, fundamentalmente cuando a principios de la década del ochenta el mediocentrismo pierde terreno en favor de unos estudios de comunicación que buscan en “las plazas, en los cementerios” otra

---

que tuvo también referentes fuera del continente, pero que siempre se sintieron parte de este proceso, como el belga Armand Mattelart, la francesa Michèle Mattelart, el español Miquel de Moragas o el norteamericano Herbert Schiller (entrevista del autor a Frank Priess, junio de 2020).

comunicación (Martín-Barbero, citado en Bolaño, Crovi Druetta & Cimadevilla, 2015)[44]. Porque, de algún modo, el debate sobre la problemática de la comunicación hasta finales de los años setenta había estado transitando sobre dos andariveles, que, por supuesto, se cruzaban en muchas ocasiones y en otras divergían en forma de caminos paralelos.

El primero lo habían conformado las investigaciones y producciones ligadas directamente con los procesos de liberación nacional y las formas de lucha política de los setenta que reflejaban la obra de Armand Mattelart y Ariel Dorfman, *Para leer al Pato Donald* (1971), en el caso chileno, y la de Heriberto Muraro, *Neocapitalismo y comunicación de masa (*1974), en Argentina. Muraro había publicado en 1973 un trabajo fundamental en la revista *Crisis* –fuertemente imbricada con la renovación del periodismo cultural y los debates político-ideológicos del período–, titulado "La manija. ¿Quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina?". Ese informe daba sustento a una de las medidas más fuertes en el terreno de las comunicaciones del Gobierno peronista triunfante en las elecciones nacionales de ese mismo año: la estatización de los canales de televisión, que habían sido, hasta principios de esa década, pilares de la formación de una cultura de masas de la mano de un exiliado cubano, Goar Mestre. Aquí es clave mencionar la gravitación que tuvo, en el vínculo entre ambos países y proyectos –nos referimos a la

44 Entrevista realizada por William Fernando Torres a Jesús Martín-Barbero, publicada en las memorias de ALAIC, tituladas *La contribución de América Latina al campo de la comunicación* (2015).

experiencia chilena del socialismo por la vía pacífica que representó Salvador Allende y a la vuelta de Perón a la Argentina y la victoria del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli) en el año 1973–, la figura de Héctor Schmucler (1931-2018). Semiólogo, ensayista, crítico de la cultura, este cordobés egresado de Letras y con estudios de posgrado en la *École* Pratique des Hautes *É*tudes con Roland Barthes, fue un nexo insoslayable. Miembro activo de la revista *Pasado y Presente* en su Córdoba natal, fundador de la revista *Comunicación y cultura* en Santiago de Chile junto a Mattelart y Hugo Assman, firma el prólogo de *Para leer al Pato Donald*. En ese texto fundacional, Schmucler (1971) rescata de la obra una frase definitoria: "Mientras su cara risueña deambule inocentemente por las calles de nuestro país, mientras el Pato Donald sea poder y representación colectiva, el imperialismo y la burguesía podrán dormir tranquilos". Su influencia perduró en el campo de los estudios de comunicación a partir de trabajos fundamentales como *América Latina en la encrucijada telemática* de 1983 o *Memorias de la comunicación* (1997).

La otra perspectiva la había constituido un hecho político internacional: el "Informe MacBride". En 1980, en el marco de la lucha por el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, producto de la larga e intensa gesta de los países del tercer mundo luego del proceso de descolonización por el reconocimiento a su soberanía informativa, se publicaba *Un solo mundo, voces múltiples*. El "Informe MacBride", de la Comisión Internacional de Comunicación de la Unesco, presidida por el Premio Nobel de la Paz y Premio

Lenin, Seán MacBride, llegaba al final con una serie de propuestas destinadas a "la eliminación de los desequilibrios informativos" y, aunque seguía defendiendo los conceptos tradicionales sobre libertad de expresión, el informe era un claro reconocimiento a la larga la batalla de los países del tercer mundo por un orden mundial de la información y las comunicaciones. Así, el concepto del *free flow of information* que sostenían los países centrales (Estados Unidos o Gran Bretaña) quedaba en un segundo plano. Entre esas consideraciones se encontraba la propuesta de crear un programa internacional de comunicaciones, cuyo objetivo era asistir a los países emergentes en el desarrollo de sus propias políticas nacionales de comunicación (MacBride, 1993 [1980]).[45]

Sin embargo, el informe llegaba tarde. El cambio geopolítico internacional hizo que aquel discurso bien pensante cayera en saco roto. Eran ya los ochenta y Estados Unidos y Gran Bretaña, como también otros países de Europa, estaban enfrascados en otra guerra. La primera reacción de los Estados Unidos fue dejar de asistir económicamente a la Unesco. Y, por otro lado, impulsar un renovado esfuerzo para enfrentar al adversario externo: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Alcira Argumedo describió muy bien en un texto fundamental de este período de transición, *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder trasnacional y comunicaciones*

---

45 Javier Esteinou publicó, en ocasión del cumplimiento de los 25 años del "Informe MacBride", un resumen pormenorizado del mismo en la edición 39 de la revista electrónica *Razón y Palabra*, titulado "El rescate del Informe MacBride y la construcción de un Nuevo Orden Mundial de la Información".

(1985), cuál era la estrategia del poder trasnacional. El desarrollo de una fuerte inversión en el componente científico-tecnológico (que tuvo su mayor expresión tecno-comunicacional en la denominada *guerra de las galaxias*[46]) marcó el punto final de un objetivo prioritario, "la recomposición de la hegemonía de los Estados Unidos y los países centrales europeos" (Argumedo, 2003), cuyo punto culminante fue la caída de la Unión Soviética al terminar los años ochenta.

Pero, si bien el contexto geopolítico había cambiado, también es cierto que dentro de las fuerzas políticas latinoamericanas comprometidas con los estudios culturales y mediáticos se evaluaban, de una manera nueva, tanto las metodologías como las definiciones estratégicas. El paisaje de la región no podía ser más aciago: en casi todos los países, salvo México y Venezuela, regían dictaduras militares, y la mayor parte de los cuadros intelectuales y dirigenciales de muchos de ellos habían desaparecido o vivían en el exilio –en particular esos dos países fueron vitales en la recepción de estos dirigentes (Bernetti & Giardinelli, 2003)–. En ese marco de diásporas hubo dos cuestiones claves en la autocrítica de intelectuales y movimientos políticos. Por un lado, la discusión sobre la lucha armada como única opción política y la revalorización de la democracia como horizonte posible de reivindicaciones y participación popular. Por otro lado,

46 La *guerra de las galaxias* es la denominación periodística de un programa lanzado por Ronald Reagan en 1983 con el nombre Iniciativa de Defensa Estratégica, que proponía la creación de un escudo de defensa antimisilístico ante el posible ataque nuclear soviético. Según la interpretación de muchos analistas, esta iniciativa que impulsó fuertemente el gasto militar norteamericano obligó al Gobierno soviético a hacer una inversión similar que llevó a la bancarrota a la delicada economía rusa. Pocos años después el régimen comunista se desmoronaba por los conflictos internos.

la renovada lectura de Antonio Gramsci. Si la primera cuestión venía fermentando hace tiempo en las cúpulas políticas ante el fracaso de las estrategias insurgentes que, salvo el caso cubano, se habían producido en todos los países latinoamericanos (la excepción nicaragüense de 1979 al poco tiempo sería vista más como un último coletazo de la década del setenta), el aporte de Gramsci se centraba en el concepto de *hegemonía* y en la importancia que este intelectual marxista le asignaba a las dimensiones culturales en la lucha política. Aquí fueron claves intelectuales como José Aricó, Juan Carlos Portantiero y, por supuesto, Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini.

Del mediocentrismo a las culturas: recepción y consumo

Las obras de Martín-Barbero y García Canclini hay que leerlas en relación porque son como dos grandes avenidas que viajan paralelas, con múltiples cruces, que invitan, cada una, a nuevas exploraciones. Como dice Rossana Reguillo, Martín-Barbero abrió el territorio de los estudios de comunicación a nuevos horizontes, rompiendo ciertas inercias que dominaban el campo sin cuestionamientos, sostenidas en sus propios guetos (Reguillo & Laverde Toscano, 1998). Con la publicación en 1987 de *De los medios a las mediaciones*, los estudios de recepción en América Latina adquieren ciudadanía (Saintout, 2001), con la que, “sin miedo a perder el objeto, los

estudios de comunicación se abren a los procesos", es decir, a las prácticas de recepción, los formatos populares de la telenovela o la música popular, pero también a los nuevos espacios como las plazas, las ferias, los mercados. Lo que Martín-Barbero (1987) llamó "los procesos de constitución de lo masivo".

Como lo rescatara Reguillo en la presentación del seminario que se propuso evaluar el impacto de la obra de Martín-Barbero diez años después de la edición de *De los medios a las mediaciones*, aquel texto había posibilitado pensar a las culturas populares "como otra forma de pensar lo existente" (Reguillo & Laverde Toscano, 1998). Pero para eso había que dejar atrás las seguridades de los dos paradigmas dominantes del pasado reciente y abrir ese *mapa nocturno*. Como señaló el propio Martín-Barbero:

> Un mapa para indagar la dominación, la producción y el trabajo, pero desde el otro lado, desde las brechas, el consumo y el placer. Un mapa no para la fuga, sino para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos. Para cambiar el lugar desde el que se formulan las preguntas, para asumir los márgenes no como tema, sino como enzima. Porque los tiempos no están para la síntesis y son muchas las zonas de la realidad cotidiana que están aún por explorar, y en cuya exploración no

> podemos avanzar sino a tientas, sin mapas o con solo un mapa nocturno. (1987: 229)

Por su parte, con García Canclini, a partir de *Culturas híbridas* (1990), nace una antropología de los consumos culturales en la que las mediaciones tecnológicas tienen un lugar central para reconfigurar el mapa de las nuevas territorialidades: las ciudades, los migrantes, las fronteras entre las culturas dominantes, de masas o populares. El centro de este texto era una nueva mirada sobre los procesos culturales latinoamericanos al calor de las transformaciones técnicas, mediáticas, económicas y políticas que se estaban desarrollando a partir de las integraciones multipolares como consecuencia de la caída de la Unión Soviética; la Unión Europea, el Mercado Común del Sur (Mercosur), el NAFTA, eran el horizonte sobre el cual había que leer su trabajo. En perspectiva, era inevitable pensar y trabajar interdisciplinariamente. García Canclini (1997) recordó que, llegado a México como parte del exilio argentino, el contexto mexicano lo había estimulado "a experimentar lo que podía ocurrir al poner en relación los saberes que la historia del arte y la estética filosófica habían reunido sobre lo culto, la antropología sobre lo popular y los estudios comunicacionales sobre las culturas masivas".[47]

Este cruce interdisciplinario gestó un lenguaje nuevo en los estudios de comunicación. Pero ese lenguaje no solo venía de la

---

47 Disertación de García Canclini al recibir el título doctor *honoris causa* de la Universidad Nacional de La Plata, publicada como "Historias latinoamericanas de los cambios de identidad" en su libro *Cultura y comunicación. Entre lo global y lo local* (1997).

academia. El reconocimiento de las múltiples temporalidades que constituían la matriz de la modernidad latinoamericana se vería dramáticamente reflejado en el levantamiento de Chiapas de 1994. Como si fuera un experimento de campo, el levantamiento zapatista, ese grito de los indígenas invisibilizados por siglos de descrédito, golpearía el corazón de México. Hay que ver *Roma*, la película de Alfonso Cuarón, para comprender mejor el texto de García Canclini hoy y encontrar ahí el sentido político de las motivaciones del autor. El reclamo por salud, trabajo, educación, vivienda, del ejército zapatista era poco menos que un reconocimiento a las observaciones de este argentino que se había convertido en antropólogo en México. Porque ellos no querían el poder, querían acceder a la modernidad.

Una modernidad que, en el marco de los procesos económicos en curso, en particular, el de la globalización, les era negada. Porque resultaba paradójico, en el discurso de los defensores a ultranza de esta nueva modernización, que lo que anunciaban como la panacea era el desmantelamiento de un estado de bienestar al que los sectores populares nunca habían accedido. Pero el aliento del nuevo ciclo histórico era imbatible y diferente de otros procesos de internacionalización económica. García Canclini lo reflejaría bien en su siguiente trabajo:

> Lo que diferencia la internacionalización de la globalización es que en el tiempo de internacionalización de las culturas nacionales se

> podía no estar contento con lo que se tenía y buscarlo en otra parte. Pero la mayoría de los mensajes y bienes que consumíamos se generaban en la propia sociedad y había aduanas estrictas, leyes de protección a lo que cada país producía. Ahora lo que se produce en todo el mundo está aquí y es difícil saber qué es lo propio. La internacionalización fue una apertura de las fronteras geográficas de cada sociedad para incorporar bienes materiales y simbólicos de las demás. La globalización supone una interacción funcional de actividades económicas y culturales dispersas, bienes y servicios generados por un sistema de muchos centros, en el que importa más la velocidad para recorrer el mundo que las posiciones geográficas desde las cuales se actúa. (1995: 16)

Así fue como, en *Culturas híbridas*, García Canclini (1990) problematiza las visiones de la comunicación que hasta entonces habían estado marcadas por la perspectiva de la invasión cultural. Todos los estudios de los años setenta hacían una lectura de los medios desde la idea del imperialismo cultural, en el cual la televisión, la prensa y la radio eran parte de la estrategia de un poder trasnacional dedicado a socavar las culturas nacionales a efectos de hacerlas parte de un engranaje de dominación y expoliación.

El trabajo de García Canclini nos devolvía otra imagen del espejo. ¿Acaso las culturas que pretendíamos defender no habían sido productos de otras invasiones, de otras conquistas? ¿Qué es nuestro en un mundo globalizado? La respuesta de García Canclini (1990) era realista: si vamos a globalizarnos inexorablemente, ¿cómo defender nuestros patrimonios culturales?, ¿cómo interactuar en el mundo global sin perder soberanía?, ¿de qué forma enfrentar a ese mercado mundial al parecer imbatible? García Canclini encuentra en las fronteras formas de resistencia. Observa que, incluso para globalizarnos, las grandes corporaciones tienen que reconocer a las culturas locales. Sin reconocimiento, no hay articulación hegemónica posible, decía Martín-Barbero (1987). Pero fundamentalmente observaba que, del lado de la dominación, tampoco todo era tan uniforme. Somos productos de múltiples cruces, negociaciones, invasiones, en una formación cultural heteróclita, *glocalizada*, mixta, híbrida. Esto abre posibilidades de transformación, de lecturas desviadas, de resistencias y de contrahegemonía. Casi treinta años después, en el contexto de la expansión del covid-19, Jeremy Rifkin (2020) parece estar pensando lo mismo: "La globalización se ha terminado, debemos pensar en términos de glocalización. Esta es la crisis de nuestra civilización, pero no podemos seguir pensando en la globalización como hasta ahora, se necesitan soluciones glocales para desarrollar las infraestructuras de energía, comunicaciones, transporte, logística".

“La batalla de Seattle”: de lo virtual a lo real

Entre el 29 de noviembre y el 3 de diciembre de 1999 se produce en Seattle, en el marco de la cumbre de la Organización Mundial de Comercio (OMC), una de las mayores manifestaciones contra la globalización, que quedará para la historia como “la batalla de Seattle”. Convocada principalmente por organizaciones sindicales, ambientalistas, partidos de izquierda, la contracumbre tenía por objeto impedir la última Ronda del Milenio que aquella organización supraestatal venía desarrollando en varios países del mundo con el fin de consolidar las definiciones ideológicas del libre comercio y del desmantelamiento de las políticas regulatorias y estatales del proteccionismo; en síntesis, era el auge del neoliberalismo que había comenzado en la década del ochenta. Este evento dio inicio a un intenso proceso de unificación de las fuerzas progresistas internacionales que dos años después se congregaron en Porto Alegre, dando inicio así al movimiento antiglobalización más importante de la historia, con la constitución del Foro Social Mundial, que tuvo una serie de encuentros internacionales en distintos puntos del globo. En aquel primero, realizado en Porto Alegre, se congregaron más de 12 000 delegados. El segundo, realizado también en aquella ciudad brasileña, tuvo una convocatoria aún mayor, con representaciones de más de 123 países y una asistencia multitudinaria que llegó a 60 000 personas. Los siguientes encuentros se realizaron en Porto Alegre

(2003), Bombay (2004), Porto Alegre (2005), Venezuela (2006), Nairobi (2007), Belém (2009) y Porto Alegre (2010).[48]

Durante toda la primera década del siglo XXI, el Foro Social Mundial fue una referencia ineludible dentro del proceso de recuperación de iniciativas y presencia política de los movimientos sociales: el ecologismo, el feminismo, los sin tierra, los movimientos urbanos de carácter anarquistas y las iglesias comprometidas con las causas populares sumaron una visibilidad que dio, a todo el proceso, una presencia inédita. A esto se sumaron las redes sociales, las nuevas formas de activismo digital, pero también la referencialidad de reconocidos intelectuales y militantes políticos, de una nueva izquierda, representada por figuras como Noam Chomsky, Ignacio Ramonet, Naomi Klein; este escenario fue el punto de clivaje de una resistencia al proceso globalizador que revitalizó a las izquierdas del mundo, dándoles a esas corrientes unos sujetos plurales que añoraban desde el declive de la clase obrera como actor excluyente de la protesta social. Por supuesto que el sentido de estos movimientos, analizados en las perspectivas del largo plazo, se corresponde con un proceso de revigorización que vino a potenciar el pensamiento de izquierda, que hasta los años noventa no encontraba cómo recuperar la capacidad de interpelar a la sociedad. Probablemente, como señala Perry Anderson en *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1979), el pensamiento de izquierda o crítico, hegemónico

48 "Foro Social Mundial" (2020, 9 de junio). En *Wikipedia*. Recuperado de https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Foro_Social_Mundial&oldid=126787373.

en la posguerra, produjo, paradójicamente, una ruptura con el sujeto fundamental de aquella revolución fracasada: la clase obrera. Está claro que gran parte de las perspectivas marxistas y críticas que se desarrollaron fuertemente luego del fracaso de la República de Weimar, como de la Segunda Guerra Mundial, y que se extendieron a lo largo de toda la década del setenta, se dedicaron más bien a una reflexión teórico-cultural por fuera de las estructuras partidarias o los movimientos políticos. El paradigma más conocido de este proceso fue la famosa Escuela de Frankfurt: en Adorno, Benjamin o el propio Horkheimer, la lucha política inmediata nunca estuvo más lejos de sus consideraciones teóricas; incluso la efervescencia del Mayo francés encontró a los filósofos alemanes en la vereda de enfrente. Sin embargo, a partir de finales del siglo XX, como sugiere Razmig Keucheyan en *Hemisferio izquierda* (2010), la mayor parte del pensamiento crítico comienza a retomar su vigor desde los márgenes del "sistema-mundo", en una nueva lectura de los sujetos políticos; un enfoque más vinculado a demandas universales, como el cambio climático, la lucha de las mujeres, la violencia machista y patriarcal, la diversidad sexual, la nueva economía de la información. Allí aparecen los poscolonialistas: Todorov, Said, Bhabha; los operaístas: Negri, Virno; los mediáticos: Hall, Williams; los ecologistas: Klein, Chomsky; los de la nueva economía: Rifkin, Piketty; los filósofos: Zizek, Laclau, Badiou.

Lejos habían quedado los debates sobre el avance de la virtualidad, de los espacios digitales como irrealidades solipsistas o

narcóticas. Lo virtual también era real y la nueva economía digital estaba fallando en su promesa distributiva. Como años más tarde demostraría Thomas Piketty en su trabajo *El capital en el siglo XXI* (2018), el último tercio del siglo XX había provocado una fortísima redistribución de la riqueza, otra vez, en manos del capital, llegando incluso a los mismos niveles de desigualdad de finales del siglo XIX. Así, el principio del nuevo siglo no anunciaba más que catástrofes y ante ese augurio pesimista se alzaban cada día más voces críticas.

Capítulo X

La revolución dentro de la revolución

El primer avión sorprendió a los transeúntes del Bajo Manhattan con su estruendo. En pocos minutos las pantallas de los portales de noticias de los principales diarios del mundo subieron la información. Todavía se veía el polvo flotando en el aire, el fuego en el edificio a mitad de la Torre Norte de 410 metros de altura, y había dudas sobre lo que había ocurrido. La versión de que había sido un avión todavía era inverosímil, pero nadie estaba esperando un atentado; en todo caso, un error de vuelo, técnico o humano. En Argentina eran las 8:45 a. m., por tanto, todas las pantallas de las oficinas estaban encendidas. Cerca de 1100 millones de personas pudieron acceder a esa información en directo, que era, por entonces, el 15% de la población mundial. Pero, a su vez, todas las cadenas de noticias pusieron imágenes del acontecimiento, así que la transmisión en vivo desde la CNN o la CBS recorría el mundo. Quince minutos después el segundo avión se estrelló con la segunda torre. Así arrancó para muchos el siglo XXI.

En los próximos diez años el mapa de las comunicaciones, tal como se lo conocía hasta entonces, iba a profundizar su tendencia hacia la conectividad, pasando de 500 millones de conexiones a 2500

millones en 2010. Sin embargo, el cambio sustancial no vendría por el lado de la extensión del alcance de la red y por los cada vez más numerosos URL que conectaban contenidos y páginas, sino por la revolución en la lógica de los usos. Hasta finales del siglo XX, la red seguía siendo un medio centralizado y millones –sí, millones– de usuarios dispersos o atomizados. Los contenidos eran producidos por instituciones, que podían ser medios gráficos, universidades, Estados, centros de investigación, o por personas, periodistas *free lance* en sus blogs; pero todavía la web era una suerte de vehículo. Internet era un canal más de exposición de contenidos. Esta fue la web 1.0. A finales de los noventa se produce la revolución dentro de la revolución.

El primero que teorizó esta reconversión fue el desarrollador Tim O'Reilly, que escribió en 2004 "¿Qué es la web 2.0?". Allí, O'Reilly observaba que la web de entonces todavía replicaba el viejo concepto unidireccional de la información clásica. Después de la crisis de las empresas puntocoms del 2001 que la caída de Napster representaba de una forma contradictoria (ciertamente había sido una de las empresas que mayor crecimiento entre 1997 y 2000, pero su caída devenía de un debate jurídico sobre los derechos de autor que aún tiene resonancias), O'Reilly se preguntaba qué tenían en común las empresas digitales que estaban sobreviviendo a la debacle. En ese *brainstorming* se construyó el *mapa meme* de la nueva web que ha quedado para la historia de Internet.

Ahí aparecían, por primera vez ordenados, algunos de los conceptos fundamentales. La idea de la web como una plataforma, el concepto de inteligencia colectiva, la opción por la arquitectura de participación, el acento en los aportes de los usuarios y un modelo de desarrollo que se despegaba de las actualizaciones periódicas. O'Reilly veía ya, en aquellos primeros años, que el negocio de la web estaba en lo que luego serían las aplicaciones.

El ejemplo más contundente entre el viejo modelo de la web y el que emergía con las nuevas *startups* era Wikipedia. Comparada con la enciclopedia británica *online*, el invento de Jimmy *Jimbo* Wales era radicalmente distinto. ¿Una enciclopedia colectiva creada en forma permanente por usuarios anónimos sobre los más diversos temas y corregida en tiempo real? Eso era realmente una revolución. Si la enciclopedia de Diderot y D'Alembert pretendía resumir todos los conocimientos de las mentes más brillantes del siglo XVIII, esta enciclopedia pretendía expandir todos los conocimientos de todas las mentes, sin jerarquizarlas, ni pretender que esa fuera la verdad definitiva. Como señaló Patricio Lorente (2019), vicepresidente de la Fundación Wikimedia, esa experiencia era una verdadera herejía. Si la primera seguía basada en el viejo concepto centralizado, la otra se abría a la infinita producción de los actores. Una quedó en la historia, la otra es hoy la fuente de información más utilizada en el mundo.

Wales, un tecnólogo y *entrepreneur*, admirador de la filosofía de Ayn Rand, empezó imaginando pedir los artículos a especialistas, pero después descubrió que lo mejor era que a través de las técnicas wiki

fueran los propios usuarios los que se convirtieran en corredactores, en productores de esos contenidos, sobre los más diversos temas, en todas las lenguas posibles, incesantemente. Una biblioteca viva, que se mueve, que crece. ¿No será acaso que, finalmente, se podía confundir el mapa con el territorio?

Del 2000 en adelante, en ese contexto, la web se transforma. En poco más de un lustro nacen la mayor parte de las *startups* que definirán el camino de la web: Wikipedia en 2002, Google y Facebook en 2004, YouTube en 2005, Twitter en 2008, la transformación de Amazon en 2009. Es la era de las redes sociales, que culmina con la tercera etapa de la web de 2010 en adelante: la web 3.0. La que se denomina *web semántica*. En la que la sociedad definitivamente se digitaliza. Facebook tiene hoy cerca de 2000 millones de usuarios, la conectividad alcanza a más de la mitad del globo, hay regiones donde la cantidad de celulares es equivalente al de las personas. Los hogares se convirtieron en espacios multipantallas, se digitalizan los espacios públicos, la movilidad digital se hace vida cotidiana, y la conectividad no tiene fronteras, ni nacionales, ni entre personas y cosas. Si la primera década del siglo XXI fue la de las redes y el crecimiento de la conectividad, la segunda década será la del consumo vía *streaming*. Si una apostaba a la integración, la siguiente apostará al tiempo. Si en una lo que se concentraba era el espacio, en la otra lo que se amplificó fue el tiempo de consumo. Movilidad, inteligencia colectiva y transmedialidad. Si con el cine fuimos espectadores; con la radio, oyentes; y con la televisión, audiencias, con los medios

digitales comenzamos a ser internautas, navegadores, prosumidores, comunidades virtuales. El problema es que ya no vamos hacia los medios; estamos atravesados por ellos, viven con nosotros. Son nuestro entorno. Nace así la ecología digital.

La brecha digital: de Ginebra a Túnez

Si en el ámbito de los desarrolladores y los empresarios de la nueva economía digital el clima de la década fue de euforia y experimentación, en el ámbito internacional el debate estuvo marcado por el concepto de *sociedad de la información*. Como nuevo concepto fetiche, la sociedad de la información fue un proyecto político (Becerra, 2003), que tuvo como marco los dos grandes encuentros mundiales convocados por las Naciones Unidas en Ginebra en 2003 y en Túnez en 2005. Ambos encuentros, denominados Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI), organizados por la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), estaban destinados a analizar el impacto de las nuevas tecnologías de la información en la sociedad. Como dice Guillermo Mastrini (2006), si bien los eventos tuvieron una amplia difusión a través de los países miembros de las Naciones Unidas, el debate nunca logró trascender a los directos interesados en los negocios de la comunicación y los especialistas académicos; ni siquiera las organizaciones de la sociedad civil que se interesaron por la temática, conscientes de que allí se

jugaba una parte de los procesos políticos democráticos del nuevo siglo, consiguieron el interés de los ciudadanos.[49]

Aunque su desarrollo técnico fue vertiginoso, las tecnologías que comenzaban a ser parte de la vida cotidiana de los países centrales tardaron en llegar a las periferias. Todavía en el año 2005 solo el 25% de la población en Argentina estaba conectada a Internet y gran parte de la población accedía a la web a través de locutorios o cibercafés. El comercio electrónico era escaso, solamente el 9% había comprado algún bien por ese medio, y todavía el volumen mayor de consumos era música o libros, aunque lentamente se extendía a indumentaria o productos electrónicos (Petrich, 2006: 44). La banda ancha era solo para medio millón de habitantes, aunque Argentina se posicionaba como el tercer mayor productor de contenidos en castellano de la red. El 86% de los usos estaban vinculados con el e-mail y un 69% con la búsqueda de información. Argentina hacía apenas tres años que había salido de una crisis económica compleja y llevaba unos pocos meses de vida el acuerdo que posibilitó resolver el problema de su deuda con los organismos internacionales y los bonistas. Era comprensible, entonces, que una cuestión todavía de algún modo abstracta como la *sociedad de la información* no tuviera alguna significación social.

---

49 Uno de los primeros documentos que realizaron un balance del proceso, muy cerca de los eventos en curso, fue el producido por Guillermo Mastrini y Bernadette Califano, *Sociedad de la información en la Argentina. Políticas públicas y participación social* (2006), que recoge gran parte de las ponencias de una serie de encuentros que se realizaron en Buenos Aires en 2005.

Por el contrario, para la mayor parte de los países centrales el debate sobre el impacto tecnológico en el campo económico y social venía de larga data. Si bien los primeros en acuñar el concepto de *sociedad de la información* fueron los japoneses (Sánchez-Torres, Sánchez Muñoz & González-Zabala, 2012), que, a mediados de la década del sesenta, ya habían definido que la nueva economía se movería al calor de los dispositivos informáticos (la primera mención de este concepto aparece en la obra del sociólogo japonés Yoneji Masuda, *Introducción a la sociedad de la información*, de 1968), el tema adquiere una relevancia indubitable a partir de dos instancias.

En primer término, la propuesta norteamericana, delegada por Bill Clinton en su vicepresidente, Al Gore, de impulsar un programa sobre la *autopista de la información*; allí se planteaban los cimientos de la *Global Informatión Infrastructure* de 1994. Y, por otro lado, el "Informe Bangemann" de la Comisión Europea para las Telecomunicaciones de la Unión Europea de 1995. Denominado *Europa y la sociedad global de la información*, este informe, que lleva el nombre de Martin Bangemann, vicepresidente de la comisión, elabora una serie de consideraciones para la toma de decisiones de la Unión Europea en el contexto de la fuerte competencia entre las economías de los países centrales. Dos años después, la misma Unión Europea presentaba el informe *Vivir y trabajar en la sociedad de la información*.

El contrapunto entre las dos cosmovisiones estaba planteado. Mientras la perspectiva estadounidense priorizaba las redes y la

economía, con un discurso de renovado *democratismo light*, la Unión Europea buscaba algún tipo de equilibrio entre la diversidad cultural que la determinaba como una unión supranacional y el respaldo a una economía que se transformaba, pero en el cual era visible su interés era preservar a sus empresas, pequeñas y medianas, de la competencia norteamericana. El detalle del "Informe Bangemann" sobre lo que Europa esperaba de sus creadores, de sus Gobiernos, de los ciudadanos, de las medianas y pequeñas empresas, de los operadores en telecomunicaciones, hacía explícita una opción sobre los equilibrios que tanto trabajo había costado a los europeos. El peligro siempre explícito era que el avance de la sociedad de la información profundizara las desigualdades. De ahí nació el concepto de *brecha digital* que el *Libro verde*, como se conoce al segundo informe de la Comunidad Europea, trató de representar. Si, a las diferencias socioeconómicas preexistentes, ahora se les sumaba el impacto de las nuevas tecnologías en una economía que les daría más potencia a los ya poderosos, nada hacía suponer que esas diferencias no fueran más profundas al cabo de un tiempo. El testimonio que Martín Becerra recogía de Ignacio Ramonet era contundente: "El resultado de la red es el crecimiento masivo de la desigualdad"; por su parte, el Informe sobre Desarrollo Humano de 2001 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) subraya que "la relación de ingreso entre el 20% más rico y el 20% más pobre aumentó de 34 a 1 en 1970 a una relación de 70 a 1 en 1997" (citados en Becerra, 2003: 72).

¿Cuáles fueron los saldos de los encuentros internacionales de Ginebra y Túnez? ¿Qué logros se desprendieron de esos eventos? Es difícil ponderar en pocas líneas las consecuencias de este tipo de eventos. A la distancia, no podría dejar de resaltarse que las brechas que entonces se señalaban críticamente aumentaron y se profundizaron, y que lejos estuvieron de cumplirse las promesas que se anunciaban, incluso las “precarias soluciones” (Califano, 2006) que se prometían en Túnez. Pero también es cierto que las políticas públicas no son responsabilidad directa de estos ámbitos. Es función de estos espacios, en realidad, la construcción de conceptos, la rendición o *accountability* de las políticas internacionales, el intercambio de ideas y experiencias. En ese caso, es importante señalar que en el marco de estas instancias científico-políticas surgieron y se consensuaron varias de las iniciativas sobre la sociedad de la información que luego tuvieron gravitación en muchos países. Quizás la más importante, por su trascendencia y envergadura, fue la iniciativa One Laptop Per Child (OLPC), de Nicholas Negroponte, director ejecutivo del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés), autor de *Being Digital*, que promovió la idea de que una forma de achicar la brecha digital implicaba empezar por los niños, por acercar el mundo digital a los menores a través de los sistemas educativos.

Como señalamos antes, la hipótesis se lanzó en el marco de las cumbres internacionales: a las brechas económicas, sociales o culturales había que sumarles la digital; *digital divide* se la llamó, y simultáneamente se consideró necesaria una estrategia para superarla. Eso fue OLPC, el programa inspirado por Negroponte. A su vez, Unesco promovía un nuevo concepto que se asociaba al de la brecha digital: la *brecha cognitiva*. Las transformaciones tecnológicas que conectan sociedades y hacen accesible un volumen de informaciones nunca antes visto no garantizan *per se* la apropiación del saber. En ese contexto, la brecha cognitiva comenzó a utilizarse como una categoría que superaba la anterior, considerada demasiado instrumental, para los ideales de sociedades democráticas: así nació el concepto de *sociedad del conocimiento*. Es cierto, los nuevos soportes facilitan el acceso, pero ¿garantizan los aprendizajes?

La propuesta de OLPC fue concebida como la asignación de una computadora personal para cada niño o niña en edad escolar que Negroponte negoció con las grandes compañías: era una computadora liviana, pequeña, barata (cien dólares era la promesa que Negroponte les sugirió a las grandes compañías), que debía distribuirse en todas las naciones en desarrollo o periféricas. La CMSI de Túnez (2005), que jalonó el camino de la sociedad digital, fue el escenario del anuncio. A pesar de que esta iniciativa suponía para algunos la continuidad del viejo espíritu colonialista, una gran

parte de los países periféricos comenzaron a ponerla en práctica. No solo porque sumar el de la información a los otros atrasos era doblemente peligroso, sino porque además en la transformación del sistema capitalista, como sugiere Scott Lash (2005), la información ha pasado del nivel superestructural al de la base económica.

Indudablemente la primera década del siglo XXI fue la del crecimiento de los entornos digitales. Lo demuestran el desarrollo de la conectividad con la banda ancha, el surgimiento de las redes sociales o la teoría de la red 2.0 que Tim O'Reilly predijo con el concepto de la *arquitectura de la participación*, en la que los usuarios son co-creadores de la red. Ya para 2010 Latinobarómetro informaba que la conectividad había alcanzado al 39% de la población de América Latina, habiendo partido del 19% en el año 2002. En algunos países como Chile, Argentina o Venezuela ese guarismo había superado el 50%.

En América Latina, a la implementación en el sistema escolar de "Una laptop por chico" se la conoció como "Modelo uno a uno". Así comenzaron en Chile, en Brasil, en Uruguay o en Argentina los diferentes planes, algunos dirigidos al nivel primario, al secundario, con modalidades que iban desde planes pilotos o universales, nacionales o regionales. El que tomó desde 2010 el universo más amplio fue Argentina, con 3 millones de *laptops*; seguido por Brasil, con 1,5 millones; o Portugal, con 400 000. En el caso argentino se sumó el fuerte impulso otorgado a la conectividad, a través de los planes Argentina Conectada e Internet para Establecimientos

Educativos, que preveía conectar 5434 establecimientos, junto a la extensión de la banda ancha vía satelital dadas las características del territorio argentino, la producción de contenidos digitales y el desarrollo de programas de aplicación pedagógica por medio del portal Educ.ar y del canal Encuentro, a lo que se articuló una estrategia de capacitación docente para profesores en ejercicio y docentes en formación, desde la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y el Instituto Nacional de Formación Docente (INFD), por el cual se formaron más de 62 000 docentes en los seminarios de "Entornos virtuales para el modelo uno a uno". Vera Rexach, la coordinadora para el nivel secundario, comentaba que los tutores de los seminarios, más de doscientos especialistas en tecnologías de la información y la comunicación aplicadas a la educación, que, a lo largo del país, asistían a los docentes de forma *online*, ya lo llamaban "las cuatro C" (computadoras, conectividad, contenidos y capacitación), a las que habría que agregar una E (evaluación). La evaluación fue coordinada por el Ministerio de Educación de la Nación y realizada por catorce universidades nacionales y la Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires. En el año 2012 se presentaron los primeros resultados sobre el programa: aparecía como una promesa cumplida (la comunidad educativa manifestaba que, a medida que llegaban las computadoras, las familias tenían la sensación de que algo estaba cambiando en la gestión pública), era universalmente aceptado como una primera iniciativa que abarcaba la totalidad del sistema (y no un programa focalizado como los que imponía el

neoliberalismo) y se destacaba que no fuera una experiencia piloto, más allá de las dificultades que implicaba una estrategia global como esta. De algún modo, el Programa Conectar Igualdad estaba "ensanchando territorios", como definió Jorge Huergo (1999), y no solo territorios educativos, sino también políticos. La brecha digital era educativa, pero también cognitiva, y ponía en evidencia la necesaria reconfiguración del saber. ¿Y cuáles eran, en aquel contexto, las variables centrales de la reconfiguración de ese saber?

Martín-Barbero (2000) señaló tres. La primera corresponde al vertiginoso desarrollo del conocimiento que, a partir de la propia lógica del desarrollo científico que avanza hacia la ultraespecialización y los saberes expertos, se ha tornado una fuente estructural de riesgo para la sociedad. Un riesgo que Zygmunt Bauman (2001) advierte no como daños colaterales de la ciencia y la industria, sino como consustanciales a un tipo de desarrollo que, en pos de la manipulación y el control, ha saltado las vallas de la responsabilidad por el todo.[50] Como sugiere Martín-Barbero, de esa expoliación solo nos puede salvar la reflexividad, la posibilidad de la sociedad de pensarse a sí misma colectivamente. Anthony Giddens, en *Consecuencias de la modernidad* (2001), refirió la importancia de esta capacidad social de autorreflexión a ejercer políticamente. Porque es cierto, la sociedad moderna es la primera que no asienta sus certidumbres en el pasado, sino en el presente, buscando en forma constante una fuente de

---

50 Visto en la perspectiva de la pandemia de covid-19 que estamos atravesando, la observación de Martín-Barbero es más que pertinente. ¿De qué modo las sociedades se hacen responsables de las consecuencias del desarrollo técnico?

razón en la legitimidad y el sostenimiento de sus prácticas. Este *cómo proseguir*, que Giddens toma de Ludwig Wittgenstein, es clave aquí.

La segunda variable del desorden del saber es la que emerge de la amalgama cada vez más intensa entre tecnologías y vida humana: las máquinas ya no son solo eso, máquinas, sino cada vez más una amalgama de "cerebro e información" que nos remite a una *tecnicidad*, dice Martín-Barbero (2000), que escapa a la idea de ver a las tecnologías como meros aparatos, meros instrumentos o herramientas de uso. Hay un lugar en el que la tecnología configura fuertemente subjetividades, un lugar que es necesario pensar cada vez con mayor profundidad, para no caer en un pensamiento dicotómico que pone a las tecnologías, a los aparatos, por fuera de la sociedad que los crea. A nadie se le escapa ya la importancia ética de esta dimensión. Por citar solo un ejemplo, el debate sobre los avances del control de las plataformas tecnológicas sobre la vida privada de las personas lo prueba.

Por último, aparece la variable del descentramiento del saber, la reconfiguración de las dimensiones fundamentales que determinaron hasta hoy la educación clásica, la educación moderna, casi podríamos decir, desde que los Estados nacionales decimonónicos le arrancaron a la familia y a la Iglesia. ¿Quién tiene el patrimonio del conocimiento? Es lo que Martín-Barbero (2000) llamó el descentramiento del "espacio de la escuela y el tiempo de aprendizaje". Desde que Napoleón definiera la constitución del sistema escolar decimonónico, en el que el Estado tiene una potestad

indelegable en la conformación de las formas de transmisión del saber, los aprendizajes circularon a través de ese dispositivo institucional: la escuela. El avance del mundo digital golpeó directamente ahí, en el corazón del sistema. Las nuevas tecnologías tocan ese dominio que las instituciones educativas tuvieron por décadas: el control del saber. Entonces, el espacio escolar se ensancha por fuera de los muros del aula (veamos, si no, lo que significaron las experiencias de transposición digital de todo el aparato educativo durante esta pandemia), con formas de acceso al conocimiento vía redes sociales, bibliotecas virtuales, o el más simple WhatsApp, donde miles de jóvenes se intercambian trabajos prácticos, resúmenes escolares, o directamente clases *online* o por *streaming*. Como el tiempo que antes le dedicábamos a educarnos. Ya es muy difícil definir en un mundo hiperconectado de consumos móviles sin pausas cuánto tiempo dedicamos a nuestra formación. Según el trabajo de Roxana Morduchowicz titulado *Ruidos en la web* (2018), nueve de cada diez chicos argentinos de entre 13 y 17 años tienen un perfil en alguna red social (principalmente Facebook, Instagram o Snapchat). De ellos, los que pertenecen a los sectores medios tienen al menos tres pantallas en sus dormitorios (celular, televisor y computadora). Y la mitad de ellos tiene el celular encendido las veinticuatro horas. Es evidente que estamos ante la presencia de un nuevo concepto de *alfabetización*.

El largo adiós analógico

En paralelo a este proceso de transformaciones que viven los sistemas de enseñanza durante la transición del siglo XX al XXI, los medios tradicionales sufren su propia crisis. Los corría por detrás, pero muy cerca, lo que Milad Doueihi (2010) llamó la "conversión digital"; es decir, el pasaje del mundo analógico al numérico. Casi todos los países del mundo establecieron dentro de la segunda década del siglo XXI su apagón analógico. Es decir, el fin de las transmisiones de datos por vía analógica y la inclusión definitiva de las sociedades en el mundo digital.

Lo que Henry Jenkins prefiguró en *Fans, blogueros y videojuegos* (2009) es presente: digitalizados. Y es irrevocable. Este proceso al que asistimos cierra de modo definitivo el ciclo tipográfico y el período del *broadcasting*. Y se confirma así la perversa trama de los medios que están destinados a matar a sus padres o mandarlos al geriátrico. De este modo, el fin del mediocentrismo que habilitó la llegada de las audiencias no fue causa de las conciencias críticas de la academia o de las políticas nacionales de comunicación, sino de los tecnólogos asociados a los consumidores: los *fans*, los *nerds*, aquellos denostados hijos de la comunicación masiva que replegados en sus guetos hicieron estallar el mundo de los *media*.

Porque no han sido las masas las que revolucionaron la comunicación, sino las élites dentro de la cultura mediática. Increíble paradoja que amerita revisar muchas de las falacias sobre

las que todavía seguimos pensando la comunicación y, si vale el oxímoron, son las vanguardias de los consumidores masivos las que transformaron la cultura mediatizada. Fueron ellos los que hicieron realidad los anuncios postergados de McLuhan: el medio es el mensaje; lo podemos constatar a diario con las redes sociales, con la implosión del aparato que dominó la segunda mitad del siglo pasado (el televisor) o con el fin de las culturas nacionales que inventó la imprenta.

En el caso latinoamericano, las fechas parecen un reguero de pólvora: México, 2015; Bolivia, 2016; Panamá y Ecuador, 2017; El Salvador, Costa Rica y Brasil, 2018; Colombia, Argentina y Chile, 2019; Venezuela, Perú y Honduras, 2020; Paraguay, 2022; Cuba, 2024.[51] Cada uno a su modo irá apagando el *transmisor analógico*, bajando la palanca, reconfigurando sus antenas, para inaugurar un nuevo ciclo histórico.

¿Cuáles son las consecuencias de este cambio de paradigma tecnológico? La mayoría de los expertos resumen los beneficios de la digitalización en el ámbito audiovisual en una mayor disponibilidad del espectro radioeléctrico, el *dividendo digital* que genera la transferencia de las frecuencias analógicas al soporte digital, permitiendo que, en donde antes había una señal analógica, convivan ahora cuatro digitales. Además, la interactividad que transformaría

51 Algunas de estas fechas han sido aplazadas por los diferentes Gobiernos, como es el caso de Argentina, que postergó su apagón analógico para el 2021, por resolución del Ente Nacional de Comunicaciones (Enacom).

los usos de la televisión con la posibilidad de una mayor participación de las audiencias y la calidad de la transmisión con la llegada de la alta definición.

En muchos países, este salto hacia la digitalización sembró de esperanzas las políticas nacionales de comunicación, algo alicaídas desde el auge de la desregulación de la década del noventa del siglo XX en materia comunicacional y el avance incontenible de la televisión paga. La primera revisión de este proceso elaborada por Dénis de Moraes (2011), imbuida del tono épico que caracterizó el proceso en sus primeros años, reseñaba las bases del decálogo de sus promesas:

> Se trata, por tanto, de construir un sistema de comunicación que posibilite la democratización del acceso a la información, al conocimiento, a la tecnología. Que permita mayor control social a los medios bajo concesión pública. Que proteja la diversidad frente a la transnacionalización simbólica y beneficie la manifestación de voces ignoradas o excluidas de los canales mediáticos. Que favorezca la comprensión y la interpretación de los hechos de manera plural y abarcadora, evaluando los múltiples aspectos sociales, económicos, culturales y políticos involucrados.

Si bien hacer un balance es todavía prematuro si pretendemos que sea imparcial, lo cierto es que los dilemas inexorables de las políticas nacionales de comunicación volvieron a reflejarse en aquel contexto.

¿Cómo hacer que las iniciativas fuertemente determinadas por el impulso de los ejecutivos nacionales latinoamericanos no repitan los verticalismos que se supone cuestionaban? ¿Cómo hacer para que una verdadera descentralización de la producción cultural audiovisual no caiga en un nuevo centro –de signo ideológico distinto, es cierto– cuando esas regiones no tienen todavía la suficiente autonomía para sostenerlas en el mediano plazo? ¿Cómo hacer para que los públicos, las audiencias, los consumidores, participen activamente en un contralor democrático de contenidos, sin caer presas de las facciones, de las pujas internas o las contradictorias demandas de pluralismo y centralismo político que caracterizan, muchas veces, estos procesos llamados *populistas*? Finalmente, ¿cómo articular las viejas y renovadas demandas de las políticas nacionales de comunicación en el contexto de un mundo globalizado, donde las audiencias migran hacia nuevas plataformas, donde la vieja función de mirar televisión se ha transformado de tal modo que algunos ya ponen en duda que se les pueda seguir llamando *receptores* a los actores de aquellas prácticas?

La democratización de los medios en Argentina

En el caso argentino, el inicio de las políticas en materia de digitalización audiovisual hay que complementarlo con los debates sobre la nueva ley de radiodifusión, inaugurados en abril de 2008. La ley, fruto de un complejo proceso histórico, que se entronca con los primeros debates sobre políticas nacionales de comunicación con el inicio del proceso

democrático (1983), fue el producto de varios factores concurrentes –algunos de ellos, externos al contexto comunicacional–. Uno, no menor, fue el llamado *conflicto con el campo* que puso en jaque el proceso hegemónico que venía desarrollando el Gobierno nacional durante la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007), y que estalló apenas unos meses después de la elección de su sucesora y esposa, Cristina Fernández de Kirchner. Allí el Ejecutivo nacional vivió la primera amenaza del poder mediático, lo que llevó al expresidente y a su mujer a desafiar a los grupos oligopólicos de la comunicación que se habían constituido con el menemismo durante la década del noventa.

En el prólogo al libro *Medios en guerra*, de Guillermo Mastrini y Martín Becerra, María O'Donnell (2017) la llamó "la madre de todas las batallas". Un movimiento hasta entonces minoritario, con fuerte apoyo en las universidades nacionales y las radios populares y alternativas, había propuesto este debate a principios de 2004, con lo que se dio a conocer como "los 21 puntos para una radiodifusión democrática", conjunto programático de normas y políticas con un eje fuertemente marcado en la desconcentración de los medios, en una definida defensa de los medios de bajo alcance sin intereses de lucro, en los derechos de los informados y el respeto al pluralismo cultural e ideológico. El Gobierno vio allí la oportunidad de retomar la iniciativa y convocó a una gran consulta nacional sobre las comunicaciones. Desde entonces, el debate, que hasta ese momento estaba refugiado en centros de investigación y ámbitos más bien intelectuales, se abrió

al conjunto de la sociedad gestando una movilización político-social nunca antes vista.

La primera reunión se produjo el 16 de abril de 2008 cuando la presidenta recibió en su despacho a más de sesenta representantes de la comunidad audiovisual (productores independientes, académicos de la comunicación, autoridades universitarias de las carreras formadoras de periodistas y comunicadores, dueños de medios de baja potencia, empresarios pymes del sector comunicacional). Allí se sentaron las bases de un programa de audiencias públicas para proponer la redacción de un anteproyecto de ley de radiodifusión. La presencia del entonces reciente interventor del Comité Federal de Radiodifusión (Comfer), Gabriel Mariotto, y del secretario de Medios, Enrique *Pepe* Albistur, dio a la reunión el carácter de una decisión tomada y les otorgó a los anhelos de vastos sectores políticos un respaldo determinante.

Se avanzaba, por primera vez, con rumbo efectivo en reformular la ley sobre medios que había impuesto la dictadura militar en 1980, y la democracia parecía encaminada a saldar otra de sus deudas. En marzo de 2009 se lanzaron los foros de consulta; más de veinticuatro audiencias públicas a lo largo y ancho de todo el país fueron recogiendo las demandas y expectativas de las audiencias, de las organizaciones de la sociedad civil, de las universidades y sindicatos del sector, como también de los pequeños empresarios de medios.

En agosto de 2009, la presidenta envió el anteproyecto a la Cámara de diputados y la norma fue sancionada el 10 de octubre de ese año. Por supuesto que el contexto del conflicto con el sector agropecuario fue determinante en el proceso inmediato de su sanción, pero no hay que dejar de reconocer que la complicidad de los grupos mediáticos con las políticas socioeconómicas que gravitaron en los noventa fue también una justificación convincente.

Casi en simultáneo, el Gobierno argentino, a través del Decreto 1148/2009, crea el Sistema Argentino de Televisión Digital Terrestre, a través del cual se adopta la norma Integrated Services Digital Broadcasting Terrestrial (ISDB-T) y se establece un plazo de diez años para alcanzar la transición de lo analógico a lo digital. A partir de este decreto se desarrollaron una serie de iniciativas complementarias que marcarán los primeros cinco años del desarrollo de la televisión digital en la Argentina, que, como mencionamos en su momento, estuvo signada por esta coyuntura de conflicto con los grupos concentrados de comunicación o que ejercían una posición dominante.[52]

Por un lado, el Gobierno nacional comenzó y desarrolló una fuerte inversión tecnológica para dar cobertura a la televisión digital en todo el territorio nacional. De este modo, a través de la empresa

52 Entre las empresas que ejercen en Argentina una posición dominante hay que destacar al Grupo Clarín que, además, tuvo, luego de la sanción de la Ley 26522 de Servicios de Comunicación Audiovisual, una decidida actividad dilatoria sobre su aplicación a través de medidas cautelares. Estas medidas recién fueron resueltas por la Corte Suprema de Justicia de la Nación en 2013 a través de un fallo que resolvió su constitucionalidad.

INVAP,[53] se instalaron más de ochenta antenas (denominadas Estaciones Digitales Terrestres) que permitieron alcanzar la cobertura del 85% del territorio nacional. Estas antenas son acompañadas por un *shelter* que integraba la recepción de contenidos por vías terrestres (fibra óptica GTS), un sistema irradiante tipo panel para ocho transmisores, transmisión según norma ISDB-Tb de 1 kW RMS, mínimo 4 Tx, una torre arriostrada de altura máxima de 150 metros, monitoreo y operación remota desde centro de control, sincronización por GPS y autonomía de operación ininterrumpida (UPS y grupo generador). Las estaciones se complementaron con la entrega de receptores (1200000), cerca de 5000 antenas digitales en parajes rurales y en escuelas rurales y de frontera.

En segundo lugar, se otorgó impulso a los canales públicos existentes en el interior del país, en el que se articularon políticas de reconversión tecnológica, subsidios a la producción y una promoción de instancias de coordinación y participación interjurisdiccional tendiente a la recuperación de un federalismo largamente olvidado. Es importante señalar aquí, para contextualizar a los lectores no argentinos, que, entre otras consecuencias de las políticas neoliberales de los años noventa en el campo audiovisual, este proceso favoreció la concentración mediática que provocó la desaparición de un sinnúmero de canales locales de televisión, habiendo quedado a

53 INVAP Sociedad del Estado es una empresa argentina de alta tecnología dedicada al diseño, integración y construcción de plantas, equipamientos y dispositivos en áreas de alta complejidad, como energía nuclear, tecnología espacial, tecnología industrial y equipamiento médico y científico.

salvo del proceso únicamente los canales públicos provinciales, sostenidos por el Estado. El proceso de reconversión tecnológica tuvo como puntapié inicial el otorgamiento de los Centros Públicos de Producción Audiovisual (CEPA)[54] y la constitución del Consejo Federal de Televisión Pública integrado por los catorce canales de televisión, doce provinciales y dos universitarios (Universidad Nacional de Córdoba y Universidad Nacional de La Plata). En ese marco, el Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios firmó un acuerdo para subsidiar proyectos de producción en el marco del Plan Operativo de Promoción y Fomento de Contenidos Audiovisuales Digitales, por el cual se financiaron ciclos de programas de piso, de formato *magazine*. Estos ciclos estuvieron supervisados por la Gerencia de Contenidos Audiovisuales para Televisión del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales, de reciente creación.[55]

La tercera iniciativa fue el otorgamiento de frecuencias de televisión a las universidades nacionales. Esto fue producto de la Resolución 687 del 2011, de la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual (AFSCA), en la cual se otorgan a las universidades nacionales, en el espectro UHF (frecuencia ultraalta),

---

54 Los CEPA fueron un set de equipamiento compuesto por cámaras digitales, editoras, luces, *switcher*, *pack* de sonido, pantallas, de tecnología digital que se entregaron a los canales públicos y a las universidades. Hasta el año 2013 se habían entregado veinticuatro en total.

55 Durante el año 2012 fueron seis los canales públicos que desarrollaron los programas de piso, con un financiamiento de 900 000 pesos. En el caso del canal de la Universidad Nacional de La Plata, el proyecto se llamó *Plaza 56* y estuvo al aire siete meses, desde octubre de 2012 a mayo de 2013.

frecuencias de televisión digital. De este modo se aplicaba el artículo 145 de la nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Si bien la ocupación del espectro fue compleja para la mayoría de las universidades, en los primeros tres años se inauguraron el canal de la Universidad Nacional de La Plata (TV Universidad), en octubre de 2012; el canal de la Universidad Nacional de Cuyo (Acequia), en marzo del 2013; y el canal de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UN3TV), a mediados de 2013. Desde entonces, progresivamente, se han ido desarrollando los diversos proyectos de televisión universitaria, en algunos casos, como el del conurbano, constituyéndose consorcios entre tres o más universidades para administrar la señal de manera conjunta.

Una cuarta iniciativa fue el impulso y promoción a través del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios de un programa de fortalecimiento de las capacidades productivas en el campo audiovisual. El Programa Polos Audiovisuales Tecnológicos conformó así una iniciativa de participación social, articulado en las universidades nacionales, que intentó promover la producción federal, la articulación de las capacidades instaladas, la descentralización de la producción de contenidos, la creación de polos que integraran un vasto campo de profesionales. El programa dividió el país en nueve regiones, con una cabecera en cada una de ellas, sobre la base de una metodología participativa de empoderamiento. Además, tenía diversas líneas de trabajo: líneas de capacitación, líneas de promoción y producción, líneas de asistencia

técnica, con fondos públicos, y con el objetivo de potenciar a los productores asociados a los canales locales ya existentes o a los que habrían de nacer en el proceso. El programa fue coordinado por una conocida referente dentro de la producción audiovisual argentina, Eva Piwowarski[56], vinculada al movimiento Cine Liberación de los años setenta. Si bien hubo problemas, como es habitual en estos vastos emprendimientos (generación de expectativas excesivas, dificultad en los procesos de concreción de resultados, complejos problemas administrativos), fue importante en lo que significó como gran movilización de voluntades, promoción de nuevas formas de asociativismo e incentivo a las nuevas generaciones de realizadores y productores. Pero, además, la necesidad de sortear las largas distancias geográficas que se pretendieron abarcar como la particular dinámica de la industria audiovisual, muchas veces anclada en los localismos. La experiencia arrojó, como primeros resultados, la producción de un primer ciclo de noventa horas, realizadas por las universidades nacionales en articulación con los productores independientes, estudiantes de cine y televisión, sindicatos, artistas independientes, periodistas, entre otros; el desarrollo de un número significativo de programas pilotos que se articularían a las señales existentes; y la asignación en comodato de diversos CEPA. Es importante realizar aún un pormenorizado balance de esta compleja y rica experiencia, de la

56 Durante la escritura de este texto tuve la noticia del fallecimiento de Eva Piwowarski, con quien compartí el proyecto de este programa desde la Universidad Nacional de La Plata, actriz, referente de los movimientos del cine latinoamericano. Su trabajo en dicho programa confirma la continuidad de los proyectos políticos en la vida de las personas que los forjan cotidianamente.

que su dimensión formativa de recursos humanos es seguramente una de sus consecuencias más positivas.

En quinto lugar, en marzo de 2015, luego de un largo y lento proceso de diagnóstico del espectro, se convocó al primer concurso para cubrir 82 nuevas frecuencias de televisión digital,[57] en ocho regiones, a lo largo de todo el país, tanto de baja como alta potencia, con y sin fines de lucro. Esta convocatoria reemplazaba la fallida de 2011 –que se dio por abortada en el proceso licitatorio de compra de pliegos– y tuvo características inéditas: hacía más de cuarenta años que no había convocatorias de este tipo para nuevas señales de televisión, sobre las 45 que había en la Argentina, contando dentro de ellas más de 15 señales públicas.

Sin embargo, el vertiginoso y turbulento proceso iniciado en 2008 concluyó a principios de 2016, cuando el nuevo presidente electo, Mauricio Macri, derogó por decreto, algunos de los articulo centrales de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, dando por concluido de hecho uno de los procesos más ricos y conflictivos que se hayan vivido en Argentina en el campo de las comunicaciones. ¿Por qué fue tan fácil al nuevo Gobierno cerrar esta etapa? ¿Qué había pasado, entre octubre de 2009 y diciembre de 2015, como para que aquello que había comenzado con tanto ruido político y cultural se diluyera casi como una sombra contra el fondo de la derrota electoral del kirchnerismo en aquel año 2015?

57 Resolución 39/2015 de la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual.

Si bien todavía estamos cerca de los hechos, hay dos observaciones que podemos señalar aquí. Por un lado, como señalan Mastrini y Becerra, en lo que se constituye como uno de los primeros balances de aquella etapa:

> La política de comunicación del kirchnerismo se estructuró en un discurso que promovía las posibilidades de una esfera pública más diversa, con límites a la concentración de la propiedad. Un déficit que se aprecia al analizar los resultados de las políticas del período es su escasa capacidad de trasladar las regulaciones a una real reestructuración de los mercados de medios. Una explicación plausible es que estos procesos demandan más tiempo que los deseados por los tiempos políticos. Otro aprendizaje que deberá realizarse es que el proceso posterior de implementación de políticas es tan o más significativo que el establecimiento de la ley. La energía política del Gobierno pareció agotarse con la sanción de la ley y en la pelea con Clarín. (2017: 16)

El otro factor que sin dudas influyó en el proceso de desgaste fue la transformación paralela que se producía en los consumidores, cuando en el mismo contexto pasaban de formas analógicas

de consumo a las digitales. La conectividad masiva, las nuevas plataformas de consumo audiovisual, la expansión de las redes, los portales de noticias *online*, volvieron obsoleta una discusión por los *fierros* que las audiencias superaban con su digitalización. De algún modo, la revolución digital, que se expresa más significativamente en el lugar de la recepción, puso en crisis la pretensión de dominar el polo del emisor de los mensajes. La política así llegaba otra vez tarde. ¿No será, entonces, necesario repensar esa vieja figura, la última en el modelo *lasswelliano*, que hoy la sociedad numérica parece ubicar primero?

No obstante, lo que resulta evidente, como consecuencia de este proceso que reseñamos, es que las audiencias no salieron iguales después del conflicto. Los grandes medios, antes dominantes en su legitimidad cultural, dejaron muy explícito su posicionamiento político, su resistencia a abrir la agenda y las comunicaciones a una participación más plural y democrática; y, al ejercer un "periodismo de guerra", como admitió Julio Blanck (citado en Rosso, 2016), uno de sus más importantes editores, su credibilidad bajó a la par que crecían unos consumidores menos ingenuos, más informados de la trastienda de la producción informativa y con posicionamientos y contratos de lecturas ideológicas más firmes. En esa línea, consultoras como la de Zuban-Córdoba confirman la caída de la confianza de las audiencias en las noticias de los medios, en la que los lectores les adjudican a los periodistas gran parte de la responsabilidad en producciones informativas sesgadas. Mucho antes de que se volvieran corrientes

conceptos como *infodemia* o *fake news*, los lectores argentinos habían visto cómo los medios dejaban atrás el culto a la objetividad, poniendo al descubierto, de manera muchas veces desembozada, lo que Carlos Fayt (1965) había señalado hace tiempo: su lugar como factores de poder en las sociedades modernas.

Breve digresión sobre el receptor

Sin lugar a dudas, la tentación de controlar la tecnología es difícil de dominar, más para los Gobiernos. Y todos los oficialismos se enamoran de los *fierros* con las consecuencias esperables: baja audiencia, reiteración del discurso oficial, descrédito de los enunciadores, más propaganda que información. Sucede así lo que sucede muchas veces: los medios son pensados como aparatos tecnológicos todopoderosos sin reconocer su dimensión clásica de instituciones sociales que se legitiman en un ida y vuelta con los públicos con los que interactúan. Por otro lado, los sesgos de confirmación encapsulan a las audiencias, que a su vez potencian a los periodistas e informadores partisanos.

Podríamos preguntarnos, con cierta malicia, si los funcionarios no se olvidaron que hace mucho tiempo el control remoto lo tiene la gente. Fenómenos como los *youtubers*, el crecimiento exponencial del consumo audiovisual a través de plataformas *online*, la aparición de la *transmedia*, los hábitos de los *fans* y *bloggers* que han instituido otro tipo de vínculo con las tecnologías de información y comunicación,

muestran cuánto ha cambiado el territorio de los medios y en especial ese sujeto que día a día, en nuestras sociedades, se conecta con ellos. Ya hace tiempo que pusimos en duda que pudiéramos seguir denominándolo *receptor*. ¿Acaso no sería útil reconstruir su genealogía para desde esa historización poder reconceptualizar sus funciones actuales, su identidad contemporánea? Porque una historia de este concepto puede ayudar mucho a avizorar los interrogantes futuros.

Así, la primera versión del receptor la tenemos en el trabajo pionero de Harold Lasswell sobre la comunicación en tiempos de guerra, titulado *Técnicas de propaganda en la guerra mundial* (1927); se sumaron a aquella primera versión los trabajos de los matemáticos de la información: Norbert Wiener y Claude Shannon. ¿Qué caracterizaba a aquellas visiones? En principio un conductismo psicológico pavloviano cargado con el determinismo que habían producido los totalitarismos. Así, para Lasswell (citado en Wolf, 1994), existía una suerte de "mentalidad colectiva" pasible de ser influida por el discurso mediático; este discurso o "propaganda" tiene como fin fortalecer las actitudes preexistentes y sumar las voluntades de los indecisos o indiferentes. El segundo momento del receptor lo aportó la sociología de la comunicación norteamericana: *El pueblo elige*, de Paul Lazarsfeld, cuestionó aquella primera omnipotencia, y las teorías de los dos pasos y los límites de su influencia convirtieron, por primera vez, a los oyentes (la radio estaba entonces en el centro de la escena) en sujetos con cierta autonomía. Los seiscientos

pobladores consultados en Ohio lo atestiguaban en plena Segunda Guerra Mundial. Es difícil modificar los preconceptos de los sujetos.

Desde la otra orilla del Atlántico también se pergeñaba el asunto, los grandes críticos de la cultura, Adorno y Horkheimer, señalaban ahí también el defecto de un receptor atomizado por la sociedad, un reproductor alienado de la ideología dominante, un consumidor de mercancías ahora manufacturadas para el ocio. Etnocentrismo cultural, lo llamó Martín-Barbero: fue la traducción ideologizada de la cultura de masas como degradación cultural. En Latinoamérica, de algún modo, este receptor fue el de Armand Mattelart y Ariel Dorfman cuando interpretaron en esa clave al Pato Donald desde las categorías althusserianas. La ideología que, como un virus, se infiltra en la subjetividad hasta producir incluso nuestros sueños. Esa fue la guía, incluso para otro latinoamericano, Antonio Pasquali, en *Comunicación y cultura de masas*.

Para alcanzar un concepto menos conductista tuvimos que esperar a Elihu Katz. Deseos, pulsiones, inquietudes, necesidades, aparecen en el campo de estudio como variables a considerar. El receptor podía ser también un lector, un lector crítico, un actor social que negociaba en el contexto de la transición entre la cultura obrera de sus orígenes y la cultura de masas que lo interpelaba como consumidor. Son los años cincuenta en Inglaterra y una corriente de especialistas en literatura comienza a experimentar en esa encrucijada. Richard Hoggart publica en 1957 el paradigma que fundará los estudios culturales, en una visión menos esquemática, más

compleja, atenta a los préstamos, las negociaciones y los conflictos de las clases populares en este proceso hegemónico de cambio social. Stuart Hall observa entonces que las lecturas pueden ser disimiles. Las llama *dominantes*, *negociadas* u *oposicionales*. Así el funcionalismo cae en desuso e ingresamos de lleno a la lectura crítica de la cultura. Ya no nos interesamos por los efectos y nos preguntamos qué hace la gente con los medios.

En el ámbito latinoamericano se producen dos grandes rupturas epistemológicas: la de las mediaciones reflejada en la obra de Martín-Barbero y la del consumo que desarrolla el antropólogo argentino Néstor García Canclini. Son los años noventa. El auge del neoliberalismo pone en jaque las teorías lineales, manipulatorias, y el receptor aparece con una fuerza crítica; actores sociales de una trama cultural compleja y en disputa, las comunicaciones sociales son, así, escenario de la hegemonía, de la lucha por la hegemonía y de la disputa por los sentidos de lo social, atravesado por conflictos de poder. El consumo no es solamente reproducción, y la recepción es una instancia de mediatización, conflicto cultural y negociación de intereses y significados. En clave sociohistórica, estos dos pensadores inscribieron correctamente la lectura de la cultura en la modernidad y las complejas destemporalidades en las que se constituyó esta experiencia en América latina. ¿Hasta qué punto constituidos por sus influjos, liberados por sus mandatos, nos resistimos a subordinarnos a sus designios? Este conflicto reverbera aún hoy con otros medios,

con otros dispositivos tecnológicos, de modos tan acuciantes como entonces.

Finalmente, en los años primeros del nuevo siglo, la comunicación sufre este tsunami digital. Lo virtual se apodera de las masas. Las despedaza, las fragmenta, las disloca, las desterritorializa, hasta lo inimaginable. El mundo se hace pequeño como el Aleph borgeano y todo muta. *Internautas*, *navegadores*, *nativos digitales*, *prosumidores*, son varias las categorías que tratan de nombrarlos. Lo cierto es que nuestra relación con los medios ya es distinta, y los medios también. *Bloggers*, *fans*, *youtubers*, estamos siendo hipermediatizados. Y las tecnologías ya han construido otra sensibilidad en nosotros, otro modo de ser, como sugirió Martín-Barbero (2002a). Casi va quedando en el recuerdo el proceso de audienciación que a fines de los noventa prefiguró Guillermo Orozco Gómez (1997), aunque no así lo que intentaba pensar con aquella categoría: la mediatización definitiva de las prácticas sociales.

Conecto ahora estas dos cuestiones: el desarrollo inexorable de una nueva plataforma de consumo audiovisual y el desarrollo definitivo de otro tipo de receptor. Lo llamamos *prosumidor*, lo llamamos *internauta*, lo llamamos *blogger*, no lo sabemos. Lo cierto es que avanzan, como sugiere Becerra (2015), los usos disruptivos de lo audiovisual. Hay una transmedialidad que crece imparable: será difícil para las sociedades reconceptualizar estas demandas, estos procesos, sin que aceptemos reconfigurar las categorías con las que pensamos las mediaciones entre las viejas audiencias y la tecnología. De ahí

que las políticas nacionales de comunicación que sigan ancladas en el paradigma mediocéntrico quedarán inexorablemente obsoletas incluso cuando tengan éxito. Hay un destiempo. Michel Serres lo describió en *Pulgarcita* (2013), uno de sus últimos provocativos textos, en alusión a esos jóvenes que, en la calle, en las aulas, en los medios de transporte, en sus cuartos, reconcentrados, miran y escriben con sus pulgares con la velocidad del rayo sobre sus celulares. Martín-Barbero cuestiona que nosotros hablamos de televisión y las nuevas generaciones se sumergen en el celular, sus usos cotidianos vinculados a las inseguridades de nuestras sociedades y de los lazos afectivos y lúdicos que se juegan a través suyo. La pregunta entonces habría que dirigirla hacia dónde poner el acento de las políticas nacionales de comunicación en este contexto. ¿Hacia los emisores o hacia los receptores? Ya está más que claro que el mediocentrismo es obsoleto. Lo demuestra cómo saltan las fronteras en los más impensados territorios los ciudadanos cuando ven cercenada su capacidad de conectarse, de producir sentido. Hipótesis tentativa: ¿no será el espacio de la escuela, aquel primer contacto con el conocimiento sistematizado donde los niños se encuentran con el mundo fuera del hogar, un lugar propicio para comenzar este nuevo viaje? Segunda hipótesis. La filosofía postoperaísta desde Paolo Virno y Antonio Negri en adelante viene insistiendo sobre la profunda transformación del capitalismo postfordista y la constitución de una dimensión nueva, afectiva, simbólica, cultural, del trabajo. Sus reflexiones sobre el trabajo inmaterial vienen señalando un horizonte que advierte sobre

las profundas consecuencias de esta mutación. ¿No será hora de que comencemos a interrogarnos sobre el *trabajo* con los medios?

Capítulo XI

La subversión de las audiencias

El primer atisbo de que el mapa mediático estaba cambiando nuevamente lo dio Henry Jenkins, un especialista en medios y educación norteamericano, que venía trabajando las formas de participación de las audiencias con los productos de la cultura de masas. Atento a los nuevos formatos, comenzó a estudiar las formas de interacción de las audiencias y los lectores en productos como *Survivor*, el *reality show* de supervivencia que tuvo adaptaciones en todo el mundo; el ciclo de competencias de canto *American Idol*; la película *Matrix*; o la saga de novelas de Harry Potter.

En todos estos trabajos, Jenkins observó que las audiencias tradicionales dejaban de posicionarse ante los productos de masas como meros espectadores. No solo hacían lecturas particulares de cada una de las emisiones o de los relatos, sino que comenzaban a mostrarse imbuidas de tal forma que era complejo pensarlas como receptores solamente. Su *nivel* de actividad superaba la mera expectación o crítica. Se sentían parte del producto, interactores de la relación comunicacional, capaces de modificar o intervenir en el decurso de la acción o el resultado del proceso.

A este fenómeno Jenkins lo llamó la *cultura de la convergencia*: “Bienvenidos a la cultura de la convergencia, donde chocan los viejos y los nuevos medios, donde los medios populares se entrecruzan con los corporativos, donde el poder del productor y el consumidor mediático interaccionan de maneras impredecibles” (2008:14). Para Jenkins, este nuevo tipo de cultura está determinada por tres conceptos que definen, cada uno de ellos, los procesos característicos de la producción cultural contemporánea: (a) la convergencia mediática, (b) la cultura participativa y (c) la inteligencia colectiva.

Por *convergencia mediática* alude al “flujo de contenidos a través de múltiples plataformas mediáticas” (Jenkins: 2008). De este modo, los productos masivos dejan de pertenecer a un solo medio. Hasta hace poco tiempo, las producciones simbólicas estaban atadas a una especie de carnet de identidad ligado a los medios en los que habían nacido. Las series de televisión (*Misión: Imposible*, por ejemplo) pertenecían a ese mundo, era impensado verlas en formato cinematográfico; los libros (si bien ya habían pasado al cine, y había una larga tradición en ello) no se convertían en obras de teatro o musicales; menos podíamos imaginarnos a los videojuegos convertidos en sagas cinematográficas; pero lo mismo podía pasar con los cómics o con las telenovelas. Esta convergencia por supuesto está apalancada por las tecnologías que cada vez comienzan a ser más fluidas en sus interfaces. Pero también por un aprendizaje de los consumidores.

La *cultura participativa* es el resultado de los millones de interacciones de las audiencias con los productos. Es una forma nueva de concebir a los receptores, ahora como integrantes presentes en la relación comunicativa, fortaleciendo los vínculos y enlaces de interacción. Así, las audiencias son parte de los envíos cuando en los formatos de competencia de canto seleccionan a los participantes; cuando los productores modifican el desarrollo de la historia según sean las respuestas de las audiencias en las redes sociales. Ahora, de lo que se trata es de que el espectador se sienta parte. Es cierto que la opinión de las audiencias siempre estuvo presente en la producción del *mainstream* americano –basta recordar las veces que los finales de las películas se chequeaban con las audiencias en *focus group* antes de los estrenos–, pero, de algún modo, la omnipotencia o los caprichos de las audiencias nunca había llegado a tanto. Una parodia de este proceso se puede observar en la novela *Misery*, de Stephen King, cuando una fanática le pide al autor que reescriba el final de un personaje, molesta porque lo había matado en la última novela.

En el caso de la *inteligencia colectiva*, Jenkins (2008) toma el concepto de Pierre Lévy, un teórico francés de la cibernética, que lo acuñó para hacer referencia a la potencialidad de las acciones colectivas que podían dar lugar la conectividad. “Nadie sabe todo y todos saben algo”, decía Lévy (2004); si mediante las tecnologías esos saberes se articulan, las potencialidades de los esfuerzos conjuntos se multiplican exponencialmente. Huellas de la inteligencia colectiva podemos encontrar en Wikipedia. O también en la actual lucha contra

el covid-19, desde las medidas de prevención hasta en la búsqueda de la vacuna; hay hoy trabajando en simultáneo, compartiendo datos y desarrollos, miles de centros de investigación, agencias internacionales, organismos públicos; la información compartida a nivel mundial es inédita y eso supone un logro colectivo: una vacuna antes del final del año 2020.[58]

Activismo digital conecta a los indignados

Hacia finales de la primera década del siglo XXI, el fenómeno Facebook estallaba. Desde su lanzamiento en 2004, en poco menos de cinco años tenía más de 200 millones de usuarios (*friends*). Al año siguiente, se triplicaba esa cifra, y en 2012 superaba los 1000 millones. El impacto fue tan grande que algunos analistas se preocuparon al punto de preguntarse qué consecuencias traería si Facebook se convertía en la única puerta de acceso a la red. Alejandro Piscitelli (2009), uno de los especialistas que primero vio la importancia de esa aplicación, se preguntaba si estábamos en presencia de una nueva burbuja informática o ante un cambio de paradigma en las relaciones sociales. La red parecía entonces una suerte de piraña que avanzaba fagocitándose todo el mundo virtual a una velocidad inédita y no se distinguía, a ciencia cierta, si era solo una aplicación, una red social,

---

58 En momentos en que estoy corrigiendo este texto, el Reino Unido anuncia la aprobación de una vacuna y el inicio el martes 8 de diciembre de la aplicación en la población de mayor riesgo.

un espacio de trabajo o un lugar para buscar amigos y entretenernos. Lo cierto es que, finalmente, como lo presagiara Raymond Williams (2011 [1974]) sobre la televisión, fueron los usos los que determinaron su historia. Y la gente usó Facebook y otras redes para muchas cosas. Una de ellas fue la protesta.

El que prendió la mecha de la llamada Primavera Árabe fue Mohamed Bouazizi, en Túnez, quien se quemó a lo bonzo en la plaza pública de la ciudad de Sidi Bouzid, frente a las oficinas del Gobierno, el 17 de diciembre de 2010; cinco años después de la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, este joven de 26 años estaba harto de los apremios policiales que le exigían un soborno para trabajar, y ese evento dramático produjo un reguero de indignación contra el entonces dictador Zine El Abidine Ben Ali, hombre fuerte de Túnez y aliado occidental que gobernaba ese pequeño enclave en Medio Oriente. El primo de Bouazizi grabó la inmolación y subió las imágenes a YouTube y en pocos meses el país entero se sublevaba y el dictador caía, luego de veinticuatro años de gobierno. Una de las activistas digitales más relevantes de la rebelión tunecina fue Lina Ben Mhenni. Hija de un militante de izquierda –fundador de Amnistía Internacional en Túnez– y con una madre maestra, fue una de las primeras blogueras del país. En 2008 lanzó su blog y en 2010 se unió a un colectivo de internautas llamado *Por Gafsa*; Gafsa es una ciudad minera del sur donde la dictadura había reprimido un levantamiento social. Fue una de las primeras en acudir en auxilio de Bouazizi, desde su blog *A tunisian girl*, donde escribía en francés,

inglés y árabe sus crónicas periodísticas. Murió el 20 de enero de 2020 (Mas de Xaxàs, 2020).

Así empezaba la Primavera Árabe, que luego tocaría en Egipto las puertas de la dictadura de Hosni Mubarak, lanzada por una joven de 26 años, Asmaa Mahfouz. Del mismo modo que en Túnez, Internet fue la clave en el despertar de la indignación del pueblo egipcio.

> A fines de 2010, el 80 % de los egipcios tenía teléfono móvil, según la empresa de investigación de mercado Ovum. Un cuarto de los hogares tenía acceso a Internet en 2009, según la Unión Internacional de Telecomunicaciones. Pero esa proporción era mucho mayor entre el grupo demográfico entre 20 y 35 años de El Cairo, Alejandría y otros núcleos urbanos que, en su mayoría, ya fuera en casa, el colegio o cibercafés, tenían acceso a Internet. En menos de dos años, tras el lanzamiento de la versión árabe de Facebook en 2009, el número de usuarios se triplicó, llegando a cinco millones en febrero de 2011, de los que 600 000 se unieron entre enero y febrero, los meses en los que se inició la revolución. (Castells, 2012: 69)

En 2008, en Islandia, un cantautor, Hördur Torfason, se plantó ante el Parlamento islandés en Reikiavik y cantó su protesta.

Un paseante grabó la situación y la subió a Internet. A los pocos días se sumaron cientos de islandeses; luego, miles. Así comenzó un movimiento de protesta que se denominó la *revolución silenciosa*. La crisis financiera del 2008 había golpeado las expectativas de los islandeses. En ese contexto, un simple acto de protesta obligó a la dimisión del presidente, la convocatoria a elecciones y la reforma de la constitución.

En Chile en 2011 ocurre algo similar con las protestas de los estudiantes universitarios que reclaman por nuevas políticas educativas. Y en 2013 en México surge el movimiento #YoSoy132 que interpela fuertemente la candidatura presidencial de Enrique Peña Nieto.

¿Qué tenían en común todas estas movilizaciones? ¿Estaba surgiendo un nuevo sujeto político? ¿Eran las redes sociales las catalizadoras de las protestas? ¿Qué conexión había entre las nuevas formas de comunicación y la acción de estos grupos y ciudadanos?

El sociólogo español Manuel Castells fue uno de los primeros en analizar estos nuevos movimientos. Autor de libros fundamentales que analizan los fenómenos contemporáneos de la comunicación, en particular, la trilogía *La era de la información*, había definido que se inauguraba un nuevo tipo de sociedad, la sociedad-red, en la que los flujos de información pasaban a convertirse en la estructura socioeconómica fundamental (Castells, 1996). Sobre los principios de la cuarta revolución industrial –la que definía la conectividad, la inteligencia artificial y la internet de las cosas–, se estaba produciendo

una mutación nueva en el sistema capitalista. Paradójicamente, desde el corazón del nuevo sistema, y aprovechando las nuevas tecnologías de comunicación, en los, en apariencia, más distantes lugares del globo, emergían revueltas, rebeliones, que trastocaban los órdenes políticos y deponían viejos feudos con la velocidad de un tsunami. Para muchos ese tsunami era digital.

¿Qué tenían en común esas movilizaciones? En principio la juventud de la mayor parte de sus protagonistas. En casi todos los casos, la presencia de los jóvenes fue vital en el desarrollo de las acciones y la difusión de las consignas y convocatorias. La mayoría de los estudios[59] conectan generacionalmente estas protestas en las cuales se observa, en parte, aquello que había señalado Margaret Mead (1993) sobre la llamada *cultura prefigurativa*. La investigadora mexicana Rossana Reguillo (2017) se preguntaba si podíamos hablar de "insurrecciones 2.0".

Reguillo (2017) definió a este modo nuevo de irrupción de la juventud como "paisajes insurrectos", en referencia a ese nuevo "espacio-tiempo del llamamiento a una revuelta de la imaginación en el que es posible pensar y sentir de otro modo, con otras y con otros, a través de la acción colectiva y conectiva".

El segundo elemento en común, como lo advierte Reguillo (2017), es que las irrupciones de los movimientos se sucedían a partir

---

59 Para hacer un estudio pormenorizado de las experiencias y los movimientos sociales vinculados a redes digitales ver revista *Chasqui*, número 128, "Movimientos sociales y propagación de ideas políticas en la sociedad en red", 2015. También se puede consultar la revista *Nueva Sociedad*, número 251, "*¿Contra el sistema? Jóvenes, luchas y disidencias en el siglo XXI*", mayo-junio, 2014.

de algún hecho dramático. El caso de Bouazizi, en Túnez, es quizás el más cruento. Pero en general se percibe una suerte de disrupción, de crisis de lo habitual, que interrumpe esa construcción social que finalmente es lo que llamamos "normalidad". Hay algo de *flashmob*, de esa suerte de *performance* artística, que resignifica espacios públicos, que interviene sobre ellos modificando conductas y prácticas. De pronto, la gente se detiene a mirar, a ver qué pasa, quién habla, qué dice. Es un ver al otro que de pronto interpela, que hace un llamado, que invoca una acción posible. De esa irrupción de lo nuevo se despierta un proceso, nace una acción colectiva. Después ya nada será lo mismo.

Otra característica destacada en todos los procesos que señalamos es que no se inscriben en la lógica partidaria institucionalizada. No son movimientos de *la oposición* legitimada a los poderes instituidos. Son opositores, pero no son los sujetos que habitualmente *funcionan* como opositores. Son nuevos sujetos, sorprenden porque sus rostros, sus voces, sus discursos, son diferentes. Generalmente eran reclamos muy amplios, transversales, en los que los sujetos actúan por fuera de las organizaciones político-partidarias tradicionales. Hay una lógica de quebrar el *statu quo*. El sistema universitario chileno, con fuerte presencia del sector privado, meritocrático, tiene una larga historia y en muchas ocasiones ha sido ponderado por su eficiencia. ¿Qué ocurría que de golpe los jóvenes chilenos lo ponían en jaque? En el caso mexicano, ¿por qué los jóvenes estudiantes se sentían con derechos a resistir la presencia

del presidente del país en su universidad?, ¿qué fue lo que despertó la reacción de indignación? En los movimientos que estamos rescatando, las demandas son amplias, pero no son clásicas, son más del orden de lo axiológico que políticas instrumentales. Son luchas y reclamos que hablan más de un reconocimiento de derechos que de la lucha por el poder. Parecen más pretender poner en cuestión el *sentido común* de lo que se puede hacer o no hacer, y en ese reclamo, en esa protesta, terminan derrumbando el sistema.

¿La multitud o el pueblo?

Así, los movimientos sociales que despiertan las redes conectan con un debate fundamental de las ciencias políticas y la filosofía: ¿estamos en presencia de nuevos sujetos históricos? Quienes primero dieron forma interpretativa a estos fenómenos fueron los filósofos de la multitud, los italianos Paolo Virno y Antonio Negri, que venían desarrollando un largo debate sobre la cultura y la producción en el contexto del postfordismo. El primero, en la *Gramática de la multitud* (2003); el segundo, desde *Imperio* (2000) junto a Michael Hardt, pasando por *Elogio de lo común* (2009). Sus reflexiones tomaban nota de que el nuevo orden económico mundial está disolviendo las clases sociales tal como las interpretábamos a partir de la Revolución Industrial. Las nuevas formas de trabajo, en particular, el pasaje del trabajo productivo material al trabajo afectivo inmaterial, producía

una dislocación de aquellas clases sociales. El *general intellect*, es decir, la cuota de información cada vez más significativa que se encuentra en el centro de la producción contemporánea disuelve la idea del trabajo material, es decir, la fuerza de trabajo que sostenía, en la Revolución Industrial capitalista del siglo XIX, la otra pata del sistema. El "imperio" está reordenando el mapa productivo del capitalismo de cuarta generación. Información, lenguaje, comunicación, interacción, son los nuevos dispositivos del régimen económico actual. El sujeto que emerge de esta conectividad es la multitud. Una multitud que no quiere el poder del Estado, sino desarmar el Estado. Una multitud que impugna el poder porque reconoce que la nueva gubernamentalidad está desplazando el foco de los aparatos estatales a la biopolíticas, de las instituciones clásicas de dominación y control (la fábrica, la escuela, la familia) a los cuerpos y las poblaciones. "La multitud es un modo de ser abierto en desarrollos contradictorios: rebelión o servidumbre" (Virno, 2003: 19). Como sugiere Verónica Gago (2014), "cuando a fines de los años 70 Michel Foucault propuso desplazar la mirada desde la centralidad histórica del Estado soberano hacia el gobierno de las conductas, instaló las condiciones para pensar una original dinámica política que, desde entonces, no hizo más que desarrollarse".

Evidentemente es lo que está sucediendo ahora, cuando ya aquellos primeros años de la primera década del siglo XXI parecen tan lejanos. ¿Aceleración de la historia o la urgencia de las tecnologías?

En *Ciberleviatán*, José María Lassalle (2019) lo menciona bien:

> La magnitud del fenómeno la evidencian los años que llevó a diversos desarrollos tecnológicos de la Revolución Industrial alcanzar los cincuenta millones de usuarios y los necesitados por aplicaciones de la Revolución Digital. Así, el automóvil tardó sesenta y dos años; cincuenta, el teléfono; cuarenta, la electricidad; veintiocho, la tarjeta de crédito; dieciocho, el cajero automático; doce, la tarjeta de débito; siete, Internet; cinco, PayPal; cuatro, YouTube; tres, Facebook, dos, Twitter.

Transmedialidad: narrativas desbordadas

Ya tenemos claro que las audiencias no volverán a ser las mismas. También convenimos con Jenkins que los medios tampoco. Ahora falta ver cómo se procesan estos cambios en el interior de los relatos. La narrativa transmediática es la respuesta. Carlos Scolari es el investigador que más atención ha puesto en este campo. La *transmedialidad* es el resultado de los cambios que se producen en las narrativas ficcionales a partir de la convergencia tecnológica. Pero, a su vez, es una nueva forma de narrar y de vehiculizar el relato. La transmedialidad fue definida originalmente por Jenkins en un artículo publicado en 2003 en la revista *Technology Review.* Allí

señalaba el ingreso a la convergencia de medios que vuelve inevitable el flujo de contenidos a través de múltiples canales. "La transmedia es una particular forma narrativa que se expande a través de diferentes sistemas de significación (verbal, icónico, audiovisual, interactivo, etc.) y medios (cine, cómic, televisión, videojuegos)" (Scolari, 2013).

Pero la narrativa transmedial no son meras adaptaciones de un lenguaje a otro; son expansiones ficcionales que aprovechan diferentes tecnologías o soportes para aumentar el alcance y la profundidad del universo original. Esta narrativa implica características tales como la convergencia mediática, la expansión narrativa, la interacción y la coproducción de las audiencias. Las primeras experiencias de transmedialidad se pueden observar en todo el universo de *Star Wars*, cuando el filme inicial fue expandiéndose en la saga de los diferentes filmes que iban narrativamente hacia atrás o hacia adelante; luego estos mismos relatos configuraban la base de videojuegos, cómics, muñecos. El mundo de *La guerra de las galaxias* fue dando así forma a todo un universo narrativo, con decenas de personajes, historias, genealogías, mundos intergalácticos y escenarios. Luego, en formas más elaboradas desde el punto de vista de la producción, otros productos tomaron la posta: ese es el caso de *Matrix*, por ejemplo, y su universo paralelo, con expansiones en el cómic o en juegos digitales en línea.

Este proceso de mutación de los productos culturales de última generación en los que la transmedialidad se articula con otras formas de consumo cultural, en particular, la expansión del

streaming, así como la crisis del consumo en el *living* familiar como el ritual de recepción televisiva del que hablaba Eliseo Verón, pone en escena también la pregunta por el fin de los medios masivos. Como se preguntó Mario Carlón (2012) en uno de sus textos, ¿estamos asistiendo al fin de la tele, de la radio, del cine, del periódico?

Los datos, por ejemplo, de consumo televisivo tradicional parecen confirmarlo. En casi todos los países desciende significativamente en la franja etaria más joven. Pero también en los de mediana edad. Más de un 50% menos en promedio, y baja casi treinta minutos la visión diaria desde 2012, cuando alcanzó una cúspide de cuatro horas y media diarias. También es significativa la caída en el consumo de los diarios en papel o la asistencia al cine. ¿Se lee menos información que hace una década atrás?[60] ¿Lo audiovisual está también en crisis? ¿El libro está obsoleto? Nadie que ande por la calle, viendo las inmensas pantallas led, los apabullantes carteles en negocios y paseos públicos o descubriendo a los absortos paseantes enfocados sobre las pantallas de sus celulares, podría ni remotamente pensarlo. Serres (2013) llamó "pulgarcita" a esta generación que manipula esos pequeños equipos con el pulgar evidenciando la destreza de un pianista. Lo que sí es cierto, y lo demuestran esos paseantes que –contra las observaciones de Benjamin–, lejos de

60 Todavía se debe hacer el estudio profundo del pasaje de la prensa impresa a la digital. Pablo Boczkowski y otros investigadores están desarrollando este campo. Un dato sirve para ilustrar la magnitud de la modificación: el diario *La Nación*, como otros medios gráficos, viene perdiendo lectores de papel, pero hoy ya cuenta con más de 300 000 suscriptores a su envío *online*.

mirar el paisaje, no sacan la mirada de sus equipos, es que las formas de consumo están modificándose.

La caída del consumo de televisión abierta viene pronunciándose desde mediados del 2005, cuando el avance de la televisión paga y de la conectividad modificaron los hábitos de visión. Si bien, articulada a la televisión por demanda, mantuvo una cuota importante de pantalla encendida, las formas discontinuas de recepción, la diversidad de ofertas de las redes sociales, como también las modificaciones de la temporalidad social y de la organización familiar, impactaron sobre el viejo mueble hogareño, que, en algún momento, como un tótem, había organizado la vida cotidiana de las tribus urbanas. Un informe de la empresa Ericsson afirmó que en el año 2020 solo el 9% de los norteamericanos serían espectadores de sillón.[61] Y más de la mitad de los contenidos audiovisuales se consumirían por celulares o *tablets*. Y el 46% del visionado pasaría al formato *on demand*. En España, en 2019, el consumo promedio diario de televisión abierta descendió 13 minutos. Este descenso se viene confirmando desde 2013. En el caso argentino, la televisión abierta sigue siendo la que mayor alcance tiene, con cerca de 38,6 millones de personas y una cobertura del 98% de la población. Si bien ese dato sigue demostrando que la pantalla tradicional es, como hace tiempo lo había observado Dominique Wolton (1992), el único vínculo social extendido, el encendido disminuye año a año. En 2018 alcanzó 20,9

61 Informe "Conectividad en el mundo Covid-19" (2020), consultado en agosto de 2020 en el sitio web de Ericsson (www.ericsson.com).

puntos de *rating* y descendió con respecto al 2017, en 2,2 puntos. Si bien la caída del consumo televisivo es global, forzado por la competencia de otras pantallas, y por la aparición de un competidor fuerte como es el *streaming*, las transformaciones en las formas de recepción se observan también en cómo se distribuyen los porcentajes entre los dispositivos. El 56 % de los argentinos conectados dice ver televisión desde sus *smartphones* y el 23 % ve películas en ese mismo dispositivo. El 57 % de los internautas argentinos dice visitar YouTube varias veces al día. En este contexto, la empresa Kantar Ibope Media, encargada de medir el *rating*, desde 2018 hace la medición de lo que se llama la "TV extendida", para computar el visionado del contenido televisivo en los otros dispositivos. El viejo *rating*, que medía la visión en simultáneo a la transmisión, no refleja hoy los hábitos de recepción de la gente. Muchos miran los productos desde las aplicaciones. Consumen los programas en horarios diferentes y en contextos nuevos. Muchos, en la calle. ¿Cómo evaluar el impacto de un producto audiovisual? Hay un concepto que ya están en boca de gran parte de las audiencias juveniles: *streamer*, y alude a los protagonistas de las plataformas de *streaming* que en vivo hacen hoy sus envíos comunicacionales. Algunos de ellos pueden batir récords de audiencias, como TheGrefg, *youtuber* de España que obtuvo, a finales de 2020, 2,5 millones de receptores en un solo envío (Luna & Gea, 2021).

Del mismo modo que la televisión abierta o paga declina en la competencia con la web, los medios impresos lidian también su batalla campal con las redes. Hace una década los diarios en papel

de España tenían 16 millones de lectores diarios. Hoy, diez años después, apenas alcanzan los 9 millones. Es una caída de alrededor del 40%. En el caso del diario *El País*, con 2,2 millones de lectores en noviembre de 2008, no llega al millón en 2017. Eso representa una caída mayor al 50%. En el caso argentino, según el Instituto de Verificación de Circulaciones, la caída muestra tendencias similares. El diario *Clarín* perdió el 50% de sus lectores entre 2003 y 2018. El diario *La Nación* perdió un 35%. La excepción es el *Diario Popular*, que conservó en el mismo período el 93% de su mercado (Becerra, 2018).

Por supuesto que hay invariantes, como sugiere Verón en un prólogo que ya es todo un testamento. Una de ellas, la misma mediatización, porque lo que no cambia es el fondo de la cuestión.

> Los invariantes remiten a la mediatización misma, como una de las dimensiones fundamentales del proceso de especiación del sapiens. Lo emergente resulta, cada vez, del surgimiento de un nuevo dispositivo técnico –desde el momento inaugural de la talla de instrumentos de piedra hasta Internet– que genera un fenómeno mediático inédito, el cual modifica y complejiza la manera en que se exteriorizan-materializan los procesos cognitivos de la especie. (Verón, 2012: 9)

La red oscura

El término *darknet* le pertenece a cuatro miembros de Microsoft Corporation, que en 2002 escribieron un *paper* sobre la dimensión desconocida de la red (tráficos de armas, pederastia, drogas y operaciones secretas de encriptamiento y ciberdelitos) a la que pocos acceden.[62] Un segundo mundo, muy al estilo de *Matrix*, pero que no tiene nada que envidiarles a los submundos del hampa, el narcotráfico, el cine *snuff* u otro tipo de delitos en la vida fuera de la red. Sin embargo, la existencia de esta red subterránea pone en evidencia que la dimensión digital del mundo no está exenta de peligros. Lejos de la visión algo naíf de los *nativos digitales* que celebramos muchos con Marc Prensky (2001) en los albores del mundo digital, la extensión de la red en nuestro entorno exige un sinnúmero de políticas de cuidado. *Bullying*, *grooming*[63], *fake news*, negacionismo, el ciberodio[64] son, en la actualidad, tendencias y manifestaciones que nos ponen sobre aviso de que lo que ocurre en la red no es tan transparente. En especial para el mundo de los niños y adolescentes, para los cuales una línea más que importante de investigadores viene analizando consecuencias y políticas que los Estados y la sociedad civil deberían incluir en sus agendas; me refiero a los trabajos de Roxana Morduchowicz (2018), de

62 El *paper*, titulado "The Darknet and the Future of Content Distribution", fue escrito por Peter Biddle, Paul England, Marcus Peinado y Bryan Willman.

63 En 2020, la Cámara de Diputados de la Nación sancionó la ley de *grooming*.

64 La Comisión Europea de la Unión Europea ha impulsado recientemente un programa contra la xenofobia y la intolerancia en los medios digitales.

Inés Dussel y Luis Quevedo (2010), de Sherry Turkle (1997), de David Buckingham (2005), entre muchos otros. En líneas generales, estos autores y autoras impulsan una "alfabetización digital" que se incluya en los currículos educativos y en las políticas públicas dedicadas a la infancia y los adolescentes. Si tenemos en cuenta los estudios de campo más recientes, el 90 % de los adolescentes pasan conectados la mayor parte de su día. Desde que se levantan y hasta que se acuestan. Chatean, miran programas de televisión, hacen las tareas escolares, comparten imágenes y videos, juegan: todo el día con sus pequeños celulares haciendo *multitasking* de manera ininterrumpida. Antes que los integrantes de la escuela de Canadá definieran el campo de la ecología digital, las nuevas generaciones la pusieron en práctica. Y ya hay señales inquietantes: ocho de cada diez adolescentes dicen no consultar más que el primer *link* que les aparece en el buscador cuando hacen sus tareas escolares. Casi el 70 % dice seguir los consejos de sus pares, de foros o de *youtubers*. Nueve de cada diez solo leen noticias en las pantallas y sus lecturas duran apenas unos minutos. Según uno de los últimos estudios de Morduchowicz, los "chicos de hoy viven en permanente fragmentación, provisionalidad, búsqueda constante de inmediatez y una intensa sensación de impaciencia" (2018: 46). En ese clima de incertidumbres, además, proliferan los relatos conspirativos. Uno de esos relatos fue el del exitoso documental *El dilema de las redes sociales*, de Netflix, estrenado en 2020 –en plena pandemia– y dirigido por Jeff Orlowski, en el que *arrepentidos* del mundo de la web cuentan sus secretos. Con la cita de Sófocles en

Antígona en el preludio ("Nada extraordinario llega a la vida de los mortales separado de la desgracia"), el relato nos cuenta todos los perversos mecanismos que volvieron a las redes sociales adictivas. Cualquiera que sea miembro de alguna de ellas, supongo que ya sabe a lo que nos referimos. Entre las desgracias ya enumeradas, no hay que dejar pasar algunas que constituyen una verdadera constelación. Me refiero a la desaparición de la intimidad, la proliferación de noticias falsas, el *cocooning* (tendencia a vivir en cuartos o casas unipersonales solamente conectados por las mediaciones digitales). Aquí la amenaza es la pérdida de contacto con lo real, lo existente. En *Historia reciente de la verdad*, Roberto Blatt (2018) hace un señalamiento interesante: la verdad es una construcción de la era moderna, cuando, salidas del mundo de la magia y la metafísica, las sociedades decidieron ajustarse a una realidad objetiva, medible, experimentable y compartida. Hoy, esta dimensión experimentable y compartida de la realidad es lo que está en peligro.

Capítulo XII

Periodismo, *fake news* y *big data*

Hace algunos años que venimos escuchando reflexiones sobre la anticipada noticia del fin de los medios masivos de comunicación (Sanguinetti, 2008; Ramonet, 2011; Carlón, 2012). En casi todas esas reflexiones y estudios académicos se evalúa el impacto de los dispositivos digitales y su incidencia en la modificación de la tradicional estructura de la información, que se había constituido desde que comenzaron a circular las primeras gacetas en el siglo xvii. En general, se observa la crisis en las formas de producción histórica de la noticia, especialmente en lo que Ramonet (2011) refiere como un producto acabado, cerrado; la noticia habría dejado de ser el resultado de un proceso con principio y final en el que el periodista trabaja hasta completar y dar a conocer. Las noticias de la era digital son un *work in progress*, siempre inacabado, que va construyéndose a la par que circula por las diferentes plataformas de comunicación. El otro aspecto que se señala habitualmente es el de la periodicidad: la noticia era una mercancía que entraba dentro de un esquema temporal acotado de veinticuatro horas, marcando así la agenda de la vida cotidiana de la gente. Si el diario por la mañana ordenaba el menú periodístico, la radio y la televisión

oficiaban como un complemento que agregaba testimonios directos (visuales o sonoros) y matices; al final del día los noticiarios de televisión sintetizaban lo más relevante. A partir de la continuidad de accesos que generan los nuevos dispositivos, el consumo móvil en redes sociales y la producción informativa –muchas veces de los mismos receptores–, tiene lugar hoy una proliferación informativa que no tiene pausas. Por otro lado, los criterios de noticiabilidad se vinculaban con las tradicionales concepciones de excepcionalidad, alcance e incumbencia, que permitían establecer una jerarquización compartida (por públicos y productores); y siempre el contexto nacional definía la valoración noticiosa y, en todo caso, las noticias internacionales se leían desde ese marco de identidad.

Hoy, todas esas dimensiones, desde la más simple, como la de proximidad, son difíciles de definir con certeza. ¿Cómo establecer la cercanía o la distancia en un mundo globalizado hiperconectado? Recordemos la velocidad con la que se expandió el coronavirus desde aquella remota ciudad de Wuhan en China o la atención que generan muchas veces sucesos como el asalto de las huestes republicanas al Capitolio para comprender cómo la experiencia del mundo se ha empequeñecido. Hace algunos años, el antropólogo brasileño Renato Ortiz había imaginado una categoría transversal para describir los procesos culturales contemporáneos: los definió como lo "internacional-popular", para referir a la expansión de los productos simbólicos que migraban y se exportaban fuera de las fronteras de origen. Algo similar ya pasa en el caso de las noticias. ¿Cuántas veces

leemos informaciones producidas en portales internacionales sobre acontecimientos locales? Es aquel sistema estructurado de unas sociedades nacionales, con límites precisos y jerarquías respetadas, lo que "explotó" (Ramonet, 2011). No la información, que, por el contrario, crece en su demanda, a tal punto que hay portales nacionales que hoy compiten con medios internacionales. Uno de los últimos informes de Comscore da cuenta del crecimiento de algunos sitios *online*, entre ellos, *Infobae*, que en 2020 superó a *Clarín* y al sitio del diario *El País*, con más de 55 millones de visitantes únicos totales, ubicándose entre uno de los sitios en español más leídos del mundo (Rojas, 2020).

Entonces, ¿es el fin o el principio del periodismo de masas? Según las empresas periodísticas estamos lejos de ver cumplido el primer presagio. Si bien la lectura de periódicos baja en Occidente, la cantidad de lectores sube en Asia. Por otro lado, se constata, en general, el desplazamiento del consumo desde el papel a las pantallas (Boczkowski, 2006); pero a su vez, dentro del consumo *online* crece el de los dispositivos móviles. El último informe del Reuters Institute (2020) sobre noticias digitales confirma también un desplazamiento hacia el acceso a las noticias a través de redes sociales. En particular, el crecimiento de WhatsApp, por el cual, más del 50 % de los consultados dice haber recibido y compartido información por medio de esa aplicación. En promedio, el crecimiento fue de un 10 % y, aunque en el contexto de la crisis del covid-19, a nivel mundial, el consumo de noticias en línea se detuvo (se supone que las cuarentenas que

obligaron a mucha gente permanecer en sus hogares impactó sobre el encendido televisivo) después de un crecimiento ininterrumpido en los últimos nueve años, este sigue siendo alto. En el caso de Alemania, por ejemplo, el 72 % dice haber elegido la televisión; el 69 %, las noticias *online*; el 39 %, las redes sociales; y el 26 %, los medios impresos. Hay que mencionar que los medios impresos alcanzaban un 63 % de las preferencias en el año 2013.

También es cierto, como lo advirtió Becerra (2018), que los periódicos nacionales pierden relevancia, pero paradójicamente surgen cada vez más lectores para los llamados *medios globales*, como *El País* en su edición para América Latina o *The Guardian*, que tiene más lectores en Estados Unidos que en Inglaterra. Otro dato importante es el crecimiento de los lectores por suscripción. Si bien el diario *La Nación* perdió el 50 % de sus lectores en papel, tiene cerca de 300 000 suscriptores a su servicio *online*.

Entonces, la pregunta más interesante no debiera ser, acaso, cómo cambia el ejercicio del periodismo (diríamos el trabajo de producir información y publicarla) en el contexto de la digitalización social de las formas de transmitir el conocimiento. En efecto, los nuevos dispositivos tecnológicos de información y comunicación resultan indefectiblemente responsables de las mutaciones de la información o, mejor dicho, de las mutaciones en las formas de acceder a la información que había consagrado la modernidad clásica –el periódico, la radio, las agencias de noticia, el cine, etcétera–, lo que en su momento Martín-Barbero describió como *mediocentrismo*,

es decir, un gran medio emisor y muchos –masivos, diríamos– espectadores, oyentes, lectores anónimos. Por supuesto que este formato llamado *tradicional* fue consustancial a los medios masivos, que, básicamente, fueron denominados así por esas dos razones: el *broadcast* y la regularidad.[65] Con la red lo primero que estalla es esa concentración del emisor; algunos especialistas aventuraron en aquellos primeros años una suerte de democratización de la información. La aparición, entonces, de las nuevas plataformas, de otras formas de informar e informarse, de las redes de *microblogging*, y la proliferación de sitios web, de los observatorios, páginas personales, cuentas personales, fundaciones, cooperativas, pequeños sitios informativos, ¿alcanzan ya para hablar de una reconfiguración del periodismo? Pero también, como ya dijimos, la temporalidad establecida sobre ciertas rutinas laborales, como de roles sociales. Porque también hay que decirlo: los medios masivos acompañaron las instituciones sociales y sus rituales de la sociedad industrial que les dio origen en los finales del siglo XIX y durante el siglo XX.

En ese marco, los elementos constitutivos de aquel quehacer (el periodista, el medio informativo, el contexto, la materia prima de esa industria –la noticia–) comenzaron a sufrir los embates de una serie de modificaciones.

Por ejemplo, el simple hecho de leer el diario en papel hoy resulta una práctica atípica, y es difícil ver, salvo en personas

---

65 Para un análisis detallado de la transición entre medios masivos y nuevos medios, recomendamos el trabajo de Mario Carlón, *Después del fin. Una perspectiva no antropocéntrica sobre la post-tv, el post-cine y YouTube* (2016).

que llamaríamos hoy *adultos mayores*, gente que lo haga. Como lo demuestran los estudios de lectura *online*, ya es difícil parangonar la lectura del diario de papel con la lectura de las pantallas digitales de esos mismos diarios (Mitchelstein *et al.*, 2016). Cuando abrimos nuestras pantallas, generalmente, nos guiamos por nuestros intereses más particulares. Difícil que a quien no le interesen los deportes llegue a las secciones correspondientes, a no ser que sea sorprendido por esta información en el frente de la pantalla. Lo mismo le sucede al que no está interesado por la política internacional o por la educación. Nos hemos vuelto especialistas, coleccionistas, eruditos.

Incluso el diario impreso (en particular el de los domingos) hoy nos sorprende cuando lo compramos en un quiosco con la magnitud y extensión de sus noticias. Nos dirán: ¿Quién tiene una hora diaria para leer lo que demanda la lectura de un diario hoy en día? Pero, además, los algoritmos mandan. Es difícil que lleguen a nosotros informaciones que se desprendan demasiado de nuestros propios prejuicios. Investigaciones recientes aluden al impacto de la red en los hábitos de lectura y acceso a la información. Las llamadas *burbujas de filtro*, concepto acuñado por Eli Pariser (2017), son las que hoy determinan nuestros consumos digitales, influenciados por nuestro historial de clics.

Hay datos que corroboran estas hipótesis. La primera es la caída progresiva de la tirada de los periódicos. Según uno de los últimos informes del portal *online* dedicado a la metacrítica del periodismo *Diario sobre Diarios*, en Argentina, todos los medios

gráficos viven desde principio de siglo una merma significativa de lectores. Desde el pico en los años ochenta hasta hoy, la reducción alcanza cerca del 50 % (700 000 a 250 000 ejemplares promedio en los medios de tirada nacional). Diarios tradicionales, como *Clarín* y *La Nación*, pero también los más pequeños, como *Página/12* o *Perfil*, sufren este proceso. ¿Qué es lo que pasa? ¿Se correlaciona esta tendencia con el aumento de la conectividad (el paso del 35 % al 60 % en Argentina entre 2001 y 2014), con la extensión de las computadoras o los *smartphones* y *tablets*? ¿Con el incremento sostenido del consumo audiovisual que constatan los estudios de audiencias? ¿Cómo puede competir el diario con más de cuatro horas diarias de televisión por habitante en Argentina? ¿Y con tres horas diarias de computadora?

Pero también es cierto que vivimos un cambio en la función del periódico. Porque, como correctamente lo recuerda Sandra Valdettaro (2008), la lectura del periódico no se puede desvincular de la conformación histórica de un tipo de sociedad.

> Emplazada en una extensa variedad de prácticas, la lectura nunca estuvo sola; potenció múltiples sistemas diferenciales de percepción y acción en la Modernidad no exclusivamente relacionados con su dimensión intelectual-crítica. La prensa como una institución clave en la conformación de un espacio público racional se asentaba en el principio rector de la objetividad (central en el ejercicio del

> periodismo como una profesión liberal), y en una concepción de la lectura como en tanto instancia de decisiones fundadas. (Valdettaro, 2008)

No habría tampoco que dejar de señalar la competencia o, mejor dicho, el impacto que la televisión abierta generó sobre los periódicos. Pero no solo con relación a la más obvia referencia respecto a la dimensión cuantitativa del consumo cultural, sino en la línea semiótica de la hipótesis de Eliseo Verón. La televisión golpeó sobre uno de los sustentos mayores de la prensa gráfica: la credibilidad. Fue la *toma directa* la que afectó la *credibilidad* de los diarios. Pero también, deberíamos agregar, el pasaje en la función de “vínculo social” de la que hablara Wolton (1992), del periódico a la televisión.

Así podemos concluir, al menos tentativamente, que la mutación de la que estamos hablando obedece a tres marcos generales de referencia: los civilizatorios, que atañen a una modernidad en crisis; los tecnológicos, que devienen de la digitalización de la sociedad; y los perceptivos, que surgen del impacto de lo visible en unas sociedades atravesadas por las culturas electrónicas dominantes. Pero a esto se suman dos procesos que merecen una referencia aparte. Me refiero, por un lado, a la expansión de una práctica informativa conocida como *fake news*, que si bien no es nueva en lo específico (siempre hubo noticias falsas), adquiere por una serie de factores particulares una significación determinante en el universo

informativo contemporáneo. Y, por otro lado, la irrupción de una dimensión inédita también, pero que está en el corazón del nuevo estatuto de la información: la *big data*.

Fake news y big data

Las llamadas *fake news* ("noticias falsas") no son nuevas, y si observamos bien se remontan hasta los orígenes de la prensa escrita. Quizás una de las primeras noticias falsas pudo haber sido el relato que decía que la Tierra estaba sostenida por gigantescas tortugas. También es cierto que la manipulación informativa que ejercen y han ejercido periódicos y editores es una práctica bastante común en los medios como para que eso sorprenda a alguien. ¿Qué hay entonces de diferente en las *fake news* como para que en los últimos años se haya llevado tantos minutos de televisión, tantos centímetros de prensa? Fue la palabra del año en 2017, y desde entonces no dejan de publicarse libros como *#Fakeyou. Fake news y desinformación*, de Simona Levi (2019); *Fake news. La nueva arma de destrucción masiva*, de David Alandete (2019); o *Fake news, trolls y otros encantos*, de Ernesto Calvo y Natalia Aruguete (2020). Fue una de las estrategias más usadas por Donald Trump cuando buscaba desacreditar las críticas a su Gobierno. Y durante varias semanas, en el caso Maldonado, se convirtió en el paradigma de ensayo de una guerra digital entre oficialistas y opositores.

La primera cuestión es definirla: las *fake news* representan el accionar informativo deliberadamente falso tendiente a confundir la percepción del receptor sobre un determinado hecho, incentivando sus prejuicios y creencias más allá de los hechos comprobables. Para Levi (2019) hay que inscribir estas prácticas informativas decididamente dentro de las estrategias de desinformación que llevan adelante empresas, Gobiernos o grupos, mediadas por las redes y aplicaciones, con el objeto de incidir en los estados de ánimo o la opinión de la población en determinado contexto, generalmente en el marco de campañas electorales o procesos fuertemente politizados de la actualidad. Una de las referencias más ilustrativas es la que citan Calvo y Aruguete (2020) en el caso del señor Tucker. En ese hecho, ocurrido en el año 2016, Eric Tucker, un conservador republicano, captó con su celular en una calle lindante a un acto demócrata una serie de ómnibus vacíos que ocupaban una larga calle de la ciudad. El señor Tucker interpretó que esos micros pertenecían a la comitiva que participaba de la movilización demócrata que repudiaba la reciente elección del presidente Trump, y subió la imagen en un tuit haciendo referencia a que aquella no era una movilización tan espontánea como alegaban los demócratas. Inmediatamente, el tuit fue retuiteado por el presidente Trump y se viralizó llegando a todo el país en pocos segundos. Luego se comprobó que el dato era falso, que los micros pertenecían a una convención médica que se realizaba en un hotel cercano y el señor Tucker tuvo que retractarse unos días después, admitiendo la desinformación en la que había incurrido.

Lamentablemente el tuit de desmentida no tuvo tanta repercusión como el primero, y la *fake news* siguió abonando los prejuicios de los republicanos que la toman como cierta. Por supuesto, en ningún momento el presidente Trump se tomó el trabajo de difundir la rectificación de Tucker.

Otro ejemplo es el que refiere Alandete (2019) en el marco del llamado *procés* catalán, en el que se descubrió la participación del Gobierno ruso en la campaña de desinformación desarrollada en el contexto de la lucha por la independencia. Según Alandete, cronista del diario *El País*, varios reconocidos intelectuales y activistas, como Julian Assange, fueron parte de una deliberada estrategia de impugnación y cuestionamiento de aquellos que respaldaban la posición del Gobierno central español.

Si bien hay que considerar que casos como estos abundan, y son parte hoy de un debate muy complejo en el cual se juegan fuertes intereses dentro del sistema digital (por caso, el de los grandes medios que ven perder su centralidad en la administración de la agenda informativa, así como el de los Gobiernos que pretenden aprovechar la expansión de las falsas noticias para controlar los flujos informativos y las noticias críticas contrarias a sus administraciones), lo cierto es que la expansión de estos *modus operandi* dentro del mundo digital han provocado profundas preocupaciones. Algunos expertos hablan ya de *infodemia*, una suerte de enfermedad viral de la información, producto del uso deliberado de estrategias de confusión informativa. Los casos más extremos son las leyes que literalmente

avanzan sobre las libertades de expresión, como pueden ser los casos de Singapur, que en 2019 sancionó la primera ley contra las noticias falsas. Por supuesto que este proceso también se cruza con la expansión del control de los flujos informativos que hoy ejercen las grandes compañías, que ya monopolizan los accesos y la distribución de la información digital. Nos referimos a las empresas conocidas como GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft), que engloban hoy a más de 4000 millones de internautas, como señala Ignacio Ramonet en *El imperio de la vigilancia* (2016).

Para Calvo y Aruguete (2020) hay tres dimensiones a tener en cuenta para comprender la lógica de funcionamiento de las *fake news* en el mundo digital. La primera tiene que ver con lo que denominan la *ruptura del consenso cognitivo.* Cada vez más las audiencias digitales se mueven dentro de marcos referenciales formados por aquellos que comparten sus creencias y tienden a aceptar las evidencias que apoyan su visión del mundo. En estos espacios, actúan a partir de "razonamientos motivados"; es decir, a partir de convicciones que son previas a los hechos fácticos o a los datos que perciben o reciben por las redes. Por tanto, es difícil que haya consensos sobre determinados hechos entre personas que no pertenecen al mismo grupo de identificación. La siguiente es la *ruptura de los consensos políticos.* También aquí es evidente que los grupos que actúan en las redes informativas no buscan los puntos en común, los acuerdos o consensos sobre hechos u opiniones, sino el conflicto y la diferenciación a partir de "razonamientos expresivos"

que buscan impugnar o contradecir las opiniones de los otros. Por último, los autores señalan la *ruptura de los consensos ciudadanos*: la red es un campo de batalla donde se han "balcanizado las narrativas", productos de las estrategias de encuadre y acción en cascada, que, como condición de la exposición selectiva, domina los circuitos de información dentro de las redes sociales.

A diferencia de las *fake news*, que son una forma de operar dentro del magma digital, la *big data* refiere al corazón mismo del sistema, es el magma mismo. Las metáforas se suceden una tras otras: el Leviatán digital, la sociedad de la vigilancia, el enjambre. Por supuesto, se debe centralmente a la expansión de la conectividad en las tres dimensiones clave que conlleva el avance de la cuarta revolución industrial: la digitalización de la sociedad, la robotización de los procesos productivos y el crecimiento de la internet de las cosas; tres factores que, como mencionó Ramonet (2016), conforman la expansión de un imperio de control y vigilancia que abarca a cada sujeto tanto en la dimensión espacial como en el tiempo.

Nuestros movimientos, como nuestra historia, comienzan a ser digitales, como lo demuestra la gran conversión que se produce vertiginosamente desde principios del siglo XXI: cosas y personas se conectan en una malla de red que casi no tiene agujeros. Desde el celular, nuestro auto, las cuentas bancarias, los consumos *online*, las películas y series que vemos, pero también nuestro andar por la ciudad en paseos públicos, galerías, *shoppings*, aeropuertos, y a eso hay que sumar las fotos que subimos a los muros, los videos, los textos,

nuestros mensajes de WhatsApp, las noticias que compartimos, los enlaces que guardamos, los me gusta, los emoticones. Cada uno de estos movimientos y acciones comporta un dato, un dato que se multiplica por cientos de miles de millones, de cada usuario, de cada cosa conectada, de cada interfaz. La *big data* es eso, pero no solo la sumatoria: es mucho más que eso, porque la *big data* es volumen, por supuesto, pero también es velocidad y, por último, es variedad. Las tres V que constituyen en esta nueva escala un proceso nuevo; a tal punto nuevo, que algunos presagian el fin de la ciencia, de las hipótesis, de las muestras, de toda una larga tradición científica que hace de la abstracción su piedra basal. Si ahora podemos preguntarles a todos todo y obtener una respuesta cuantificable, ¿para qué la ciencia?, se preguntan. El segundo aspecto de esta conectividad es la que ya mencionamos antes. La *big data* conforma el último eslabón de la revolución tecnológica que produce una nueva transformación del sistema capitalista, porque ahora la producción material está determinada por ese *quantum* de información que hace la diferencia técnica. El trabajo humano pierde valor ante la automatización de la máquina, que ahora hace el trabajo por el hombre. Esto libera el trabajo humano pesado y lo desplaza hacia el trabajo cognitivo, afectivo, comunicacional, como dijo Antonio Negri (Hardt & Negri, 2000).

El poder de fuego sobre esta inmensa masa de datos, ¿quién lo controla?, ¿quién ejerce el poder? ¿Es, como sugiere Lassalle (2019), un nuevo Leviatán?, ¿o es, como sugieren Hardt y Negri (2000), la

posibilidad de una verdadera revolución impulsada por el *general intellect* tal como Marx la imaginara en los *Grundrisse*?

Recalculando: inventar de nuevo el periodismo

Hoy podemos definir que existen una serie de factores externos e internos que modifican sustancialmente los elementos constitutivos del periodismo y los medios informativos.

Las empresas periodísticas han sufrido y se han beneficiado del proceso más amplio denominado *globalización económica*. Un fenómeno largamente estudiado desde los años noventa refiere este cambio de paradigma económico. Mercados mundiales, constitución de oligopolios mediáticos, privatizaciones de empresas públicas, crisis de las potestades estatales, aperturas indiscriminadas de los mercados, grandes fusiones dentro de las industrias de la cultura. Como sugirió ya hace tiempo García Canclini, la globalización económica se diferenció de la transnacionalización por la ubicuidad multipolar de sus centros y la articulación mundializada de los procesos. Dominada por los lineamientos ideológicos del Consenso de Washington, la globalización repercutió en el campo de las comunicaciones en el surgimiento de lo que primero se llamaron *multimedios*, para luego dar paso a las grandes concentraciones que integraron compañías telefónicas, agencias de noticias, señales de televisión por cable, industrias del entretenimiento, editoriales,

empresas discográficas. *Concentración mediática* y *convergencia editorial* marcaron una tendencia sin interrupciones desde la década del noventa, cuyo paradigma más conocido fue en 2001 la fusión de uno de los grandes de Internet de entonces (AOL) con la gran compañía de producción audiovisual de Estados Unidos (Time Warner). Hoy en día el debate se cierne sobre el control que sobre esos medios ejercen los monstruos digitales. Si sigue creciendo el acceso a las noticias y la información por las aplicaciones o *startups* como Facebook, YouTube o Twitter, ¿quién controla verdaderamente los circuitos de información? Por otro lado, el reclamo que hacen, muchas veces con razón, los grandes medios contra las redes sociales, ¿no es una manifestación de pérdida de centralidad a costa de los dispositivos más horizontales de los usuarios?[66] Es evidente que el avance de la web semántica erosiona incluso los parámetros de acceso a la información más recientes. Pablo Boczkowski (citado en Schuliaquer, 2014) viene probando en diversas investigaciones la relatividad de la promesa de diversificación informativa del mundo digital. Entre otras cosas, la competencia feroz por la primicia *online* produce un fenómeno perverso: todos los portales copian casi la misma información, produciendo así un efecto de saturación. Obviamente, si queremos mejor calidad informativa, la velocidad conspira contra eso.

Es además inexorable que este proceso vaya acompañado por lo que se ha denominado la *mediatización de la cultura*. Esto implica

66 Al momento de concluir este texto, Google comenzará a pagar por el uso de la información de medios en tres países: Alemania, Australia y Brasil (*Infobae*, 25 de junio de 2020).

la tecnificación de las prácticas sociales y la *audienciación* de los públicos. Es decir, la trama de tentáculos de los medios tecnológicos de información y comunicación se extiende, sumergiendo la vida cotidiana en el magma digital, una vida cotidiana que, en su hacerse visible a través de estos infinitos dispositivos, se espectaculariza. Lo que Paula Sibilia (2008) llamó el "show del yo"; múltiples pantallas, infinitos dispositivos, interminables mensajes, nos atraviesan ubicuos en los más diversos ámbitos: el hogar, la calle, el trabajo, los hospitales, las plazas. Somos así audiencias y emisores en todo momento y en todo lugar, queramos o no. El concepto que intenta definir este nuevo estatuto de la comunicación es *prosumidores*. La transmedialidad así asume la representación de otro tipo de comunicación dentro de la ecología de los medios, esto se observa en forma determinante en los jóvenes, como lo demuestran infinidad de investigaciones (Scolari, 2018).

La realidad se ha mediatizado y con ella se afectan directamente las prácticas laborales del periodista. Las nuevas tecnologías de información y comunicación impactan de modo directo en las rutinas productivas. Estas nuevas formas de producción informativa son determinantes en la actual concepción de la noticia. Y esos criterios de noticiabilidad surgen de las condiciones nuevas que el espacio social determina. Manuel Castells (1996) llamó a esa renovada territorialidad "el espacio de los flujos". Lo distante, lo cercano, variables tradicionales de la producción del acontecimiento periodístico van perdiendo eficacia para definir lo noticioso; la imprevisibilidad y la implicancia

sufren también sus efectos y desaparecen como variables constitutivas del ejercicio editorial. ¿Qué no deja de implicarnos en un mundo cada vez más pequeño? ¿Qué puede ser vivido como imprevisto en la sucesión ininterrumpida de noticias? Transversalizadas las sociedades por los medios, implosionadas las dimensiones de tiempo y espacio clásicas de la modernidad, vulneradas las fronteras de los Estados nacionales, fragmentadas las audiencias por las redes sociales y las múltiples plataformas de producción y consumo de bienes simbólicos, la vieja práctica de informar sufre múltiples distorsiones: la distinción entre lo público y lo privado, la diferencia entre informador e informado, las jerarquías entre medios masivos y particulares. Blogs, wikis, Twitter, portales, WhatsApp y ahora las temibles *fake news* configuran otros modos de pensar la comunicación. Prácticas nuevas de vinculación, subjetividades transterritoriales, audiencias y productores transmediales nos ubican ya en otro panorama. Así vemos cómo antiguas concepciones asentadas en tradiciones profesionales, campos laborales y saberes técnicos, se modifican y hacen cada vez más inasible aquello que fue ciertamente constitutivo y complejo.

¿Podemos en este complejo y cambiante panorama señalar algunas tendencias? Probemos.

Un nuevo ecosistema informativo

La idea del *journaliste*, del analista del día, desaparece para convertir a la producción informativa en un continuo sin

interrupciones; la integración de las redacciones (audiovisual, gráfica y radiofónica) sintetiza además en un solo formato las múltiples bocas de expendio. Los redactores no solo trabajan sin pausas (más allá de las tradicionales jornadas laborales definidas por los estatutos profesionales), sino que lo hacen para los múltiples formatos, desde la página web, el diario digital, la versión impresa, la televisión y la radio. Nacen ahí los *periodistas de escritorio* que ya no salen de las redacciones y producen información directamente desde las pantallas.

Esta nueva temporalidad afecta también todo el ecosistema informativo que estaba organizado desde el diario a la mañana, la radio durante el día, la televisión a la noche. Este proceso va acompañado de las nuevas prácticas de consumo informativo. La tendencia pareciera marcar, por lo que se desprende de la convergencia multimedial, que la edición impresa será una instancia particular de la nueva rueda informativa con epicentro en la dimensión digital de la producción informativa. Esto trae consecuencias en todos los niveles de organización de la empresa periodística, de las jornadas laborales, de la formación de los profesionales.

El dominio de lo visible

El surgimiento de una suerte de nuevo estilo periodístico, con una fuerte impronta audiovisual a partir de la centralidad de lo visible, implica modificaciones en algunas de las dimensiones que hacían a la cultura profesional. El periodismo tradicional había

hecho hincapié en el protagonismo de los hechos, en la distancia crítica del profesional, en dar la voz a los actores y protagonistas, cuidando de mantener al informador en un claro segundo plano, lo más imperceptible posible. Los medios audiovisuales, las nuevas tendencias del periodismo, han colocado el foco en otro lado. El presentador de la noticia, la perspectiva subjetiva del periodista como testigo y actor principal, la narración de la construcción del hecho periodístico, marcan claramente una nueva tendencia. El periodismo ahora no solo nos dice que el hecho existe, sino que estuvimos ahí de la mano del periodista, en una simulación de contacto que se vuelve personal, testimonio de una vocación sacramental. "Estoy ahí por vos", pareciera decir el profesional. Cámaras ocultas, entrevistas en el terreno, transmisión en directo mientras los hechos suceden, videos tomados por cronistas anónimos, mensajes de los espectadores, expanden el interés periodístico por los hechos que son narrables audiovisualmente. Crímenes, accidentes, manifestaciones, complejos informes producidos en formatos de serie detectivescas, están ocupando el centro de la producción noticiosa, con impacto sobre los medios gráficos y radiales.

Desde los *noteros* de los años noventa, a los ciclos de investigación periodística, o los formatos de la metacrítica periodística de los medios sobre los medios mismos, característicos de la primera década del siglo XXI, ponen invariablemente a los medios en el centro de la escena. En este marco, va permeando la idea de que el periodista es el constructor del acontecimiento. Es decir, el periodista construye

previamente el hecho periodístico, en una suerte de actor que lo convierte en estrella de una demanda o circunstancia que, aunque existente, adquiere, por medio del accionar del periodista, una nueva significación espectacularizada.

Otro elemento destacable es la crisis de la jerarquización o de los valores que jerarquizaban la información periodística. La disponibilidad de material audiovisual (de impacto, se supone) condiciona muchas veces la producción de notas sobre el granizo, la pelea callejera de estudiantes o la ropa de un presidente o un famoso. La banalidad de la información comienza a determinar la línea editorial de los medios, si esa banalidad tiene buenas imágenes.

Formatos transmediáticos

Hace mucho tiempo que venimos experimentando transformaciones en los formatos, desde los viejos "géneros impuros" como el videoclip o la historieta que había destacado García Canclini (1990) hasta los formatos transmediales de los que habla Jenkins (2003). Entre ambos, la producción de información sufrió un sinnúmero de experimentos: diarios *online* cuyas noticias las producen los lectores; medios que se digitalizan incluyendo blogs como una forma de acceder a los nuevos públicos; experiencias de visibilidad del trabajo editorial como el que propuso el extinto diario *Critica*, en el cual se podía ingresar a la cocina del diario; medios informativos digitales con versiones impresas para los fines de semana, como en el caso de *Perfil*; medios cuya referencia informativa es fundamentalmente

lo que producen otros medios, como el sitio *Diario sobre Diarios*; o, en el caso de la política, lo que fue la emisión del programa *678*, del canal Televisión Pública, en el contexto del conflicto con el sector agropecuario. Pero también la recuperación de lo sonoro, a través de la nueva estrella de las pantallas digitales: los *podcasts*, que irrumpen como una venganza de la radio en la era de los bits. Lo que Scolari (2021) llamó "una nueva era de oro de la comunicación oral"; el *podcast* es una "especie mediática híbrida [...] donde se cruzan la radio, el audiolibro y lo escrito".

¿Qué tienen en común todas estas experiencias? Por un lado, participan de cierta desacralización del oficio, producto del proceso de transparencia y desjerarquización que implicó todo el dispositivo digital; en segundo lugar, interpelan a una suerte de lector o consumidor crítico que se interesa, con cierto gusto *voyerístico*, por la cocina de las cosas; por otro, reconoce los derechos del informado como una nueva instancia de la agenda periodística. Por supuesto, todo ello al calor de las teorías del quinto poder impulsadas por autores como Ramonet. Si los medios controlan al poder, ¿quién controla a los medios?

Los medios son el mensaje de la hipertextualidad

En los últimos años se observa la propensión de los medios a expandir sus recursos técnicos ensamblando, con las otras plataformas de comunicación, su discurso informativo. En línea con la idea de establecer un contacto, los medios, en especial la televisión

informativa (noticieros, señales de noticias, programas periodísticos, etcétera), articulan, con las redes sociales, un tipo de comunicación que refuerza el vínculo: vía Twitter, Facebook, WhatsApp, entre otros. Lo hace también el periódico digital con los lectores, a través de los espacios dedicados a los comentarios sobre las notas, a la búsqueda de consultas o encuestas *online* sobre las temáticas del día, además de los ya tradicionales espacios de lectores. La historia de la relación de los medios con sus audiencias está todavía por hacerse. Desde la vieja clac que se reía de fondo en las emisiones humorísticas hasta los paneles con público de fondo, o el *periodismo bizarro* que inaugurara Mauro Viale, la televisión siempre necesitó representarse al público que, en realidad, estaba en casa del otro lado de la pantalla. La diferencia es que de la idea del público como *decorado* pasamos a los consumidores como actores claves de la comunicación contemporánea. Hoy, todos somos emisores, canales, medios, receptores. El mensaje es compartir. Desde Instagram hasta WhatsApp, la vida es una plataforma de lo visible.

Constitución de la esfera pública virtual

La expansión de Internet generó, entre otras cosas, desde finales del siglo XX, el surgimiento de innumerables comunicadores que aprovecharon las disponibilidades técnicas de la web y su creciente extensión para difundir sus cuadernos de bitácora, sus *weblog*, como se llamaron en un principio. Ideados más como una memoria *online*, una suerte de diario global y público, los blogs fueron

metamorfoseándose a medida que la misma red mutaba, y los usos sociales marcaban tendencias nuevas. Sibilia (2008) estudió bien este fenómeno que acompañó las ansias de visibilidad, la demanda de personalización de los discursos sociales en una sociedad cada vez más compleja y anónima. Utilizó un concepto nuevo para referirse a este proceso: *extimidad*. La espectacularización del mundo íntimo, la definitiva transparencia del "cuarto propio", con todos los complejos procesos sociopsicológicos a que ha dado lugar: desde el *grooming*, las pornovenganzas, como también una exposición de la vulnerabilidad adolescente con la que muchas veces es difícil lidiar, la web oscura de la que hablamos ya en el capítulo anterior.

Pero todas estas tendencias, en especial en el mundo juvenil, que ligaron los gustos musicales, la moda, los memes, los *flyers*, toda una estilística visual, fueron el fermento para una comunicación cada vez más sutil, más íntima, más compleja y, por cierto, nada inocente. El caso quizás más relevante fue el de WikiLeaks en 2010, cuando, a través de su sitio web, Julian Assange y cinco diarios globales[67] pusieron en conocimiento de millones de lectores los cables con información clasificada de las embajadas norteamericanas en el mundo que dirigían al Departamento de Estado. La blogosfera se convirtió así en otro territorio en disputa, incluso para los grandes medios, que trataron de cooptar a los blogueros, como lo marcaron las tendencias de principios de siglo, cuando los incorporaron a sus pantallas,

---

67 Los reportes de WikiLeaks fueron publicados por *Le Monde*, *The Guardian*, *The New York Times*, *El País* y el semanario alemán *Der Spiegel* el 28 de noviembre de 2010.

primero con cierta condescendencia, hasta convertirlos, en algunos casos, en sus firmas más respetadas de sus pantallas digitales. De esa primera etapa vino el debate sobre quién ejercía periodismo y quién no, y si ese proceso terminaría eliminando los diarios, fueran estos impresos u *online*. El debate quedó obsoleto rápidamente, porque está probado que las reconversiones tecnológicas no suplantan viejos medios por nuevos, sino que los ponen ante crisis que los obligan a reperfilarse. El caso más claro fue el de la radio, que, cuando apareció la televisión y captó todos los envíos de ficción, se vio obligada a buscar en la noticia y en la interacción con los oyentes su rasgo distintivo. Con el cine pasó algo similar; lo que entró en crisis fue la sala de cine, el formato original de recepción, no el consumo de lo audiovisual, que pasó de la pantalla grande al consumo hogareño vía casetes, luego DVD, hasta llegar al consumo actual por *streaming*. Finalmente, los seriales de la década de 1980 se reconfiguraron en las sagas de los 2010, y así pasamos de *Starsky y Hutch* a *El visitante* o de *Mi marciano favorito* a *Lost*.

Lo cierto es que la web permite hoy la expansión y desarrollo de infinitas fuentes informativas que hacen cada vez más compleja la función de informar. Pero a su vez, como lo presagiara McLuhan, el cambio de escala no es solo cuantitativo, sino que también produce un salto cualitativo. Lo global es ahora un hecho cotidiano y universal. Si los blogs podían funcionar como fuentes de información en la década pasada, hoy ese lugar lo ocupa Twitter, que de este modo constituye una esfera pública no determinada por

los medios tradicionales. La constitución de los grupos en Facebook o WhatsApp, las transmisiones en directo de Instagram, los *podcasts*, memes, los canales de YouTube, conforman hoy una esfera pública virtual trasnacional que se imbrica masivamente mucho más allá de las élites o los públicos ilustrados que le dieron vida en el siglo XVIII. El activismo digital, desde el #BlackLivesMatter o el que impulsa Greta Thunberg –quien iniciara en 2018 la "huelga escolar por el clima"–, constituye manifestaciones de una esfera pública que se reconfigura y que trasciende fronteras. Las movilizaciones que apalancara el *hashtag* #MeToo, que dieron visibilidad mundial a las denuncias por acoso sexual del todopoderoso productor hollywoodense Harvey Weinstein, son uno de tantos testimonios de ese cambio. Es cierto, como dice Nancy Fraser en *Escalas de justicia* (2012), que esta nueva dimensión de la esfera pública global no tiene un referente estatal claro sobre el que ejercer las demandas (¿las Naciones Unidas?, ¿la Unión Europea?, ¿el FMI?), pero evidentemente comienza a conmover al mundo.[68]

En el siglo XXI, como lo advirtió Ramonet (2011), el "periodismo perdió el monopolio de la información" y los ciudadanos disputan el control con todas las herramientas que tienen a mano. La experiencia reciente en el contexto de la pandemia del covid-19 sobre el control de la información vuelve a dar relevancia a un viejo debate. La

---

68 Está todavía por evaluarse sociológicamente, pero ¿cuánta responsabilidad tuvieron las movilizaciones de la población afroamericana por el caso Floyd en la derrota de Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2020?

información es poder, ya lo sabemos. Pero ¿a quién confiar ese poder? ¿A las empresas digitales, a los Estados, a los ciudadanos?

Corolario

La digitalización de la vida humana es el dato inexorable del primer cuarto de siglo. Si la expansión de la imprenta implicó cerca de trescientos años y la cultura de masas, un siglo, la constitución de un mundo digital, menos de veinticinco años. Desde la conexión de aquellas tres primeras computadoras en el proyecto DARPA al *enjambre* actual que conforma la red, la digitalización implica dos movimientos, en apariencia, contrapuestos: la unificación de la experiencia humana y acortamiento de todos los lazos sociales, y la individuación del sujeto, que ahora vive, como un átomo de la red, hipermediatizado. En este proceso, como ya hemos referido, se producen transformaciones profundas. La primera, con el conocimiento; la segunda, en la relación con los otros; la tercera, en cuanto al modo de organización social (el Estado y sus instituciones); y una cuarta, en relación al trabajo. En todas ellas, la presencia de la red como intermediación es clave. Nunca tuvimos tanto acceso a información como en la actualidad. Eso puso en crisis y modificó ya muchas de las instituciones dedicadas a la transmisión del conocimiento, como la escuela, los medios, los libros o las bibliotecas. En la relación con los otros seres humanos, la hipermediación constituye un dato relevante. La distancia, el tiempo, los vínculos se modifican; ¿hay más violencia?, ¿es menos real?, ¿es cierto que estamos conectados?, ¿cuántas horas pasan los jóvenes frente a las

pantallas?, ¿qué tipo de *socialidad* construye el mundo numérico? Todas preguntas acuciantes. Con respecto al Estado y la organización de la vida política, las transformaciones son también profundas. En un nivel de escala, el mundo se achica y las cuestiones públicas ahora son mundiales: el medioambiente, el trabajo, la vigilancia de las personas, la intimidad, las democracias, todo es parte de una agenda que medios de comunicación globales ahora tratan para todos los ciudadanos. La movilidad[69] del consumo y de las personas es el elemento más significativo de la experiencia contemporánea; más que de *no lugares*, podríamos hablar de *no ciudadanos*; de hecho, uno de los problemas fundamentales de las agendas públicas son los migrantes. Los Estados pretenden controlar estos procesos con la *big data*, una gubernamentalidad que se enfoca en el escaneo de los datos de las poblaciones. Como en las guerras, se habla de bajas. La pandemia ha puesto esto en evidencia. ¿Cuántos muertos por covid-19 tiene cada país? ¿Cuántos contagiados? ¿Qué parte de la población es la más afectada? Los números pueblan las pantallas del mundo y se elaboran *ratings* comparativos. ¿Quién fue más eficaz? Por lo visto ya no alcanza con los diagnósticos. Por último, el trabajo se está agotando. El mundo sigue produciendo riqueza, pero se necesitan menos manos para elaborarla. Las máquinas reemplazan a los hombres y las mujeres. Nace el trabajo afectivo, cognitivo, simbólico. Para algunos, es la posibilidad de una nueva esperanza; para otros, la muerte de la civilización humana. Ante esta encrucijada

---

69 Arjun Appadurai (2001) diría la “diáspora”.

surgen voces críticas. Proponen movernos menos, producir solo lo necesario, volver a los rituales (el tiempo acelerado es el síntoma de una distopía presente), ralentizar el mundo. ¿Es posible? Para Walter Benjamin eso era imposible, porque la fuerza del progreso nos lleva hacia adelante, aunque podamos ver, como el ángel de la pintura de Paul Klee, las ruinas a nuestro paso.

Epílogo

Una agenda para mutantes digitales

El debate sobre las comunicaciones y los medios ha recibido durante la primera década del siglo XXI un renovado impulso. Al calor de los trabajos de intelectuales de la talla de Ignacio Ramonet, Antonio Negri, Ernesto Laclau, Manuel Castells, Armand Mattelart y otros autores de diversas procedencias geográficas y tradiciones disciplinares, se ha ido configurando un mapa, si no nuevo, al menos fortalecido. Es probable que la temática comunicacional no haya estado tan en la agenda desde que los trabajos liminares de los padres fundadores (con Adorno y Horkheimer, en su *Dialéctica del iluminismo*, y Paul Lazarsfeld, con *El pueblo elige*) la llevaron, desde la filosofía y la sociología, a su consolidación en el campo académico. A estos autores, ya clásicos, se les suman hoy las voces de Carlos Scolari, Pablo Boczkowski, Shoshana Zuboff, Martín Becerra y muchos otros que, en sus reflexiones sobre el capitalismo de plataformas, los formatos transmediales o la actualización de las políticas públicas sobre el conocimiento y la producción informativa, van elaborando un nuevo itinerario de búsquedas y problemas.

¿Cuáles son los factores que inciden para esta recuperación significativa, en la que se cruzan obras tan disímiles como *Imperio*,

de Michael Hardt y Antonio Negri; *La sociedad transparente*, de Gianni Vattimo; *La modernidad líquida*, de Zygmunt Bauman; los ensayos de Paul Virilio sobre el espacio y la velocidad; o los estudios culturales latinoamericanos tan bien representados por Jesús Martín-Barbero o Néstor García Canclini? ¿A qué mutaciones estamos asistiendo en el campo tecno-comunicacional como para que la dimensión mediática de las sociedades adquiera, por fin, una validación científica acorde a su significación social evidente? ¿Acaso ya podemos constatar definitivamente que la aparición de la World Wide Web pueda ser comparable con el impacto civilizatorio de la escritura hace seis mil años o de la imprenta hace quinientos? ¿Seremos capaces de desentrañar, en el medio de la tormenta que ha desatado en las últimas dos décadas el conjunto todavía apenas experimentado de los nuevos dispositivos técnicos de información y comunicación, sus sentidos y misterios tal cual lo presagian las obras de Pierre Lévy o Michel Serres?

Sin pensar acaso que podremos tener esa clarividencia, queremos aquí describir los ejes principales sobre los cuales parecen moverse estas mutaciones, interrogándonos sobre las consecuencias que están ya claramente a la vista, al menos en sus primeros signos. En principio, ya hay consenso respecto de que las visiones, tanto tecnofílicas como tecnofóbicas, moralmente discutibles, han sido ineficaces a la hora de constatar y evaluar el proceso en curso. Tanto los modernismos afirmativos como los negativos poco han podido con esta vorágine que arrasa con todo a su paso, incontenible en las

nuevas generaciones que se digitalizan jugando, irrefrenable para las fronteras más vigiladas por Estados y Gobiernos, irreprimible incluso para las culturas más sólidas que suponen estar más a resguardo. Por otro lado, ya podemos decir que la digitalización es global, cruzando clases, naciones, etnias, culturas, economías. Finalmente, como ha señalado recientemente Martín-Barbero, lo digital es una máquina que "está reconfigurando a los seres humanos en relación con muchas dimensiones vitales" (citado en Uranga, 2014). La pregunta que nos viene a la mente es inexorable: ¿qué es lo que está construyendo?

En su libro titulado *En el mundo interior del capital*, el filósofo y ensayista Peter Sloterdijk (2010) acuñó, en su intento por dar una aproximación filosófica a la globalización, una nueva periodización de la historia humana. La primera, la globalización morfológica, concebida como resultado del pensar como esfera el mundo de los filósofos de la Antigüedad clásica; luego, la globalización terrestre, propugnada por la expansión europea entre los siglos xv y xx; hoy, presenciamos la globalización electrónica. Compartamos o no esta nueva nomenclatura, que se suma a las ya muchas oídas, lo que nos interesa no es agregar nuevos nombres a las infinitas cosas, sino encontrar claves, líneas argumentales, factores determinantes de los procesos, que ilustren la mutación a la que asistimos.

Un factor que surge inexorable es el que representa la profunda modificación de las condiciones de producción, circulación y consumo de los bienes simbólicos por la irrupción de esa red fastuosa e inabarcable como la biblioteca de Borges: Internet.

Creciendo imparable desde que Timothy Berners-Lee diseñó sus primeros protocolos de interfaz en la década del noventa, la red alcanza hoy a cubrir con su malla la totalidad del planeta. Más de 3500 millones de habitantes están hoy conectados a la red por algún medio técnico. Pero la conexión humana no agota la red. La denominada *internet de las cosas* es también inconmensurable. La interfaz M2M (máquina a máquina) revolucionará, conjuntamente con otros dispositivos, el mundo en que vivimos. Desde sensores capaces de captar bacterias patológicas en nuestros alimentos hasta complejos dispositivos de convergencia entre la casa, el trabajo y la movilidad urbana, sumado a nuevas formas de controlar algunas reacciones celulares ante la aparición de tumores u otras dolencias; así los tentáculos de las tecnologías de comunicación e información crecen exponencialmente acercando todo lo que estaba distante: en los pequeños mundos de la microbiología como en el infinito de las galaxias. La filósofa Hannah Arendt había presagiado el lento e inexorable empequeñecimiento del mundo; ahora, en este Aleph finito, el mundo se ha posado en la palma de nuestras manos. Personas, cosas, paisajes, hechos, son hoy parte de la red. El semiólogo Eliseo Verón (2012) se preguntaba en uno de sus últimos textos: ¿qué es lo que aporta Internet al proceso histórico de mediatización? Su respuesta parece sencilla, pero es profunda: la web comporta “una mutación en las condiciones de acceso de los actores individuales a la discursividad mediática, produciendo transformaciones inéditas en las condiciones de circulación”. De este modo, Verón advierte que

la consecuencia directa de esta mutación es que "en el caso de los medios más clásicos portadores de escritura la digitalización altera profundamente las condiciones de circulación. En el caso de los medios audiovisuales, la crisis del broadcasting modifica, de manera definitiva, los procesos de creación de valor" (2012: 14).

En este proceso, la web, o, mejor dicho, los usos sociales de la web han definido dos instancias fuertemente estabilizadas: lo que Verón (2012) llama los usos de búsqueda de información, representados por los buscadores (Google, etcétera), y los usos relacionales (redes sociales, etcétera). Aquí aparecen en claro las dos dimensiones claves de Internet en el orden de lo político: la relación con el conocimiento y la relación con el *otro* que la web plantea como modificación sustancial de la vida humana. Este proceso alcanza hoy un grado de penetración infinito cuando se cruza con la denominada *big data*.

Otro factor lo representa la conformación, a la par de un nuevo dispositivo tecnológico-industrial que hemos denominado como *convergencia tecnológica* (Jenkins, 2008), el desarrollo de formatos que se multiplican y migran en esas multiplataformas: la *transmedia* (Scolari, 2018; Jenkins, 2009; Vilches Manterola, 2019). Al estilo de los mundos narrativos dislocados de la experimentación literaria (Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Italo Calvino, Georges Perec, entre otros), las tecnologías facilitaron estos procedimientos; así, los relatos, la ficción, pudo saltar de su ámbito tradicional (el libro, la radio, la televisión, el cine) para surfear por las diferentes plataformas en línea

con la participación activa de los consumidores en su desarrollo. Lo que comenzó siendo una aplicación interactiva para producir y combinar lenguajes que facilitaban una suerte de *collage* entre gráficos, textos e imágenes, fue progresivamente complejizándose. Hoy, la transmedia es ya una suerte de metáfora en la que se cruzan los dispositivos, los usos, las modalidades, los lenguajes, las nuevas formas de interactividad en línea, pero a su vez los nuevos negocios de la red. Más que una tecnología, es, como sugirió Martín-Barbero (2002b), una *tecnicidad*, una aleación cuerpo-mente-máquina, cruzada por una multimedialidad que es tecnológica pero también social: consumo por *streaming*, interacción *online* en tiempo real, webs personales, *youtubers*; la fantasía de George Orwell o *The Truman Show* hechas realidad.

Una tercera dimensión que podemos señalar es la que se refleja en la crisis de lo que Verón (2012) todavía llamaba el *broadcasting*, es decir, el modelo de televisión generalista de la era paleolítica de lo audiovisual. Un medio centralizado y millones de espectadores anónimos. Este sistema estuvo justificado por lo que, en su momento, el gran sociólogo francés Dominique Wolton (1992) llamó el "vínculo social"; esa experiencia de contacto y unidimensionalidad característicos de la modernidad de la segunda mitad del siglo XX, en la cual millones de telespectadores participaban en común de aquello que reflejaban los tradicionales medios: la radio, el televisor y la prensa gráfica. El relato de la nación de algún modo, con sus clásicas divisiones por secciones: lo político, lo internacional, la

economía, el hogar, el entretenimiento, con el adecuado balance entre lo escabroso de la criminalidad popular, la novela romántica y el humor, o la *seriedad* de la vida política reflejada en los noticieros. Las transformaciones de este modelo se sucedieron a partir de la aparición de la televisión por cable, de la digitalización de las sociedades, de las formas de consumo que fracturan la cotidianidad; que a su vez se organizaba sobre la base de divisiones claras entre trabajo y tiempo libre, sumado a los roles tradicionales entre hombres y mujeres, con sus separaciones de las dimensiones públicas y privadas... bien, todo eso estalló por los aires. ¿Quién tiene el *switch* entre la calle y el hogar si no las mismas audiencias?[70] Con sus redes sociales, sus cámaras webs, sus canales en YouTube, la ecología de los medios está en franca transición. Cuando Verón (2012) señala que el *switch* entre lo público y lo privado lo tienen los *prosumidores* (neologismo que intenta describir el carácter nuevo de los usuarios de los medios), no está haciendo un señalamiento inocente. Habría allí un reordenamiento de la *civitas* de una significación todavía impensada. Quizás recién ahora puedan hacerse los verdaderos estudios sobre la significación que tuvo ese *mueble* llamado televisión en la reorganización de la vida pública y privada en la segunda mitad del siglo XX. Trabajos pioneros como el de David Morley (2008) pueden ayudar a una lectura que no vuelva a pecar de ideologismo, en el sentido de solo

---

70 Poco antes de morir en 2014, Verón, en el prólogo al libro de Mario Carlón y Antonio Fausto Neto (2012) sobre los internautas en la red, dejó una seguidilla de ideas claves, casi un programa de estudios sobre el futuro de los medios que nadie interesado en la temática debería dejar de leer.

poner el foco de los análisis en los *viejos* contenidos de los medios, para olvidar el conjunto de mediaciones que atraviesan lo que alguna vez pudimos llamar *recepción* y que hoy debiéramos problematizar fuertemente. ¿Es posible todavía seguir hablando de *consumo*? ¿Qué categorías deberíamos inventar para referirnos a *eso* que hacemos con las tecnologías de comunicación e información? Los debates filosóficos relativos al significado del término *general intellect* pueden ser una pista. ¿Acaso, como ya mencionamos con anterioridad, no deberíamos referirnos al *trabajo* con los medios?

Hay, por cierto, que mencionar también las modificaciones de la sociabilidad. Este cuarto factor se refleja claramente en un sinnúmero de conceptos que desde fines del siglo pasado los científicos sociales vienen acumulando; el antropólogo Michel Maffesoli (1990) trató de capturar ese proceso con la emergencia de "las tribus urbanas"; Bauman (2003) intentó describirlo en el contexto de su modernidad líquida; Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim (2012) vieron pasos de esas experiencias en el amor globalizado y las categorías zombis. Lo cierto es que este nuevo contexto se define por una labilidad profunda de las relaciones sociales. Hace algunos años, el antropólogo Marc Augé (2007) había marcado algunos de los hitos de esta nueva *socialidad*: el paso de los lugares a los no lugares, la transición de la modernidad a la sobremodernidad, el reemplazo de lo real por lo virtual. Augé observaba estos itinerarios desde la lógica de la pérdida. Pérdida del vínculo nutritivo entre espacio y cultura, la idea de una modernidad sin escalas ni órdenes en donde

todo –producto del vértigo de las informaciones– se mezclaba sin jerarquías ni distinciones, y unas pantallas que nos encadenaban a una suerte de solipsismo autista. Lo cierto es que estos presagios estaban cargados de nostalgia de "la ciudad letrada", como señala Martín-Barbero (citado en Uranga, 2014). Porque la referencia a los *no lugares* como aquellos nuevos territorios donde nos movemos como extranjeros resultaron de algún modo equívocos, porque el desanclaje de la experiencia estaría en el corazón de nuestra cultura, como lo advirtió Marshall Berman (1988), siguiendo el peregrinaje de uno de los primeros modernistas: Jean-Jacques Rousseau. De ahí que el multiculturalismo que nos interroga, la fragmentación de las identidades sociales que nos preocupa o el surgimiento de las ciudades globales que, claramente, hacen hoy muy complejo el mapa a través del que pretendemos observar significativamente el mundo, no serían tan nuevos. Los recientes atentados a la revista satírica *Charlie Hebdo* en París atestiguan en parte la dimensión de estos conflictos, pero lejos están estos de ser consecuencia exclusiva de un mundo que se globaliza. Las historias de todas las civilizaciones participan de estos dramas. Y lejos está el mundo de haber sido, en algún momento, tierra de armonías y bendiciones, aunque llame la atención en esta nueva "tercera guerra mundial", como la han definido muchos, que el campo de batalla sea el mundo simbólico. ¿Cuál es la extraña amenaza que implica una historieta? Hace algo más de cincuenta años, los padres fundadores de la comunicología

latinoamericana hacían un señalamiento similar respecto del Pato Donald.

Lo cierto es que estos hechos nos vuelven a recordar la importancia de este territorio simbólico en el que se desarrollan dimensiones fundamentales de las luchas sociales. Sin llegar a extremos en donde lo real desaparece por un exceso semiótico, lo que Serres (2013) trató de reflejar con su mirada sobre Pulgarcita, que juega con sus deditos sobre la pantalla, es más que obvio. Las pantallas salieron del hogar, nos atraviesan ubicuas: en la calle, en las carteras y bolsillos, y hasta en los futuros anteojos. Henry Jenkins (2008) ha observado que la multimedialidad actual refleja cada vez más el estatus nuevo de la cultura. Cultura participativa, inteligencia colectiva, convergencia tecnológica, son una tríada que reconfigura el mundo. La digitalización es una máquina destructiva, es cierto, e instituciones como la escuela, los partidos políticos, las iglesias, los hogares, se desmoronan a su paso; sin embargo, hay una *socialidad* que se renueva, que se revitaliza. Lo prueban las luchas sociales y resistencias que a lo ancho del mundo se hacen hoy visibles. Los *hashtags* #JusticeForFloyd o #BlackLivesMatter que movilizaron a la comunidad afroamericana durante el año 2020 es un reflejo de eso.

Finalmente, un último factor deviene del conjunto de problemáticas que diversos autores articulan hoy en torno del concepto de *biopolítica*, que fuera propuesto mundialmente por Michel Foucault y luego trabajado por Antonio Negri, Giorgio Agamben, Paolo Virno; si bien comenzó siendo una de las últimas

reflexiones de Foucault, a fines del siglo pasado, tamizado por esa extraña revolución intelectual que protagonizan hoy los filósofos italianos, el concepto de *biopolítica* ingresó al pensamiento social hasta casi convertirse en esos *buzzword* que propone Thomas Lemke (citado en Castro, 2011), esas palabras que se devalúan por su uso excesivo. No obstante, este peligro que la acecha, la biopolítica se ha convertido en una de las vetas más valiosas de la sociología política contemporánea. Con este concepto, el filósofo francés intentó dar una nueva vuelta de tuerca a lo que fue el trabajo de su vida: las formas en que surgía y se transformaba el poder, señalando, de modo general, el pasaje de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. ¿Qué significado tiene este pasaje? Hardt y Negri lo explicaron en *Imperio*: la *sociedad disciplinaria* es aquella en la cual la hegemonía de la sociedad se construye a través de una difusa "red de dispositivos o aparatos que producen y regulan costumbres, hábitos y prácticas productivas" (2000: 48). El funcionamiento de esta sociedad, asegurando la obediencia a sus reglas y a sus mecanismos de inclusión o exclusión, es lograda por medio de "instituciones disciplinarias (la prisión, la fábrica, el asilo, el hospital, la universidad, la escuela) que estructuran el terreno social y presentan lógicas adecuadas a 'la razón' de la disciplina". En el caso de la denominada *sociedad de control* la conducción estratégica o el poder dominante se configura a partir de "mecanismos de comando" que aparentan ser más democráticos, "inmanentes al campo social distribuidos a través de los cuerpos y las mentes de los ciudadanos" (Hardt & Negri, 2000:

49). De este modo, las relaciones de inclusión y exclusión social necesarias para la gobernabilidad son cada vez más interiorizadas por los sujetos. En esta sociedad de control, la vida ya no solo es entendida como vida biológica, sino como resultado de esas mismas prácticas de control y dominación. “La biopolítica remite al modo en que la vida biológica de la población en su conjunto se ha convertido en objeto de administración y gobierno mediante los mecanismos de normalización que [...] no funcionan del mismo modo que los dispositivos jurídicos de la ley” (Castro, 2011: 16).

Esta idea de pasaje de la sociedad disciplinaria a la de control fue relacionada por los filósofos italianos como complementaria de la transformación del capitalismo en su última etapa. Ahí, estos autores vieron también concomitante el pasaje del taylorismo al postfordismo, como parte también de esa transformación. Los medios de control que distinguió Foucault serían los mismos que potencian la nueva economía: el trabajo inmaterial, la intelectualidad de masa, el trabajo afectivo. La hipótesis central es que asistimos a una nueva revolución en marcha. Esa revolución ya anunciada es la del modo de producción capitalista en su etapa clásica. En esta revolución productiva lo que aparece como más significativo es el trabajo intelectual, el trabajo simbólico. Allí lo que observa Negri es que el trabajo postfordista tiene en el centro a la comunicación, a la información, a la cultura, entendida en el sentido más amplio del término (Hardt & Negri, 2000); de este modo, la dimensión simbólica de lo social deja de ser un aditamento, una cobertura, un agregado a

la sociedad, para volverse central, porque la comunicación en el siglo XXI habla ya de una forma de ser, de una forma de estar en el mundo.

> Internet no es solo un medio de comunicación, es un medio de producción, sobre todo si se piensa en la cantidad de organización técnica que hoy invierte la producción general ahí. Desde aquellos que se dedican al automóvil hasta los que construyen casas, así también como todos los servicios –que son elementos de producción fundamentales y también de propiedad–. Entonces, desde ese punto de vista, el trabajo inmaterial es completamente dominante y la relación con Internet es algo fundamental. Por eso hay quienes comparan lo que es hoy Internet con lo que significaba la tierra en las sociedades precapitalistas. (Negri, citado en Schuliaquer, 2014)

En este nuevo contexto tecnológico, ciertos autores ya hablan de un "capitalismo de plataformas" (Srnicek, 2018) o de un "capitalismo de vigilancia" (Zuboff, 2020), aludiendo a la modificación sustancial que producen el proceso actual de automatización digital y la expansión de redes de control. Aunque estos últimos desarrollos merecen ya un libro aparte, es evidente que el salto cualitativo que la humanidad produce en la segunda década del siglo XXI nos obliga a revisar todos los mapas con los que pensábamos adentrarnos en el

futuro. Hay toda una forma de vida que desaparece y otra forma de ser que nace.

Formas de estar juntos

Si bien en su modernismo tecnológico Nicholas Negroponte exhumaba optimismo, el *being digital* que imaginó a finales del siglo XX era acertado. Lo habían presagiado antes Marshall McLuhan, Lewis Mumford o el mismísimo Harold Innis, pero lo cierto es que devenimos digitales, como alguna vez fuimos letrados, y que lo que comenzaba a ser un incipiente escozor ante el mundo tecnológico hoy se ha vuelto nuestro alimento cotidiano, el paisaje por el que nos movemos, la cultura en la que estamos siendo hechos. Entonces, mutaciones tecnológicas, culturales, mediáticas, sociales y políticas se nos presentan hoy como las claves del reordenamiento del mundo. Hace apenas treinta y cinco años la CNN lanzaba la primera cadena mundial de noticias durante las veinticuatro horas del día; hoy son más de cien las que recorren el mundo trayéndonos noticias en todas las lenguas, con todas las ideologías y perspectivas posibles. Hace apenas cincuenta años se conectaban las primeras tres computadoras; hoy es imposible hacer esa cuenta cuando los tentáculos de la red se han vuelto como una malla negra. Poderosos Estados contemplan impotentes cómo sus secretos circulan por los medios en tapas de diarios y portales de Internet, y guerras no menos cruentas explotan

en cualquier lugar y cualquier momento, con la misma capilaridad de las máquinas. Los mapas digitales pueden pulverizar las anacrónicas distancias de la geografía y así comenzamos a vivir como parte de aquel país imaginario de Borges, Uqbar, donde todo parece producido por una secta infinita dedicada laboriosamente a inventarse un pasado y un futuro. Drones que surcan los cielos fotografiando el territorio, bancos de datos con nuestras preferencias y consumos, celulares que delatan nuestros movimientos, espías que encuentran nuestra biografía a través de Facebook sin salir de los búnkeres. Es un mundo extraño, lo sé, solo me hago una pregunta final: ¿la máquina digital ha ganado la batalla?

Bibliografía

Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media argentina*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Adorno, T. y Horkheimer, M. (1987). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Agusti, M. y Mastrini, G. (2005). "Radio, economía y política entre 1920 y 1945: de los pioneros a las cadenas". En G. Mastrini (editor), *Mucho ruido, pocas leyes. Economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-2004)*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Alandete, D. (2019). *Fake news. La nueva arma de destrucción masiva*. Barcelona, España: Deusto.

Albores, J. (2013, 11 de octubre). "Marshall Berman, el filósofo que llevó a Marx al Bronx". *El País*.

Alexander, J. (2000). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, España: Gedisa.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada*. Buenos Aires, Argentina: Trilce.

Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Argumedo, A. (2003). “Universidad y conocimiento en América Latina: un debate por el futuro”. *Prohistoria*, (7).

Augé, M. (1995). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, España: Gedisa.

Augé, M. (2007). “Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana”. *Contrastes*, (47).

Baschetti, R. (2000, 22 de agosto). *El diario* Crítica *y los años 20* [Disertación]. Seminario “Una interrelación entre periodismo e historia política argentina”, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.

Battiston, G. (2017). *Zygmunt Bauman. Modernidad y globalización*. Villa María, Argentina: Eduvim.

Baudrillard, J. (1991). *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona, España: Anagrama.

Bauman, Z. (2001). *La globalización. Consecuencias humanas*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Ciudad de México, México: Fondo de cultura económica.

Becerra, M. (2003). *Sociedad de la información*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Norma.

Becerra, M. (2015, 9 de abril). “La TV que viene: nuevos canales y usos disruptivos”. Recuperado de https://martinbecerra.

wordpress.com/2015/04/09/la-tv-que-viene-nuevos-canales-y-usos-disruptivos/.

Becerra, M. (2018, 4 de abril). "Euforia y depresión: el ocaso del gran diario argentino". *Letra P*. Recuperado de https://www.letrap.com.ar/nota/2018-4-4-11-48-0-euforia-y-depresion-el-ocaso-del-gran-diario-argentino.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2012). *Amor a distancia. Nuevas formas de vida en la era global*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Becker, H. (2004). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Bell, D. (1964 [1960]). *El fin de las ideologías*. Madrid, España: Tecnos.

Bell, D. (1992). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid, España: Alianza.

Bell, D. (1994). *El advenimiento de la sociedad posindustrial. Un intento de prognosis social*. Madrid, España: Alianza.

Bellour, R., Moré, M., Butor, M., Foucault, M., Serres, M., Brion, M., Borgeaud, G., Micha, R., Versins, P., Lecomte, M. y Lacassin, F. (1968). *Verne: un revolucionario subterráneo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Bellow, S. (2011). *Todo cuenta*. Barcelona, España: Random House.

Benjamin, W. (1982). *Discursos interrumpidos I*. Madrid, España: Taurus.

Benjamin, W. (2003 [1936]). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Ciudad de México, México: Itaca.

Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Berman, M. (2011, 28 de noviembre). "Las señales de la calle". *La Tribu del Pulgar*. Recuperado de https://latribudelpulgar.wordpress.com/2011/11/28/.

Bernetti, J. y Giardinelli, M. (2003). *México: el exilio que hemos vivido*. Quilmes, Argentina: Ediciones UNQ.

Blatt, R. (2018). *Historia reciente de la verdad*. Madrid, España: Turner.

Boczkowski, P. (2006). *Digitalizar las noticias*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.

Bolaño, C., Crovi Druetta, D. y Cimadevilla, G. (2015). *La contribución de América Latina al campo de la comunicación*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Briggs, A. y Burke, P. (2002). *De Gutenberg a Internet*. Madrid, España: Taurus.

Brunner, J. (1989). "Medios, modernidad, cultura". *Telos,* (19).

Buckingham, D. (2005). *Educación en medios*. Barcelona, España: Paidós.

Burke, P. (2002). *Historia social del conocimiento*. Barcelona, España: Paidós.

Calabrese, O. (1999). *La era neobarroca*. Madrid, España: Cátedra.

Califano, B. (2006). “La cumbre de las (precarias) soluciones”. En G. Mastrini y B. Califano (compiladores), *Sociedad de la información en la Argentina. Políticas públicas y participación social*. Buenos Aires, Argentina: Fundación Friedrich Ebert.

Calvo, E. y Aruguete, N. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Cantril, H. (1942). *La invasión desde Marte. Estudio sobre la psicología del pánico*. Madrid, España: Revista de Occidente.

Carlón, M. (2012). *¿El fin de los medios masivos?* Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Carlón, M. (2016). *Después del fin*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Carlón, M. y Fausto Neto, A. (2012). *Las políticas de los internautas*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Castells, M. (1996). *La era de la información* [Vol. 1]. Ciudad de México, México, Siglo XXI.

Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid, España: Alianza.

Castro, E. (2011). *Lecturas foucaulteanas*. La Plata, Argentina: UNIPE.

Casullo, N., Forster, R. y Kaufman, A. (1999). *Itinerarios de la modernidad*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Cattaruzza, A. (2016). *Historia de la Argentina 1916-1955*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Chartier, R. (2006). *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglo XI-XVIII)*. Buenos Aires, Argentina: Katz.

Chartier, R. y Cavallo, G. (2001). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.

Darnton, R. (1982). "¿Qué es la historia del libro?". *Daedalus*, *111*(3).

De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.

De Moraes, D. (2011). *La cruzada de los medios en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Díaz, C. (2016). *Comunicación y revolución, 1759-1810. Esfera y espacio público rioplatense*. La Plata, Argentina: EDULP.

Doueihi, M. (2010). *La gran conversión digital*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Dussel, I. y Quevedo, L. (2010). *Educación y nuevas tecnologías. Los desafíos pedagógicos ante el mundo digital*. Buenos Aires, Argentina: Santillana.

Eco, U. (1968). *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Barcelona, España: Lumen.

Eco, U. (1992). *Obra abierta*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Edney, M. (2008). "Columbus's First Letters, 1493-1497". Portland, Estados Unidos: University of Southern Maine.

Eisenstein, E. (2010). *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Escalante Gonzalbo, R. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. Ciudad de México, México: Colegio de México.

Faretta, A. (2018). *El concepto del cine*. Buenos Aires, Argentina: Djaen.

Fayt, C. (1965). *Ciencia política y ciencias de la información*. Buenos Aires, Argentina: Omeba.

Finkelstein, D. y McCleery, A. (2014). *Una introducción a la historia del libro*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Finkielkraut, A. y Soriano, P. (2006). *Internet, el éxtasis inquietante*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal.

Flichy, P. (1993). *Una historia de la comunicación moderna*. Barcelona, España: Gustavo Gili.

Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Fox, E. (1988). "La política de reforma de la comunicación en América Latina". *Diálogos de la Comunicación*, (21).

Fox, E. (1990). *Días de baile, el fracaso de la reforma de la televisión en América Latina*. Ciudad de México, México: FELAFACS/WACC.

Fraser, N. (2012). *Escalas de justicia*. Barcelona, España: Herder.

Fukuyama, F. (1989). "¿El fin de la historia?". *The National Interest*, (16).

Gago, V. (2014, mayo-junio). "La política de los muchos". *Nueva Sociedad*, (251).

García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ciudad de México, México: Grijalbo.

García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Ciudad de México, México: Grijalbo.

García Canclini, N. (1997). *Cultura y comunicación. Entre lo global y lo local*. La Plata, Argentina: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

García Canclini, N. (2002). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

García Canclini, N. (2007). *Lectores, espectadores e internautas*. Barcelona, España: Gedisa.

Giddens, A. (2001). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.

Ginzburg, C. (1997). *El queso y los gusanos*. Barcelona, España: Muchnik Editores.

González Bernaldo de Quirós, P. (2008). *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862.* Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Grela Reina, C. (2018, enero-julio). "El entretenimiento del pasado. El radioteatro porteño y su alianza con el sainete criollo". *Telón de Fondo*, (27).

Gubern, R. (1990). "Hollywood, fábrica de sueños". *Cuadernos del Mundo Actual*, (16).

Gubern, R. (2016). *Historia del cine*. Madrid, España: Anagrama.

Guerra, F. (2000 [1992]). *Modernidad e independencias*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Habermas, J. (1994 [1961]). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, España: Gustavo Gili.

Hall, S. (2010). *Sin garantías*. Bogotá, Colombia: Envión.

Hall, S. y Jefferson, T. (2010). *Resistencia a través de los rituales*. La Plata, Argentina: Observatorio de Jóvenes, UNLP, FPyCS.

Han, B. (2020, 22 de marzo). "Emergencia viral y el mundo del mañana". *El País*.

Hardt, M. y Negri, A. (2000), *Imperio*. Massachussets, Estados Unidos: Harvard University Press.

Harvey, D. (2006). *París, capital de la modernidad*. Madrid, España: Akal.

Hauser, A. (1993). *Historia social de la literatura y el arte II*. Madrid, España: Labor.

Hill, C. (1980). *De la Reforma a la Revolución Industrial*. Barcelona, España: Ariel.

Hobsbawm, E. (2009). *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Hoggart, R. (2013 [1957]). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Huergo, J. (1999). *Cultura escolar, cultura mediática/Intersecciones*. Bogotá, Colombia: Universidad Pedagógica Nacional.

Ianni, O. (1996). *Teorías de la globalización*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Infobae (2020, 25 de junio). "Google comenzará a pagar a los medios por su contenido de noticias". Recuperado de https://www.

infobae.com/america/tecno/2020/06/25/google-comenzara-a-pagar-a-los-medios-por-su-contenido-de-noticias/.

Innis, H. (1999 [1951]). *The Bias of Communication*. Toronto, Canadá: University of Toronto Press.

Jenkins, H. (2003, 15 de enero). “Transmedia Storytelling”. *Technology Review*. Recuperado de https://www.technologyreview.com/2003/01/15/234540/transmedia-storytelling/.

Jenkins, H. (2008). *Convergence Culture*. Barcelona, España: Paidós.

Jenkins, H. (2009). *Fans, blogueros y videojuegos. La cultura de la colaboración*. Barcelona, España: Paidós.

Karush, M. (2013). *Cultura de clase*. Buenos Aires, Argentina: Ariel.

Keucheyan, R. (2010). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. Madrid, España: Siglo XXI.

Lash, S. (2005). *Crítica de la información*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Lassalle, J. (2019). *Ciberleviatán. El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Barcelona, España: Arpa & Alfil.

Latinobarómetro (2010). “Informe 2010”. Santiago de Chile, Chile: Corporación Latinobarómetro.

Le Bon, G. (2005 [1895]). *Psicología de las masas*. Madrid, España: Morata.

Levi, S. (2019). *#Fakeyou. Fake news y desinformación*. Barcelona, España: Rayo Verde.

Lévy, P. (2004). *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio*. Washington D.C., Estados Unidos: Organización Panamericana de la Salud. Recuperado de https://ciudadanosconstituyentes.files.wordpress.com/2016/05/lc3a9vy-pierre-inteligencia-colectiva-por-una-antropologc3ada-del-ciberespacio-2004.pdf.

Leyda, J. (1969). *Kino. El cine ruso y soviético*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Lojo, M. (2020, 26 de abril). "Se cumplen 150 años de la aparición de 'Una excursión a los indios ranqueles'". *Página/12*.

López, G. y Ciuffoli, C. (2008). *Facebook es el mensaje*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Lorente, P. (2019). *El conocimiento hereje. Una historia de Wikipedia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Luna, J. y Gea, P. (2021, 12 de febrero). "Guía de 'streamers' para 'boomers': todo lo que tenés que saber sobre uno de los fenómenos actuales, sobre todo si no entendés nada de este título". *El Diario AR*. Recuperado de https://www.eldiarioar.com/sociedad/guia-streamers-boomers-debes-consultar-si-no-entiendes-titular_1_7215283.html.

Lyotard, J. (1990). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Ciudad de México, México: Red Editorial Iberoamericana.

MacBride, S. (1993 [1980]). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Madrid, España: Icaria.

Maquiavelo, N. (1969 [1513]). "Carta de Maquiavelo a Franceso Vettori, embajador de la República Florentina en Roma". *Revista de la Universidad de México*, (9).

Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona, España: Gustavo Gili.

Martín-Barbero, J. (1996). "Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación". *Nómadas*, (5).

Martín-Barbero, J. (2000). "Ensanchando territorio en comunicación/educación". En C. Valderrama, *Comunicación-educación. Coordenadas, abordajes y travesías*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.

Martín-Barbero, J. (2002a). *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires, Argentina: Norma.

Martín-Barbero, J. (2002b). "Tecnicidades, identidades, alteridades. Desubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo". *Diálogos de la Comunicación*, (64), 9-24.

Martín-Barbero, J. (2018). *La palabra y la acción*. Quilmes, Argentina: Ediciones UNQ.

Martín-Barbero, J. y Silva, A. (1997). *Proyectar la comunicación*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

Marx, C. y Engels, F. (2002). *Manifiesto comunista*. Buenos Aires, Argentina: El Aleph.

Mas de Xaxàs, X. (2020, 29 de enero). “Lina Ben Mhenni, amiga de la palabra libre”. *La Vanguardia*.

Mastrini, G. (2006). “Introducción”. En G. Mastrini y B. Califano (compiladores), *Sociedad de la información en la Argentina. Políticas públicas y participación social*. Buenos Aires, Argentina: Fundación Friedrich Ebert.

Mastrini, G. y Becerra, M. (2017). *Medios en guerra. Balance, crítica y desguace de las políticas de comunicación 2003-20016*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Mattelart, A. (1993). *La comunicación-mundo*. Barcelona, España: Fundesco.

Mattelart, A. (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Mattelart, A. y Neveu, E. (2002). *Los cultural studies. Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*. La Plata, Argentina: EDULP.

McLuhan, M. (1972 [1962]). *La galaxia Gutenberg*. Madrid, España: Aguilar.

McLuhan, M. (1996 [1964]). *Comprender los medios de comunicación*. Barcelona, España: Paidós.

McLuhan, M. y Fiore, Q. (2018). *La guerra y la paz en la aldea global*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.

Mead, M. (1993). *Cultura y compromiso*. Buenos Aires, Argentina: Gedisa.

Milanesio, N. (2020 [2014]). *Cuando los trabajadores salieron de compras*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Mitchelstein, E., Boczkowski, P., Wagner, C. y Leiva, S. (2016, 4 de diciembre). "La brecha de las noticias en Argentina: factores contextuales y preferencias de periodistas y público". *Palabra Clave*, *19*(4), 1027-1047.

Monsiváis, C. (2000). *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona, España: Anagrama.

Morán, D. (2017). *La revolución y la guerra de propaganda en América del Sur* [Tesis de doctorado]. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Morduchowicz, R. (2018). *Ruidos en la web*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones B.

Morin, E. (2001). *El cine o el hombre imaginario*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Morley, D. (2008). *Medios, modernidad y tecnología*. Barcelona, España: Gedisa.

Muraro, H. (1973). "La manija. ¿Quiénes son los dueños de los medios de comunicación en América Latina?". *Crisis*, (1).

Muraro, H. (1987). *Invasión cultural, economía y comunicación*. Buenos Aires, Argentina: Legasa.

Negri, A. (2009). *Elogio de lo común*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

O'Donnell, M. (2017). "Prólogo". En G. Mastrini y M. Becerra, *Medios en guerra. Balance, crítica y desguace de las políticas de comunicación 2003-20016*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Ong, W. (1982). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

O'Reilly, T. (2004). "What is Web 2.0". *O'Reilly Media*. Recuperado de https://www.oreilly.com/pub/a/web2/archive/what-is-web-20.html.

Orozco Gómez, G. (1997). *La investigación de la comunicación dentro y fuera de América Latina*. La Plata, Argentina: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

Ortiz, R. (1994). *A moderna tradicao brasileira*. San Pablo, Brasil: Editora Brasiliense.

Ortiz, R. (1997 [1994]). *Mundialización y cultura*. Buenos Aires, Argentina: Alianza Editorial.

Paranaguá, P. (2003). *Tradición y modernidad en el cine de América Latina*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.

Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja*. Buenos Aires, Argentina: Taurus.

Pellettieri, O. (2008). *El sainete y el grotesco criollo: del autor al actor*. Buenos Aires, Argentina: Galerna.

Petrich, M. (2006). "La sociedad de la información en la Argentina: e-contenidos". En G. Mastrini y B. Califano (compiladores), *Sociedad de la información en la Argentina. Políticas públicas y participación social*. Buenos Aires, Argentina: Fundación Friedrich Ebert.

Piketty, T. (2018). *El capital en el siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Piscitelli, A. (2002). *Ciberculturas 2.0*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Piscitelli, A. (2009). “Facebook. Esa reiterada tensión entre la sobrepromesa y la invención de nuevos mundos”. *Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento*, *6*(1).

Prensky, M. (2001). “Digital Natives, Digital Immigrants”. *On the Horizon*, *9*(5).

Priess, F. y Meyer, H. (1996). *Medios de comunicación y poder político en América Latina*. Costa Rica: Fundación Konrad Adenauer.

Rama, A. (1988). *La ciudad letrada*. Montevideo, Uruguay: Arca.

Ramonet, I. (2011). *La explosión del periodismo*. Madrid, España: Capital Intelectual.

Ramonet, I. (2016). *El imperio de la vigilancia*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.

Ramos Mejía, J. (1952 [1899]). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, Argentina: Guillermo Kraft.

Reguillo, R. (2017). *Paisajes insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. Ciudad de México, México: NED.

Reguillo, R. y Laverde Toscano, C. (1998). *Mapas nocturnos*. Bogotá, Colombia: Fundación Universidad Central.

Reuters Institute (2020). *Digital News Report 2020*. Oxford, Inglaterra: Universidad de Oxford.

Rifkin, J. (2020, 29 de abril). “Estamos ante la amenaza de una extinción y la gente ni siquiera lo sabe”. *La Nación*.

Rincón, O. y Ponce, M. (2020). *Fakecracia*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Rivera, J. (1987). *La investigación en comunicación social en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Punto Sur.

Robles Garay, O. (1999). "Evolución de Internet en América Latina y el Caribe". Simposio Latinoamericano y del Caribe: las Tecnologías de Información en la Sociedad, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Aguascalientes, México.

Rogaway, P. (2007). "Marshall McLuhan Interview from *Playboy*, 1969". *UC Davis*, ECS 188. Recuperado de https://web.cs.ucdavis.edu/~rogaway/classes/188/spring07/mcluhan.pdf.

Rojas, L. (2020, 20 de mayo). "Una mirada profunda hacia el comportamiento online durante el mes de marzo de 2020 en Argentina". *Comscore*. Recuperado de https://www.comscore.com/lat/Prensa-y-Eventos/Blog/Una-Mirada-Profunda-hacia-el-Comportamiento-Online-durante-el-mes-de-Marzo-2020-en-Argentina.

Romero, J. (1997). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Rosso, (2016, 17 de julio). "Julio Blanck: 'En Clarín hicimos un periodismo de guerra'". *La Izquierda Diario*.

Sábato, H. (1998). *La política en las calles: entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Said, E. (2001). *Cultura e imperialismo*. Barcelona, España: Anagrama.

Said, E. (2002 [1978]). *Orientalismo*. Barcelona, España: Mondadori.

Saintout, F. (1998). *Los estudios de recepción en América Latina*. La Plata, Argentina: EDULP.

Saintout, F. y Ferrante, N. (2011). "La recepción no alcanzó: aportes para pensar una nueva agenda de comunicación". En N. Jacks (coordinadora), *Análisis de recepción en América Latina. Un recuento histórico con perspectivas al futuro*. Quito, Ecuador: Ciespal.

Sánchez-Torres, J., Sánchez Muñoz, M. y González-Zabala, M. (2012, junio). "La sociedad de la información: génesis, iniciativas, concepto y su relación con las TIC". *UIS Ingenierías*, *11*(1), 113-128.

Sanguinetti, L. (2001). *Comunicación y medios*. La Plata, Argentina: EDULP.

Sanguinetti, L. (2008). *El fin de los medios*. La Plata, Argentina: EDULP.

Sanguinetti, L. (2013). *Sacar a la escuela de la escuela*. La Plata, Argentina: Observatorio de Calidad Educativa.

Sanguinetti, L. (2017). *¿Qué pasa en la escuela?* Buenos Aires, Argentina: Fundación Konrad Adenauer.

Sarlo, B. (1985). *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires, Argentina: Catálogos.

Sarlo, B. (1992). *La imaginación técnica*. Buenos Aires, Argentina: Nueva visión.

Sarlo, B. (2020 [1988]). *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Schmucler, H. (1971). "Donald y la política". En A. Mattelart y A. Dorfman, *Para leer al Pato Donald*. Santiago de Chile, Chile, Siglo XXI.

Schuliaquer, I. (2014). *El poder de los medios. Seis intelectuales en busca de definiciones*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.

Scolari, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona, España: Gedisa.

Scolari, C. (2013). *Narrativas transmedia*. Barcelona, España: Deusto.

Scolari, C. (2018). *Adolescentes, medios de comunicación y culturas colaborativas*. Barcelona, España: Universidad Pompeu Fabra.

Scolari, C. (2021, 14 de febrero). "¿Una nueva edad de oro de la comunicación oral? Podcasts, audiolibros y otras especies sonoras". *Hipermediaciones*. Recuperado de https://hipermediaciones.com/2021/02/14/una-nueva-edad-de-oro/.

Serres, M. (2013). *Pulgarcita*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Sloterdijk, P. (2010). *En el mundo interior del capital*. Madrid, España: Siruela.

Sosa Escudero, W. (2019). *Big data*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Spigel, L. (1992). *Make Room for TV. Television and the Family Ideal in Postwar America*. Chicago, Estados Unidos: The University of Chicago Press.

Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.

Stevenson, N. (1998). *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Terán, O. (2015). *Historia de las ideas en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Terrero, P. (1981). "El radioteatro". *La Vida de Nuestro Pueblo*, (27).

Thompson, J. (1996). "Teoría de la esfera pública". *Voces y Culturas*, (10).

Thompson, J. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona, España: Paidós.

Todd, S. (2018). *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*. Madrid, España: Akal.

Todorov, T. (2007 [1981]). *La conquista de América. El problema del otro*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.

Touraine, A. (1969). *La sociedad posindustrial*. Barcelona, España: Ariel.

Turkle, S. (1997). *La vida en la pantalla*. Barcelona, España: Paidós.

Ulanovsky, C., Itkin, S. y Sirvén, P. (1999). *Estamos en el aire*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Uranga, W. (2014, 24 de noviembre). "'Bienvenidos de vuelta al caos'". *Página/12*.

Valdettaro, S. (2008). "Diarios: entre Internet, la desconfianza y los árboles muertos". En M. Carlón y C. Scolari, *El fin de los medios masivos*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Varela, M. y Grimson, A. (1999). *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre televisión*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Varela Suanzes, J. (2000). "El debate constitucional británico en la primera mitad del siglo XVIII (Bolingbroke versus Walpole)". *Revista de Estudios Políticos*, (107).

Vázquez Montalbán, M. (2000). *Historia y comunicación social*. Barcelona, España: Random House.

Verón, E. (2012). "Prólogo". En M. Carlón y A. Fausto Neto, *Las políticas de los internautas*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Vilches Fuentes, G. (2014). *Breve historia del cómic*. Madrid, España: Nowtilus.

Vilches Manterola, L. (2019). *Diccionario de teorías narrativas*. Sevilla, España: Caligrama.

Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.

Von Humboldt, A. (1826). *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente* [Tomo 1]. París, Francia: Rosa. Recuperado de http://

www.cervantesvirtual.com/obra/viaje-a-las-regiones-equinocciales-del-nuevo-continente-tomo-1-874407.

Williams, R. (1992). *Historia de la comunicación* [Vol. 1]. Barcelona, España: Bosch.

Williams, R. (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Williams, R. (2011 [1974]). *Televisión. Tecnología y forma cultural*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Williams, R. (2017). "La cultura de la clase obrera". *Rey Desnudo*, *5*(10).

Wolf, M. (1990). *La investigación de la comunicación de masas*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Wolf, M. (1994). *Los efectos sociales de los media*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Wolton, D. (1992). *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*. Barcelona, España: Gedisa.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Barcelona, España: Paidós.